FRIEDRICH

NIETZSCHE

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

SEGUNDO VOLUMEN

FRAGMENTOS POSTUMOS

PRIMAVERA 1878 HASTA NOVIEMBRE 1879

INTRODUCCIÓN DE MANUEL BARRIOS

TRADUCCIÓN DE ALFREDO BROTONS

AKAL-CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO

akal

AKAL

CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO 3

DIRECTOR

Félix Duque

Maqueta: RAG
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez
Título original: *Menschliches, allzumenschliches*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Akal, S. A., 1996, 2001, 2007
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 978-84-460-0736-4 (Obra completa)
ISBN: 978-84-460-0635-0 (Tomo II)
Depósito legal: M. 22.690-2007
Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

Friedrich Nietzsche

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

Un libro para espíritus libres

Volumen II

Traducción

Alfredo Brotons Muñoz

-akal-

ÍNDICE

Abreviaturas y símbolos empleados 6

Prefacio 7

Primera parte
Opiniones y sentencias varias 13

Segunda parte
El caminante y su sombra 115

Fragmentos póstumos: (Primavera de 1878-noviembre de 1879) 223

ABREVIATURAS Y SÍMBOLOS EMPLEADOS

HDH:	Humano, demasiado humano, I.
OSV:	Opiniones y sentencias varias.
VS:	El viandante y su sombra.
Pi:	Primera impresión.
Em:	Ejemplar autógrafo.
Pr:	Pruebas.
Pr1:	Pruebas antes de la corrección por Nietzsche.
Pr2:	Corrección de Nietzche en las pruebas.
Ma:	Manuscrito.
Md:	Manuscrito definitivo, esto es, el proyecto autógrafo de la primera impresión.
Cl:	Copia en limpio, esto es, el proyecto del manuscrito definitivo.
Fp:	Fase previa, esto es, las anotaciones que llevan a la copia en limpio.
BN:	Libros de la biblioteca póstuma de Nietzsche.
Va:	Variante anterior.
Vp:	Variante posterior.
[?]:	Lectura incierta.
[+]:	Palabra ilegible.
[=]:	Laguna.
— — —:	Frase interrumpida o incompleta.
< >:	Completado por los editores o por el traductor.
[]:	Tachado por Nietzsche o indicación del traductor.

PREFACIO

1

No se debe hablar sino cuando no cabe callar; y sólo hablar de lo que se ha *rebasado:* todo lo demás es charlatanería, «literatura», falta de disciplina. Mis escritos no hablan más que de mis victorias: «yo» estoy en ellos con todo lo que me ha sido hostil, *ego ipsissimus*[1], y aun, si se me permite una expresión más orgullosa, *ego* ipsissi*mum*[2]. Se adivina: tengo ya mucho *por debajo de* mí... Pero siempre fue menester tiempo, convalecencia, lejanía, distancia, hasta que surgieron en mí las ganas de escorchar, explotar, destapar, «exponer» (o como se le quiera llamar) *a posteriori* para el conocimiento algo vivido y sobrevivido, un hecho o *fatum*[3] propio cualquiera. En tal medida todos mis escritos, con una única, por cierto esencial, excepción, han de ser *fechados con antelación* –siempre hablan de un «tras de mí»–: algunos, como las tres primeras *Consideraciones intempestivas,* incluso antes aún del período de nacimiento y de vivencia de un libro anteriormente publicado (el *Nacimiento de la tragedia* en este caso, como no puede ocultársele a un observador y comparador más sutil). Aquella airada explosión contra la teutomanía, la acomodaticiedad y el apordioseramiento de la lengua del decrépito David Strauss, el contenido de la primera *Intempestiva,* desempolvó disposiciones con las que mucho antes me había sentado, como estudiante, en medio de la cultura y el filisteísmo cultural alemanes (reivindico la paternidad de la expresión «filisteo cultural», de la que mucho se usa y abusa hoy en día); y lo que allí dije contra la «enfermedad histórica»[4] lo dije como alguien que lenta, penosamente, aprendió a curarse de ella y en absoluto tenía intención de renunciar en adelante a la «historia»[5] porque

[1] «Mi propio yo».
[2] «Mi yo más íntimo».
[3] *Factum oder Fatum.*
[4] *«historische Krankheit».*
[5] *«Historie».*

en un tiempo la había padecido. Cuando luego, en la tercera *Consideración intempestiva,* expresé mi veneración por mi primer y único educador, por el *gran* Arthur Schopenhauer –lo haría ahora todavía con mucha más fuerza, también más personalmente–, ya me encontraba, por lo que a mi propia persona se refiere, metido en medio del escepticismo y la disolución morales, *es decir, tanto de la crítica como de la profundización de todo pesimismo habido hasta entonces,* y, como dice el pueblo, ya no creía «en nada en absoluto», ni siquiera en Schopenhauer: justamente de esa época data un texto inédito «sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral». Incluso mi discurso triunfal y solemne en honor de Richard Wagner, con ocasión de la celebración de su victoria en Bayreuth en 1876 –Bayreuth significa la mayor victoria que jamás haya logrado un artista–, un trabajo que ostenta la más marcada *apariencia* de «actualidad», era en el fondo un homenaje y un agradecimiento hacia un trozo de mi pasado, hacia la más hermosa, también la más peligrosa, bonanza de mi travesía... y en realidad un desligamiento, una despedida. (¿Tal vez el mismo Wagner se equivocaría acerca de esto? No creo. Mientras aún ama, no pinta uno ciertamente tales cuadros; aún no «contempla», no se sitúa a distancia de la manera en que tiene que hacerlo el que contempla. «Del contemplar forma ya parte un misterioso *antagonismo,* el de mirar de frente», se dice en la página 46 del citado escrito[6], con un giro delator y melancólico que quizá sólo era para unos pocos oídos.) La compostura para *poder* hablar sobre largos años intermedios de la más íntima soledad y privación sólo se me deparó con el libro *Humano, demasiado humano,* al que va también dedicada esta segunda apología e introducción. En cuanto libro «para espíritus libres», hállase en él algo de la frialdad casi serena y curiosa del psicólogo que *a posteriori* consigna y, por así decir, *ensarta* con cualquier punta de aguja una profusión de cosas dolorosas que éste tiene *por debajo* de sí, tiene *tras* de sí: ¿qué hay de extraño en que, en un trabajo tan afilado y puntilloso, mane a veces algo de sangre, que el psicólogo tenga por ello sangre en los dedos y no siempre sólo en los dedos?

2

Tanto *Opiniones y sentencias varias* como *El caminante y su sombra* fueron publicados primero *separadamente* como continuaciones y apéndices de ese humano, demasiado humano «Libro para espíritus libres» citado: al mismo tiempo como continuación y duplicación de una cura espiritual, es decir, del auto-tratamiento *antirromántico,* tal como mi instinto mismo, que había permanecido sano, lo había inventado, e incluso me lo había recetado, contra una afección pasajera de la forma más peligrosa de romanticismo. Ahora bien, tras seis años de convalecencia, pueden tolerarse *reunidos* los mismos escritos como segundo volumen de *Humano, demasiado humano:* considerados juntos, tal vez impartan más categórica y claramente su doctrina, una *terapéutica* que puede recomendarse como *disciplina voluntatis*[7] a las naturalezas más espirituales de la generación justamente

[6] *Wagner en Bayreuth,* 7 (ed. cast., *Obras completas,* trad. Pablo Simón, Prestigio 1970, vol. I., pág. 808).

[7] «Disciplina de la voluntad».

ascendente. En ellos habla un pesimista que con bastante frecuencia se ha exasperado, pero que siempre ha vuelto a sus casillas; un pesimista, pues, con buena voluntad *hacia* el pesimismo, por tanto en todo caso ya no un romántico: ¿cómo? ¿no debiera permitírsele a un espíritu versado en esta habilidad de los espíritus para *mudar de piel* darles una lección a los pesimistas actuales, que todavía están en su totalidad en peligro de romanticismo?, ¿y mostrarles, al menos, cómo se *hace?...*

3

Era entonces hora en efecto de *despedirse:* pronto recibí la prueba de ello. Richard Wagner, aparentemente el máximo triunfador, en verdad un romántico pútrido, desesperado, se postró de pronto, desamparado y quebrado, ante la cruz cristiana...[8]. ¿Ningún alemán tuvo, pues, entonces para este terrible espectáculo ojos en la cara, conmoción en su conciencia? ¿Fui yo el único que *sufrió* por él? No importa; este inesperado acontecimiento me dio a mí mismo, como un rayo, claridad sobre el lugar que había abandonado, y también ese estremecimiento *a posteriori* que siente todo aquel que ha corrido inconscientemente un enorme peligro. Al proseguir solo, temblaba; no mucho después caí enfermo, más que enfermo, cansado, por la irresistible desilusión respecto a todo lo que a nosotros, hombres modernos, nos quedaba para el entusiasmo, respecto a la fuerza, el trabajo, la esperanza, la juventud, el amor *despilfarrados* por doquier; cansado por asco hacia lo afeminado y exaltado-indisciplinado de este romanticismo, hacia toda la mendacidad idealista y reblandecimiento de la conciencia, que aquí se había llevado una vez más la victoria sobre uno de los más valerosos; cansado en fin y no menos por la pena de una inexorable sospecha: que, tras esta desilusión, estaba condenado a desconfiar más profundamente, a despreciar más profundamente, a estar más profundamente solo que nunca antes. Mi *tarea,* ¿qué había sido de ella? ¿Cómo? ¿No parecía ahora como si mi tarea retrocediera ante mí, como si por mucho tiempo ya no tuviera derecho sobre ella? ¿Qué hacer para soportar *esta,* la más grande privación? Empecé por *prohibirme* radicalmente y por principio toda música romántica, este arte ambiguo, jactancioso, sofocante, que despoja al espíritu de su rigor y contento, y hace proliferar toda clase de vagos anhelos, esponjosas apetencias. *«Cave musicam»*[9] sigue siendo aún hoy mi consejo a todos lo bastante hombres para apreciar la puridad en las cosas del espíritu; tal música enerva, ablanda, afemina, su «eterno femenino» *nos* arrastra: ¡hacia abajo!... *Contra* la música romántica se volvió entonces mi primera sospecha, mi precaución inmediata; y si en general esperaba aún algo de la música, era con la expectativa de que pudiera surgir un músico lo bastante audaz, sutil, malicioso, meridional y desbordante de salud para *tomar venganza* de esa música de modo inmortal.

4

Solitario en lo sucesivo y malignamente desconfiado para conmigo, tomé de esta forma, no sin rabia, partido *contra* mí y en *pro* de todo lo que precisamente

[8] Alusión a *Parsifal,* la última ópera de Wagner, estrenada en Bayreuth en 1882.

[9] «Cuidado con la música».

me afligía y apenaba: así volví a encontrar el camino hacia ese valiente pesimismo que es lo contrario a toda la mendacidad romántica, y también, según me quiere parecer hoy, el camino hacia «mí» mismo, hacia *mi* tarea. Ese algo oculto e imperioso para lo que durante mucho tiempo no tenemos nombre, hasta que finalmente se evidencia como nuestra *tarea,* este tirano en nosotros se toma una terrible represalia por todo intento que hacemos de eludirlo o escapar a él, por toda decisión prematura, por toda equiparación con aquellos a los que no pertenecemos, por toda actividad, por respetable que sea, que nos distraiga de lo principal para nosotros, más aún, por toda virtud misma que quiera protegernos contra la severidad de la responsabilidad más íntima. La enfermedad es la respuesta cada vez que queremos dudar de nuestro derecho a *nuestra* tarea, que empezamos a hacérnoslo fácil en cualquier campo. ¡Extraño y temible al mismo tiempo! ¡Nuestros *alivios* es lo que más severamente tenemos que expiar! Y si luego queremos recobrar la salud, no nos queda elección: tenemos que echarnos una carga más *pesada* que nunca antes...

5

Sólo entonces aprendí esa habla eremítica en la que sólo los más taciturnos y dolientes se entienden: yo hablaba sin testigos o, más bien, indiferente a los testigos, para no sufrir el silencio, hablaba de cosas que en nada me concernían, pero como si me concerniesen. Entonces aprendí el arte de *aparecer* sereno, objetivo, curioso, sobre todo sano y malicioso; ¿y es esto, como quiere parecerme, en el caso de un enfermo su «buen gusto»? A una mirada y una empatía más sutiles no se les escapará, pese a todo, lo que quizá constituye el encanto de estos escritos: que aquí habla un doliente y abstinente como si *no* fuese un doliente y abstinente. Aquí *debe* mantenerse el equilibrio, la impasibilidad, incluso la gratitud hacia la vida, aquí domina una voluntad severa, orgullosa, constantemente alerta, constantemente irritable, que se ha fijado la tarea de defender la vida *contra* el dolor y extirpar todas las conclusiones que suelen brotar del dolor, la desilusión, el hastío, el aislamiento y otros suelos pantanosos cuales hongos venenosos. Esto quizá da igualmente a nuestros pesimistas indicaciones para el propio examen, pues fue entonces cuando me arranqué la máxima: «¡un doliente *todavía no tiene ningún derecho* al pesimismo!», entonces libré conmigo un arduo y paciente combate contra la anticientífica tendencia fundamental de todo pesimismo romántico a exagerar, a interpretar experiencias personales singulares como juicios universales, más aún, como condenas del mundo, en una palabra, *invertí* mi mirada. Optimismo, con el fin de la restauración, para un día cualquiera *poder* volver a ser pesimista: ¿lo entendéis? Igual que un médico instala a su paciente en un entorno completamente extraño para que se sustraiga a todo su «hasta entonces», a sus cuitas, amigos, cartas, deberes, estupideces y martirios del recuerdo, y aprenda a tender las manos y los sentidos hacia un nuevo alimento, un nuevo sol, un nuevo futuro, así me impuse, como médico y enfermo en una sola persona, un *clima del alma* inverso y no ensayado, y, sobre todo, una peregrinación al extranjero, a *lo* extraño, una curiosidad por todas las especies de lo extraño... De ello se siguió un largo vagar, buscar, cambiar, una repugnancia por toda detención, por todo asentir y negar burdo; asimismo una dietética y una dis-

ciplina que querían hacerle al espíritu lo más fácil posible correr a lo lejos, volar alto, sobre todo levantar una y otra vez el vuelo. En realidad, un *minimum* de vida, un desligamiento de todos los torpes apetitos, una independencia en medio de toda clase de inclemencias externas, junto con el orgullo de *poder* vivir bajo estas inclemencias; algo de cinismo tal vez, algo del «tonel» [10], pero ciertamente también mucha dicha de grillo, alegría de grillo, mucha quietud, luz, insensatez más sutil, exaltación oculta, todo esto acabó por producir un gran fortalecimiento espiritual, una creciente delectación y opulencia de la salud. La vida misma nos *recompensa* por nuestra tenaz voluntad de vivir, por una larga guerra tal como la que entonces libré conmigo contra el pesimismo del cansancio de vivir, incluso por cualquier mirada atenta de nuestro agradecimiento, que no deja escapar la más mínima, delicada, fugaz ofrenda de la vida. Recibimos finalmente por ello las *grandes* ofrendas de ésta, quizá también lo más grande que puede dar: volvemos a revivir de nuevo *nuestra misión.*

6

¿Debería mi vivencia –la historia de una enfermedad y una curación, pues acabó en una curación– haber sido sólo mi vivencia personal? ¿Y precisamente sólo *mi* «humano, demasiado humano»? Hoy día me gusta creer lo contrario; una y otra vez confío en que mis libros de peregrinaje no fueron sin embargo redactados sólo para mí, como a veces parecía. ¿Cabe que ahora, tras seis años de creciente confianza, los envíe de nuevo de viaje a título de ensayo? ¿Cabe que se los recomiende en particular a los que están aquejados de cualquier «pasado» y les queda espíritu suficiente para todavía sufrir también del *espíritu* de su pasado? ¡Pero sobre todo a vosotros que lo tenéis más difícil, vosotros los raros, los más arriesgados, los más espirituales, los más arrojados, que tenéis que ser la *conciencia* del alma moderna y que en cuanto tales tenéis que tener su *saber,* en los que se da cita cuanto hoy puede haber de enfermedad, veneno y peligro, cuya suerte quiere que estéis más enfermos que cualquier individuo, pues no sois *«sólo* individuos»..., cuyo consuelo es saber, ¡ay!, y recorrer el camino de una salud *nueva,* de una salud de mañana y de pasado mañana, vosotros los predestinados, vosotros los triunfadores, vosotros los vencedores del tiempo, vosotros los más sanos, vosotros los más fuertes, vosotros los *buenos europeos!*

7

Para finalmente reducir a una fórmula mi oposición al *pesimismo romántico* [11], es decir, al pesimismo de los abstinentes, fracasados, derrotados: hay una voluntad de lo trágico y del pesimismo que es el signo tanto del rigor como de la fortaleza del intelecto (gusto, sentimiento, conciencia). Con esta voluntad en el pecho

[10] Alusión a Diógenes el Cínico.

[11] Término con que Nietzsche alude tanto a la filosofía schopenhaueriana de la voluntad como a la música de Wagner. Vid. *La gaya ciencia,* par. 370 (ed. cast., *Obras completas,* cit., págs. 265-8), donde se lo compara con el pesimismo dionisíaco.

no se teme lo temible y problemático propio de toda existencia; se lo busca incluso. Detrás de semejante voluntad está el valor, el orgullo, el ansia de un *gran* enemigo. Ésta ha sido desde el principio *mi* perspectiva pesimista: ¿una nueva perspectiva, como se me antoja?, ¿una tal que aún hoy es también nueva y extraña? Hasta el momento me he atenido a ella y, si se me quiere creer, tanto en favor mío como, ocasionalmente al menos, *contra* mí... ¿Queréis primero una prueba? Pero, ¿qué, si no esto, se habría probado con este largo prefacio?

Sils-Maria, Alta Engadina,
septiembre de 1886

PRIMERA PARTE

OPINIONES Y SENTENCIAS VARIAS

1[1]

A los decepcionados de la filosofía. Si hasta aquí habéis[2] creído en el valor de la vida y ahora os veis decepcionados, ¿tendréis, pues, que deshaceros de ella al más bajo precio?

2

Malacostumbrado. También puede uno mal acostumbrarse por lo que a la claridad de los conceptos se refiere: ¡qué asqueroso se hace entonces el trato con los vagos, vaporosos, afanosos, barruntadores! ¡Qué efecto tan ridículo y, sin embargo, nada divertido produce su eterno revolotear y picotear sin poder, no obstante, volar ni atrapar!

3[3]

Los pretendientes de la realidad. Quien al cabo se da cuenta de hasta qué punto y por cuánto tiempo ha sido engañado abraza, por despecho, incluso la realidad más fea; de modo que, visto el curso del mundo en su conjunto, es a ésta a la que en todas las épocas le han caído los mejores pretendientes, pues siempre han sido los mejores los que mejor y por más tiempo han sido deludidos.

[1] *Fp*: 29 [55].

[2] *Cl*: habéis] «has».

[3] *Fp*: «Gusto por la realidad cuando se ha sido engañado *por mucho tiempo*».

4[4]

Progreso del librepensamiento. La diferencia entre el librepensamiento anterior y el actual no puede ilustrarse mejor que recordando aquella frase para cuyo reconocimiento y expresión fue necesaria toda la intrepidez del siglo pasado y que, sin embargo, medida según el discernimiento actual, queda reducida a una ingenuidad involuntaria; me refiero a la frase de Voltaire: «croyez-moi, mon ami, l'erreur a aussi son mérite».

5

Un pecado original de los filósofos. En todas las épocas los filósofos se han apropiado las tesis de los escrutadores de los hombres (los moralistas) y las han *echado a perder* al haberlas adoptado incondicionalmente y haber querido demostrar como necesario lo que aquéllos sólo entendían como indicación aproximativa o nada más que como verdad de un decenio circunscrita a un país o a una ciudad, mientras que precisamente con ello suponían elevarse por encima de ellos. Así, a la base de las famosas doctrinas de Schopenhauer del primado de la voluntad sobre el intelecto, acerca de la inalterabilidad del carácter, de la negatividad del placer –todas las cuales, tal como él las entiende, son errores–, encontraremos nociones de la sabiduría popular a las que los moralistas han dado forma. Ya la palabra «voluntad», que Schopenhauer transformó en denominador común de muchos estados humanos y con la cual rellenó una laguna del lenguaje, con gran ventaja para él mismo en cuanto que era moralista –pues entonces quedó libre para hablar de «voluntad» como Pascal había hablado de ella–, ya la «voluntad» de Schopenhauer ha redundado entre las manos de su autor, debido al prurito de generalización de los filósofos, en desgracia para la ciencia: pues esta voluntad se ha convertido en una metáfora poética cuando se afirma que todas las cosas de la naturaleza tendrían voluntad; finalmente, con el fin de una aplicación a toda clase de despropósitos místicos, ha sido mal empleada como una falsa reificación, y todos los filósofos de moda repiten y parecen saber con entera exactitud que todas las cosas serían esta voluntad una (lo cual, según la descripción que se hace de esta voluntad toda una, significa tanto como si se quisiera tener por Dios al *estúpido diablo*).

6

Contra los fantasiosos. El fantasioso se niega la verdad a sí; el mentiroso, sólo a los demás.

7

Aversión a la luz. Si se le hace comprender a alguien que en rigor nunca puede hablar de verdad, sino siempre sólo de probabilidad y de los grados de

[4] *Fp.* «"Croyez moi, mon ami, l'erreur aussi a son mérite" ["Creedme, amigo mío, el error también tiene su mérito"] Voltaire; quien comprenda hasta qué punto es ésta una ingenuidad involuntaria, comprenderá también, "cr<oyez> moi, la verité" ["creedme, la verdad"]».

ésta, habitualmente se descubre en la alegría indisimulada del así instruido cuánto más prefieren los hombres la inseguridad del horizonte espiritual y cómo en el fondo de su alma *odian* la verdad por la determinidad de ésta. ¿Será porque todos ellos tienen en secreto el mismo temor a que un día caiga sobre ellos con demasiada crudeza la luz de la verdad? ¿Quieren dar a entender algo y en consecuencia es imposible saber con precisión lo que *son?* ¿O es sólo el horror a la luz demasiado cruda, a la que no están habituadas sus crepusculares almas de murciélago ciegas a la luz, de modo que tienen que odiarla?

8

Escepticismo de cristiano. Gusta hoy en día presentar a Pilatos, con su pregunta: «¿qué es la verdad?» [5], como abogado de Cristo, para recelar de todo lo conocido y cognoscible como apariencia, y erigir la cruz sobre el espantoso trasfondo del no-poder-saber-nada.

9

«Ley natural», un término de la superstición. Si tan entusiastamente habláis de la conformidad a ley en la naturaleza, o bien tendréis sin embargo que admitir que todas las cosas naturales acatan su ley por obediencia libre, sometida a sí misma –en cuyo caso admiráis por tanto la moralidad de la naturaleza–; o bien os entusiasma la idea de un mecánico creador que ha construido el más ingenioso de los relojes, con seres vivos en él como adorno. La expresión «conformidad a ley» hace más humana la necesidad en la naturaleza y la convierte en un último refugio de la ensoñación mitológica.

10

A merced de la historia. A los filósofos veladores y a los oscurecedores del mundo, es decir, a todos los metafísicos de grano más o menos fino, les da dolor de ojos, de oídos y de muelas cuando comienzan a sospechar que hay algo de acertado en la tesis: toda la filosofía está a partir de ahora a merced de la historia [6]. Ha de perdonárseles, debido a sus *dolores,* que le arrojen piedras e inmundicias a quien así habla; pero puede suceder que la doctrina misma devenga con ello sucia y deslucida, y pierda su eficacia [7].

11 [8]

El pesimista del intelecto. El verdaderamente libre de espíritu pensará también libremente sobre el espíritu mismo y no se disimularán ciertas cosas temibles respecto a la fuente y orientación del mismo. Por eso tal vez los demás lo señalarán como el peor adversario del librepensamiento y le aplicarán el injurio-

[5] Cf. *Juan,* 18:38.

[6] Vid. Prefacio, nota 5, supra.

[7] En *Cl, Md, Pr* se añadía: «cuando los que la enseñan son denostados».

[8] Aforismo añadido por la propia mano de Nietzsche en *Md.*

so y espantoso calificativo de «pesimista del intelecto»: habituados como están a no señalar a nadie por su descollante fortaleza y virtud, sino por lo que más extraño les es de él.

12

Alforjas de los metafísicos. No se debe responder a todos los que tan ufanamente hablan de la cientificidad de su metafísica; basta con tirar del hatillo que con cierto pudor llevan oculto a la espalda; si se consigue solevantarlo, salen a la luz, para su vergüenza, los resultados de esa cientificidad: un pequeño buen Dios Nuestro Señor, una bonita inmortalidad, quizá un poco de espiritismo y en cualquier caso todo un confuso montón de miseria de pobre pecador y arrogancia de fariseo.

13

Nocividad ocasional del conocimiento. La utilidad que comporta la investigación sin condiciones de lo verdadero se demostrará una y otra vez tan centuplicada que debe aceptarse sin reparos en el lote la nocividad más sutil y más rara que tienen que sufrir por su causa los individuos. No se puede evitar que el químico a veces se intoxique y queme en el curso de sus experimentos. Lo que vale para el químico vale para toda nuestra cultura: de donde, dicho sea de paso, resulta claramente hasta qué punto tiene ésta que tener previstos bálsamos para las quemaduras y la constante disponibilidad de contravenenos.

14

Necesidad de filisteo. El filisteo cree que lo que de más necesario tiene es un harapo de púrpura o un turbante de metafísica, y en absoluto quiere que se le escurran: y, sin embargo, menos ridículo parecería sin estas galas.

15

Los fanáticos. Por mucho que se las den de jueces (y no de acusados), con todo lo que dicen en favor de su evangelio o de su maestro los fanáticos se defienden a sí mismos, pues involuntariamente y casi a cada momento se les recuerda que ellos son excepciones que tienen que legitimarse.

16

Lo bueno invita a vivir. Todas las cosas buenas son estímulos poderosos a la vida, incluso todo buen libro que esté escrito contra la vida.

17

Dicha del historiador. «Cuando oímos hablar a los puntillosos metafísicos y trasmundanos[9], los demás sentimos, es cierto, que somos los «pobres de espí-

[9] Cf. *Así habló Zaratustra*, I parte, «De los trasmundanos»; ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1975 [3], págs. 56-9.

ritu»[10], pero también que nuestro es el reino celestial del cambio, con primavera y otoño, invierno y verano, y suyo es el trasmundo, con sus grises, frías, infinitas nieblas y sombras». Así se decía uno[11] que paseaba al sol de la mañana: uno al que ante la historia[12] siempre se le muda de nuevo no sólo el espíritu, sino también el corazón, y que, en oposición a los metafísicos, es dichoso porque en sí alberga, no «una sola alma inmortal», sino *muchas almas inmortales*.

18[13]

Tres clases de pensadores. Hay manantiales minerales torrenciales, fluyentes y goteantes; y, en correspondencia con ello, tres clases de pensadores. El profano los estima por el caudal de agua, el entendido por el contenido del agua, es decir, por lo que precisamente no es agua en ellos.

19

El cuadro de la vida. La tarea de pintar el cuadro de la vida, por más que muchas veces lo hayan propuesto poetas y filósofos, es, pese a ello, insensata: tampoco de las manos de los más grandes pensadores-pintores han nacido nunca más que cuadros y cuadritos *de una* vida, a saber, de su vida, y nada más era posible. En lo deviniente no puede reflejarse como firme y duradero, como un «lo», algo deviniente.

20

La verdad no quiere dioses[14] *junto a sí*. La creencia en la verdad[15] comienza por la duda de todas las «verdades» hasta entonces creídas.

21

Sobre qué se exige silencio. Cuando se habla del librepensamiento como de una expedición sumamente peligrosa por entre heleros y mares glaciares, quienes no quieren seguir ese camino se ofenden como si se les hubiese reprochado pusilanimidad y rodillas débiles. Lo difícil a cuya altura no nos sentimos no debe nunca mencionarse delante de nosotros.

22

Historia in nuce[16]. La parodia más seria que jamás he oído es ésta: «en el principio era el absurdo, y el absurdo *era*, ¡por Dios!, y Dios (divinamente) era el absurdo!»[17].

[10] Cf. *Mateo*, 5:3.
[11] uno] *Cl*: «el historiador». Alusión a Jacob Burckhardt.
[12] Vid. Prefacio, nota 5, supra.
[13] Cf. 23 [40].
[14] *dioses*] *Md, Pr*: «*ídolos*».
[15] la verdad] *Md*: «la humanidad».
[16] «La historia en la nuez», en germen.
[17] Cf. *Juan*, 1:1. La parodia procede de una carta de Carl Fuchs a Nietzsche de finales de junio de 1878; cf. Nietzsche a Fuchs, junio de 1878.

23[18]

Incurable. Un idealista es incorregible: si se le arroja de su cielo, se hace del infierno un ideal. ¡Desengañadle y veréis!: abrazará el desengaño con no menos ardor que todavía no ha mucho la esperanza. En la medida en que su tendencia se cuenta entre las grandes tendencias incurables de la naturaleza humana, puede acarrear destinos trágicos y convertirse más tarde en tema de tragedias: las cuales versan precisamente sobre lo que hay de incurable, ineluctable, inevitable en la suerte y el carácter del hombre.

24

El aplauso mismo como continuación del espectáculo. Ojos radiantes y una sonrisa benévola es la clase de aplauso que se le tributa a la gran comedia del mundo y de la existencia, pero, al mismo tiempo, una comedia en la comedia, que debe inducir a los demás espectadores al «*plaudite amici*»[19].

25[20]

Valor para el aburrimiento. Quien no tiene el valor de dejar que él y su obra parezcan aburridos no es ciertamente un espíritu de primer orden, ya sea en las ciencias o en las artes. Un burlón que excepcionalmente fuese también un pensador, al mirar el mundo y la historia podría añadir: «Dios no tiene este valor; ha querido hacer y ha hecho todas las cosas demasiado interesantes».

26

De la experiencia más íntima del pensador. Nada se le hace tan difícil al hombre como tomar una cosa impersonalmente, quiero decir, ver en ella precisamente una cosa y *no una persona;* más aún, puede preguntarse si le es en general posible desconectar, aunque no sea más que por un instante, el mecanismo de su impulso constructor de personas, inventor de personas. No obstante, incluso con *pensamientos,* aunque sean los más abstractos, trata como si fuesen individuos con los que hay que luchar, a los que hay que aliarse, que hay que proteger, atender, alimentar. Espiémonos y acechémonos a nosotros mismos en esos minutos en que oímos o encontramos una tesis nueva para nosotros. Tal vez nos desagrade por estar ahí tan altanera, tan autocrática: inconscientemente nos preguntamos si no podemos oponerle una antítesis como enemiga o bien añadirle un «quizá», un «a veces»; incluso la palabreja «probablemente» nos satisface, pues rompe la personalmente fastidiosa tiranía de lo incondicionado. Si, por el contrario, esa nueva tesis se nos aproxima en forma

[18] Cf. 29 [1].

[19] «¡Aplaudid amigos!», últimas palabras del emperador romano Augusto (63 a. C.-14 d. C.), según su biógrafo Suetonio (70-ca. 130).

[20] Aforismo añadido por la propia mano de Nietzsche en *Md,* donde se encuentra la siguiente variante: «[el mundo ha resultado demasiado interesante. ¿Por qué si no cuesta tanto abandonarlo?]».

más suave, sutilmente tolerante y humildemente, y, por así decir, arrojándose en brazos de la contradicción, ensayamos una prueba diferente de nuestra autocracia: qué, ¿no podemos venir en ayuda de este ser débil, acariciarlo y alimentarlo, darle fuerza y plenitud, más aún, verdad e incluso incondicionalidad? ¿Nos es posible comportarnos con él paternal, caballeresca o compasivamente? De nuevo vemos aquí un juicio y allá otro juicio, alejados entre sí, sin mirarse, sin acercarse: entonces nos cosquillea el pensamiento de si aquí no puede arreglarse un casamiento, extraer una *conclusión,* con el presentimiento de que, en el caso de que de esta conclusión resulte una consecuencia, el honor de ello recaiga no sólo en los dos juicios enlazados en matrimonio, sino también en el casamentero. Pero si ni por la vía de tal desafío y malevolencia ni por la de la benevolencia puede atacarse ese pensamiento (si se lo tiene por *verdadero),* entonces uno se somete y lo acata como a un caudillo o jefe, lo pone en un sitial de honor y no habla de él sin pompa y orgullo: pues su brillo también nos da brillo. Desdichado de quien quiera oscurecerlo; a no ser que un día se nos vuelva él mismo sospechoso: entonces nosotros, los incansables «hacedores de reyes» *(king-makers)* de la historia del espíritu, lo destronamos y en seguida encumbramos a su adversario. Pondérese esto y llévese el pensamiento aún un poco más allá: ¡nadie ciertamente seguirá entonces hablando de un «impulso al conocimiento en y para sí»! ¿Por qué el hombre prefiere por tanto lo *verdadero* a lo no verdadero en esta lucha *secreta* con pensamientos-personas, en este por lo general oculto pensamiento-casamiento, pensamiento-fundación de Estados, pensamiento-pedagogía, pensamiento-atención a pobres y enfermos? Por la misma razón por la que practica la *justicia* en el trato con personas reales: *ahora* por hábito, herencia y educación, *originariamente* porque lo verdadero –como también lo equitativo y justo– es más *útil y honroso* que lo no verdadero. Pues en el reino del pensamiento mal han de afirmarse *poder* y *reputación* cimentados en el error y la mentira: la sensación de que un tal edificio puede desmoronarse en cualquier momento es *humillante* para la autoconsciencia de su arquitecto; éste se avergüenza de la fragilidad de su material y, como *se* considera a sí mismo *más importante* que el resto del mundo, no querría hacer nada que no fuese *más duradero* que el resto del mundo. Al anhelar la verdad, abraza la creencia en la inmortalidad personal, es decir: el pensamiento más altanero y porfiado que hay, emparejado como está con la segunda intención: «*¡pereat mundus, dum ego salvus sim!*»[21]. Su obra se le ha convertido en su *ego,* se transforma a sí mismo en lo imperecedero, omnidesafiante. Es su desmedido orgullo el que no quiere utilizar para la obra más que los mejores, más duros sillares, es decir, verdades, o lo que él tiene por tales. Con razón en todos los tiempos se ha llamado «el vicio del que sabe» a la soberbia; pero sin este vicio impulsor mal le iría en este mundo a la verdad y a la validez de la misma. En el hecho de que *tememos* nuestros propios pensamientos, conceptos, palabras, pero también en ellos nos *honramos* a nosotros mismos, les adscribimos involuntariamente la fuerza de recompensarnos, despreciarnos, elogiarnos y censurarnos, es decir, en el hecho de que tratamos con ellos como con personas espirituales libres, con potencias independientes, de igual a igual, en esto tiene su raíz el raro fenómeno que he llamado «conciencia intelectual»[22]. También aquí por tanto de una escorzona ha brotado algo moral de género supremo.

[21] «Húndase el mundo con tal de salvarme yo». Cf. Schopenhauer, *Etica,* 266; *Parerga,* 2, 236.

[22] Cf. *HDH* 109.

27 [23]

Los oscurantistas. Lo esencial en la nigromancia del oscurantismo no es que quiera oscurecer las mentes, sino que quiere ennegrecer la imagen del mundo, *oscurecer* nuestra *representación de la existencia*. Por cierto que a menudo se sirve de este medio para estorbar el esclarecimiento de los espíritus; pero a veces emplea precisamente el medio opuesto y mediante el máximo refinamiento del intelecto trata de producir una *saciedad* de los frutos del mismo. Metafísicos sutiles, que preparan el escepticismo y por su desmesurada sagacidad suscitan la desconfianza hacia la sagacidad, son buenos instrumentos de un oscurantismo más refinado. ¿Es posible que incluso Kant pueda ser utilizado con este propósito?; más aún, ¿que, según su propia tristemente célebre declaración, haya él *querido,* al menos temporalmente, algo semejante: abrirle camino a la *fe* señalándole al *saber* sus límites? [24]. Lo cual por supuesto no consiguió, como tampoco sus sucesores por las sendas de lobo y de zorro de este oscurantismo sumamente refinado y peligroso, y aun el más peligroso: pues aquí la nigromancia aparece como una aureola luminosa.

28 [25]

Qué clase de filosofía corrompe al arte. Cuando las brumas de una filosofía metafísico-mística consiguen hacer *opacos* todos los fenómenos estéticos, se sigue entonces que también éstos son *inevaluables* unos por otros, pues cada uno aislado deviene inexplicable. Pero si ya no cabe compararlos entre sí con el fin de la evaluación, acaba por resultar una *acrítica* completa, una ciega tolerancia; pero de ahí a su vez una merma continua del *goce* del arte (que sólo se distingue del tosco aquietamiento de una necesidad por un catar y discernir sumamente aguzados). Pero cuanto más disminuye el goce, tanto más se transforma y regresa el apetito de arte al hambre vulgar, que el artista intenta entonces aplacar con una alimentación cada vez más grosera.

29

En Getsemaní. Lo más doloroso que un pensador puede decirle a los artistas es: «¿no podéis, pues, *velar conmigo* una hora?» [26].

[23] Cf. 32 [4].

[24] «Tuve, pues, que suprimir el *saber* para dejar sitio a la *fe*...». Kant. Prólogo a la segunda edición de la *Crítica de la razón pura* (1787), ed. Akademie III, 19 (ed. cast., trad. Pedro Ribas, Alfaguara 1978, B XXX, pág. 27).

[25] *Fp*: «Todos los fenómenos estéticos se han ido haciendo paulatinamente inexplicables (debido a la metafísica), por ende inevaluables, por ende *incomparables* entre sí: como consecuencia, *acrítica* total, de donde a su vez *merma del goce*; e *incremento excesivo* de lo mezquino, de lo efectista, de lo ilusorio, de la ambición. Para el *Prólogo*».

[26] Cf. *Mateo*, 26:40.

30

En el telar. Frente a los pocos que se complacen en desatar el nudo de las cosas y en desenredar su trama, muchos (por ejemplo, todos los artistas y mujeres) trabajan por volverlo a atar una y otra vez y complicarlo, y así transformar lo comprendido en incomprendido y, donde sea posible, en incomprensible. Sea como sea, lo tramado y anudado deberá parecer siempre algo sucio, pues son demasiadas las manos que en ello trabajan y arrastran.

31 [27]

En el desierto de la ciencia. Durante sus modestas y fatigosas caminatas, que con harta frecuencia deben ser marchas por el desierto, se le aparecen al científico esos esplendentes espejismos llamados «sistemas filosóficos»: a corta distancia muestran éstos con mágico poder de ilusión la solución de todos los enigmas y la más refrescante copa del verdadero elixir de la vida; el corazón se regocija y el fatigado toca ya casi con los labios la meta de toda la perseverancia y todas las penalidades que impone la ciencia, de modo que avanza por así decir involuntariamente. Por supuesto que otras naturalezas quedan paradas como aturdidas por la bella ilusión: el desierto se las traga, están muertas para la ciencia. Hay a su vez otras naturalezas que, habiendo experimentado ya más a menudo esos consuelos subjetivos, son presa de la más extrema melancolía y maldicen el regusto salado que esas apariencias dejan en la boca y que provocan una terrible sed, sin haber avanzado siquiera un paso hacia ninguna fuente.

32

La presunta «realidad real». Cuando describe los distintos oficios, p. ej., el de general, el de tejedor de sedas, el de marino, el poeta finge conocer a fondo y *saber* de estas cosas; más aún, al explicar actos y destinos humanos se comporta como si hubiese estado presente al tejerse toda la red del mundo: hasta tal punto es un impostor. Y ciertamente engaña a absolutos *ignorantes,* y por eso tiene éxito: elogian su saber auténtico y profundo y le inducen finalmente al delirio de que sabe efectivamente las cosas tan bien como el experto y factor individual, más aún, como la gran araña de mundos misma. Acaba en consecuencia el impostor por ser honesto y creer en su veracidad. Es más, los hombres sensibles llegan incluso a decirle en la cara que tiene la verdad y la veracidad *superiores,* pues a veces están cansados de la realidad y toman el sueño poético como un bienhechor descanso y noche para la mente y el corazón. Lo que este sueño les muestra se les aparece ahora más *valioso* porque, como queda dicho, lo sienten más benéfico: y siempre han supuesto los hombres que lo que parece más valioso es lo más verdadero, lo más real. Los poetas *conscientes* de este poder se dedican deliberadamente a desacreditar lo que de ordinario se llama realidad y a transformarlo en lo incierto, aparente, inauténtico, pecaminoso, penoso y enga-

[27] Cf. 21 [46].

ñoso; se sirven de todas las dudas sobre los límites del conocimiento, de todos los excesos escépticos, para tender sobre las cosas los arrugados velos de la incertidumbre, a fin de que, tras este oscurecimiento, sus sortilegios y su magia espiritista se entiendan indubitablemente como camino a la «verdadera verdad», a la «realidad real» [28].

33 [29]

Querer ser justo y querer ser juez. Schopenhauer, cuyo gran conocimiento de lo humano y lo demasiado humano, cuyo sentido innato de los hechos fue no poco entorpecido por la moteada piel de leopardo de su metafísica (que debe primero quitársele para descubrir debajo un genio real de moralista), Schopenhauer hace esa magnífica distinción, que le reportará mucha más razón de la que en propiedad le cabía concederse a sí mismo: «la comprensión de la rigurosa necesidad de los actos humanos es la línea divisoria que separa las cabezas *filosóficas* de *las otras*» [30]. Esta portentosa comprensión, a la cual estaba abierto por momentos, la contrarrestaba en sí mismo con ese prejuicio que aún tenía en común con los hombres morales *(no* con los moralistas) y que con todo candor y fervor expresaba así: «la última y verdadera elucidación de la esencia interna del conjunto de las cosas debe estar necesariamente en estrecha conexión con la de la significación ética de la conducta humana» [31], lo cual en absoluto es precisamente «necesario», más bien es precisamente negado por esa tesis de la rigurosa necesidad de los actos humanos, es decir, de la falta de libertad y la irresponsabilidad de la voluntad. Las cabezas filosóficas se distinguirán por tanto de las demás por la incredulidad en la significación metafísica de la moral; lo cual podría abrir entre ellas un abismo de cuya profundidad e infranqueabilidad el tan deplorado abismo entre «cultos» e «incultos» [32], tal como existe hoy en día, apenas da idea. Por supuesto, deben todavía reconocerse como inútiles no pocas traspuertas que las «cabezas filosóficas», como Schopenhauer mismo, se han reservado: *ninguna* lleva al aire libre, al aire de la libre voluntad; todas las que hasta ahora se han abierto mostraban una y otra vez tras ellas la destellante pared broncínea del *fatum: estamos* en prisión, sólo podemos *soñarnos,* no *hacernos* libres. Que a este conocimiento ya no podrá resistirse por mucho tiempo lo demuestran las desesperadas e increíbles posturas y contorsiones de los que lo atacan, de quienes continúan combatiéndolo. Así, más o menos, les va ahora: «¿De modo que nadie es responsable? ¿Y todo lleno de culpa y de sentimiento de culpa? Pero alguien debe ser el pecador: si es imposible y ya no se permite acusar y juzgar al individuo, esa pobre ola en el oleaje necesario del devenir, pues bien, sea el pecador el oleaje mismo, el devenir; aquí está la libre voluntad, aquí cabe acusar, condenar, expiar y purgar; *sea Dios el pecador* y *el hombre su*

[28] Vid. «El mago», en *Así habló Zaratustra,* IV (ed. cast. cit., págs. 339 ss.).
[29] Cf. 23 [37].
[30] Cf. Schopenhauer, *Etica,* 182.
[31] Cf. Schopenhauer, *Etica,* 109.
[32] Cf. *Wagner en Bayreuth,* 10 (ed. cast., *Obras completas,* cit., vol. I, págs. 833 ss.).

redentor; que la historia universal sea la culpa, la autocondena y el suicidio; sea el malhechor el propio juez, el juez el propio verdugo». Este *cristianismo patas arriba* –¿qué es si no?– es el *último* asalto en el combate de la doctrina de la moralidad absoluta con la de la falta absoluta de libertad, algo espantoso si fuese *más* que una *mueca lógica,* más que un feo gesto del pensamiento decadente, algo así como el espasmo de muerte del corazón desesperado y ansioso de curación, al que la locura susurra: «Mira, tú eres el cordero que lleva el pecado de Dios» [33]. El error está no sólo en el sentimiento: «yo soy responsable», sino exactamente lo mismo en esa antítesis: «yo no lo soy, pero alguien debe serlo». Esto es precisamente lo que no es verdad; así que el filósofo tiene que decir, como Cristo: «¡No juzguéis!» [34], y la diferencia última entre las cabezas filosóficas y las otras sería que las primeras quieren *ser justas,* las otras *jueces* [35].

34 [36]

Sacrificio. ¿Creéis que el sacrificio es el signo distintivo de la acción moral? Mas meditad si no hay sacrificio en *toda* acción premeditada, en la peor como en la mejor.

35

Contra los inquisidores de la eticidad. Debe conocerse lo peor y lo mejor de que es capaz un hombre, en la representación y en la ejecución, para enjuiciar la fortaleza que tiene y ha tenido su naturaleza ética. Pero saber esto es imposible.

36

Colmillo retorcido. Hasta que alguien no nos pisa no se sabe si uno tiene el colmillo retorcido. Una mujer o una madre dirían: hasta que alguien pise a nuestro retoño, a nuestro hijo. Nuestro carácter lo determina más aún la falta de vivencias que lo que uno vivencia [37].

37 [38]

El engaño en el amor. Uno olvida no pocas cosas del pasado y se las saca deliberadamente de la cabeza; es decir, se quiere que nuestra imagen que el pasado irradia sobre nosotros nos engañe, halague nuestra ufanía: trabajamos incesantemente en este autoengaño. ¿Y creéis, vosotros que tanto glosáis y ensalzáis «el olvido de sí mismo en el amor», «el abandono del yo en la otra persona»,

[33] Cf. *Juan,* 1:29: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

[34] Cf. *Mateo,* 7:1: «No juzguéis y no seréis juzgados».

[35] *El error está*]. Variante en *Cl.* «No sólo ser responsable, sino también hacer responsable, la introducción de los conceptos morales en el devenir, es un error».

[36] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

[37] Cf. la carta de Marie Baumgartner a Nietzsche del 13 de noviembre de 1878.

[38] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

que esto es algo esencialmente diferente? Así, pues, uno rompe el espejo, se imagina transferido a una persona a la que admira, y entonces goza de la nueva imagen de su yo, aunque la designe con el nombre de otra persona, y todo este proceso *no* ha de ser autoengaño, egoísmo, ¡extravagantes de vosotros! Yo creo que quienes *se* ocultan algo suyo y quienes se lo ocultan todo se parecen en que perpetran un *robo* en la cámara del tesoro del conocimiento; de donde dedúcese contra qué delito previene la máxima: «conócete a ti mismo».

38

Al que niega su vanidad. Quien niega la vanidad en sí mismo la posee habitualmente de forma tan brutal que instintivamente cierra los ojos ante ella para no tener que despreciarse.

39

Por qué los estúpidos se vuelven tan a menudo maliciosos. A las objeciones del adversario frente a las que nuestra cabeza se siente demasiado débil nuestro corazón responde mediante el recelo de los motivos de aquél.

40

El arte de las excepciones morales. Sólo rara vez debe prestarse oídos a un arte que muestre y exalte los casos excepcionales de la moral –allí donde lo bueno deviene malo, lo injusto justo–; lo mismo que alguna que otra vez compramos algo de gitanos, pero temiendo que obtengan mucho más que la ganancia de la venta.

41

El goce y el no-goce de venenos. El único argumento decisivo que en todos los tiempos ha disuadido a los hombres de beber un veneno no es su efecto mortífero, sino su mal sabor.

42

El mundo sin sentimiento de pecado[39]. Si sólo se cometieran actos de esos que no producen mala conciencia, el mundo humano no dejaría por ello de parecer harto malo y canallesco; pero no tan enfermizo y deplorable como ahora. En todas las épocas ha habido malvados *sin* conciencia; y a muchos buenos y honrados les falta la placentera sensación de la buena conciencia.

43

Los concienzudos. Es más cómodo hacer caso a la conciencia de uno que a su inteligencia; pues ante cada fracaso aquélla tiene en sí una excusa y un alivio,

[39] Título diferente en *Md*: «Imaginar abolida la responsabilidad».

razón por la que sigue habiendo tantos concienzudos frente a tan pocos inteligentes.

44[40]

Medios opuestos para evitar la amargura. A un temperamento le es útil poder desahogar en palabras su despecho: al hablar se dulcifica. Otro temperamento no alcanza toda su amargura más que al expresarla: más aconsejable le es tener que tragarse algo; la coerción que hombres de esta clase se imponen ante enemigos o superiores mejora su carácter y evita que éste se vuelva demasiado cáustico y agrio.

45[41]

No tomárselo demasiado a pecho. Decentarse es desagradable, pero no una prueba contra la bondad de la cura por la que se ha visto uno obligado a guardar cama. Las personas que durante mucho tiempo han vivido extravertidamente y finalmente se han vuelto a la vida interior y meditativa de la filosofía saben que hay también una decentación del ánimo y el espíritu. No es este, pues, un argumento contra el modo de vida elegido en conjunto, pero hace necesarias algunas pequeñas excepciones y aparentes recaídas.

46

La «cosa en sí» humana. La cosa más vulnerable y, sin embargo, más invencible es la vanidad humana; más aún, su fuerza crece cuando es herida y puede acabar siendo gigantesca.

47

Lo cómico de muchos laboriosos. Consiguen tiempo libre mediante un exceso de esfuerzo y luego no saben hacer con él nada más que contar las horas hasta que han transcurrido.

48

Tener mucha alegría. Quien tiene mucha alegría debe de ser un hombre bueno; pero tal vez no sea el más listo, aunque alcance precisamente aquello a que el más listo aspira con toda su listeza.

49[42]

En el espejo de la naturaleza. ¿No ha sido un hombre descrito lo bastante precisamente cuando se oye que gusta de pasear entre altos trigales rubios, que

[40] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*
[41] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*
[42] Cf. 28 [6], 28 [60], 29 [24].

prefiere a todos los demás los colores del bosque y de las flores en el otoño encendido y dorado porque éstos sugieren algo más bello que lo que la naturaleza logra jamás, que se siente completamente en su ambiente entre grandes nogales de espeso follaje como entre parientes de sangre, que en la montaña su mayor alegría es toparse con esos pequeños lagos apartados desde los que la soledad misma parece contemplarle con sus ojos, que le encanta esa calma gris del crepúsculo neblinoso que en los atardeceres de otoño y de principios de invierno ronda las ventanas y envuelve como con cortinas de terciopelo todo ruido inanimado, que siente la roca abrupta como testigo sobreviviente, ávido de lenguaje, de tiempos pasados, y la venera desde niño, y, por último, que el mar es y sigue siéndole extraño con su movediza piel de serpiente y belleza de fiera? Sí, *algo* de este hombre se ha sin duda descrito con ello; pero el espejo de la naturaleza no dice nada de que el mismo hombre, con toda su sensibilidad idílica (y ni siquiera «pese a ella»), pudiera ser bastante desafecto, mezquino y engreído. Horacio, que entendía de semejantes cosas, puso el más tierno sentimiento por la vida campestre en la boca y el alma de un *usurero* romano, en el célebre *«beatus ille qui procul negotiis»*[43].

50[44]

Poder sin victorias. El conocimiento más fuerte (el de la total falta de libertad de la voluntad humana) es sin embargo el más pobre en éxitos; pues siempre tiene el adversario más fuerte: la vanidad humana.

51[45]

Placer y error. El uno se comunica de modo beneficioso con sus amigos involuntariamente, por su manera de ser; el otro voluntariamente, mediante acciones singulares. Aunque lo primero *pasa* por lo superior, sólo lo segundo está asociado con la buena conciencia y el placer, a saber, con el placer de las buenas obras, que estriba en la creencia en el albedrío de nuestro obrar bien o mal, es decir, en un error.

52

Es estúpido obrar injustamente. Mucho más difícil de soportar es la propia injusticia infligida por uno que la ajena infligida a uno (bien entendido que no precisamente por razones morales); propiamente hablando, el autor es siempre el sufriente, *con tal que* sea accesible a los remordimientos de conciencia o a la comprensión de que con su acción ha armado a la sociedad contra sí y se ha aislado. Por eso, ya por mor de su dicha interna, es decir, por no perder su bienestar, debiera uno, prescindiendo por entero de todo lo que religión y moral

[43] Cf. Horacio, *Epodas*, II, 1: «Dichoso aquel que, lejos de las ocupaciones...».

[44] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

[45] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

ordenan, cuidarse más de cometer una injusticia que de recibirla; pues esto último tiene el consuelo de la buena conciencia, de la esperanza de venganza, de la compasión y la aprobación de los justos, aun de toda la sociedad, que teme al malhechor. No pocos entienden del sórdido autoengaño de trocar toda injusticia propia en una ajena infligida a ellos y reservarse como disculpa por lo que ellos mismos han hecho la patente de la legítima defensa, para de este modo llevar mucho más cómodamente su carga.

53

Envidia con o sin boquilla. La envidia ordinaria suele cacarear en cuanto la gallina envidiada ha puesto un huevo: con ello se desahoga y aplaca. Pero hay una envidia todavía más profunda: la que en tal caso observa un silencio mortal y, deseosa de que todas las bocas queden ahora selladas, se enfurece cada vez más por que no suceda precisamente esto. La envidia silenciosa crece con el silencio.

54

La cólera como espía. La cólera agota el alma e incluso saca a la luz el sedimento. Por eso, si no sabe arrojar claridad de otra manera, uno debe saber encolerizar su entorno, a sus partidarios y adversarios, para enterarse de todo lo que en el fondo ocurre y se piensa contra nosotros.

55

La defensa, moralmente más difícil que el ataque. La verdadera proeza y obra maestra del hombre bueno no radica en atacar la causa y seguir amando a la persona, sino en algo mucho más difícil: *defender* la *propia* causa de uno sin ocasionarle ni quererle ocasionar amarga pesadumbre a la persona atacante. La espada de ataque es honesta y ancha, la de defensa habitualmente termina en una aguja [46].

56

Honesto con la honestidad. El que es públicamente honesto consigo acaba por jactarse un poco de esta honestidad, pues sabe muy bien por qué es honesto: por la misma razón que otro prefiere la apariencia y la simulación.

57

Carbones encendidos. Amontonar carbones encendidos sobre la cabeza de otro [47] se entiende habitualmente mal y no sirve para nada, pues el otro se sabe

[46] En *Pr* se añadía: «y tiene una lengua viperina».

[47] Cf. *Romanos.* 12:20: «De tal manera que si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que si haces esto, amontonarás tizones encendidos sobre su cabeza».

igualmente en posesión de su buen derecho y también ha pensado por su parte en el amontonamiento de carbones.

58

Libros peligrosos. Dice uno: «lo noto en mí mismo: este libro es pernicioso». Pero que espere y quizá un día admita que este mismo libro le ha prestado un gran servicio al airear y hacer visible la enfermedad oculta de su corazón. Los cambios de opinión no cambian (o muy poco) el carácter de un hombre; pero sí que iluminan caras singulares del astro de su personalidad que hasta el momento, con otra constelación de opiniones, habían permanecido oscuras e irreconocibles.

59

Compasión fingida. Finge uno compasión cuando quiere *mostrarse* sublime por encima del sentimiento de hostilidad; pero habitualmente en vano. No se da uno cuenta de esto sin un fuerte aumento de ese sentimiento hostil.

60

Contradicción abierta, a menudo conciliadora. En el instante en que uno da abiertamente a conocer sus diferencias doctrinales con respecto a un celebrado líder de partido o maestro, todo el mundo cree que debe de guardarle rencor. Pero a veces es precisamente entonces cuando deja de guardarle rencor: se atreve a alzarse junto a él y se desembaraza del tormento de los celos callados.

61

Ver brillar la luz de uno. En el oscurecido estado de tristeza, enfermedad, contrición, nos es grato ver que todavía brillamos para otros y que éstos perciben en nosotros el esplendente disco lunar. Mediante este rodeo participamos de nuestra facultad de *iluminar.*

62

Alegría compartida. La serpiente que nos muerde cree hacernos daño y se alegra de ello; el más ínfimo animal puede imaginarse el *dolor* ajeno. Pero imaginarse la alegría ajena y alegrarse de ella es el privilegio supremo de los animales supremos y entre éstos tampoco accesible más que a los ejemplares selectos, es decir, un *humanum*[48] raro; de modo que filósofos ha habido que han negado la alegría compartida.

[48] *humanum* = cualidad humana.

63

Gravidez a posteriori. Los que han llegado a sus obras y actos no saben cómo están habitualmente tanto más grávidos de ellos después: como para demostrar *a posteriori* que se trata de hijos suyos y no del azar.

64

Duro de corazón por vanidad[49]. Así como la justicia es con frecuencia el manto de la debilidad, así las personas bien pensantes pero débiles recurren a veces por ambición al disimulo y se comportan a ojos vista injusta y duramente, para dejar la impresión de fortaleza.

65

Humillación. Si en un saco regalado lleno de ventajas alguien halla también nada más que un grano de humillación, hace de tripas corazón.

66

Erostratismo extremo. Pudiera haber Eróstratos[50] que incendiaran el propio templo en que se veneran sus imágenes.

67

El mundo de los diminutivos. La circunstancia de que todo lo débil y precisado de socorro habla al corazón comporta la costumbre de que designemos con diminutivos y atenuantes todo lo que nos habla al corazón, es decir, de que lo *hagamos* débil y precisado de socorro para nuestro sentimiento.

68

Mala cualidad de la compasión. La compasión tiene como mala compañera una desvergüenza propia; pues, como quiere ayudar a toda costa, no se cohíbe ni ante los medios de curación ni ante la índole y la causa de la enfermedad, y ejerce denodadamente el curanderismo con la salud y la reputación de su paciente.

69

Impertinencia. Hay también una impertinencia respecto de las obras; y evidencia una falta absoluta de pudor asociarse imitativamente ya de joven a las

[49] Título diferente en *Md.* «Dureza de corazón disimulada».

[50] Eróstratos (s. IV a. C.): efesio que, para inmortalizar su nombre, incendió el famoso templo de Artemisa en Efeso. Fue condenado a morir incinerado y toda mención de su nombre castigada con la muerte.

obras más ilustres de todos los tiempos con la familiaridad del tuteo. Otros no son impertinentes más que por ignorancia: no saben con quién tienen que habérselas, así no pocos filósofos jóvenes y viejos en relación con las obras de los griegos.

70 [51]

La voluntad se avergüenza del intelecto. Con toda frialdad hacemos proyectos razonables contra nuestros afectos; pero luego infringimos aquéllos de la manera más flagrante, pues con frecuencia en el momento en que debiera consumarse el propósito, nos avergonzamos de esa frialdad y circunspección con que lo hemos concebido. Y entonces hace uno lo irracional, por esa especie de porfiada generosidad que todo afecto comporta.

71 [52]

Por qué los escépticos desagradan a la moral. Quien toma su moralidad elevada y gravemente se enoja con los escépticos en el ámbito de la moral, pues allí donde él aplica toda su fuerza debe uno *admirar,* pero no investigar y dudar. Hay luego naturalezas cuyo *último* resto de moralidad es precisamente la fe en la moral: exactamente así se comportan con los escépticos, más apasionadamente aún si cabe.

72

Timidez. Todos los moralistas son tímidos, pues saben que se les confunde con espías y traidores tan pronto se les nota su inclinación. En general son además conscientes de no ser vigorosos en la acción; pues en medio de la obra los motivos de su hacer casi desvían su atención de la obra [53].

73

Un peligro para la moralidad general. Las personas que son a un tiempo nobles y honestas llevan camino de divinizar cualquier diablura incubada por su honestidad e inmovilizar por un tiempo la balanza del juicio moral.

74

Error muy amargo. Agravia irreconciliablemente descubrir que cuando uno estaba convencido de ser amado, sólo era considerado utensilio y adorno a

[51] Cf 30 [63].

[52] *Fp*: «Las personas que tienen sobre todo consciencia moral no soportan el escepticismo y el análisis en este ámbito. Lo que toman tan elevada y gravemente debe también llevar los nombres más orgullosos y ser inaccesible al examen. De donde resulta que sin orgullo no hay moralidad.»

[53] En general] *Fp*: «No son además vigorosos en la acción, pues los motivos de su lucha les interesan más que lo que de ella haya de resultar».

cuenta del cual puede el dueño de la casa dar rienda suelta a su vanidad ante invitados.

75

Amor y dualidad. ¿Qué es, pues, el amor sino comprender y alegrarse de que otro viva, obre y sienta de modo distinto y opuesto a como nosotros? Para que el amor lime los contrastes mediante el gozo, no es menester superarlos, negarlos. Incluso el amor a sí mismo contiene como presupuesto la indeleble dualidad (o pluralidad) en una sola persona.

76[54]

Interpretar a partir del sueño. Lo que a veces no se sabe ni se siente exactamente despierto –si se tiene buena o mala conciencia respecto a una persona– lo enseña inequívocamente el sueño.

77

Desenfreno. La madre del desenfreno no es el gozo, sino la ausencia de gozo.

78

Castigar y recompensar. Nadie acusa sin la segunda intención de castigo y venganza, incluso cuando uno acusa a su destino, a sí mismo. Toda queja[55] es acusación[56], todo contento es elogio: en uno y otro caso, siempre hacemos responsable a alguien.

79

Dos veces injusto. A veces promovemos la verdad mediante una doble injusticia, a saber, cuando vemos y representamos una tras otra las dos caras de una cosa que no somos capaces de ver juntas, pero de tal manera que cada vez desconocemos o negamos la otra cara, con la ilusión de que lo que vemos es toda la verdad.

80

Desconfianza. La desconfianza en sí mismo no siempre aparece insegura y tímida, sino a veces como frenética: se ha embriagado para no temblar.

81[57]

Filosofía del advenedizo. Si uno quiere ser de una vez una persona, debe honrar incluso a su sombra.

[54] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md*.
[55] *Klagen*.
[56] *Anklagen*.
[57] Cf. 28 [53].

82

Saberse limpiar. Debe aprenderse a salir más limpio de las situaciones sucias y, si es preciso, a lavarse también con agua inmunda.

83

Dejarse ir. Cuanto más se deja uno ir, tanto menos le dejan ir los demás.

84

El canalla inocente. Hay un camino lento y gradual al vicio y la bellaquería de todo tipo. Al final del mismo, al que lo sigue le han abandonado por completo los enjambres de insectos de la mala conciencia, y, aunque enteramente infame, deambula sin embargo con inocencia.

85

Hacer planes. Hacer planes y concebir proyectos comporta muy buenos sentimientos, y quien tuviera la fuerza de no ser durante toda su vida nada más que un forjador de planes, sería una persona muy dichosa; pero de cuando en cuando tendrá que descansar de esta actividad para ejecutar un plan, y entonces sobrevienen el fastidio y el desencanto.

86

Con qué vemos el ideal. Toda persona capaz está encapsulada en su capacidad y no puede mirar libremente más allá de ésta. Si no tuviese además su buena porción de imperfección, su virtud le impediría llegar a una libertad ético-espiritual. Nuestros defectos son los ojos con que vemos el ideal.

87[58]

Elogio insincero. El elogio insincero produce luego muchos más remordimientos de conciencia que la censura insincera, probablemente por la sola razón de que con el elogio exagerado hemos comprometido nuestra facultad de juicio en mucho mayor medida que con la censura exagerada e incluso injusta.

88

Cómo se muera es indiferente. Toda la manera de pensar de un hombre sobre la muerte en la flor de su vida, en el apogeo de su vigor, ciertamente dice y testi-

[58] *Fp*: «¿Cómo es que se perdona más difícilmente la insinceridad de haber elogiado demasiado a alguien que la de haberlo censurado demasiado. El elogio insincero produce luego más remordimientos de conciencia que [—], probablemente porque con el elogio exagerado hemos al mismo tiempo comprometido mucho más nuestro juicio».

monia mucho de lo que se llama su carácter; pero la hora de la muerte misma, su actitud en el lecho mortuorio, es casi indiferente al respecto. El agotamiento del ser-ahí que expira, sobre todo cuando los que mueren son viejos, la alimentación irregular e insuficiente del cerebro durante este último período, la por momentos extrema violencia del dolor, lo inexperimentado y nuevo de toda la situación y harto a menudo incluso el acceso y retorno de impresiones y angustias supersticiosas, como si en la muerte fuese mucho en juego y se cruzaran puentes de índole pavorosísima, todo esto no *permite* utilizar la muerte como testimonio sobre el vivo. Tampoco es verdad que el moribundo sea en general *más sincero* que el vivo: más bien casi todos son inducidos por el continente solemne de los circunstantes, por las efusiones, reprimidas o fluyentes, de lágrimas y sentimientos, a una comedia, ora consciente, ora inconsciente, de la vanidad. La gravedad con que es tratado todo moribundo ha ciertamente sido para más de un pobre diablo menospreciado el goce más sutil de toda su vida y una especie de resarcimiento e indemnización de muchas privaciones.

89

La costumbre y su víctima. El origen de la costumbre se remonta a dos ideas: «la comunidad vale más que el individuo» y «la ventaja duradera ha de preferirse a la efímera»; de donde se infiere la conclusión de que la ventaja duradera de la comunidad debe anteponerse absolutamente a la ventaja del individuo, sobre todo a su bienestar momentáneo, pero también a su ventaja duradera e incluso a su supervivencia. Ahora bien, si al individuo le perjudica una institución beneficiosa para la totalidad, si desmedra por su causa, si sucumbe bajo su peso, la costumbre debe conservarse, el sacrificio tiene que llevarse a cabo. Pero una tal manera de pensar sólo germina en quienes *no* son la víctima, pues ésta alega en su caso que el individuo puede ser de más valor que el montón, lo mismo que el goce presente, el momento en el paraíso, habría quizá de considerarse superior a una insípida perpetuación de estados exentos de sufrimiento o confortables. Pero la filosofía de la víctima [59] siempre se deja oír demasiado tarde, y así es como perduran la costumbre [60] y la eticidad [61], cuando la eticidad no es justamente más que el sentimiento de todo el conjunto de costumbres bajo las que se vive y se ha sido criado, y ciertamente criado no en cuanto individuo, sino como miembro de un todo, como cifra de una mayoría. Así, constantemente sucede que el individuo, su eticidad mediante, se *mayoriza* a sí mismo.

90 [62]

Lo bueno y la buena conciencia. ¿Creéis que todas las cosas buenas han tenido en todas las épocas una buena conciencia? La ciencia, esto es, algo sin duda muy

[59] la filosofía] Variante en *Md*: «la filosofía del espíritu de sacrificio»; cf. carta de Nietzsche a su editor, Ernst Schmeitzner del 5 de marzo de 1879.

[60] *Sitte*.

[61] *Sittlichkeit*.

[62] Cf. 21 [77].

bueno, hizo su entrada en el mundo sin tal y enteramente desprovista de todo pathos, más bien secretamente, mediante rodeos, con la cabeza tapada o enmascarada, como un criminal, y siempre al menos *sintiéndose* contrabandista. La buena conciencia tiene como fase previa la mala conciencia; no como oposición, pues todo lo bueno ha sido alguna vez nuevo, por ende inusitado, contrario a la costumbre, *indecente*[63], y ha roído como un gusano el corazón del afortunado inventor.

91

El éxito santifica las intenciones. No se vacile en recorrer el camino de una virtud, incluso cuando se comprenda que los motivos que a ella impelen no son nada más que el egoísmo, es decir, la conveniencia, el bienestar personal, el temor, la preocupación por la salud, por la reputación o la fama. Se dice que estos motivos son innobles y egoístas; bien, pero cuando nos incitan a una virtud, por ejemplo, a la abnegación, a la fidelidad al deber, al orden, a la mesura y la moderación, se los atiende, ¡califíqueselos como se quiera! Pues si se alcanza aquello a que invitan, en adelante la virtud *alcanzada,* debido al aire puro que permite respirar y al bienestar psíquico que comunica, *ennoblece* los ulteriores motivos de nuestra acción y las mismas acciones en lo sucesivo ya no las realizamos por los mismos motivos más groseros que antes nos llevaban a ellas. La educación por tanto debe, en cuanto sea posible, *imponer* las virtudes siempre según la naturaleza del educando: la virtud misma, como el aire soleado y estival del alma, puede entonces contribuir a su propia obra y añadir madurez y dulzor.

92

Cristianistas, no cristianos. ¡De modo que eso sería vuestro cristianismo! Para *irritar* a los hombres, ensalzáis «a Dios y a sus santos»; y, a la inversa, cuando queréis ensalzar a los hombres, lo lleváis tan lejos que Dios y sus santos tienen que irritarse. Quisiera que aprendierais al menos los modales cristianos, puesto que tan ayunos estáis de la cortesía del corazón cristiano.

93

Impresión natural de los píos y de los impíos. Un hombre verdaderamente pío debe ser para nosotros un objeto de veneración; pero lo mismo un impío absolutamente sincero, radical. Si ante hombres de esta última especie está uno como en la proximidad de la alta montaña donde tienen su nacimiento los ríos más caudalosos, ante los píos se está como bajo árboles pletóricos, de amplia sombra, apacibles.

94

Asesinatos judiciales. Los dos más grandes asesinatos judiciales de la historia universal son, hablando sin rodeos, suicidios disfrazados y bien disfrazados. En

[63] *unsittlich*.

ambos casos se *quería* morir; en ambos casos se dejó que la mano de la injusticia humana hundiera la espada en el pecho.

95[64]

«Amor». La artimaña más sutil que tiene el cristianismo de ventaja sobre las demás religiones es una palabra: hablaba de *amor.* Convirtióse así[65] en la religión *lírica* (mientras que en sus otras dos creaciones el semitismo ha brindado al mundo religiones heroico-épicas). Hay en la palabra amor algo tan ambiguo, tan sugestivo, algo que habla al recuerdo, a la esperanza, que aun la más humilde inteligencia y el corazón más frío sienten algo de la aureola de esta palabra. La mujer más sagaz y el hombre más vulgar piensan ante ella en los momentos relativamente más desinteresados de toda su vida, aun cuando en su caso Eros no haya volado a gran altura; y esos incontables *privados* de amor por parte de los padres, hijos, amantes, pero especialmente los hombres de sexualidad sublimada, han hallado una mina en el cristianismo.

96[66]

El cristianismo cumplido. Hay también en el seno del cristianismo un talante epicúreo, que parte de la idea de que Dios sólo puede exigir del hombre, criatura hecha a su imagen, lo que a éste debe serle *posible* cumplir, es decir, de que la virtud y la perfección cristianas son alcanzables y a menudo alcanzadas. Ahora bien, la *creencia,* por ejemplo, de *amar* a los enemigos de uno –aun cuando no sea más que creencia, figuración, y en absoluto una realidad psicológica (es decir, amor)– hace *feliz* sin condiciones mientras se crea realmente así (¿por qué? sobre ello, por supuesto, el psicólogo y el cristiano pensarán de distinto modo). Y así, en virtud de la creencia, quiero decir la ilusión, de observar no sólo ese precepto de amar a los enemigos de uno, sino todos los demás preceptos cristianos y de haberse realmente apropiado e incorporado a la perfección divina según el mandato: «sed perfectos como perfecto es vuestro Padre que está en los cielos»[67], en efecto podría la *vida terrena* convertirse en una *vida bienaventurada.* El error puede por tanto convertir la *promesa* de Cristo en verdad.

97

Del porvenir del cristianismo. Sobre la desaparición del cristianismo y sobre las regiones en que más lentamente retrocederá puede uno permitirse una conjetura si se pondera por qué *razones* y dónde se difundió más impetuosamente el protestantismo. Como es sabido, éste prometió rendir todo lo mismo que rendía la antigua Iglesia mucho más barato, es decir, sin costosas misas de difuntos,

[64] Cf. 17 [19].

[65] *Fp* añadía: «(tal como éste fue ya el artificio de Platón en el *Banquete*)».

[66] Cf. 29 [22], 29 [27].

[67] Cf. *Mateo,* 5:48.

peregrinaciones ni pompa y boato sacerdotal: se propagó sobre todo por las naciones septentrionales, no tan profundamente arraigadas en el simbolismo y el gusto por las formas de la Iglesia antigua como las del sur; entre éstas pervivía en el cristianismo el paganismo religioso mucho más poderoso, mientras que en el norte el cristianismo significó un contraste y una ruptura con lo de antiguo autóctono, y fue desde el principio cosa del pensamiento más que de los sentidos, pero, precisamente por eso, en épocas de peligro, más fanático y porfiado también. Si se consigue extirpar el cristianismo del *pensamiento,* es obvio por dónde empezará a desaparecer; esto es, por donde más denodadamente se defienda. En otras partes se doblegará pero no se romperá, quedará deshojado pero echará nuevas hojas, pues allí los *sentidos* y no las ideas han tomado el mismo partido. Pero son los sentidos los que también sostienen la creencia de que todo el gasto de la Iglesia siempre resulta más barato y cómodo que las estrictas relaciones de trabajo y salario: pues ¡qué precio no se pagará por el ocio (o la semiholgazanería) una vez se ha habituado uno a ello! A un mundo descristianizado los sentidos objetan que en él haya que trabajar demasiado y sea demasiado pequeña la compensación en ocio: toman el partido de la magia, es decir, prefieren dejar que Dios trabaje por ellos *¡oremus nos, Deus laboret!*[68]).

98[69]

Histrionismo y sinceridad de los no creyentes. No hay libro que contenga tan abundantemente, que exprese tan candorosamente lo que a cada hombre hace en ocasiones bien –el entusiasta fervor venturoso presto al sacrificio y a la muerte en la fe y la contemplación de *su* «verdad» como la verdad última–, como el libro que habla de Cristo: de él puede uno avisado aprender todos los medios por los que puede hacerse de un libro el libro universal, el amigo de cualquiera, particularmente ese medio magistral de presentarlo todo como hallado, nada como venidero e incierto. Todos los libros eficaces tratan de dejar una impresión semejante, como si aquí estuviese trazado el más vasto horizonte espiritual y anímico y todo astro, actual o visible en el futuro, tuviese que girar en torno al sol que aquí brilla. ¿No debe en consecuencia, por la misma razón por que tales libros son eficaces, ser de escaso efecto todo libro *puramente científico?* ¿No está condenado a vivir humildemente y entre humildes, para ser finalmente crucificado y no resucitar jamás? ¿No son todos los probos de la ciencia «pobres de espíritu» en comparación con lo que los religiosos proclaman de su «saber» y de su espíritu «santo»? ¿Puede una religión cualquiera exigir más renunciamiento, expulsar de sí a los egoístas más implacablemente que la ciencia? Así o poco más o menos y en todo caso con cierto histrionismo podemos hablar *nosotros* cuando tenemos que defendernos ante los creyentes: pues apenas es posible llevar una defensa sin algo de histrionismo. Pero entre nosotros el lenguaje debe ser más

[68] «Nosotros oremos, trabaje Dios». En *Fp* se añadía: «Aún ahora es en el sur la vida más simple, más antigua; con el cristianismo se pierde la última parcela de antigüedad. De donde se deduce el fin del cristianismo».

[69] Cf. 28 [35].

sincero: nos servimos entonces de una libertad que a aquéllos, en su propio interés, ni siquiera les cabe entender. ¡Fuera, pues, la capucha del renunciamiento! ¡Fuera la careta de la humildad! Mucho más y mucho mejor: ¡así suena nuestra verdad! Si la ciencia no estuviese ligada al *placer* del conocimiento, a la *utilidad* de lo conocido, ¿qué nos importaría la ciencia? Si nuestra alma no fuese conducida al conocimiento por un poco de fe, de amor y de esperanza, ¿qué nos atraería a la ciencia? Y aunque en la ciencia el yo no tiene que significar nada, el dichoso yo inventivo, e incluso todo el yo probo y aplicado, significa muchísimo en la república de los hombres de ciencia. El respeto de los respetuosos, la alegría de aquellos a los que queremos bien o a los que veneramos, eventualmente la fama y una módica inmortalidad de la persona son el premio alcanzable por esa despersonalización, por no hablar aquí de perspectivas y recompensas más modestas, aunque precisamente por ellas ha jurado y suele sin cesar jurar la mayoría las leyes de esa república y en general de la ciencia. Si no hubiésemos seguido siendo en cierta medida hombres *anticientíficos*, ¿qué podría siquiera importarnos la ciencia? En resumen y dicho rotunda, llanamente y sin ambages: *a un ser puramente cognitivo el conocimiento le sería indiferente*. Lo que nos distingue de los píos y creyentes no es la calidad, sino la cantidad de fe y de piedad: nos contentamos con menos. ¡Pues entonces, nos interpelarán aquéllos, estad contentos y daos también por contentos! A lo que fácilmente podríamos replicar: ¡En efecto, no nos contamos entre los más descontentos! Pero vosotros, si vuestra fe os hace dichosos, ¡daos también por dichosos! ¡Siempre han sido vuestros semblantes más perniciosos para vuestra fe que nuestros argumentos! Si ese gozoso mensaje de vuestra Biblia estuviese escrito en vuestro rostro, no necesitaríais exigir tan porfiadamente la fe en la autoridad de ese libro: vuestras palabras, vuestras acciones debieran hacer constantemente superflua la Biblia, ¡una nueva Biblia debiera nacer constantemente de vosotros! Pero así toda vuestra apología del cristianismo tiene su raíz en vuestro anticristianismo; con vuestra defensa escribís vuestro propio auto de procesamiento. Pero si quisierais salir de esta vuestra insuficiencia de cristianismo, la experiencia de dos mil años os lleva a la consideración que, revestida de modesta forma interrogativa, suena así: «si Cristo tenía realmente la intención de redimir al mundo, ¿no ha fracasado?».

99

El poeta como orientador para el futuro. Tanta fuerza poética excedente como hay entre los hombres actuales que no es empleada para la descripción de la vida debiera consagrarse sin merma alguna a una única meta: no a la copia de lo presente, a la revitalización y condensación del pasado, sino a la orientación para el futuro; y esto entendiendo que el poeta no debe cual fantasioso economista político anticipar imaginativamente circunstancias más prósperas del pueblo y de la sociedad y la posibilitación de las mismas. Más bien, tal como antes hacían con los artistas las imágenes divinas, *seguirá elaborando poéticamente* la imagen hermosa del hombre y husmeará aquellos casos en que *en medio* de nuestro mundo y realidad modernos, en que sin ningún rechazo ni retraimiento artificiales de los mismos, es todavía posible el alma grande y bella, allí donde ésta puede todavía ahora incorporarse también a circunstancias armónicas, equi-

libradas, recibe de éstas visibilidad, duración, paradigmaticidad, y ayuda por tanto, mediante la estimulación y la envidia, a la creación del futuro. Los poemas de tales poetas se caracterizarían en consecuencia por aparecer impermeables e inmunes contra el soplo y el ardor de las *pasiones:* el desacierto incorregible, la destrucción de toda la lira humana, la risa burlona y el rechinar de dientes y todo lo trágico y cómico en el antiguo sentido habitual, en la vecindad de este arte nuevo sería sentido como fastidioso avillanamiento arcaizante de la imagen del hombre. Fuerza, bondad, ternura, pureza e involuntaria, innata mesura en las personas y sus acciones; un suelo llano que da reposo y placer al pie; un cielo luminoso que se refleja en los rostros y en los acontecimientos; el saber y el arte aglutinados en una nueva unidad; el espíritu conviviendo sin arrogancia ni celos con su hermana, el alma, y extrayendo de la contraposición la gracia de la seriedad, no la impaciencia de la disensión: todo esto sería lo envolvente, lo universal, el fondo dorado sobre el que ahora las sutiles *distinciones* de los ideales encarnados harían el *cuadro* propiamente dicho: el de la siempre creciente elevación humana. No pocos caminos llevan de Goethe a esta poesía del futuro: pero son menester buenos exploradores y ante todo un poder mucho mayor que el que poseen los poetas actuales, es decir, los inocuos representantes de la semibestia y de la inmadurez y desmesura confundidas con fuerza y naturaleza [70].

100 [71]

La musa como Pentesilea. «Antes pudrirse que ser una mujer que no *seduce*» [72]. Una vez la musa se pone a pensar así, de nuevo está cerca el fin de su arte.Pero puede ser un desenlace de tragedia y también de comedia.

101 [73]

Qué es el rodeo hacia lo bello. Si lo bello es idéntico a lo grato –y así lo cantaron antaño las musas–, lo útil es el *rodeo,* a menudo necesario, *hacia lo bello,* y puede rechazar con pleno derecho la miope censura de los hombres del momento que no quieren esperar y creen alcanzar todo lo bueno sin rodeos.

102

Como disculpa de no pocas culpas. Su infatigable voluntad de crear y su escudriñamiento del exterior le impiden al artista llegar a ser más bello y mejor como

[70] de la semibestia] *Fp*: «del hombre feo y de la naturaleza desnuda, sin edulcoramiento».

[71] Aforismo añadido en *Md* por Nietzsche de su puño y letra.

[72] En la mitología griega, Pentesilea fue una reina de las Amazonas que, como purificación ordenada por el rey Príamo por haber matado involuntariamente a otra amazona, mató a muchos aqueos en la guerra de Troya, hasta que finalmente cayó ante Aquiles. El fondo de una copa griega del siglo V a. C. refleja espléndidamente su leyenda: atravesada por la lanza del héroe, las rodillas dobladas ya por el peso de la muerte, aún se agarra a su enemigo para dirigirle una última mirada llena de amor y ternura.

[73] *Fp*: «¡*Contra* el menosprecio de lo útil!». Cf. 30 [89], 32 [18].

persona, es decir, crearse *a sí mismo,* a menos que su ambición sea lo bastante grande para forzarle a mostrarse también en la vida con otros siempre a la correspondiente altura de las crecientes belleza y grandeza de sus obras. En todos los casos no tiene más que una medida determinada de fuerza: ¿cómo podría lo que de ésta emplea en sí beneficiar su obra? Y viceversa.

103

Satisfacer a los mejores. Cuando con su arte uno «ha satisfecho a los mejores de su tiempo», esto es un indicio de que con él *no satisfará* a los mejores de la siguiente generación: claro que «se ha vivido para todos los tiempos»; la aprobación de los mejores asegura la fama [74].

104

De la misma pasta. Cuando se es de la misma pasta que un libro o una obra de arte, se cree muy íntimamente que éstos deben ser excelentes y ofende que otros los encuentren feos, recargados o pretenciosos.

105

Lenguaje y sentimiento. Que el lenguaje no nos ha sido dado para la comunicación del *sentimiento* se echa de ver por el hecho de que a todas las personas sencillas les avergüenza buscar palabras para sus emociones más profundas: la comunicación de éstas se exterioriza en acciones, e incluso en este caso se ruboriza uno cuando el otro parece adivinar sus motivos. Entre los poetas, a quienes en general la divinidad niega este pudor, los más nobles son sin embargo lacónicos en el lenguaje del sentimiento y dejan traslucir cierto reparo; mientras que los poetas del sentimiento propiamente dichos son en su mayoría desvergonzados en la vida práctica.

106

Error acerca de una privación. Quien no se ha deshabituado por completo de un arte durante largo tiempo, sino que nunca deja el trato con él, no puede ni remotamente comprender de *cuán poco* se priva uno cuando vive sin este arte.

107 [75]

Tres cuartos de fuerza. Una obra que deba producir una impresión de salud debe haberse producido a lo sumo con tres cuartos de la fuerza de su autor. Pero si éste ha llegado hasta sus límites extremos, la obra irrita al observador y lo asusta debido a su tensión. Todas las cosas buenas tienen algo de indolente y yacen como vacas en el prado.

[74] Vid. el prólogo al *Wallenstein* de Schiller, recitado en la reapertura del teatro de Weimar en octubre de 1796 (ed. cast., *Obras completas.* cit., pág. 542).

[75] Cf. 30 [150].

108[76]

Rechazar el hambre como invitada. Puesto que al hambriento lo mismo le sirve la comida delicada que la más grosera, al artista con pretensiones no se le ocurrirá convidar al hambriento a su mesa.

109[77]

Vivir sin arte ni vino. Con las obras de arte sucede como con el vino: mejor es no tener necesidad ni de unas ni de otro, atenerse al agua y transformarla una y otra vez en vino por el fuego interno, la dulzura interna del alma.

110[78]

El genio rapaz. En las artes, el genio rapaz[79], que sabe incluso engañar a espíritus sutiles, nace cuando, desde niño, alguien considera sin escrúpulos como botín libre todos los bienes no protegidos precisamente por la ley en cuanto propiedad de una persona determinada. Ahora bien, todos los bienes de tiempos y maestros pasados se encuentran libremente esparcidos, cercados y resguardados por el temor reverencial de los pocos que los conocen; a estos pocos se atreve a desafiar en virtud de su falta de vergüenza ese genio, y acumula una riqueza que a su vez genera ella misma veneración y temor.

111

A los poetas de las grandes ciudades. A los jardines de la poesía de hoy se les nota que las cloacas de las grandes urbes están demasiado cerca: con el aroma de las flores se mezcla algo que denota pestilencia y podredumbre. Con dolor pregunto: ¿tanto necesitáis, poetas, tomar por padrinos el chiste y la inmundicia cuando tenéis que bautizar cualquier sentimiento inocente y bello? ¿Debéis ponerle a todo trance un gorro de bufón y de diablo a vuestra noble diosa? Precisamente porque vivís demasiado cerca de la cloaca.

112

De la sal del discurso. Nadie ha explicado todavía por qué de los medios de expresión que tenían a su disposición en inaudita abundancia y fuerza hicieron

[76] Primera redacción en *Fp*: «El buen sabor de una comida no depende sólo del hambre, sino del cultivo del gusto discerniente. Al muerto de hambre le sabe exactamente igual de buena la comida más refinada que la más grosera. Lo mismo sucede también en la crítica de arte».

[77] Dos redacciones previas en *Fp*, la primera tachada por Nietzsche: «Quien no bebe cada vez más que un poco de arte, como hace con un vino fuerte, y lo bebe regularmente a intervalos no demasiado grandes...», «Con el arte sucede como con el vino: lo mejor es no tener necesidad de él y encontrar la inspiración en el agua».

[78] Cf. 33 [4].

[79] el genio rapaz] Variante en *Fp*: «el pseudo-genio».

los griegos un uso tan extremadamente parco que en comparación con ellos todo libro posgriego aparece estridente, abigarrado y extravagante. Se dice que en las proximidades de los hielos del Polo Norte, así como en las tierras más cálidas, el uso de la sal es más restringido, que, por el contrario, los habitantes de planicies y costas en la zona templada hacen de ella el más pródigo uso. ¿No habrían tenido los griegos por dos razones, por ser ciertamente su intelecto más frío y más claro pero su apasionada naturaleza fundamental mucho más tropical que los nuestros, necesidad de sal y de especias en la misma medida que nosotros?

113

El escritor más libre. ¿Cómo no mencionar en un libro para espíritus libres a Lorenzo Sterne, venerado por Goethe como el espíritu más libre de su siglo? Conténtese aquí sencillamente con el honor de ser llamado el escritor más libre de todos los tiempos, en comparación con el cual todos los demás aparecen tiesos, torpes, intolerantes y de una franqueza aldeana. En él no debería celebrarse la melodía cerrada, clara, sino la «melodía infinita», cuando con esta palabra queda designado un estilo de arte en el que la forma determinada resulta continuamente quebrada, desplazada, de nuevo traspuesta a lo indeterminado, de modo que significa lo uno y al mismo tiempo lo otro. Sterne es el gran maestro de la *ambigüedad,* tomada por supuesto esta palabra mucho más ampliamente de lo que comúnmente se hace cuando con ella se piensa en relaciones sexuales. Ha de darse por perdido el lector que en todo momento quiera saber exactamente qué piensa en definitiva Sterne sobre una cosa, si pone ante ella una cara seria o sonriente; pues él sabe conjugar ambas cosas en un solo pliegue de su rostro; sabe igualmente, y aun lo desea, tener y no tener razón al mismo tiempo, enmadejar el sentido profundo y la bufonería. Sus divagaciones son al mismo tiempo continuaciones y desarrollos ulteriores del relato; sus sentencias contienen al mismo tiempo una ironía respecto a todo lo sentencioso, su repugnancia hacia lo serio está ligada a una propensión que le incapacita para tomar ninguna cosa sólo superficial y exteriormente. En el lector de veras produce así una sensación de inseguridad sobre si se anda, se está de pie o se está acostado: una sensación sumamente afín a la de flotar. Él, el autor más dúctil, comunica también a su lector algo de esta ductilidad. Más aún, Sterne intercambia de improviso los papeles y tan pronto es lector como autor; su libro semeja un espectáculo dentro del espectáculo, un público teatral ante otro público teatral. Hay que rendirse incondicionalmente al capricho de Sterne –y puede por lo demás esperarse que sea clemente, siempre clemente–. Es rara e instructiva la postura de un escritor tan grande como Diderot ante esta ambigüedad universal de Sterne, a saber, igualmente ambigua, y eso es precisamente superhumor auténticamente sterniano. ¿Lo imitó, lo admiró, lo ridiculizó, lo parodió en su *Jacques le fataliste?*[80]. No puede establecerse de todas todas, y quizá fue esta precisamente la intención de su autor. Precisamente esta duda hace a los franceses *injustos* con la obra de uno

[80] *Jacques le Fataliste et son maître*: diálogo filosófico de Diderot escrito hacia 1773 pero no publicado hasta 1796, que plantea el problema de la libertad humana y el de la creación literaria.

de sus primeros maestros (quien no tiene de qué avergonzarse ante ninguno de los antiguos ni de los modernos). Y es que los franceses son demasiado serios con el humor –y sobre todo con este tomarse humorísticamente el humor mismo–. ¿Habrá que añadir que entre todos los grandes escritores es Sterne el peor modelo y el autor propiamente hablando menos ejemplar, y que Diderot mismo tuvo que expiar su audacia? Lo que los buenos franceses y, antes que ellos, algunos griegos quisieron y lograron como prosistas es precisamente lo contrario de lo que Sterne quiere y logra: éste se eleva como excepción magistral por encima de lo que todos los artistas literatos exigen de sí: disciplina, cohesión, carácter, constancia en los propósitos, amplitud de miras, sencillez, continente en el paso y en el semblante. Desgraciadamente, el hombre Sterne no parece haber sido sino demasiado afín al escritor Sterne: su alma de ardilla saltaba de rama en rama con desenfrenada excitación; conocía lo que dista entre lo sublime y lo ruin; en todas partes se había posado, siempre con la desvergonzada mirada acuosa y la mímica sentimental. Si el lenguaje no se espanta ante una tal yuxtaposición, era de una afectuosidad dura de corazón, y en los deleites de una imaginación barroca, aun depravada, tenía casi la gracia tímida de la inocencia. Una tal ambigüedad, una tal libertad de espíritu en todas las fibras y músculos del cuerpo: quizá ningún otro hombre poseía estas cualidades como él.

114[81]

Realidad selecta. Así como el buen escritor en prosa sólo toma palabras que pertenecen al lenguaje corriente, pero ni mucho menos todas las palabras del mismo –de ahí nace precisamente el estilo selecto–, así el buen poeta del futuro representará *sólo cosas reales* y prescindirá absolutamente de todos los asuntos fantásticos, supersticiosos, semimendaces, decadentes, en los que mostraban su fuerza los poetas de antaño. ¡Sólo realidad, pero ni mucho menos cualquier realidad, sino una realidad selecta!

115

Variantes del arte. Junto a los auténticos géneros del arte, el de la gran calma y el del gran movimiento, hay variantes, el arte ávido de reposo, estragado, y el arte efervescente: ambos desean que su debilidad se tome por su fortaleza y que se los confunda con los géneros auténticos.

116

Ahora al héroe le falta color. A los poetas y artistas del presente propiamente dichos les encanta proyectar sus cuadros sobre un flameante fondo rojo, verde, gris y dorado, sobre el fondo de la *sensualidad nerviosa:* de ésta sí que entienden los hijos de este siglo. Esto tiene el inconveniente –a saber, cuando los cuadros *no* son contemplados con los ojos del siglo– de que las más grandes figuras

[81] Aforismo añadido por Nietzsche en *Md* de su puño y letra.

pintadas por aquéllos parecen tener algo de mariposeante, trémulo, vertiginoso; de modo que en definitiva no se da crédito a sus gestas heroicas, sino a lo sumo a fechorías heroizantes, valentonas.

117

Estilo del recargamiento. El estilo recargado en el arte es la consecuencia de un empobrecimiento de la fuerza organizadora ante una profusa presencia de medios e intenciones. En los comienzos del arte se encuentra a veces lo exactamente opuesto a esto.

118

Pulchrum est paucorum hominum[82]. La historia y la experiencia nos dicen que la monstruosidad preñada de significado que secretamente estimula la fantasía y la transporta por encima de lo real y cotidiano, es *más antigua* y crece más opulentamente que lo bello en el arte y su generación, y que vuelve a irrumpir exuberantemente en cuanto se oscurece el sentido de la belleza. Para la inmensa mayoría de los hombres parece ser una necesidad mayor que lo bello; sin duda porque el narcótico que contiene es más grosero.

119

Orígenes del gusto por obras de arte. Si se piensa en los gérmenes primitivos del sentido artístico y se pregunta qué diversas clases de gozo producen las primicias del arte, por ejemplo entre los pueblos salvajes, hállase de entrada el gozo de *entender* lo que otro *quiere decir;* el arte es aquí una especie de adivinanza que le procura al que la resuelve goce por la propia rapidez y agudeza mental. Además, ante la más tosca obra de arte uno se acuerda de lo que en la experiencia le *fue* agradable, y en tal medida disfruta, por ejemplo, cuando el artista ha aludido a caza, triunfo, casamiento. Uno puede además sentirse estimulado, conmovido, enardecido por lo representado, verbigracia ante la exaltación de la venganza y del peligro. Aquí el goce reside en la estimulación misma, en el triunfo sobre el aburrimiento. También el recuerdo de lo desagradable, en la medida en que está superado o en la medida en que nos hace aparecer interesantes ante el oyente a nosotros mismos en cuanto objeto del arte (como cuando el bardo describe las peripecias de un intrépido marino), puede producir un gran gozo, el cual se cuenta entonces entre las bondades del arte. De índole más sutil es ya ese gozo que nace a la vista de todo lo regular y simétrico, en líneas, puntos, ritmos; pues una cierta semejanza despierta el sentimiento para todo lo ordenado y regular en la vida, únicamente a lo cual tenemos en definitiva que agradecer todo bienestar; en el culto de lo simétrico venérase, pues, inconscientemente la regla y la proporción como fuente de la dicha de uno hasta entonces; este gozo es una especie de acción de gracias. Sólo una cierta saturación de este último gozo mencionado da

[82] «A pocos hombres lès es dado lo bello». Horacio, *Sátiras*, I, 9, 44.

lugar al sentimiento aún más sutil de que también la ruptura de lo simétrico y reglado puede entrañar goce; por ejemplo, cuando incita a buscar razón en la aparente sinrazón, con lo que entonces aparece, como una especie de enigma estético, algo así como un género superior del gozo artístico mencionado primeramente. Quien prosiga este examen sabrá a *qué clase de hipótesis* se renuncia aquí por principio para la explicación de los fenómenos estéticos.

120

No demasiado cerca. Es una desventaja para las buenas ideas que se sucedan demasiado rápidamente: se ocultan recíprocamente la vista. Por eso han hecho los más grandes artistas y escritores abundante uso de lo mediocre.

121[83]

Tosquedad y debilidad. Los artistas de todos los tiempos han hecho el descubrimiento de que en la *tosquedad* reside una cierta fuerza y de que no todo el que quisiera ser tosco puede serlo; asimismo, de que muchas clases de *debilidad* operan intensamente sobre el sentimiento[84]. De aquí se han derivado no pocos sucedáneos de medios artísticos de los que incluso a los más grandes y concienzudos artistas les es difícil abstenerse por completo.

122[85]

La buena memoria. Más de uno no llega a pensador porque su memoria es demasiado buena.

123

Abrir el apetito en vez de saciarlo. Grandes artistas se figuran haber tomado posición y colmado por completo un alma a través de su arte; en verdad, y a menudo para su dolorosa desilusión, esa alma no se ha tornado con ello sino tanto más inabarcable e incolmable, de modo que diez artistas más grandes podrían zambullirse en sus profundidades sin saciarla.

124[86]

Miedo de artista. El miedo a que no se crea que sus figuras *viven* puede inducir a artistas de gusto decadente a conformarlas de tal modo que se comporten como *dementes:* como por otra parte los artistas griegos de los primeros inicios, acuciados por el mismo miedo, conferían incluso a moribundos y gravemente

[83] Cf. 22 [4].
[84] *Fp* añade en este punto: «(despiertan, p. ej., la compasión)».
[85] Aforismo añadido por Nietzsche en *Md* de su puño y letra.
[86] Cf. 30 [62], 30 [84].

heridos esa sonrisa que ellos conocían como signo más vivaz de la vida, despreocupados de lo que en tal trance del estar entre la vida y la muerte conforma la naturaleza.

125

El círculo debe terminarse. Quien ha seguido una filosofía o una modalidad artística hasta el final de su ruta [87] y más allá del final, comprende por vivencia interna por qué los sucesivos maestros y preceptores se han apartado de aquélla, a menudo con semblante desdeñoso, para continuar por otra. El círculo no debe sino circunscribirse, pero el individuo, por grande que sea, se planta en su punto de la periferia, con un inexorable semblante de obstinación, como si el círculo no debiera cerrarse jamás [88].

126 [89]

Arte antiguo y el alma del presente. Puesto que todo arte deviene cada vez más apto para la expresión de estados anímicos, de los más agitados, delicados, drásticos, apasionados, los maestros tardíos, mal acostumbrados por estos medios de expresión, sienten un malestar ante las obras de arte de los tiempos antiguos, como si los antiguos no hubiesen carecido precisamente más que de los medios para hacer hablar distintamente su alma, y aun acaso de algunos requisitos técnicos; y piensan que su obligación es subsanar esta deficiencia, pues creen en la igualdad e incluso en la unidad de todas las almas. Pero en verdad la misma alma de aquellos maestros fue distinta, quizá *más grande* pero más fría y aun desafecta a lo encantadoramente vivo; la mesura, la simetría, el menosprecio de lo ledo y delicioso, una aspereza y un frescor matinal inconscientes, una huida ante la pasión, como si con ella el arte se fuese a pique, esto constituye el talante y la moralidad de todos los maestros antiguos, quienes no contingentemente, sino por necesidad, elegían y espiritualizaban sus medios de expresión con la misma moralidad. Pero ¿debe, a la luz de este conocimiento, negarse a quienes vienen detrás el derecho a animar según su alma las obras antiguas? No, pues éstas sólo dándoles nuestra alma pueden pervivir: sólo *nuestra* sangre las lleva a hablarnos. La interpretación realmente «histórica» sería hablar espectralmente a espectros [90]. A los grandes artistas del pasado se los honra menos con ese recato estéril que deja cada palabra, cada nota, tal como está, que con tentativas activas de infundirles continuamente nueva vida. Claro está que si uno se imagina a Beethoven resucitado de repente y ante una de sus obras tocada con la modernísima animación y refinamiento nervioso en que se cimenta la fama de nuestros maestros de la interpretación, probablemente per-

[87] Quien ha] En *Fp*: «Quien ha penetrado perfectamente la esencia de un arte, de una filosofía...».

[88] con un inexorable] En Variante en *Fp*: «en una concha de caracol».

[89] Cf. 22 [25], 23 [138], 23 [190].

[90] La interpretación realmente] Variante en *Md*: «La interpretación realmente "histórica" de la música antigua, por ejemplo, no es posible así sin más».

manecería mudo un buen rato, sin saber si debía levantar la mano para maldecir o para bendecir, pero tal vez acabaría diciendo: «¡Bueno! ¡Bueno! Esto no es ni yo ni no-yo, sino un tercero; y también me parece algo justo, aunque no es *lo justo*. Pero allá vosotros [91], ya que en cualquier caso a vosotros os toca escuchar, y el vivo tiene razón, dice nuestro Schiller [92]. Así que *tened,* pues, razón y a mí dejadme volver allá abajo».

127

Contra los que censuran la brevedad. Algo dicho brevemente puede ser el fruto y el resultado de mucho largamente pensado; pero el lector que es novicio en este campo y en absoluto ha reflexionado todavía a este respecto, ve en todo lo dicho brevemente algo embrionario, no sin una seña de censura al autor por servirle como manjar algo tan falto de madurez y sazón.

128

Contra los miopes. ¿Creéis, pues, que debe de ser una obra fragmentaria porque se os ofrece (y debe ofrecérseos) en fragmentos?

129

Lectores de sentencias. Los peores lectores de sentencias son los amigos de su autor en el caso de que se empeñen en volver a inferir de lo universal lo particular a que la sentencia debe su origen: pues con esta fisgonería desbaratan todo el esfuerzo del autor, de modo que, en el mejor, o el peor, de los casos, obtienen como ganancia, en vez de, conforme a sus merecimientos, un clima y una instrucción filosóficos, nada más que la satisfacción de la vulgar curiosidad.

130 [93]

Impertinencias del lector. La doble impertinencia del lector hacia el autor consiste en elogiar el segundo libro de éste a costa del primero (o viceversa) y pretender luego que el autor le esté agradecido.

131 [94]

Lo excitante en la historia del arte. Si se sigue la historia de un arte, por ejemplo la de la elocuencia griega, pasando de maestro en maestro, a la vista de esa cada vez mayor circunspección para acatar todas las leyes y autolimitaciones,

[91] Cf. Goethe, *Beherzigung*.

[92] Cf. Schiller, *An die Freude* (1802).

[93] Cf. 18 [24].

[94] *Fp*: «Arte barroco. Es como si ya no se resistiese la enorme *tensión* de la circunspección (la libertad bajo la ley) en los clásicos: una especie de vértigo sobrecoge al espectador. El arco se rompe».

antiguas y recientemente agregadas, acaba uno por caer presa de una penosa tensión: comprende que el arco *debe* romperse y que la llamada composición inorgánica, tapada y enmascarada con los más maravillosos medios de expresión –en ese caso el estilo barroco del asianismo–, fue alguna vez una necesidad y casi un *beneficio*.

132

A los grandes del arte[95]. Ese entusiasmo por una causa que tú, grande, introduces en el mundo hace que se *estropee* el entendimiento de muchos. Saber esto humilla. Pero el entusiasta lleva su joroba con orgullo y placer: en tal medida tienes tú el consuelo de que contigo se *incrementa* la dicha en el mundo.

133

Los estéticamente carentes de conciencia. Los fanáticos propiamente dichos de un partido artístico son esas naturalezas completamente inartísticas que no se han impregnado siquiera de los elementos de la teoría del arte ni de la capacidad artística, pero son sacudidas del modo más intenso por todos los efectos *elementales* de un arte. Para ellos no hay conciencia estética y, por consiguiente, nada que pudiera hacerles desistir del fanatismo.

134[96]

Cómo debe moverse el alma según la música moderna[97]. La intención artística que persigue la música moderna[98] en lo que ahora se designa, muy fuerte pero imprecisamente, como «melodía infinita», puede clarificarse metiéndose en el mar, perdiendo paulatinamente pie sobre el fondo y entregándose finalmente a merced del elemento fluctuante: uno debe *nadar*. En la antigua música que se hacía hasta ahora uno tenía que *danzar* en un vaivén delicado, solemne o fogoso, más rápido o más lento, mientras que la mesura necesaria para ello, la observancia de determinados grados equilibrados de tiempo y de fuerza exigían del alma del oyente una constante *circunspección:* en el juego recíproco entre este fresco soplo procedente de la circunspección y el cálido aliento del entusiasmo musical estribaba el encanto de esa música. Richard Wagner ha querido otra clase de *movimiento del alma,* que, como queda dicho, es afín al nadar y flotar. Quizá es esto lo más esencial de todas sus innovaciones. Su famoso medio artístico derivado de esta voluntad y a ella adaptado –la «melodía infinita»– se afana por quebrar e incluso mofarse de toda simetría matemática de tiempo y de fuerza, y es pródigo en la invención de tales efectos, que suenan al oído antiguo como paradojas y blasfemias rítmicas. Teme la petrificación, la cristalización, el

[95] Título diferente en *Md*: «Del arte y del saber».
[96] Cf. 22 [3].
[97] Título tachado en *Fp*: «Elocuencia asiana».
[98] la música moderna] En *Fp*: «Wagner».

tránsito de la música a lo arquitectónico, y así al binario opone un ritmo ternario, introduce no pocas veces el compás de cinco y de siete tiempos, repite a continuación la misma frase, pero con una dilatación que duplica y triplica la duración. De una imitación desenfadada de tal arte puede derivar para la música un gran peligro: junto al exceso de sazón del sentimiento rítmico siempre han acechado ocultos el embrutecimiento, la decadencia del ritmo. Muy grande deviene en especial este peligro cuando semejante música se arrima cada vez más estrechamente a un arte teatral y un lenguaje gestual por entero naturalistas, no adecuados ni dominados por una plástica superior, que no tiene en sí ninguna mesura ni puede tampoco comunicar ninguna mesura al elemento que se les ajusta, a la esencia *demasiado femenina* de la música.

135

Poeta y realidad. La musa del poeta que no está *enamorado* de la realidad no será precisamente la realidad y le dará hijos de ojos hundidos y constitución demasiado delicada.

136[99]

Medios y fin. En el arte el fin no santifica los medios; pero medios santos pueden aquí santificar el fin.

137[100]

Los peores lectores. Los peores lectores son los que proceden como soldados entregados al pillaje: se llevan algo que pueden haber menester, ensucian y revuelven lo demás, y reniegan de todo.

138

Rasgos distintivos del buen escritor. Los buenos escritores tienen dos cosas en común: prefieren ser comprendidos a admirados, y no escriben para los lectores mordaces e hiperagudos.

139

Los géneros mixtos. Los géneros mixtos en las artes dan testimonio de la desconfianza que sus autores sentían respecto a su propia fuerza: buscaron poderes auxiliares, intercesores, tapaderas; así el poeta que llama en su ayuda a la filosofía, el músico que lo hace al drama, el pensador que a la retórica.

[99] Cf. 32 [5].

[100] Cl: «Los jóvenes no saben recoger los frutos, sino que prefieren abatir el árbol; su amor es asesino».

140

Callarse la boca. El autor tiene que callarse la boca cuando su obra abre la boca.

141 [101]

Insignias del rango. Todos los poetas y escritores que están enamorados del superlativo quieren más de lo que pueden.

142

Libros fríos. El buen pensador cuenta con lectores que sienten como él la dicha que comporta el bien pensar; de modo que un libro que parece frío y ramplón, visto con mirada justa puede aparecer nimbado por el rayo solar de la serenidad espiritual y como un verdadero consuelo del alma.

143

Artimaña de los lerdos. El pensador lerdo elige habitualmente como aliadas la locuacidad o la solemnidad: con la primera supone adquirir agilidad y fluidez, con la última hace creer que su cualidad es un efecto de la libre voluntad, de la intención artística, con el fin de la dignidad, que exige lentitud de movimiento.

144 [102]

Del estilo barroco. Quien, en cuanto pensador y escritor, sabe que no ha nacido ni ha sido educado para la dialéctica y el desenvolvimiento de los pensamientos, recurrirá involuntariamente a lo *retórico* y *dramático;* pues, a fin de cuentas, a él toca hacerse *entender* y obtener con ello poder, ya sea que se atraiga el sentimiento por camino llano o que lo asalte de improviso, como pastor o como salteador. Esto vale también tanto en las artes figurativas como de las musas; donde el sentimiento de una falta de dialéctica o de la insuficiencia en expresión y narración, junto con un exuberante, arrollador instinto para las formas, engendra ese género de estilo que se llama *estilo barroco.* Por lo demás, sólo en los mal informados y arrogantes provoca al punto esta palabra un sentimiento despreciativo. El estilo barroco siempre nace del desflorecimiento de cualquier gran arte, cuando las exigencias en el arte de la expresión clásica se han vuelto demasiado grandes, como un fenómeno natural al que se asistirá sin duda con melancolía –porque precede a la noche–, pero al mismo tiempo con admiración por las artes

[101] Cf. 30 [150].

[102] Cf. 30 [88], 32 [3]. *Fp*: «Muy bien podemos estudiar ahora el fenómeno del arte barroco, en el caso de que no seamos bastante dueños de nosotros mismos: pues la última de las artes, la música, ha llegado actualmente, bajo la influencia de Richard Wagner, a este estadio, y ciertamente con apariencia extraordinariamente fastuosa, perturbando por entero alma y sentidos...». Cf. carta de Nietzsche a Maier del 8 de agosto de 1878.

compensatorias, a él peculiares, de la expresión y de la narración. Cuéntase aquí ya la elección de temas y asuntos de suma tensión dramática, ante los que aun sin arte tiembla el corazón, pues cielo e infierno del sentimiento están demasiado cerca; luego la elocuencia de los afectos y gestos intensos, de lo sublimemente feo, de las grandes masas, en general de la cantidad en sí –tal como esto se anuncia ya en Miguel Ángel, el padre o abuelo de los artistas barrocos italianos–: las luces del crepúsculo, de la transfiguración o del incendio sobre formas tan intensamente delineadas; además, continuamente nuevas audacias en medios e intenciones, fuertemente subrayadas por el artista para los artistas, mientras que el profano no puede por menos de figurarse en presencia del perpetuo desbordamiento espontáneo de todas las cornucopias de un original arte natural: todas estas cualidades en que tiene su grandeza ese estilo no son posibles, toleradas, en las épocas primitivas, preclásicas o clásicas de una modalidad artística; tales exquisiteces penden durante mucho tiempo del árbol como frutos prohibidos. Precisamente ahora que la *música* entra en esta última época, se puede conocer el fenómeno del estilo barroco en un particular esplendor y aprender mucho sobre tiempos pretéritos mediante la comparación; pues desde los tiempos griegos ya ha habido a menudo un estilo barroco, en la poesía, la elocuencia, en el estilo en prosa, en la escultura no menos notoriamente que en la arquitectura, y cada vez este estilo, aunque ha carecido igualmente de la suprema nobleza, la de una perfección inocente, inconsciente, triunfante, ha beneficiado también a muchos de los mejores y más serios de su tiempo, por lo que, como queda dicho, es presuntuoso juzgarlo sin más despreciativamente, por más que puede considerarse dichoso todo aquel que no haya embotado su sensibilidad para el estilo más puro y grande.

145

Valor de los libros honestos. Los libros honestos hacen honesto al lector, al menos en cuanto sonsaca su odio y repugnancia, que si no la pícara sagacidad sabe ocultar estupendamente. Pero ante un libro uno se deja llevar, por más que ante las personas se inhiba [103].

146

Cómo funda el arte un partido. Algún que otro bello pasaje, un excitante desarrollo de conjunto y arrebatadoras y estremecedoras disposiciones en la conclusión: *esto* será accesible en una obra de arte a la mayoría de los profanos; y en un período del arte en que se quiere *atraer* hacia los artistas la gran masa de los profanos, es decir, fundar un partido, quizá para la preservación del arte en general, hará bien el creador en no dar *más,* para no derrochar su fuerza en campos en los que nadie sabe agradecérselo. Hacer lo *demás* –imitar a la naturaleza en su *orgánico* conformar y hacer crecer– significaría en ese caso sembrar en agua.

[103] al menos] Fp: «al menos en lo que al odio y al amor respecta».

147

Engrandecerse a costa de la historia. Todo maestro tardío que arrastra hacia su cauce el gusto de los que gozan con el arte produce involuntariamente una selección y reapreciación de los maestros antiguos y sus obras: lo en éstos adecuado y afín *a él,* anticipador y anunciador de él, vale de ahora en adelante como lo propiamente hablando *significativo* en ellos y sus obras, un fruto en el que habitualmente se esconde cual gusano un gran *error.*

148

Cómo se gana una época para el arte. Enséñese a los hombres, con ayuda de todas las magias de artista y de pensador, a sentir veneración por sus defectos, por su pobreza espiritual, sus insensatas ofuscaciones y pasiones –y esto es posible–, muéstrese del crimen y de la demencia sólo el lado sublime, de la debilidad de los abúlicos y los ciegamente adictos solamente lo conmovedor y lo que de un tal estado habla al corazón –también esto se ha hecho con harta frecuencia–: así se habrá empleado el medio para infundir, aun en una época por entero antiartística y antifilosófica, *amor* entusiástico por la filosofía y el arte (sobre todo por los artistas y pensadores en cuanto personas), y, en coyunturas desfavorables, quizá el único medio para conservar la existencia de criaturas tan delicadas y expuestas a peligros.

149 [104]

Crítica y gozo. La crítica, la unilateral e injusta tanto como la inteligente, produce en quien la ejerce tanto deleite, que el mundo debe gratitud a toda obra, a toda acción que estimule mucho y a muchos a la crítica; pues deja tras ella una reluciente estela de gozo, ingenio, autoadmiración, orgullo, aleccionamiento y propósito de hacerlo mejor. El dios del gozo creó lo malo y mediocre por la misma razón por que creó lo bueno.

150

Más allá de sus límites. Cuando un artista quiere ser más que un artista, por ejemplo el despertador moral de su pueblo, acaba como castigo por enamorarse de un monstruo de asunto moral, y la musa se ríe de ello; pues los celos pueden malear también a esta diosa de tan buen corazón. Piénsese en Milton y Klopstock [105].

[104] Cf. 27-[14], 30 [93]. *Fp*: «Sobre todo no subestimar el extraordinario gozo que procura la crítica durante épocas enteras».

[105] de su pueblo] *Fp*: «de un pueblo, siempre lo será a expensas de su arte: no puede servir a dos señores». acaba como castigo] *Cl*: «el arte, su estricto soberano, le hará expiar duramente esta infidelidad: mediante la privación o la frialdad de su abrazo conyugal». John Milton (1608-1674): poeta y ensayista inglés. Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803): poeta y dramaturgo alemán.

151 [106]

Ojo de vidrio. La orientación del talento hacia temas, personas, motivos *morales,* hacia el alma bella de la obra de arte, no es a veces más que el ojo de vidrio que se coloca el artista que *carece* de alma bella: con la muy rara consecuencia de que este ojo acaba por convertirse en naturaleza, aunque naturaleza de mirada algo empañada, pero con la consecuencia habitual de que todo el mundo supone ver naturaleza donde lo que hay es frío vidrio.

152

Escribir y querer triunfar. Escribir debiera siempre anunciar un triunfo, es decir, una victoria *sobre sí mismo* que debe comunicarse en provecho de otros; pero hay autores dispépticos que no escriben precisamente más que cuando no pueden digerir algo, más aún, cuando esto se les ha quedado atrancado entre los dientes: involuntariamente tratan de fastidiar también al lector con su despecho y ejercer así un poder sobre él; es decir: también ellos quieren triunfar, pero sobre otros.

153

«Un buen libro lleva tiempo». Todo buen libro sabe áspero cuando aparece: tiene el defecto de la novedad. Además, le perjudica su autor vivo, en el caso de que sea conocido y se sepa mucho sobre él; pues todo el mundo suele confundir al autor con su obra. Lo que en ésta hay de espíritu, dulzura y brillo, debe primero desarrollarse con los años, bajo los cuidados de una veneración creciente, luego antigua, finalmente tradicional. No pocas horas deben transcurrir sobre ella, no pocas arañas haber tejido su red en ella. Los buenos lectores hacen cada vez mejor un libro y los buenos adversarios lo acrisolan.

154

Desmesura como recurso artístico. Los artistas saben bien lo que quiere decir servirse de la desmesura como recurso artístico para producir la impresión de riqueza. Cuéntase este entre los inocentes ardides de la seducción de almas en los que los artistas deben ser entendidos; pues en su mundo, donde lo que importa es la apariencia, los medios de la apariencia tampoco han de ser necesariamente auténticos.

155

El organillo escondido. Los genios entienden mejor que los talentos de ocultar el organillo gracias a sus más abundantes pliegues, pero en el fondo tampoco ellos saben más que tocar una y otra vez sus cuatro viejas piezas.

[106] Cf. 34 [9].

156[107]

El nombre en la portada. Ciertamente es ahora costumbre y casi deber poner el nombre del autor en la portada del libro; pero esta es una de las principales causas de la escasa eficacia de los libros. Pues si son buenos, valen más que las personas, son como su quintaesencia; pero en cuanto el autor se da a conocer junto al título, la quintaesencia queda diluida por parte del lector con lo personal, aun lo más personal, y con ello se malogra el fin del libro. La ambición del intelecto no es aparecer ya individual.

157

Crítica agudísima. A un hombre, a un libro, se los critica del modo más agudo cuando se traza su ideal.

158

Poco y sin amor. Todo buen libro está escrito para un determinado lector y la especie de éste, y precisamente por ello es desfavorablemente considerado por todos los demás lectores, la gran mayoría: porque su reputación descansa en una estrecha base y sólo puede construirse lentamente. El libro mediocre y malo lo es precisamente porque intenta agradar y agrada a muchos[108].

159

Música y enfermedad. El peligro de la nueva música reside en el hecho de que nos pone en los labios la copa de lo delicioso y grandioso tan arrebatadoramente y con una tal apariencia de éxtasis ético, que aun el mesurado y noble bebe siempre algunas gotas de más. Pero esta mínima intemperancia, continuamente repetida, puede acabar por llevar a una convulsión y una socavación de la salud espiritual más profundas de lo que podría hacerlo cualquier exceso grosero; de modo que no queda nada más que huir un buen día de la gruta de las ninfas[109] y abrirse paso entre el oleaje y los peligros rumbo al humo de Ítaca y a los abrazos de la esposa, más sencilla y humana.

160

Ventaja para los adversarios. Un libro lleno de espíritu comunica también algo de éste a los adversarios.

[107] Cf. 34 [12].

[108] la especie de éste] *Fp*: «para comunicarse con él, y es por tanto un mal libro para cualquier otro, pues no puede comunicarse con él».

[109] Alusión a la seducción de Odiseo por la ninfa Calipso, junto a la que permaneció siete años en la isla de Ogigia.

161

Juventud y crítica. Para los jóvenes criticar un libro sólo significa mantenerse a distancia de toda idea productiva del mismo y defender el pellejo con uñas y dientes. El joven vive en situación de legítima defensa contra todo lo nuevo que no puede amar en bloque y comete con ello tantas veces como puede un crimen superfluo.

162

Efecto de la cantidad. La mayor paradoja de la historia de la poesía consiste en el hecho de que en todo aquello en que los poetas antiguos tienen su grandeza uno puede ser un bárbaro, esto es, defectuoso y contrahecho de pies a cabeza, y seguir sin embargo siendo el más grande poeta. Esto sucede en efecto con Shakespeare, quien, comparado con Sófocles, parece una mina llena de una enormidad de oro, plomo y rocalla, mientras que éste no sólo es oro, sino oro de la más noble textura, la cual casi hace olvidar su valor como metal. Pero, en sus más altos grados, la cantidad obra como calidad: de eso se beneficia Shakespeare.

163 [110]

Todo comienzo es peligroso. El poeta tiene la elección entre elevar el sentimiento de peldaño en peldaño y así acabar por remontarlo a grandísima altura, o bien intentar un ataque por sorpresa y ya desde el principio tirar de la cuerda de la campana con toda violencia. Ambas cosas tienen sus peligros: en el primer caso quizá ahuyente al público el aburrimiento; en el segundo, el pavor.

164

En favor de los críticos. Los insectos pican no por malicia, sino porque también ellos quieren vivir; lo mismo les sucede a nuestros críticos: quieren nuestra sangre, no nuestro dolor.

165

Éxito de sentencias. Cuando una sentencia les convence al punto por su sencilla verdad, los inexpertos siempre suponen que es antigua y conocida, y miran al mismo tiempo de reojo al autor, como si éste hubiese querido robar el patrimonio de todos; mientras que se complacen en semiverdades aderezadas, y así se lo hacen saber al autor. Éste sabe apreciar una tal indicación y fácilmente adivina por ella en qué ha acertado y en qué ha fracasado.

166

Querer triunfar. Un artista que en todo lo que emprende va más allá de sus fuerzas acabará no obstante por arrastrar a las multitudes consigo por el espec-

[110] Cf. 23 [95].

táculo del violento combate que ofrece; pues el éxito no siempre está sólo en el triunfo, sino a veces ya en el querer triunfar.

167

Sibi scribere[111]. El autor razonable no escribe para ninguna otra posteridad más que para la suya propia, es decir, para su vejez, para aun entonces poder también gozar de sí.

168

Elogio de la sentencia. Una buena sentencia es demasiado dura para el diente del tiempo y ni todos los milenios la devoran, aunque sirve de alimento a todas las épocas; por eso es la gran paradoja de la literatura, lo imperecedero en medio de lo cambiante, la comida que siempre se aprecia, como la sal, y nunca, como incluso ésta, deviene sosa.

169

Necesidad artística de segundo orden. El pueblo tiene sin duda algo de lo que cabe llamar necesidad artística, pero es poco y puede satisfacerse con poco dispendio. En el fondo, basta para ello con el desecho del arte; debe admitirse honestamente. Pero considérese sólo por ejemplo qué melodías y canciones alegran ahora los corazones de nuestras más vigorosas, íntegras, ingenuas capas de la población, vívase entre pastores, vaqueros, campesinos, cazadores, soldados y marinos, y respóndase. ¿Y en la pequeña ciudad, precisamente en las casas en que se cobija la ancestral virtud burguesa, no se ama, más aún, no se mima la peor música que en general se produce hoy en día? ¡Delira o miente quien, con respecto al pueblo *tal como éste* es, habla de necesidad más profunda, de anhelo frustrado de arte! ¡Sed honestos! Sólo en *hombres excepcionales* se da hoy en día una necesidad artística de *estilo elevado,* porque en general el arte vuelve una vez más a estar en baja y las energías y esperanzas humanas se han dedicado desde hace un tiempo a otras cosas. Por supuesto que además, es decir, aparte del pueblo, existe otra necesidad artística más amplia, más extensa, pero de *segundo orden,* en las capas superiores y supremas de la sociedad; aquí es posible algo así como una comunidad artística de buena fe. ¡Pero considérense estos elementos! Son sin excepción los descontentos más sutiles los que no llegan en sí a ningún disfrute verdadero: el culto no se ha liberado lo suficiente para poder prescindir de los consuelos de la religión y sin embargo no encuentra lo bastante aromáticos los óleos de ésta; el seminoble que es demasiado débil para quebrar

[111] «Escribir para sí mismo». Expresión empleada por Valentín Rose en su *Aristoteles pseudoepigraphus,* Leipzig 1863, 717: «sibi quisque scribit» [«cada cual escribe para sí»], muchas veces comentada por Nietzsche en sus notas del otoño de 1867 a la primavera de 1868. Cf. asimismo Emerson, *Versuche,* trad. al. G. Fabricius, Hannover 1858, 114, *BN,* y la carta de Nietzsche a Erwin Rohde del 15 de julio de 1882.

el defecto fundamental de su vida o la inclinación nefasta de su carácter mediante un heroico vuelco o renuncia; el ricamente dotado que tiene de sí una opinión demasiado elevada para ser de utilidad por una actividad modesta y demasiado perezoso para un trabajo grande y sacrificado [112]; la joven que no sabe crearse un círculo de deberes suficiente; la esposa que se ató mediante un matrimonio frívolo o desaforado y se sabe no suficientemente atada; el erudito, médico, comerciante, funcionario que se especializó demasiado pronto y nunca ha dado rienda suelta a toda su naturaleza, pero que por ello realiza su trabajo, por lo demás excelente, con un gusano en el corazón; finalmente, todos los artistas incompletos. ¡Éstos son *ahora* los todavía verdaderamente necesitados de arte! ¿Y qué ansían, propiamente hablando, del arte? Éste debe disipar por horas o instantes el malestar, el aburrimiento, la medio mala conciencia, y en lo posible magnificar el defecto de su vida y carácter como defecto del destino cósmico [113]; muy distintos de los griegos, quienes sentían en su arte la emanación y el desbordamiento de su propio desahogo y salud, y a quienes encantaba ver, *una vez más,* fuera de sí su perfección: a ellos los conducía al arte el goce de sí mismos; a estos nuestros contemporáneos, el disgusto de sí mismos.

170 [114]

Los alemanes en el teatro. El auténtico talento teatral de los alemanes fue Kotzebue; él y sus alemanes, tanto los de la alta sociedad como los de clase media, se llevaban necesariamente bien, y los contemporáneos habrían podido decir en serio de él: «en él vivimos, coleamos y somos». No había aquí nada forzado, inculcado, semi o pseudogozado: lo que quería y sabía hacer era entendido, más aún, hasta hoy en día el *genuino* éxito teatral en los escenarios alemanes lo poseen los herederos vergonzantes o desvergonzados de los recursos y efectos de Kotzebue, especialmente en tanto en cuanto la comedia se halla todavía en un cierto florecimiento; de donde resulta que mucho del germanismo de entonces sigue todavía perviviendo, sobre todo lejos de la gran ciudad. Bonachones, intemperantes en los pequeños goces, ávidos de lágrimas, con el deseo de al menos en el teatro poderse desembarazar de la austera sobriedad innata y practicar aquí una indulgencia sonriente y aun risueña, confundiendo el bien y la compasión y fundiéndolos en uno –como es lo esencial del sentimentalismo alemán–, colmados de felicidad ante una acción bella, magnánima, sumisos por lo demás a la superioridad, envidiosos unos de otros, y sin embargo en el fondo bastándose a sí mismos, así eran ellos, así era él. El segundo talento teatral fue Schiller: éste descubrió una clase de espectadores que hasta entonces no había sido tenida en cuenta: los halló en las generaciones inmaduras, en la joven

[112] y demasiado perezoso] *Fp*: «que ha sido demasiado perezoso desde la infancia y siempre ha estado entregado a los placeres sin verdadero placer, reclaman un arte sustitutivo para ellos de la religión, el apetito y la mala conciencia».

[113] *Fp* añade en este punto: «y atizar entre ellos en cuanto partido una especie de entusiasmo partidista».

[114] Cf. 19 [47], 30 [93]; cf. también *La filosofía en la época trágica de los griegos* (1873).

y el joven alemanes. Con sus poemas salió al paso de sus impulsos más elevados, nobles, impetuosos, aunque confusos, de su placer en la sonoridad de las palabras éticas (que suele desaparecer a partir de los treinta años), y consiguió así, en virtud del apasionamiento y el afán por tomar partido de esa edad, un éxito que paulatinamente fue también ejerciendo su benéfico influjo sobre las generaciones más maduras: en general, Schiller *ha rejuvenecido* a los alemanes. En todos los respectos Goethe estuvo y está aún hoy en día por encima de los alemanes: jamás les pertenecerá. También, ¿cómo podría ningún pueblo estar a la altura de la *espiritualidad* goethiana en *bienestar y benevolencia?* Así como Beethoven hizo música por encima de los alemanes, así como Schopenhauer filosofó por encima de los alemanes, así Goethe compuso su *Tasso,* su *Ifigenia,* por encima de los alemanes. Le siguió una *muy pequeña* cohorte de muy cultos, educados por la antigüedad, la vida y los viajes, crecidos más allá de la esencia alemana: él mismo no quería otra cosa. Cuando después los románticos erigieron su premeditado culto de Goethe, cuando su asombrosa habilidad para el olfateo artístico pasó a los discípulos de Hegel, los auténticos educadores de los alemanes de este siglo, cuando la creciente ambición nacional contribuyó también a la fama de los poetas alemanes y el criterio propiamente dicho del pueblo, el de si puede *disfrutar* de algo *honestamente,* fue inexorablemente subordinado al juicio de los individuos y a esa ambición nacional –es decir, cuando se empezó a *tener* que disfrutar–, entonces nació esa mendacidad y falsía de la cultura alemana, que se avergonzaba de Kotzebue, que puso en escena a Sófocles, a Calderón y hasta la continuación goethiana del *Fausto,* y que, debido a su lengua pastosa, a su estómago empachado, acaba por no saber ya lo que le gusta ni lo que le aburre. ¡Bienaventurados los que tienen gusto, aunque sea un mal gusto! Y no sólo bienaventurado: también sabio puede llegarse a ser solamente gracias a esa propiedad; por eso los griegos, que en tales cosas eran muy sutiles, designaban al sabio con una palabra que significa *el hombre de gusto* y llamaban a la sabiduría, tanto artística como del conocimiento, «gusto» *(sophia).*

171 [115]

La música como fruto tardío de toda cultura. De todas las artes que suelen brotar en un determinado suelo cultural, bajo determinadas circunstancias sociales y políticas, la música aparece como la última de todas las plantas, en el

[115] Cf. 22 [17], 22 [24]. Primera versión de *Fp,* luego tachada por Nietzsche: «La música es la *melodía muriente* de una *cultura,* de una suma de sentimientos de tal o cual fuerza; no un lenguaje humano universal, como podría creerse, sino que responde exactamente a las circunstancias internas que comportan una cultura: Palestrina, p. ej., sería inaccesible para un griego. Wagner presta una voz a ese neorromántico catolicismo del sentimiento que despertó al mismo tiempo que un sentimiento nacional más fuerte tras las guerras de liberación, enlaza los dos cabos más remotos de esas emociones, el gusto por el ancestral mito indígena y el espíritu cristiano de redención, misericordia y éxtasis; es reacción contra la Ilustración y las ideas supranacionales de la Revolución: una línea intermedia entre Schlegel, Grimm, Brentano, Schopenhauer. De ahí la relación con Liszt». Clemens Brentano (1778-1842): poeta y novelista alemán. Franz Liszt (1811-1886): compositor y pianista húngaro, padre de Cósima y por tanto suegro de Wagner.

otoño y el desflorecimiento de la cultura a ella pertinente: habitualmente cuando ya son advertibles los primeros heraldos e indicios de una nueva primavera; es más, a veces la música suena como el lenguaje de una época abismada en un mundo asombrado y nuevo, y llega demasiado tarde. Únicamente en el arte de los músicos neerlandeses halló el alma de la Edad Media cristiana su plena resonancia: su arquitectura sonora es la hermana póstuma, pero auténtica y de igual alcurnia, del gótico. Únicamente en la música de Haendel [116] resonó lo mejor del alma de Lutero y de sus afines, el gran tirón judeo-heroico que creó todo el movimiento de la Reforma. Únicamente Mozart [117] tornó en oro *sonoro* la época de Luis XIV [118] y el arte de Racine [119] y de Claude Lorrain [120]. Únicamente en la música de Beethoven y de Rossini [121] se explayó en canto el siglo XVIII, el siglo de la exaltación, de los ideales rotos y de la felicidad efímera. Así podría, pues, un amante del símil sensiblero decir que toda música verdaderamente significativa es un canto de cisne. *No* es precisamente la música un lenguaje universal, que traspase el tiempo, como con tanta frecuencia se ha dicho en su honor, sino que corresponde a la medida de sentimiento, calor y tiempo que lleva en sí como ley interna una cultura individual enteramente determinada, limitada espacial y temporalmente: la música de Palestrina sería de todo punto inaccesible para un griego y, a su vez, ¿qué oiría Palestrina en la música de Rossini? Quizá también nuestra más reciente música alemana, por más que dominante y ávida de dominar, ya no sea entendida dentro de poco: pues surgió de una cultura presa de rápido declive; su suelo es ese período de reacción y restauración en que tanto un cierto *catolicismo del sentimiento* como el gusto por toda la *esencia y la protoesencia autóctono-nacional* florecieron y difundieron por Europa una fragancia mixta, orientaciones ambas del sentir que, tomadas en su máxima intensidad y llevadas a sus límites más extremos, acabaron por resonar en el arte wagneriano. La apropiación por parte de Wagner de antiguas sagas indígenas, el ennoblecedor manejo al que a su antojo sometió a los bien extraños dioses y héroes de éstas –los cuales en definitiva son fieras soberanas con veleidades de melancolía, magnanimidad y tedio vital–, la reanimación de estas figuras, a las que agregó la sed cristiano-medieval de sensualidad y desensualización extáticas, todo este toma y daca wagneriano respecto a asuntos, almas, figuras y palabras, expresa claramente también el *espíritu de su música,* si ésta, como toda música, no supiese hablar de sí misma de manera cabalmente inequívoca: este espíritu acaudilla la *última* guerra y reacción contra el espíritu de la Ilustración que desde el siglo pasado soplaba en éste, así como contra las ideas supranacionales de la exaltación revolucionaria francesa y de la parsimonia anglo-americana por lo que a la reconstrucción de Estado y sociedad respecta. Pero ¿no es evidente que el círculo de ideas y

[116] Georg Friedrich Haendel (1685-1759): compositor alemán naturalizado inglés.

[117] Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791): compositor austríaco.

[118] Luis XIV el Grande o el Rey Sol (1638-1715): rey de Francia (1643-1715).

[119] Jean Racine (1639-1699): poeta dramático francés.

[120] Claude Lorrain o Lorraine, pseudónimo de Claude Gellée (1600-1682): pintor, dibujante y grabador francés.

[121] Gioacchino Rossini (1792-1868): compositor italiano.

de sentimientos que aquí –en Wagner mismo y sus adeptos– parecen todavía reprimidos han recobrado de nuevo fuerza desde hace mucho tiempo y que esa tardía protesta musical contra ellos resuena las más de las veces en oídos que prefieren sones distintos y opuestos [122], de modo que ese maravilloso y elevado arte un día podría tornarse de repente incomprensible y quedar cubierto por las telarañas y el olvido? Sobre este estado de cosas no debe dejarse uno desconcertar por esas fugaces fluctuaciones que aparecen como reacción dentro de la reacción, como pasajero hundimiento de la cresta de la ola en medio del movimiento de conjunto; también podría así esta década de guerras nacionales, de martirio ultramontano [123] y de desasosiego socialista contribuir en sus repercusiones más sutiles a una repentina gloria de dicho arte, sin por ello garantizarle sin embargo que «tenga futuro», ni menos que tenga *el futuro*. La esencia de la música implica que los frutos de sus grandes cosechas culturales se desaboricen más tempranamente y se pudran más rápidamente que los frutos del arte figurativo o incluso que los crecidos del árbol del conocimiento; pues de todos los productos del sentido artístico humano son las *ideas* lo más duradero y sólido.

172 [124]

Los poetas, ya no preceptores. Por extraño que pueda sonarle a nuestra época, poetas y artistas hubo cuya alma estaba por encima de las pasiones y de sus luchas y éxtasis, y que por eso se complacían en asuntos más depurados, hombres más dignos, nudos y desenlaces más delicados. Si los grandes artistas contemporáneos son en su mayoría desaherrojadores de la voluntad y, bajo ciertas circunstancias, precisamente por ello liberadores de la vida, aquéllos eran refrenadores de la voluntad, metamorfoseadores de bestias, creadores de hombres y en general formadores, transformadores y reformadores de la vida; mientras que la gloria de los actuales puede radicar en cortar amarras, romper cadenas, destruir. Los antiguos griegos exigían del poeta que fuese el preceptor de los adultos; pero cómo se avergonzaría hoy en día un poeta si se exigiese esto de él, que ni siquiera para sí fue un buen preceptor y por consiguiente no llegó a ser él mismo un buen poema, una bella forma, sino, en el mejor de los casos, algo así como el modesto, atractivo montón de escombros de un templo, pero al mismo tiempo una gruta de apetitos, cubierta, como una ruina, de flores, zarzas, acónitos, habitada y visitada por serpientes, sabandijas, arañas y pájaros, un objeto para la triste reflexión sobre por qué ahora lo más noble y exquisito tiene que alzarse como ruina, sin el pasado y el futuro de la perfección.

[122] En *Cl* el interrogante se cerraba aquí y se añadía una frase luego tachada por Nietzsche: «Hay que haber respirado en una y otra atmósfera para poder plantear con tanta determinación estos principios».

[123] «Ultramontano» era ya un término usado en Francia, Alemania y los Países Bajos durante los siglos XVII y XVIII para referirse a los movimientos católicos que sostenían la supremacía del Papa.

[124] Cf. 30 [151].

173

Mirada adelante y atrás[125]. Un arte como el que *fluye* de Homero, Sófocles, Teócrito[126], Calderón, Racine, Goethe, como *excedente* de una conducta vital sabia y armoniosa, eso es lo justo a que acabamos por recurrir cuando nosotros mismos nos hemos tornado más sabios y armónicos, no ese borboteo bárbaro, aunque tan fascinante, de cosas ardientes y variopintas de una caótica alma desenfrenada que antes, de jóvenes, entendíamos por arte. Pero se comprende por sí mismo que para ciertas épocas de la vida un arte del exceso, de la excitación, de la repugnancia hacia lo regulado, monótono, simple, lógico, es una necesidad imperiosa a la que *deben* corresponder artistas para que el alma de tales épocas de la vida no se desahogue por otra vía, mediante toda suerte de travesuras y vicios. Así los jóvenes, tal como en su mayoría son, pletóricos, efervescentes, atormentados por nada *más* que por el tedio; así las mujeres, a las que falta un buen trabajo que llene el alma, han menester ese arte del desorden fascinante: tanto más violentamente se inflama su anhelo de un goce sin cambio, de una dicha sin letargia ni embriaguez.

174

Contra el arte de las obras de arte. El arte debe ante todo y en primer lugar *embellecer* la vida, es decir, hacernos *a nosotros mismos* soportables, a ser posible agradables, para los demás; con esta tarea a la vista, nos modera y refrena, crea formas de trato, impone a los individuos leyes de decoro, de aliño, de cortesía, de hablar y callar en el momento oportuno. El arte debe además *ocultar* o *reinterpretar* todo lo feo, eso penoso, terrible, asqueroso que, pese a todos los esfuerzos, vuelve siempre, dado el origen de la naturaleza humana, a irrumpir; debe proceder así sobre todo por lo que respecta a las pasiones y los dolores y angustias del alma y dejar transparecer en lo inevitable o irremediablemente feo lo *significativo.* Tras esta grande y aun enorme tarea del arte, el llamado arte apropiado, el de las *obras de arte,* no es más que un *apéndice:* un hombre que sienta en sí un excedente de tales fuerzas embellecedoras, ocultadoras y reinterpretadoras acabará por intentar descargarse también de este excedente en obras de arte; lo mismo que, bajo ciertas circunstancias, todo un pueblo. Pero hoy en día el arte se empieza habitualmente por el final, uno se agarra a su cola y cree que el arte de las obras de arte es lo apropiado a partir de lo cual debe ser mejorada y transformada la vida. ¡Necios de nosotros! Si comenzamos por el postre y paladeamos golosinas y más golosinas, ¿qué tendrá de extraño que nos estropeemos el estómago e incluso el apetito para la buena, fortificante, nutritiva comida a que el arte nos invita?

175

Persistencia del arte. ¿A qué debe ahora en el fondo un arte de las obras de arte su persistencia? A que la mayoría de los que tienen horas de ocio –y sólo

[125] Título diferente en *Md*: «En el punto de partida».

[126] Teócrito (ca. 312-ca. 250 a. C.): poeta griego, el más ilustre de la época alejandrina.

para éstos hay un tal arte– no creen ir con los tiempos sin música, ir al teatro y visitar los museos, sin la lectura de novelas y poemas. Suponiendo que se les pudiera *apartar* de esta satisfacción, o no aspirarían tan ávidamente a los ocios y sería *más infrecuente* el espectáculo de los ricos que suscita envidia –un gran logro con vistas a la subsistencia de la sociedad–, o bien tendrían vicios, pero aprenderían a *reflexionar* –lo cual puede aprenderse y desaprenderse– sobre, por ejemplo, su trabajo, sus relaciones, sobre las alegrías que podrían proporcionar; todo el mundo, con excepción de los artistas, sacaría en ambos casos provecho de ello. Hay ciertamente no pocos lectores vigorosos y sensatos que saben levantar aquí una buena objeción. Pero en consideración a los torpes y malévolos, debe decirse que aquí, como con tanta frecuencia en este libro, al autor le importa precisamente la objeción, y que en él ha de leerse no poco que no está exactamente escrito en él.

176

El portavoz de los dioses. El poeta enuncia las opiniones colectivas más elevadas que tiene un pueblo: es el portavoz y flauta de las mismas; pero, gracias al metro y a todos los demás recursos artísticos, las enuncia de tal modo que el pueblo las toma por algo enteramente nuevo y prodigioso, y cree con toda seriedad que el poeta es el portavoz de los dioses. Más aún, en el anublamiento de la creación el poeta mismo olvida de dónde procede toda su sabiduría espiritual: de padre y madre, de maestros y libros de toda índole, de la calle y, sobre todo, de los sacerdotes; su propio arte le engaña, y cree realmente, en épocas ingenuas, que *un Dios* habla a través suyo, que crea en un estado de iluminación [127] religiosa; cuando precisamente no dice más que lo que ha aprendido: la sabiduría popular y la necedad popular confundidas. Es decir, el poeta *pasa* por *vox dei* [128] en la medida en que es realmente *vox populi* [129].

177

Lo que todo arte quiere y no puede. La tarea más difícil y última del artista es la representación de lo invariable, de lo que descansa en sí, elevado, simple, muy ajeno al encanto singular; por eso las más elevadas configuraciones de la perfección ética son rechazadas y desacreditadas por los artistas más débiles mismos como asuntos antiartísticos, porque la vista de estos frutos es demasiado penosa para su ambición: los ven brillar en las ramas extremas del arte, pero carecen de escalera, coraje y maña para arriesgarse tan alto. En sí es muy posible un Fidias [130] *poeta,* pero si se considera la fuerza moderna, casi sólo en el sentido en que se dice que para Dios nada es imposible. Ya el deseo de un Claude Lorrain poético es actualmente una inmodestia, por mucho que lo anhele el cora-

[127] iluminación] *Fp*: demencia.
[128] «Voz de Dios».
[129] «Voz del pueblo».
[130] Fidias (ca. 490-430 a. C.): escultor ateniense.

zón. Hasta ahora ningún artista ha estado a la altura de la representación del *último* hombre, *es decir, del más simple y al mismo tiempo más pleno;* pero de todos los hombres tal vez hayan sido los griegos quienes, *con el ideal de Atenea,* hayan proyectado hasta ahora la mirada más lejos.

178

Arte y restauración. Los movimientos retrógrados de la historia, los llamados períodos de restauración que tratan de devolver a la vida un estado espiritual y social *anterior* al que ha acabado por imponerse y que en efecto parecen lograr también una breve resurrección de los muertos, tienen el encanto del recuerdo afectuoso, del anhelo nostálgico de lo casi perdido, del abrazo apresurado a una dicha de minutos. Debido a esta rara profundización de la disposición de ánimo, hallan arte y poesía precisamente en tales épocas efímeras, casi soñadas, un suelo natural, del mismo modo que es en las laderas escarpadas de los montes donde crecen las plantas más delicadas y raras. Así es como no pocos buenos artistas propenden inadvertidamente a una mentalidad de restauración en la política y en la sociedad, para lo cual se han acondicionado por su propia cuenta un silencioso rinconcito y jardincito donde entonces acumulan en torno los vestigios humanos de aquella época de la historia que les acomoda y hacen resonar su lira ni más ni menos que ante muertos, medio muertos y mortalmente fatigados, quizá con el mencionado éxito de una breve resurrección de los muertos.

179 [131]

Dicha de la época. En dos respectos ha de considerarse nuestra época dichosa. Respecto al *pasado,* gozamos de todas las culturas y de las producciones de las mismas, y nos nutrimos de la sangre más noble de todos los tiempos; estamos todavía lo bastante cerca de la magia de los poderes de cuyo seno nacieron aquéllas para podernos someter a ellos, pasajeramente, con placer y escalofríos, mientras que culturas anteriores no supieron gozar más que de sí mismas ni miraron más allá de sí, como si estuvieran más bien recubiertas por una campana más o menos estrechamente abovedada, desde la cual cayera sobre ellas la luz a raudales, pero a través de la cual no pasara la mirada. Respecto al *futuro,* se nos abre por primera vez en la historia la inmensa panorámica de las metas ecuménicas de la humanidad, que abarca toda la tierra habitada. Al mismo tiempo nos sentimos conscientes de las fuerzas para poder acometer sin arrogancia esta nueva tarea nosotros mismos, sin haber menester ayudas sobrenaturales; más aún, sea cual sea el resultado de nuestra empresa, por mucho que hayamos sobreestimado nuestras fuerzas [132], en cualquier caso no hay nadie a quien rendir cuentas más que nosotros mismos: en adelante la humanidad puede hacer consi-

[131] Cf. 23 [15].

[132] más aun, sea] *Fp.* «No hay obstáculos sobrenaturales que retengan la mano, que paralicen la energía».

go lo que quiera. Hay por supuesto raros hombres-abeja que nunca saben libar del cáliz de todas las cosas sino lo más amargo y enojoso, y de hecho todas las cosas contienen algo de esta anti-miel. Que sientan éstos a su manera respecto a la descrita dicha de nuestra época y que sigan construyendo en su colmena del malestar.

180

Una visión. Horas de instrucción y de meditación para adultos, maduros y muy maduros, y éstas diarias, sin coacción pero frecuentadas por cada cual según el imperativo de la costumbre; las iglesias como los lugares más dignos y más ricos en recuerdos para ello; por así decir, solemnidades cotidianas de la dignidad alcanzada y alcanzable por la razón humana; una más nueva y más plena eclosión y floración del ideal de preceptor en que se funden el clérigo, el artista y el médico, el sapiente y el sabio, del mismo modo que las virtudes singulares de éstos deberían aparecer también como virtud global en la enseñanza misma, en su exposición, en su método: esta es mi visión, que siempre vuelve a mí y de la que creo firmemente que ha levantado una punta del velo del futuro.

181 [133]

Educación contorsión. La extraordinaria precariedad de toda la institución educativa, en virtud de la cual todo adulto tiene hoy en día la sensación de que su único educador ha sido el azar, lo voluble de los métodos y propósitos educativos, se explica por el hecho de que ahora los poderes culturales *más antiguos* y los *más recientes,* como en una tumultuosa asamblea popular, prefieren ser oídos a entendidos y quieren a toda costa demostrar a través de su voz, de su grito, que *todavía existen* o que *ya existen.* Ante esta insensata algazara, los pobres profesores y educadores primero se aturdieron, luego callaron y finalmente se embotaron, y se resignan a todo, como asimismo dejan también que sus discípulos se resignen a todo. Ellos mismos no están educados: ¿cómo habrían de enseñar? Ellos mismos no son vigorosos troncos plenos de savia que hayan crecido derechos; quien quiera ceñirse a ellos tendrá que retorcerse y encorvarse y acabar apareciendo contorsionado y contrahecho.

182

Filósofos y artistas de la época [134]. Disolución y frialdad mental, ardor de los deseos, enfriamiento del corazón, esta repugnante yuxtaposición se encuentra en la imagen de la alta sociedad europea del presente. Cree entonces el artista lograr ya mucho cuando mediante su arte, *junto* con el ardor del deseo, inflama

[133] Cf. 19 [61], 23 [43].

[134] Título anterior en *Md:* «Para servir de excusa a ciertos defectos», luego tachado y sustituido por «Filósofo y artista de la época», antes de adoptar el definitivo.

también por una vez el ardor del corazón; y asimismo el filósofo cuando, ante la frialdad del corazón que tiene en común con su época, mediante su juicio negador del mundo enfría también el calor del deseo en sí y en esa sociedad.

183 [135]

No ser sin necesidad soldado de la cultura. Final, finalmente se aprende lo que ignorar tanto quebranto produce a uno en los años juveniles: que, en primer lugar, se debe *hacer* lo excelente y, en segundo lugar, *buscar* lo excelente, donde y bajo el nombre que quiera que se haya de encontrar; que, en cambio, se evite al punto todo lo malo y mediocre *sin combatirlo,* y que ya la duda sobre la bondad de una cosa –tal como rápidamente nace en el gusto ejercitado– puede valernos como argumento contra ésta y como motivo para eludirla por completo, a riesgo de alguna vez errar en ello y confundir lo bueno difícilmente accesible con lo malo e imperfecto. Sólo el incapaz de nada mejor debe atacar las maldades del mundo, como soldado de la cultura. Pero el estamento nutricio e instructor de ésta labra su ruina si quiere alzarse en armas y trueca la paz de su oficio y de su casa en inquietante belicosidad por prevenciones, desvelos y pesadillas [136].

184

Cómo ha de contarse la historia natural. La historia natural, en cuanto la historia de la guerra y el triunfo de la fuerza ético-espiritual en la contienda contra el miedo, la imaginación, la pereza, la superstición, la majadería, debería ser contada de tal modo que todo el que la oyese fuese irrevocablemente arrastrado al afán por la salud y el florecimiento físico-espiritual, al sentimiento jubiloso de ser heredero y continuador de lo humano y a una urgencia de empresas cada vez más nobles. Hasta ahora no ha encontrado todavía su lenguaje adecuado, porque los artistas idiomáticamente inventivos y elocuentes –pues son menester para ello– no pueden desembarazarse de una inveterada desconfianza hacia ella y ante todo no quieren aprender de ella a fondo. No obstante, ha de concedérseles a los ingleses haber dado pasos admirables hacia ese ideal en sus manuales de ciencias naturales para las capas más bajas del pueblo: éstos son redactados también por sus más eminentes eruditos, no, como entre nosotros, por las medianías de la investigación.

185

Genialidad de la humanidad. Si la genialidad, según la observación de Schopenhauer, consiste en el recuerdo coherente y vivo de lo vivenciado por sí mismo, en la aspiración al conocimiento del conjunto de lo históricamente deve-

[135] Fragmento completamente escrito en primera persona en *Fp.*

[136] por prevenciones] *Fp*: «por los fantasmas de sus adversarios más aún que por estos mismos adversarios».

nido –que resalta cada vez más poderosamente la época moderna frente a todas las anteriores y ha demolido por vez primera los antiguos muros entre naturaleza y espíritu, hombre y animal, moral y física–, habrá que reconocer una aspiración a la genialidad de la humanidad en conjunto. La historia completamente pensada sería autoconsciencia cósmica.

186

Culto de la cultura. A los grandes espíritus se les ha añadido lo repelentemente demasiado humano de su esencia, de sus cegueras, desconocimientos, desmesuras, para que su poderoso, con facilidad demasiado poderoso, influjo sea constantemente contrarrestado por la desconfianza que esas propiedades infunden. Pues el sistema de todo aquello de que tiene necesidad la humanidad para su subsistencia es tan vasto y reclama fuerzas tan diversas y numerosas, que tiene que pagar un alto precio por cada preferencia *unilateral,* sea de la ciencia, del Estado, del arte o del comercio, a que esos individuos empujan a la humanidad como conjunto. La mayor calamidad de la cultura ha sido siempre que se adorase a hombres; sentido en el que cabe incluso coincidir con la máxima de la ley mosaica que prohíbe tener otros dioses al lado de Dios [137]. Al culto del genio y del poder debe siempre yuxtaponerse, como complemento y remedio, el culto de la cultura, que sabe también conceder a lo material, bajo, vil, desconocido, débil, imperfecto, unilateral, trunco, falso, aparente, más aún, a lo maligno y horrible, una comprensiva valoración y la confesión de que *todo esto es necesario;* pues la consonancia y resonancia de todo lo humano, alcanzadas mediante asombrosos trabajos y lances de fortuna, así como por obra de cíclopes y hormigas tanto como de genios, no deben perderse: ¿cómo podríamos entonces prescindir del común, profundo, con frecuencia inquietante bajo continuo sin el cual ni la melodía podría ser melodía?

187

El mundo antiguo y el gozo. Los hombres del mundo antiguo sabían *disfrutar* mejor, nosotros sabemos *afligirnos menos;* aquéllos encontraban cada vez nuevos motivos para sentirse bien y celebrar fiestas, con toda su riqueza de sagacidad y reflexión, mientras que nosotros aplicamos nuestro espíritu a la solución de problemas que miran más a la ausencia de dolor, a la supresión de fuentes de disgusto. Por lo que a la existencia doliente se refiere, los antiguos trataban de olvidar o de desviar el sentimiento de una u otra manera hacia lo agradable; de modo que en esto buscaban paliativos como remedio, mientras que nosotros afrontamos las causas del sufrimiento y en conjunto preferimos

[137] Cf. *Exodo,* 20, 3: «No tendrás otro dios delante de mí». otros dioses] *Md:* «otros dioses que Dios solo. Lo que esto significa aquí, lo dice una frase de Epicteto cuando curaba a un pirata naufragado: "No es al hombre, sino lo *humano* lo que así honro". Pirata o genio, esto no supone aquí ninguna diferencia». Este añadido lleva una nota del propio Nietzsche: «para adjuntar a "Culto de la cultura", tras las palabras "tener otros dioses al lado de Dios solo"».

actuar profilácticamente. Quizá no estemos sino construyendo los cimientos sobre los que hombres posteriores vuelvan a levantar el templo del gozo.

188

Las musas en cuanto mentirosas. «Nosotros sabemos decir muchas mentiras», cantaron en un tiempo las musas al aparecérsele a Hesíodo [138]. Considerar al artista como embustero lleva a descubrimientos esenciales.

189

Qué paradójico puede ser Homero. ¿Hay algo más osado, más espantoso, más increíble, que ilumine cual sol invernal el destino humano, que ese pensamiento que se halla en Homero [139]:

Los dioses resolvieron e impusieron a los hombres
la ruina para que las generaciones posteriores la cantaran [140]?

Es decir, que sufrimos y sucumbimos para que no les falte *tema* a los poetas, y así lo ordenan precisamente los dioses de Homero, a los que parece importar mucho el solaz de las generaciones venideras, pero demasiado poco nosotros, los presentes. ¡Que tales pensamientos se le pasaran por la cabeza a un griego!

190 [141]

Justificación a posteriori de la existencia. No pocas ideas vinieron al mundo como errores y fantasías, pero se convirtieron en verdades porque después los hombres las apuntalaron con un sustrato real.

191

Pro y contra, necesarios. Quien no ha comprendido que todo gran hombre tiene que ser no sólo alentado, sino también, en beneficio de todos, *combatido,* todavía es a no dudarlo un niño grande, o él mismo un gran hombre.

192

Injusticia del genio. El genio es de lo más injusto con los genios, en el caso de que sean sus contemporáneos: por una parte, cree no haberlos menester y en

[138] Hesíodo: *Teogonía,* 27-28: «Sabemos forjar muchas mentiras que parecen verdades y también sabemos decir la verdad cuando nos place» (ed. cast. Visión Libros, trad. Luis Segala y Estalella, Barcelona 1986, pág. 11).

[139] Hay algo más] Esbozo en *Fp*: «Ya Homero suscita, llevada al extremo, una *consideración* estética del destino humano».

[140] Homero: *Odisea,* VIII, 579-580: «Los dioses lo decretaron de tal suerte y quisieron la muerte de tantos valerosos caudillos para que sirvieran a los venideros de asunto para sus cantos» (ed. cast., trad. S. Méndez, Ferma 1967, pág. 488).

[141] *Fp*: «No pocas ideas de la religión son errores, pero *devienen* paulatinamente verdades porque los hombres se *transforman según ellas*. "Es" en vez de "debe ser"».

consecuencia los tiene sin excepción por superfluos, pues es lo que es sin ellos; además, el influjo de ellos impide el efecto de *su* corriente eléctrica, por lo que llega a calificarlos de *nocivos*.

193

El peor destino de un profeta. Durante veinte años trabajó por convencer de lo suyo a sus contemporáneos: finalmente lo consigue; pero entretanto también sus adversarios tuvieron éxito: ya no estaba convencido de lo suyo.

194

Tres pensadores equivalen a una araña. En toda secta filosófica se suceden tres pensadores en esta relación: el primero genera la savia y la semilla, el segundo extrae de ahí hilos con los que teje una red artificiosa, el tercero acecha a los que quedan prendidos en ella e intenta vivir de la filosofía.

195

Del trato con autores. Tan mala manera de portarse con un autor es agarrarlo de la nariz como agarrarlo del cuerno, y todo autor tiene su cuerno.

196

Tiro de dos caballos. La falta de claridad de pensamiento y la exaltación sentimental están tan a menudo ligadas con la desaforada voluntad de imponerse a sí mismo por todos los medios, de hacerse valer únicamente a sí, como el auxilio, la solicitud y la benevolencia cordiales con el impulso a la claridad y pulcritud del pensamiento, a la moderación y la contención en sí del sentimiento.

197

Lo que une y lo que separa. ¿No reside en la cabeza lo que une a los hombres –la comprensión del provecho y del perjuicio comunes– y en el corazón lo que los separa –la elección y el tanteo ciegos en el amor y en el odio, la dedicación a uno a expensas de todos y el desprecio del provecho general que de ello se desprende–?

198

Tiradores y pensadores. Hay curiosos tiradores que ciertamente yerran el blanco, pero se retiran del campo de tiro con el secreto orgullo de que de todas formas su bala ha volado muy lejos (por supuesto, más allá del blanco), o de que se ha alcanzado, no el blanco, pero sí otra cosa. Y hay pensadores así.

199

Desde dos lados. Se hostiga una orientación y un movimiento espirituales cuando se es superior a ellos y se desaprueba su meta, o cuando su meta es

demasiado elevada e irreconocible para nuestros ojos, es decir, cuando son superiores a nosotros. Un mismo partido puede así ser combatido por dos lados, desde arriba y desde abajo; y no pocas veces los atacantes, impulsados por el odio común, conciertan entre sí una alianza que es más repugnante que todo lo que odian.

200

Original. Lo que distingue a las cabezas propiamente hablando originales no es ser los primeros en ver algo nuevo, sino ver lo viejo, de antiguo conocido, visto y revisto por todos, *como nuevo.* El primer descubridor es por lo común ese fantaseador por entero ordinario y privado de espíritu: el azar.

201

Error de los filósofos. El filósofo cree que el valor de su filosofía reside en el conjunto, en el edificio; la posteridad lo halla en la piedra con que él lo construyó y con que, a partir de entonces, todavía se construye muchas veces y mejor; es decir, en el hecho de que ese edificio pueda ser destruido y *sin embargo* tenga *todavía* valor como material.

202

Chiste. El chiste es el epigrama a la muerte de un sentimiento.

203

En el momento previo a la solución. En la ciencia ocurre todos los días y a toda hora que alguien se detenga inmediatamente antes de la solución, convencido de que ahora su esfuerzo ha sido completamente baldío, como alguien que, ocupado en desatar un lazo, vacila en el momento en que más cerca está de desenredarse, pues entonces es precisamente cuando más se parece a un nudo.

204

Ir entre los exaltados. El hombre circunspecto y seguro de su entendimiento puede ir durante una década entre los fantaseadores [142] y abandonarse en esta zona tórrida a una modesta locura. Ha con ello recorrido un buen trecho del camino para alcanzar finalmente ese cosmopolitismo del espíritu que puede decir sin arrogancia: «nada espiritual [143] me es ajeno».

[142] fantaseadores] Variante en *Fp*: «fantaseadores: sabe entonces al menos lo que sucede en la zona tórrida, y allí ve toda clase de cosas maravillosas y grandiosas a las que ahora tendrá que renunciar bajo su cielo natal».

[143] espiritual] Variante en *Fp*: «humano». Terencio, *El verdugo de sí mismo,* 77 (ed. cast., Iberia 1976, trad. Pedro Voltes Bou, pág. 73): «Cremes.-Soy hombre, y nada humano me es extraño». Publio Terencio Afer (190-159 a. C.): poeta cómico latino.

205

Aire cortante. Lo mejor y más saludable en la ciencia, como en la montaña, es el aire cortante que en ellas sopla. Los muelles de espíritu (como los artistas) temen y denigran la ciencia a causa de ese aire.

206

Por qué los eruditos son más nobles que los artistas. La ciencia ha menester naturalezas *más nobles* que la poesía: deben ser más sencillas, menos ambiciosas, más continentes, más silenciosas, no tan atentas a la gloria póstuma, y olvidarse de sí ante cosas que raramente aparecen dignas de un tal sacrificio a los ojos de muchos. Añádase a ello otra privación, de la que son conscientes: la índole de su ocupación, la constante invitación a la máxima sobriedad debilitan su *voluntad,* el fuego no es mantenido tan intensamente como en el hogar de las naturalezas poéticas; y por eso pierden con frecuencia en edades más tempranas que éstas su vigor y floración supremos, y, como queda dicho, *saben* de este peligro. Bajo todas las coyunturas *aparecen* menos dotadas, porque brillan menos, y se las tendrá en menos de lo que son.

207

En qué medida la piedad oscurece. Al gran hombre se le atribuyen en los siglos posteriores todas las grandes cualidades y virtudes de su siglo, y así es todo lo mejor constantemente *oscurecido* por la piedad, que lo considera como una imagen santa de la que cuelgan y ante la que se depositan ofrendas de toda índole, hasta que finalmente queda por entero cubierta y envuelta por éstas y en lo sucesivo es más un objeto de fe que de observación.

208[144]

Estar patas arriba. Cuando ponemos la verdad patas arriba, habitualmente no advertimos que tampoco nuestra cabeza está allí donde debiera estar.

209

Origen y utilidad de la moda. La evidente autocomplacencia del *individuo* con su forma estimula la imitación y va paulatinamente creando la forma de la *multitud,* esto es, la moda: por medio de la moda esta multitud quiere precisamente, y lo logra, esa autocomplacencia con la forma. Si se sopesa cuántas razones tiene cada hombre para la medrosidad y el tímido retraimiento y cómo esas razones pueden paralizar e inutilizar tres cuartos de su energía y de su buena voluntad, deben dársele a la moda muchas gracias por desaherrojar esos tres

[144] Cf. 21 [48].

cuartos y comunicar autoconfianza y jovial deferencia mutua a los que se saben ligados entre sí a su ley. Aun leyes estúpidas dan libertad y tranquilidad de ánimo, siempre que sean muchos los que se hayan sometido a ellas.

210

Desatadores de lenguas. El valor de no pocos hombres y libros estriba únicamente en la propiedad de obligar a cada cual a la expresión de lo más oculto, de lo más íntimo: son desatadores de lenguas y palancas para los dientes más apretados. También ciertos acontecimientos y fechorías que aparentemente no existen más que para desdicha de la humanidad tienen ese valor y utilidad.

211

Espíritus de curso libre. ¿Quién de nosotros se atrevería a llamarse un espíritu libre si no quisiera a su manera ofrecer un homenaje a esos hombres a los que se cuelga este nombre como *baldón,* cargando sobre sus hombros algo de ese fardo de la desaprobación y la afrenta públicas? Pero sin duda nos cabe llamarnos con toda seriedad (y sin esta porfía altanera o magnánima) «espíritus de curso libre», pues sentimos el curso hacia la libertad como el impulso más fuerte de nuestro espíritu y, en contraste con los intelectos atados y firmemente arraigados, vemos casi nuestro ideal –para emplear una expresión modesta y casi despreciativa– en un nomadismo espiritual [145].

212

¡Sí, el favor de las Musas! Lo que dice Homero al respecto sobrecoge el corazón, tan verdadero, tan pavoroso es: «amábalo cordialmente la Musa y le dispensó bien y mal; pues le arrancó los ojos y le inspiró dulce canto» [146]. Es este un texto sin fin para el que piensa: dispensa bien y mal, ¡esa es *su* clase de amor cordial! Y cada cual interpretará en particular por qué nosotros pensadores y poetas *tenemos* que dar por ello nuestros *ojos.*

213 [147]

Contra el cultivo de la música. La educación artística de la vista desde la infancia, mediante el dibujo y la pintura, mediante el bocetado de paisajes, personas, escenas, comporta accesoriamente la inestimable ganancia para la vida de *aguzar, apaciguar* y hacer *perseverante* la vista para la observación de personas y situaciones. El cultivo artístico del oído no reporta semejante ventaja accesoria: por eso las escuelas primarias harán en general bien en dar la primacía al arte de la vista sobre el del oído.

[145] Vid. *Juan,* 3:8: «El viento sopla donde quiere, y se oye su ruido, pero no se sabe de dónde viene y adónde va; así es todo lo que nace del Espíritu».

[146] Cf. *Odisea,* VIII, 63-4.

[147] Cf. 21 [16].

214

Los descubridores de trivialidades. Espíritus sutiles de los que nada queda más lejos que una trivialidad descubren con frecuencia una de ellas tras toda clase de rodeos y sendas montañosas, y gozan con ella para asombro de los carentes de sutileza.

215

Moral de los doctos. Un progreso regular y rápido de las ciencias sólo es posible si el individuo *no* tiene que ser *demasiado desconfiado* para verificar cada cálculo y afirmación de otros en ámbitos que le resultan más remotos; pero para ello la condición es que cada cual tenga en su propio campo competidores que sean *extremadamente desconfiados* y que no le pasen ni una. De esta coexistencia de «no demasiado desconfiados» y «extremadamente desconfiados» es hija la probidad en la república de los eruditos.

216

Motivo de la esterilidad. Hay espíritus sumamente dotados que nunca son sino estériles más que porque, debido a una debilidad de temperamento, son demasiado impacientes para esperar a la culminación de su preñez.

217

Mundo de lágrimas invertido. El múltiple malestar que las exigencias de la cultura superior causan al hombre acaba por invertir a tal punto la naturaleza, que éste se comporta de ordinario rígida y estoicamente y sólo le quedan todavía lágrimas para los raros raptos de dicha, es más, que no pocos tienen ya que llorar ante el goce de la ausencia de dolor: sólo en la dicha late todavía su corazón.

218

Los griegos como intérpretes. Al hablar de los griegos, involuntariamente hablamos al mismo tiempo de hoy y de ayer: su historia por todos conocida es un pulido espejo que siempre refleja algo que no está en el espejo mismo. La libertad para hablar de ellos la aprovechamos para poder callar de otros, a fin de que ellos mismos le digan algo al oído al lector meditativo. Facilitan así los griegos al hombre moderno la comunicación de no pocas cosas difícilmente comunicables y dignas de reflexión.

219[148]

Del carácter adquirido de los griegos. Fácilmente nos dejamos inducir por la famosa claridad, transparencia, simplicidad y orden, por la cristalina naturalidad

[148] Cf. 30 [66].

y al mismo tiempo cristalino artificio de las obras griegas, a creer que todo les estaba dado de gracia a los griegos: que, por ejemplo, no habrían podido por menos de escribir bien, como en cierta ocasión dice Lichtenberg [149]. Pero nada es más precipitado e insostenible. La historia de la prosa, desde Gorgias hasta Demóstenes, muestra un trabajo y una lucha por salir de lo oscuro, sobrecargado, insulso a la luz, lo cual recuerda las fatigas de los héroes que tuvieron que desbrozar los primeros caminos a través de la selva y los pantanos. El diálogo de la tragedia es la *gesta* propiamente dicha de los dramaturgos por su insólita claridad y nitidez, con una predisposición del pueblo a regocijarse en lo simbólico y alusivo y que además fue especialmente educada para ello por la gran lírica coral; así como la gesta de Homero es haber liberado a los griegos de la pompa asiática y de la lobreguez, y haber alcanzado, en lo grande y en el detalle, la claridad de la arquitectura. En modo alguno pasaba tampoco por fácil decir algo de manera auténticamente pura y luminosa; ¿de dónde si no la enorme admiración por el epigrama de Simónides, que se da tan sencillamente, sin remates dorados, sin arabescos de ingenio, pero que dice claramente lo que tiene que decir, con la placidez del sol, no con el efectismo de un relámpago? Pues la aspiración a la luz desde un crepúsculo por así decir innato es griega, por eso invade al pueblo un exultante alborozo al oír una sentencia lacónica, ante el lenguaje de la elegía, ante las máximas de los Siete Sabios [150]. Por eso gustaban tanto los preceptos en verso, chocantes para nosotros, como tarea apolínea propiamente dicha para el espíritu helénico, a fin de triunfar de los peligros del metro, de la oscuridad por lo demás propia de la poesía. La sencillez, la ductilidad, la sobriedad fueron *arrancadas* a la disposición del pueblo, no eran inherentes; sobre los griegos no dejó nunca de cernerse el peligro de una recaída en lo asiático, y en efecto de vez en cuando les sobrevino algo así como un sombrío torrente de impulsos místicos, de salvajismo y oscurantismo elementales. Los vemos sumergirse, vemos Europa por así decir arrasada, anegada –pues entonces Europa era muy pequeña–, pero siempre vuelven a la luz, buenos nadadores y buceadores como son, el pueblo de Ulises.

220 [151]

Lo propiamente hablando pagano. Acaso no hay nada más extraño para quien contempla el mundo griego que descubrir que los griegos de vez en cuando daban por así decir fiestas a todas sus pasiones y malas inclinaciones naturales y que hasta instituyeron gubernativamente una especie de programa de festejos de lo demasiado humano suyo: esto es lo propiamente hablando pagano

[149] Cf. *Vermischte Schriften...*, I, pág. 278.

[150] Los «Siete Sabios» es el nombre dado por los griegos a siete sabios y tiranos del siglo VI a. C., a los que se atribuían máximas que se hicieron muy populares en la época helenística. La lista varía según los historiadores, pero los más frecuentemente incluidos son Tales de Mileto (vid. *HDH* 261, n. 52), Pitacos de Mitilene, Bias de Priene, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto, Chilón de Lacedemonia y Solón de Atenas (vid. *HDH* 261, n. 44). No era infrecuente que entre ellos se mencionara también a Epiménides, Ferécides, el escita Anacarsis, etc.

[151] Cf. 35 [5].

de su mundo, nunca comprendido ni comprensible y siempre combatido y despreciado del modo más acerbo por el cristianismo. Tomaban eso demasiado humano como inevitable y preferían, en vez de vituperarlo, otorgarle una especie de derecho de segundo orden por integración en los usos de la sociedad y del culto [152]; es más, a todo lo que en el hombre tiene *poder* lo llamaban divino y lo inscribían en las paredes de su cielo [153]. No negaban el instinto natural que se expresa en las malas cualidades, sino que lo integraban y lo limitaban a determinados cultos y días, después de haber ideado las suficientes medidas precautorias para poder dar a esas aguas bravas un curso lo más inofensivo posible. Esta es la raíz de toda la liberalidad moralista de la antigüedad. A lo malo y desasosegante, a los restos de animalidad así como a lo bárbaro, prehelénico y asiático que todavía vivía en el fondo de la esencia griega, se le permitía una descarga moderada, sin aspirar a su completa aniquilación. El Estado, que no estaba construido sobre individuos o castas singulares, sino sobre las cualidades humanas habituales, abarcaba todo el sistema de tales ordenanzas. En su armazón muestran los griegos ese admirable sentido para lo típico-fáctico que más tarde les capacitó para convertirse en naturalistas, historiadores, geógrafos y filósofos. No era una ley moral limitada, sacerdotal o de casta, la que tenía que decidir en la constitución del Estado y del culto del Estado, sino la más comprehensiva consideración respecto a la *realidad de todo lo humano*. ¿De dónde sacan los griegos esta libertad, este sentido para lo real? Tal vez de Homero y de los poetas anteriores a él; pues precisamente los poetas, cuya naturaleza no suele ser la más justa y sabia, poseen en cambio ese gusto por lo real, eficiente *de toda índole* y ni siquiera quieren negar por completo el mal: les basta con que se modere y no lo mate o lo emponzoñe interiormente todo, es decir, piensan de manera análoga a los fundadores griegos de Estados, y han sido sus maestros y precursores.

221

Griegos excepcionales. En Grecia los espíritus hondos, profundos, serios eran la excepción: el instinto del pueblo tendía más bien a sentir lo serio y profundo como una especie de aberración. Tomar prestadas las formas del extranjero, no crearlas sino transformarlas en la más bella apariencia: eso es griego; imitar, no para el uso, sino para la ilusión artística, adueñarse una y otra vez de la seriedad sobreimpuesta, ordenar, embellecer, pulir, superficializar: así desde Homero hasta los sofistas de los siglos III y IV del nuevo cómputo temporal [154], los cuales son por entero fachada, palabra pomposa, ademán entusiasta, y se dirigen a almas exclusivamente huecas, ávidas de apariencias, de resonancias y de efectos.

[152] y del culto;] En *Fp*: «y de las costumbres. La sabiduría de sus instituciones reside en la ausencia de separación entre bien y mal, blanco y negro».

[153] Acaso no hay] En *Pr1*: «Hay que hacer como los griegos: éstos han reconocido como inevitable mucho de lo humano, demasiado humano, y aun malo, y le han dado un derecho por integración en los usos de la sociedad. Así han hecho con el placer de la injuria, de la envidia, de la venganza, de la embriaguez, de la obscenidad, de la astucia, de la ofensa, de la mentira». En otra variante, entre estos vicios se incluía el disimulo (*Verstellung*).

[154] Es decir, de la era cristiana

¡Y valórese ahora la grandeza de esos griegos de excepción que crearon la ciencia! ¡Quien de ellos refiere, refiere la historia más heroica del espíritu humano!

222 [155]

Lo simple, ni lo primero ni lo último en el tiempo. En la historia de las representaciones religiosas se introduce mucho de falsa evolución y gradualidad en cosas que en verdad no han crecido unas de y tras otras, sino yuxtapuestas y separadas; lo simple tiene todavía demasiada fama de ser lo más antiguo y primordial. No poco humano surge por sustracción y división, y no precisamente por duplicación, adición, fusión. Todavía se sigue creyendo, por ejemplo, en un desarrollo paulatino de la *representación de los dioses* desde aquellos toscos leños de madera y piedras hasta llegar a la plena humanización; y, sin embargo, sucede precisamente de tal modo que *en tanto* se transfería y sentía la divinidad en árboles, trozos de madera, piedras, animales, repugnaba una humanización de su figura como una impiedad. Fueron los poetas quienes, aparte del culto y del interdicto del *pudor* religioso, tuvieron que habituar, predisponer a ello la fantasía interna de los hombres; pero cuando volvieron a prevalecer disposiciones y momentos más piadosos, este influjo liberador de los poetas retrocedió y la santidad se adhirió como antaño a lo colosal, inquietante, por entero inhumano propiamente hablando. Pero incluso mucho de lo que la fantasía interna osa conformar, transpuesto en representación externa, corpórea, no dejaría de producir un penoso efecto: el ojo interno es con mucho más audaz y menos púdico que el externo (de donde resulta la consabida dificultad y parcial imposibilidad de transformar asuntos épicos en dramáticos). Durante largo tiempo la fantasía religiosa no *quiere* creer de ninguna manera en la identidad del dios con una imagen: la imagen debe hacer aparecer aquí, de un modo misterioso, no plenamente concebible, el numen de la divinidad como activo, como ligado a un lugar. La imagen divina más antigua debe *albergar y al mismo tiempo ocultar* al dios, señalarlo, pero no mostrarlo. Jamás ningún griego *contempló* interiormente a su Apolo como obelisco de madera, a su Eros como bloque de piedra: eran símbolos que debían precisamente infundir miedo a la intuitivización. Lo mismo sucede también con esos maderos en los que con entallamiento sumamente precario estaban labrados miembros singulares, a veces en número excesivo; tal como un Apolo laconio tenía cuatro manos y cuatro orejas. En lo incompleto, alusivo o excesivamente completo reside una horripilante santidad que debe *impedir* pensar en lo humano, humanoide. No se trata de una fase embrionaria del arte, en la que se conforma algo así: como si en la época en que se veneraba tales imágenes no se hubiera *podido* hablar más claramente, representar más palmariamente. Más bien se teme precisamente una cosa: la expresión directa. Así como la *cella* aloja y oculta en misteriosa semipenumbra, *pero no por entero,* lo más sagrado de todo, el numen propiamente dicho de la divinidad; así como el templo períptero aloja a su vez la *cella,* la protege por así decir con una pantalla

[155] Cf. 27 [15], 34 [6].

y un velo, *pero no por entero,* de las miradas indiscretas: así es la imagen la divinidad y al mismo tiempo el escondite de la divinidad. Sólo cuando fuera del culto, en el mundo profano de la contienda, la alegría que suscita el vencedor en el combate se elevó tan alto que las olas aquí levantadas se desbordaron hasta el lago del sentimiento religioso, sólo cuando la estatua del vencedor fue erigida en los atrios del templo y el visitante piadoso del templo tuvo que habituar voluntaria o involuntariamente tanto sus ojos como su alma a este ineludible espectáculo de belleza y superfuerza *humanas,* de modo que, dada la contigüidad espacial y anímica, se confundieron la veneración del hombre y del dios, sólo entonces se pierde también el temor a la humanización propiamente dicha de la imagen divina y se abre la gran palestra para la gran plástica; también aún ahora, con la limitación de que, donde quiera que deba *adorarse,* se conservan y precautoriamente se reproducen la forma y la fealdad primitivas. Pero al heleno *dado a consagrar y pródigo* le cabe ahora entregarse con toda felicidad al goce de dejar que Dios se convierta en hombre.

223

Adónde hay que viajar. La autoobservación inmediata no basta, ni mucho menos, para conocerse: precisamos de la historia, pues en nosotros fluye el violento oleaje del pasado; es más, nosotros mismos no somos nada más que lo que en todo momento sentimos de este flujo. Incluso aquí, cuando queremos sumergirnos en el río de nuestra esencia aparentemente más propia y personal, rige la máxima de Heráclito: no se sumerge uno dos veces en el mismo río [156]. Es esta una sabiduría que ciertamente se ha ido desgastando paulatinamente, pero que a pesar de ello ha permanecido tan vigorosa y jugosa como lo fue antaño; lo mismo que esa de que para entender la historia debe acudirse a los vestigios vivos de épocas históricas, de que se debe *viajar,* como el patriarca Herodoto, a las naciones –no son éstas en efecto sino *etapas culturales* más antiguas y petrificadas en las que uno puede *situarse–,* sobre todo a los pueblos llamados salvajes o semisalvajes, allí donde el hombre se ha quitado o todavía no se ha puesto el traje de Europa. Pero, ahora bien, para viajar hay aún un arte y un propósito *más sutiles,* que no siempre hacen necesario trasladarse de acá para allá y recorrer miles de millas. Muy probablemente los tres últimos siglos aún perviven también *en nuestra cercanía* con todas sus coloraciones y reverberaciones culturales: sólo hay que descubrirlas. En no pocas familias, y aun en ciertos individuos, los estratos están todavía bella y nítidamente superpuestos; en otros casos se dan fallas en la roca más difíciles de comprender. En regiones apartadas, en valles montañosos poco hollados, en comunidades cerradas, se ha podido por cierto conservar un venerable muestrario de sentimientos antiquísimos y que deben ser rastreados aquí; mientras que es improbable hacer tales descubrimientos, por ejemplo, en Berlín, donde el hombre llega al mundo elijado y escaldado. Quien tras larga práctica en este arte de viajar se ha convertido en Argos de cien ojos, terminará por acompañar a *su Io* –es decir, a su *ego–* a todas partes, y por descu-

[156] Cf. Fragmento 10 (Diels-Kranz).

brir en Egipto y Grecia, Bizancio y Roma, Francia y Alemania, en los tiempos de los pueblos nómadas o sedentarios, en el Renacimiento y la Reforma, en las plantas y las montañas, las peripecias de este *ego* deviniente y transformado [157]. Así se convierte el autoconocimiento en omniconocimiento respecto a todo lo pasado; así como, según una cadena de consideraciones a la que aquí sólo es posible aludir, en los espíritus más libres y de mirada más amplia la autodeterminación y el autodidactismo pudieran algún día convertirse en omnideterminación respecto a toda la humanidad futura [158].

224 [159]

Bálsamo y veneno. No puede ponderarse lo bastante profundamente que el cristianismo es la religión de la antigüedad decrépita, que presupone antiguos pueblos de cultura degenerada; sobre éstos pudo y puede obrar como un bálsamo. En épocas en que los oídos y los ojos están «llenos de fango», de modo que ya no pueden oír la voz de la razón y de la filosofía, ni ver la sabiduría en carne y hueso, lleve el nombre de Epicteto o de Epicuro, tal vez entonces puedan todavía la cruz erigida del martirio y la «trompeta del juicio final» [160] obrar el efecto de mover aún a tales pueblos a acabar su vida *decorosamente.* Piénsese en la Roma de Juvenal [161], en este sapo venenoso con los ojos de Venus: entonces se aprende lo que significa santiguarse ante el «mundo», entonces se venera la recoleta comunidad cristiana y se agradece su propagación por el suelo grecorromano. Cuando la mayoría de los hombres nacían entonces como con el alma avasallada, con sensualidad de viejos, ¡qué bendición encontrar esos seres que eran más almas que cuerpos y que parecían realizar la representación griega de las sombras del Hades: figuras medrosas, escurridizas, susurrantes, benévolas, con la expectativa de la «vida mejor» y por eso tan modestos, tan silenciosamente despectivos, tan orgullosamente pacientes! Este cristianismo como toque de queda de la *buena* antigüedad, con campana hendida y sin embargo melodiosa, es todavía un bálsamo para los oídos de incluso quien ahora recorre esos siglos sólo históricamente: ¡lo que debió de ser para aquellos hombres mismos! Por el contrario, para pue-

[157] Juego de palabras entre el significado de *io* en italiano —«yo»: *ego* en latín— y una versión *sui generis* del mito griego de *Io,* convertida en vaca por Zeus a fin de evitar las sospechas de su esposa Hera, la cual pese a todo confió su vigilancia al gigante Argos Panoptes. Muerto éste a manos de Hermes en cumplimiento del mandato jupiterino de liberar a la vaca, Hera le envió un tábano que le picase continuamente. En su huida, Io pasó por Dodona, el mar Jónico, cruzó el Bósforo («paso de la vaca»), recorrió Asia Menor, Media, India, Arabia y por fin Egipto, donde Zeus le devolvió la forma humana: allí reinó y fundó la ciudad de Menfis.

[158] En *Va* se añadía como final: «Y nosotros mismos nos parecemos a [un ojo que se mira en un río] un espejo y un río que se reflejan mutuamente». Cf. carta de Nietzsche a Schmeitzner del 14 de marzo de 1875.

[159] Este y el siguiente aforismo fueron enviados por Nietzsche a Schmeitzner, el 19 de enero de 1879.

[160] Cf. *Mateo* 25:31, y *I Corintios,* 15:52.

[161] Juvenal (60-140 d. C.): poeta satírico romano, autor de dieciséis poemas en los que crítica con violento apasionamiento la Roma de su tiempo, disoluta y cosmopolita, oponiéndola a la Roma tradicional, fuerte y pura, que exaltaron Cicerón y Tito Livio.

blos bárbaros jóvenes y frescos el cristianismo es veneno; inocular, por ejemplo, la doctrina de la pecaminosidad y la condenación en el alma heroica, infantil y animal del alemán antiguo no significa nada más que envenenarla; la consecuencia no pudo ser sino toda una tremenda fermentación y descomposición química, un desbarajuste de sentimientos y juicios, una proliferación y un desarrollo de lo más estrambótico, y por tanto, en el curso ulterior, un profundo debilitamiento de tales pueblos bárbaros. Desde luego, ¿qué nos quedaría, sin ese debilitamiento, de la cultura griega?, ¿qué de todo el pasado cultural de la raza humana?; pues los bárbaros *no afectados* por el cristianismo no sabían a fin de cuentas más que barrer culturas antiguas, como, por ejemplo, demostraron con espantosa claridad los conquistadores paganos de la Gran Bretaña romanizada. El cristianismo tuvo que ayudar contra su voluntad a hacer inmortal el «mundo» antiguo. Ahora bien, queda aquí también a su vez una pregunta contraria y la posibilidad de un reajuste: sin ese mencionado debilitamiento por obra del veneno, ¿hubiera acaso estado uno u otro de esos nuevos pueblos, el alemán por ejemplo, en situación de encontrar una cultura superior, una propia, nueva, de la que la humanidad habría por tanto perdido hasta la más remota noción? También con esto ocurre lo que con todo: no se sabe, para hablar cristianamente, si Dios le debe mayor gratitud al diablo o el diablo a Dios por que todo haya sucedido de este modo.

225[162]

La fe salva y condena. Un cristiano que se extraviase por vías de pensamiento prohibidas bien podría alguna vez preguntarse: ¿es propiamente hablando *necesario* que *haya* realmente un Dios, amén de un cordero de los pecados intercesor, cuando ya la *fe* en la *existencia* de estos seres basta para producir los mismos efectos? ¿No son seres *superfluos* aun en el caso de que existiesen? Pues todo lo que de benéfico, reconfortante, moralizante, así como todo lo ensombrecedor y aniquilador que la religión cristiana proporciona al alma humana, emana de esa fe y no de los objetos de esa fe. Sucede aquí lo mismo que en este célebre caso: ciertamente no hubo brujas, pero los terribles efectos de la creencia en brujas fueron los mismos que si realmente hubiese habido brujas. En todas esas ocasiones en que el cristiano espera la intervención inmediata de un dios, pero la espera en vano –pues no hay ningún dios–, su religión es lo bastante inventiva en subterfugios y argumentos tranquilizadores: en esto es sin duda una religión ingeniosa. Ciertamente hasta ahora la fe no ha podido mover ninguna montaña real, aunque así lo haya afirmado no sé quién; pero sí puede poner montañas donde no hay ninguna.

226

La tragicomedia de Ratisbona[163]. Aquí y allá puede verse con pavorosa claridad la farsa de la Fortuna, cómo ésta ata a unos pocos días, a un solo lugar, a las

[162] Cf. 23 [185].

[163] En la ciudad bávara de Ratisbona (Regensburg en alemán) tuvo lugar en 1541 una dieta, convocada por el Carlos V con el fin de restaurar la unidad entre católicos y protestantes dentro del

circunstancias y disposiciones de una sola mente la cuerda de los siglos subsiguientes sobre la que quiere que éstos bailen. Así es como la fatalidad de la historia alemana más reciente deriva de los días de aquella disputa de Ratisbona: el desenlace pacífico de las cosas eclesiásticas y éticas, sin guerras de religión, sin Contrarreforma, parecía asegurado, lo mismo que la unidad de la nación alemana; el profundo, afable sentido de Contarini [164] flotó por un instante sobre la discordia teológica como representante de la más madura piedad italiana, sobre cuyas alas se reflejaba la aurora de la libertad espiritual. Pero la dura cabeza de Lutero, llena de recelos y de siniestras angustias, se erizó: como la justificación por la gracia se le aparecía a él como *su* máximo hallazgo y lema, no creyó en esta tesis en boca de italianos, cuando, como es sabido, éstos ya la habían hallado mucho antes y propagado por toda Italia en profundo silencio. Lutero vio en este aparente acuerdo las tretas del diablo y obstaculizó tanto como pudo la obra de paz, con lo que dio un buen impulso a las intenciones de los enemigos del Imperio. Y para aumentar la impresión de horrible farsa, agréguese que ninguna de las tesis sobre las que entonces se controvirtió en Ratisbona, ni la del pecado original, ni la de la redención mediante intercesión, ni la de la justificación por la fe, es de ningún modo verdadera ni tiene tampoco nada que ver con la verdad, que todas ellas son ahora reconocidas como fuera de discusión; y, sin embargo, el mundo ardió en llamas a propósito de ellas, es decir, a propósito de opiniones a las que no corresponden en absoluto cosas ni realidades, mientras que acerca de cuestiones puramente filológicas, por ejemplo, la explicación de las palabras sacramentales de la Cena, sí cabe al menos una controversia, pues aquí puede decirse la verdad. Pero donde no hay nada, también la verdad ha perdido sus derechos. Finalmente, nada más resta por decir, sino que entonces brotaron en efecto *manantiales de energía* tan potentes que sin ellos todos los molinos del mundo moderno no girarían con igual fuerza. Y lo que ante todo importa es la energía, y sólo después, pero mucho después, la verdad; ¿no es cierto, mis queridos contemporáneos?

227

Errores de Goethe. Goethe es la gran excepción entre los grandes artistas por el hecho de no haber vivido en la *limitación de su capacidad real,* como si ésta debiese ser en él mismo y para todo el mundo lo esencial y distintivo, lo absoluto y último. Por dos veces creyó poseer algo superior a lo que realmente poseía, y erró: en la *segunda* mitad de su vida, en la que aparece enteramente penetrado por el convencimiento de ser uno de los más grandes descubridores y luminarias *de la ciencia;* y asimismo ya en la *primera* mitad de su vida: *quería* de sí algo superior a lo que le parecía la poesía, y ya en ello erró. Que la naturaleza había

Imperio. Su fracaso trajo como consecuencia la guerra de Carlos V contra los protestantes y la Contrarreforma católica.

[164] Cardenal Gasparo Contarini (1483-1542): reformador de la Iglesia Católica enviado a Ratisbona con la misión —fallida pese a sus famosas dotes diplomáticas— de lograr la reconciliación con los luteranos.

querido hacer de él un artista *figurativo,* ése era el secreto que le ardía y abrasaba en su interior, y que le empujó finalmente a Italia para entregarse de pleno a esta ilusión y a hacer por ella cualquier sacrificio. Finalmente descubrió, él, el meditabundo, sinceramente hostil a toda creación de la ilusión, cómo un pérfido trasgo del deseo le había inducido a la creencia en esta vocación, cómo tenía que desligarse y *despedirse* de la máxima pasión de su voluntad. La convicción dolorosamente cortante y punzante de que era necesario *despedirse* está plenamente expuesta en la actitud de Tasso: sobre éste, el «Werther potenciado» [165], se cierne el presentimiento de algo peor que la muerte, como cuando alguien se dice: «se acabó; después de esta despedida, ¿cómo seguir viviendo sin volverse loco?» Estos dos errores fundamentales de su vida le dieron a Goethe, frente a una postura puramente literaria ante la poesía, la única que el mundo conoció entonces, un porte tan desenfadado y de apariencia casi arbitraria. Aparte el tiempo en que Schiller –el pobre Schiller, que ni tenía tiempo ni dejaba tiempo– lo sacó de su austera esquivez ante la poesía, del temor a todo ser y oficio literarios, Goethe aparece como un griego que de vez en cuando visita a una amada con la duda de si no será una diosa a la que no sabe dar el nombre correcto [166]. En toda su poesía se advierte la alentadora proximidad de la plástica y de la naturaleza: los rasgos de estas figuras que desfilaban ante él –y acaso nunca cree más que seguir la pista de las metamorfosis de una sola diosa– se convirtieron sin quererlo ni saberlo en los rasgos de todos los hijos de su arte [167]. Sin los *ambages del error* no habría sido Goethe, es decir, el único artista alemán de la escritura que hoy en día no está todavía anticuado, pues por vocación quería ser escritor tan poco como alemán.

228 [168]

Los viajeros y sus grados. Distínguense cinco grados entre los viajeros: los del primer grado, el más bajo, son los que viajan y son *vistos* hacerlo –propiamente hablando, son llevados de viaje y están por así decir ciegos–; los siguientes ven realmente ellos mismos el mundo; los terceros vivencian algo como consecuencia

[165] Frase debida al crítico francés J. J. Ampére (*Le Globe,* 20 de mayo de 1826). El eje argumental de la novela epistolar de Goethe *Los sufrimientos del joven Werther* (aparecida en 1774) es el frustrado amor de su protagonista; *Torquato Tasso* (cuya definitiva versión data de 1789) representa al poeta italiano satisfecho con la compañía de una mujer pura. En el segundo volumen de su trad. cast. cit. de las *Obras completas* de Goethe (pág. 1340, 3 de mayo de 1827), Rafael Cansinos Asséns traduce, sin embargo, *einen gesteigerten Werther* por «un Werther en potencia».

[166] Goethe es] *Fp*: «Hasta qué punto los errores pueden ser poderosos y saludables en la vida del individuo lo muestra la vida de Goethe, que estuvo dominada por dos errores: primero creyó ser un artista figurativo y luego un genio científico. Eso fue más o menos lo que sintió también Goethe al despedirse del arte. Casi cada página de Eckermann muestra lo orgulloso que estaba de su teoría de los colores: "Hay que disfrutar una gran herencia; así, yo heredé el error de Newton"». Cf. Goethe a Eckermann, 2 de mayo de 1824 (ed. cast. *Obras completas,* cit., ibid., pág. 1090).

[167] de la naturaleza.] *Fp*: «del conocimiento de la naturaleza; él había creído abrazar éstos amorosamente, pero en realidad siempre había abrazado la poesía, cuyos hijos tienen ahora los rasgos de esta amante imaginaria».

[168] Cf. 28 [19].

del ver; los cuartos asimilan lo vivenciado en sí y lo llevan consigo; hay finalmente algunas personas de suprema energía que todo lo visto, después de haberlo vivenciado y asimilado [169], acaban por tener a su vez que volcarlo [170] necesariamente en acciones y obras en cuanto vuelven a casa. Semejantes a estos cinco géneros de viajeros realizan en general todas las personas toda la peregrinación por la vida: las inferiores como puramente pasivas, las superiores como las que actúan y lo exprimen [171] todo sin dejar ningún resto de acontecimientos íntimos.

229

Subiendo más alto. En cuanto sube más alto que quienes hasta ahora le admiraban, precisamente a éstos se les aparece uno como hundido y fracasado; pues se les antojaba estar *a la altura de* nosotros (aunque no fuera más que gracias a nosotros).

230

Mesura y término medio. De dos cosas muy elevadas –mesura y término medio– lo mejor es no hablar nunca. Unos cuantos conocen sus fuerzas e indicios por las sendas misteriosas de vivencias y conversiones interiores: veneran en ellas algo divino y temen hablar alto. Todos los demás apenas escuchan cuando se habla de ello e imaginan que se trata de tedio y mediocridad; quizá a excepción también de aquellos que alguna vez percibieron un eco exhortatorio proveniente de ese reino pero ante el que se han tapado los oídos. El recuerdo de ello les enoja e irrita.

231

Humanidad en la amistad y el magisterio. «Si tú vas hacia el este, yo tomaré hacia el oeste» [172]; sentir así es elevado signo de humanidad en el trato íntimo: sin este sentimiento, toda amistad, todo pupilaje y discipularidad se convierten tarde o temprano en hipocresía.

232

Los profundos. Los hombres de pensamiento profundo se tienen por comediantes en el trato con los demás, pues, para ser entendidos, tienen que simular siempre superficialidad.

233

Para los que desprecian la «humanidad gregaria». Quien considere a los hombres como rebaño y huya de ellos tan deprisa como pueda, esté seguro de que éstos le perseguirán y le embestirán con sus cuernos.

[169] *erlebt und eingelebt.*
[170] *herausleben.*
[171] *ausleben.*
[172] Cf. *Génesis*, 13:9.

234

Crimen capital contra los vanidosos. Quien en sociedad da a otro ocasión para exponer felizmente su saber, su sensibilidad, su experiencia, se sitúa por encima de él y, en el caso de que el otro no lo tenga sin reservas por superior, comete un atentado contra la vanidad de éste, cuando precisamente cree darle satisfacción.

235

Desilusión. Cuando larga vida y actividad, amén de discursos y escritos, ofrecen públicamente testimonio de una persona, el trato con ella suele desilusionar por dos razones: de un lado, porque se espera demasiado de un breve lapso de relaciones –a saber, todo lo que las mil ocasiones de la vida harían visible–, y del otro, porque todo aquel al que se tributa reconocimiento ya no se toma ninguna molestia en seguir solicitándolo del individuo. Es demasiado indolente y nosotros demasiado impacientes.

236

Dos fuentes de la bondad. Tratar a todos los hombres con la misma benevolencia y ser bondadoso sin distinción de personas puede ser el resultado tanto de un hondo desprecio hacia los hombres como de un profundo amor a los hombres.

237 [173]

El caminante en la montaña a sí mismo. Hay indicios ciertos de que has avanzado y ascendido: hay ahora más espacio libre y la vista es más amplia que antes en torno a ti, el aire es más fresco y también más suave –estás curado de la tontería de confundir suavidad y calor–, tu paso se ha hecho más vivo y firme, coraje y circunspección se han fundido; por todas estas razones podrá tu camino ser ahora más solitario, y en todo caso será más peligroso que antes, aunque no ciertamente en la medida en que creen los que desde el valle brumoso te ven a ti, caminante, recorrer la montaña.

238

A excepción del prójimo. Evidentemente, mi cabeza no está bien asentada sobre mis hombros; pues todos los demás saben notoriamente mejor que yo lo que tengo que hacer y dejar de hacer; sólo yo, pobre de mí, no sé aconsejarme a

[173] *Fp*: «Hay un signo infalible de que uno ha avanzado y se ha elevado en la liberación espiritual: su marcha es más ligera, su juicio más circunspecto, su mano más precavida, el aire en torno a él más fresco, más frío, a veces más cortante, e incluso el camino más peligroso aquí y allá; pero camina alegre como nunca antes y piensa con indulgencia de los que viven allá abajo, rodeados de espesa humareda». *Va*: «La sensación de mayor ligereza y dulzura y el aire más claro en torno a mí me indican que me he elevado más que antes: signo también para otros».

mí mismo. ¿No somos *todos* como estatuas a las que se ha puesto cabezas falsas? ¿No es verdad, mi querido vecino? Pero no, precisamente tú eres la excepción.

239

Precaución. A hombres que carecen de respeto por lo personal no se los debe frecuentar, o bien hay que ponerles antes, inexorablemente, las esposas de la conveniencia.

240

Querer aparecer vanidoso. No expresar en la conversación con desconocidos o semidesconocidos más que pensamientos escogidos, hablar de los conocidos famosos, de las importantes vivencias y viajes de uno, es indicio de no ser orgulloso, al menos de no querer parecer tal. La vanidad es la máscara de cortesía del orgulloso.

241 [174]

La buena amistad. La buena amistad nace cuando se estima mucho al otro y ciertamente más que a uno mismo, cuando asimismo se le ama pero no tanto como a sí y cuando finalmente, para facilitar el trato, se sabe agregar el delicado *toque* y aura de la intimidad pero al mismo tiempo se guarda uno prudentemente de la intimidad real y propiamente dicha y de la confusión entre el yo y el tú.

242 [175]

Los amigos como fantasmas. Cuando cambiamos mucho, entonces nuestros amigos que no han cambiado se convierten en fantasmas de nuestro propio pasado: su voz nos suena espantosamente vaga, como si nos oyésemos a nosotros mismos, pero más jóvenes, más duros, más inmaduros.

243

Un ojo y dos miradas. Las mismas personas que tienen el capricho de la naturaleza que es la mirada que busca favor y protección, tienen habitualmente también, como consecuencia de sus frecuentes humillaciones y sentimientos de venganza, la mirada desvergonzada.

244

La lejanía azul. Toda la vida un niño, eso suena conmovedor, pero no es más que el juicio desde la lejanía: visto y vivenciado de cerca, siempre significa: pueril toda la vida [176].

[174] Aforismo añadido de su puño y letra por Nietzsche en *Md.*

[175] Cf. 27 [88].

[176] Cf. Schopenhauer, *El mundo...*, II, 453.

245

Ventaja y desventaja del mismo malentendido. La muda perplejidad del cerebro sutil es habitualmente interpretada y muy temida por parte de los groseros como superioridad tácita; mientras que la advertencia de perplejidad produciría benevolencia.

246

El sabio que se las da de loco. La filantropía del sabio le determina a veces a *fingirse* agitado, encolerizado, regocijado, para no ofender a sus allegados con la frialdad y circunspección de su *verdadero* ser.

247[177]

Obligarse a la atención. En cuanto advertimos que, en el trato y la conversación con nosotros, tiene alguien que *obligarse* a la atención, tenemos una prueba concluyente de que no nos quiere o ya no nos quiere.

248

Camino hacia una virtud cristiana. Aprender de los enemigos de uno es el mejor camino para amarlos, pues nos dispone a la gratitud hacia ellos.

249

Estratagema del importuno. El importuno da monedas de oro a cambio de nuestras monedas convencionales y quiere con ello obligarnos a tratar nuestra convención como equivocación y a él como excepción.

250[178]

Motivo de la aversión. Con más de un artista o escritor nos enfadamos, no porque nos acabemos por dar cuenta de que nos ha embaucado, sino porque no ha estimado necesarios medios más refinados para atraparnos.

251

Al separarse. No en cómo un alma se acerca a otra, sino en cómo se aleja de ella, reconozco yo su afinidad y homogeneidad con la otra.

252

Silentium. De los amigos de uno no debe hablarse, so pena de echar a perder hablando el sentimiento de la amistad.

[177] Cf. 34 [20].
[178] Cf. 30 [183].

253

Descortesía. La descortesía es con frecuencia señal de una modestia torpe que pierde la cabeza ante una sorpresa y trata de ocultarlo mediante la grosería.

254

Error de cálculo en la honestidad. A veces son precisamente nuestros conocidos más recientes los primeros en enterarse de lo hasta ahora callado por nosotros: neciamente nos figuramos que nuestra prueba de confianza es la cadena más fuerte con que podríamos retenerlos; pero ellos no saben lo suficiente de nosotros para sentir tan intensamente el sacrificio de nuestra confidencia y, sin pensar en traicionar, delatan nuestros secretos a otros, de modo que tal vez perdamos por ello a nuestros viejos conocidos.

255

En la antesala del favor. Todas las personas a las que se hace esperar mucho en la antesala del favor de uno entran en fermentación o bien se agrían.

256

Advertencia a los despreciados. Cuando se ha perdido incontestablemente la estima de los hombres, aférrese uno con uñas y dientes al pudor en el trato; si no, se delata a los demás que uno ha perdido también su propia estima. El cinismo en el trato es indicio de que en la soledad el hombre se trata a sí mismo como perro.

257

No pocas ignorancias ennoblecen. En cuanto a la estima de los que confieren estima, es más ventajoso no entender evidentemente ciertas cosas. También la ignorancia procura privilegios.

258

El adversario de la gracia. Al intolerante y soberbio no le gusta la gracia y la siente como un reproche vivamente visible contra sí; pues es la tolerancia del corazón en movimiento y ademán.

259

Al volverse a ver. Cuando viejos amigos vuelven a verse tras larga separación, sucede a menudo que se fingen interesados en la mención de cosas que para ellos han devenido enteramente diferentes; y a veces se dan cuenta de ello los dos, pero no se atreven a descorrer el velo debido a una triste duda. Nacen así conversaciones como en el reino de los muertos.

260

Hacer amistad sólo con laboriosos. El ocioso es peligroso para sus amigos; pues, como no tiene bastante que hacer, habla de lo que sus amigos hacen y no dejan de hacer, acaba por inmiscuirse y se torna importuno: por eso es más prudente no trabar amistad más que con laboriosos.

261

Un arma, dos veces dos. Es una lucha desigual cuando el uno habla en favor de su causa con la cabeza y el corazón, el otro sólo con la cabeza: el primero tiene por así decir contra sí sol y viento, y sus dos armas se estorban recíprocamente; pierde el premio a los ojos de la *verdad.* No obstante, es cierto que la victoria del segundo con su única arma rara vez es una victoria según el corazón de todos los *otros* espectadores y le hace antipático ante ellos.

262

Profundidad y turbiedad. El público confunde fácilmente al que pesca en la turbiedad con el que extrae de las profundidades.

263

Demostrar la vanidad de uno a amigos y enemigos. Más de uno maltrata por vanidad incluso a sus amigos en presencia de testigos a los que quiere hacer patente su superioridad; y otros exageran la valía de sus enemigos para probar con orgullo que son dignos de tales enemigos.

264

Enfriamiento. El enardecimiento del corazón está habitualmente ligado a la enfermedad de la mente y del juicio. A quien le importe por algún tiempo la salud de lo último debe, pues, saber qué tiene que enfriar; ¡despreocúpese del futuro del corazón! Puesto que uno es en general susceptible de calentamiento [179], también tendrá que calentarse y tener su verano.

265

De la mezcla de sentimientos. Las mujeres y los artistas egoístas sienten contra la ciencia algo que está compuesto de envidia y sentimentalismo.

[179] uno es en general] *Cl:* «de ningún modo puede uno deshacerse del pertinente aparato de calefacción que lleva en sí».

266

Cuándo es más grande el peligro. Rara vez se rompe uno la pierna mientras asciende fatigosamente en la vida, pero sí cuando empieza a facilitársela y a elegir los caminos cómodos.

267

No demasiado prematuramente. Hay que estar alerta para no volverse uno agudo demasiado prematuramente, pues con ello se adelgaza al mismo tiempo demasiado prematuramente [180].

268

Gozo con el recalcitrante. El buen educador conoce casos en que está orgulloso de que su educando permanezca *contra él* fiel a sí mismo, a saber, cuando el joven no debe entender al adulto o le entendería para su perjuicio.

269 [181]

Tentativa de honestidad. Jóvenes que quieren ser más honestos de lo que han sido, como víctima a la que primero atacar se buscan a alguien de reconocida honestidad, pues tratan de alzarse a su altura a fuerza de injurias, con la reserva mental de que en todo caso esta primera tentativa no entraña riesgos; pues precisamente a aquél no le cabría castigar la desvergüenza del deshonesto.

270

El eterno niño. Nos figuramos que los cuentos y los juegos son cosa de la infancia: ¡miopes de nosotros! ¡Como si en alguna edad de la vida pudiéramos vivir sin cuentos ni juegos! Por supuesto, los denominamos y sentimos de otro modo, pero precisamente esto habla en pro de que son lo mismo, pues también el niño siente el juego como su trabajo y el cuento como su verdad. La brevedad de la vida debería guardarnos de la pedante división de la vida en edades –como si cada una aportase algo nuevo–, y un poeta presentarnos alguna vez a un hombre de doscientos años que realmente viviera sin cuentos ni juegos.

271 [182]

Cada filosofía es filosofía de una edad. La edad en que un filósofo dio con su doctrina resuena en ésta, por mucho que pueda él sentirse elevado por encima de tiempo y hora. Resulta así la filosofía de Schopenhauer el reflejo de la *juven-*

[180] Cf. la carta de Nietzsche a Fuchs de finales de julio de 1878.

[181] *Fp*: «Quererse elevar a la honestidad a través de la desvergüenza: caso ridículo».

[182] Cf. 23 [93].

tud ardiente y melancólica, no es un modo de pensar para hombres de más edad; así, la filosofía de Platón recuerda los treinta y cinco años más o menos, cuando una corriente fría y otra caliente suelen precipitarse una al encuentro de la otra, de modo que se levantan polvo y delicadas nubecillas y, bajo circunstancias propicias y los rayos del sol, un arco iris encantador.

272

Del espíritu de las mujeres. La fuerza espiritual de una mujer queda óptimamente demostrada cuando por amor a un hombre y al espíritu del mismo sacrifica el suyo propio y, no obstante, le brota *en seguida un segundo espíritu* en el nuevo terreno, originariamente extraño a su naturaleza, hacia el que la impulsa la idiosincrasia del hombre.

273

Enaltecimiento y rebajamiento en lo sexual. La tempestad del deseo arrastra a veces al hombre a una altura en la que todo deseo calla: allá donde *ama* realmente y vive aún más en un ser mejor que en un querer mejor. Y, a la inversa, con frecuencia una buena esposa desciende por verdadero amor al deseo y se *rebaja* con ello ante sí misma. Forma lo último parte sobre todo de lo más cordialmente conmovedor que la idea de un buen matrimonio puede comportar.

274[183]

La mujer cumple, el hombre promete. Por medio de la mujer muestra la naturaleza lo que hasta ahora ha logrado con su trabajo en la imagen humana; por medio del hombre muestra lo que al hacerlo tuvo que vencer, pero también todo lo que todavía se *propone* con el ser humano. La mujer perfecta es el ocio del creador cada siete días de cultura, el descanso del artista en su obra.

275

Trasplante. Si uno ha empleado su espíritu en dominar la desmesura de los afectos, tal vez suceda con el penoso resultado de trasladar la desmesura al espíritu y en adelante excederse en el pensar y el querer conocer.

276

La risa como delación. Cómo y cuándo ríe una mujer es indicio de su formación; pero en el timbre de la risa descúbrese su naturaleza, en las mujeres cultas quizá hasta el último resto indisoluble de su naturaleza. Por eso el versado en el ser humano dirá como Horacio, pero por motivos diferentes: *ridete puellae*[184].

[183] Aforismo enviado ulteriormente por Nietzsche a Schmeitzner con la nota: «Añádase a los aforismos sobre las mujeres».

[184] «Reíd, niñas». La cita no es literal; cf. Horacio, *Carm.*, I, 9, 21-22. Cf. también Schopenhauer, *Parerga...*, 2, 454.

277

Del alma de los jóvenes. En relación con la misma persona los jóvenes alternan la devoción con la desvergüenza; pues en el fondo sólo se veneran y desprecian a sí en el otro, y en relación consigo mismos tienen que oscilar entre ambos sentimientos en tanto no hayan hallado aún en la experiencia la medida de su querer y poder.

278

Para la mejora del mundo. Con que se impidiese la propagación a los descontentos, biliosos y gruñones, podría ya transformarse por ensalmo la tierra en un edén de felicidad. Esta máxima no debe faltar en una filosofía práctica para el sexo femenino.

279

No desconfiar de los sentimientos de uno. El dicho femenino de que no debe desconfiarse de los sentimientos de uno no significa mucho más que: debe comerse lo que a uno le sabe bien. Esta puede ser también, sobre todo para naturalezas mesuradas, una buena regla cotidiana. Pero otras naturalezas deben vivir según otra máxima: «no debes comer sólo con la boca, sino también con la cabeza, para que la gula de la boca no te arruine».

280

Espantosa ocurrencia del amor. Todo gran amor comporta el espantoso pensamiento de matar el objeto del amor para sustraerlo de una vez por todas al ultrajante juego del cambio; pues al amor le espanta más el cambio que la aniquilación.

281

Puertas. En todo lo que se vivencia, se aprende, ve el niño, lo mismo que el adulto, *puertas;* pero para aquél son *accesos,* para éste nunca más que *pasadizos.*

282

Mujeres compasivas. La compasión de las mujeres, que es locuaz, lleva el lecho del enfermo al mercado público.

283

Mérito precoz. Quien ya de joven contrae un mérito desaprende habitualmente con ello el respeto a la vejez y a lo viejo, y se excluye así, con máxima desventaja para sí, de la sociedad de los maduros, de los que confieren madurez; de modo que, pese al precoz mérito, permanece verde, importuno y pueril más tiempo que los demás.

284

Almas de todo o nada. Las mujeres y los artistas suponen que cuando no se les contradice es porque no se les puede contradecir; les parecen imposible juntas veneración en diez puntos y desaprobación en otros diez, pues tienen almas de todo o nada.

285 [185]

Jóvenes talentos. En cuanto a los jóvenes talentos, debe procederse estrictamente según la máxima goethiana de que muchas veces no se debe hacer daño al error para no hacer daño a la verdad. Su estado semeja los achaques del embarazo y comporta raras veleidades que como fuese habría que satisfacer y tener en cuenta por mor del fruto que de ellas se espera. Por supuesto, como enfermero de estos extravagantes enfermos, debe uno entender del difícil arte de la autohumillación voluntaria.

286

Asco a la verdad. Las mujeres son de tal índole que toda la verdad (respecto al hombre, al amor, al niño, a la sociedad, a la meta de la vida) les produce asco y tratan de vengarse de todo aquel que les abre los ojos.

287

La fuente del gran amor. ¿De dónde nacen las pasiones repentinas de un hombre por una mujer, las profundas, íntimas? Únicamente de la sensualidad lo que menos; pero cuando el hombre encuentra juntos en un solo ser debilidad, desamparo y a la vez petulancia, sucede algo en él como si su alma quisiera desbordarse: está al mismo tiempo conmovido y ofendido. En este punto brota la fuente del gran amor.

288

Pulcritud. En el niño debe atizarse hasta la pasión el sentido de la pulcritud; más tarde se eleva, en metamorfosis siempre nuevas, casi hasta todas las virtudes y aparece finalmente, como compensación de todo talento, como un halo de pureza, moderación, ternura, carácter, portador en sí de la dicha, difusor de la dicha en torno a sí.

289

De los viejos vanidosos. La profundidad de sentido pertenece a la juventud, la claridad de sentido a la vejez: si, pese a ello, a veces los viejos hablan y escriben

[185] Cf. 30 [33]. Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones,* 149 (ed. cast., cit., vol. I, pág. 349).

a la manera de los de sentido profundo, lo hacen por vanidad, en la creencia de que con ello adoptan el encanto de lo juvenil, exaltado, deviniente, lleno de presentimientos y de esperanza.

290

Aprovechamiento de lo nuevo. Los hombres aprovechan en adelante lo recién aprendido o vivenciado como reja de arado, quizá también como arma; pero las mujeres hacen de ello en seguida una gala para sí.

291

Tener razón en los dos sexos. Si se le concede la razón a una mujer, ésta no puede evitar poner triunfal el pie en la nuca del sometido, tiene que paladear la victoria; mientras que, de hombre a hombre, en tal caso uno habitualmente se avergüenza de tener razón. Y es que el hombre está habituado a la victoria, mientras que con ella la mujer vivencia una excepción.

292

Renuncia en la voluntad de belleza. Para llegar a ser bella, una mujer no debe querer pasar por bonita: quiere esto decir que en noventa y nueve casos en que podría gustar, debe desdeñar e impedir gustar, para cosechar de una sola vez el éxtasis de aquel cuya alma tiene una puerta lo bastante grande para acoger lo grande.

293

Inconcebible, intolerable. Un joven no puede concebir que alguien mayor haya también pasado alguna vez por sus éxtasis, auroras del sentimiento, virajes y elevaciones del pensamiento: ya le ofende pensar que éstos hayan existido dos veces, pero le dispone muy hostilmente oír que para llegar a ser *fecundo* debe perder esas flores, privarse de su fragancia.

294

Partido con aire de mártir. Todo partido que sabe darse aire de mártir se atrae el corazón de los afables y adquiere así él mismo el aire de la afabilidad, para máxima ventaja suya.

295

Afirmar, más seguro que demostrar. Una afirmación obra más intensamente que un argumento, al menos entre la mayoría de las personas; pues el argumento despierta desconfianza. Por eso los demagogos tratan de asegurar los argumentos de su partido mediante afirmaciones.

296[186]

Los mejores encubridores. Todos los que regularmente triunfan poseen una profunda astucia para nunca presentar sus defectos y debilidades más que como fortalezas aparentes; por eso deben tener de sí mismos un conocimiento excepcionalmente bueno y claro.

297

De vez en cuando. Se sentó junto a la puerta de la ciudad y le dijo a uno que por ella pasaba que precisamente aquella era la puerta de la ciudad. Éste le contestó que era verdad, pero que no se debía tener demasiada razón si se quería obtener gratitud por ello. «Oh, respondió él, tampoco quiero gratitud; pero de vez en cuando es muy agradable no sólo tener razón, sino también hacer ostentación de ello».

298[187]

La virtud no ha sido inventada por los alemanes. El aristocratismo y la ausencia de envidia en Goethe, la noble resignación eremítica de Beethoven, el encanto y la gracia de Mozart, la inflexible virilidad y libertad bajo ley de Haendel, la confiada y transfigurada vida interior de Bach, que ni siquiera tiene necesidad de renunciar al brillo y al éxito, ¿son, pues, éstas cualidades *alemanas?* Pero si no, muestran al menos a qué deben aspirar los alemanes y qué pueden alcanzar.

299

Pia fraus[188] *u otra cosa.* Quisiera equivocarme; pero para mí que en la Alemania actual se hace de una doble clase de hipocresía deber del momento para cada cual: se demanda un germanismo en interés de la política del imperio y un cristianismo por temor social, pero ambos sólo en palabras y gestos, y sobre todo en el saber callar. Es el *barniz* lo que ahora tanto cuesta, tan alto se paga: es por causa de los *espectadores* por lo que la nación da a su rostro unos repliegues germanizantes y cristianizantes.

300

Hasta qué punto también en lo bueno la mitad puede ser más que el todo. En todas las cosas instituidas para durar y que siempre requieren los servicios de muchas personas, debe hacerse *regla* de no poco *menos bueno,* aunque el organizador conoce muy bien lo mejor (y más difícil); pero contará con que nunca faltan personas que pueden satisfacer la regla y sabe que el término medio de las

[186] Cf. 28 [20], 29 [2].
[187] Cf. 30 [149].
[188] «Fraude piadoso».

fuerzas es la regla. Un joven rara vez comprende esto, y, como innovador, cree entonces prodigioso cuánta razón tiene él y cuán rara es la ceguera de los demás.

301

El hombre de partido. El auténtico hombre de partido ya no aprende, sólo experimenta y juzga; mientras que Solón, que nunca fue hombre de partido, sino que persiguió su meta al margen y por encima de los partidos o contra ellos, es de modo significativo el padre de esa sencilla frase en que se encierran la salud y la inagotabilidad de Atenas: «envejezco y nunca dejo de aprender» [189].

302

Lo que, según Goethe, es alemán. Los verdaderamente insoportables, de los que ni siquiera lo bueno puede aceptarse, son los que tienen *libertad de opinión* pero no advierten que les falta *libertad de gusto* y *de espíritu.* Ahora bien, precisamente esto es, según el ponderado juicio de Goethe [190], *alemán.* Su voz y su ejemplo señalan que el alemán debe *ser más* que un alemán si quiere ser útil o aun sólo soportable para las demás naciones, y *en qué dirección* debe esforzarse por pasar más allá y fuera de sí.

303 [191]

Cuándo es necesario detenerse. Cuando las masas comienzan a enfurecerse y la razón se ofusca, hace uno bien, en caso de no estar enteramente seguro de la salud de su alma, en guarecerse en un portal y observar el tiempo.

304

Espíritus revolucionarios y espíritus propietarios. El único remedio contra el socialismo que queda en nuestras manos es el siguiente: no provocarlo, es decir, vivir nosotros mismos moderada y sobriamente, eludir en lo posible la ostentación de cualquier suntuosidad y venir en auxilio del Estado cuando grave con onerosos impuestos todo lo superfluo y lujoso. ¿No os gusta este remedio? Entonces, ricos burgueses que os llamáis «liberales», confesaos que no es sino la actitud de vuestro propio corazón lo que encontráis tan terrible y amenazador en los socialistas, pero en vosotros mismos lo aceptáis como inevitable, como si ahí fuese algo distinto. Si, tal como sois, no tuvieseis vuestra *fortuna* ni la preocupación por su conservación, esta actitud vuestra os haría socialistas: sólo la posesión os diferencia de ellos. A vosotros tenéis que derrotaros si queréis derrotar de cualquier forma a los contrarios a vuestra prosperidad. ¡Y si esa prosperidad fuese al menos bienestar real! No

[189] Cf. Solón, Fragmento 22, 7 (Diehl).

[190] Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones,* 978 (ed. cast. cit., vol. I, pág. 431 —interesante es también en este sentido el número 971, pág. 430—), pasaje marcado por Nietzsche con una señal.

[191] *Fp.* «Guarecerse en un portal y mirar el cielo lluvioso. Comparación».

sería entonces tan exterior ni provocaría tanta envidia; sería más comunicativa, más benévola, más equitativa, más solícita. Pero lo inauténtico e histriónico de vuestros goces de la vida, que están más en el sentimiento de contraste (de que otros no los tienen y os los envidian) que en el sentimiento de plenitud y acrecentamiento de la fuerza –vuestros alojamientos, ropas, carruajes, vitrinas, exigencias del paladar y en la mesa, vuestro bullicioso entusiasmo por la ópera y la música, finalmente vuestras mujeres, formadas y cultas pero de vil metal, doradas pero sin el sonido del oro, elegidas por vosotros como piezas de alarde, que se ofrecen a sí mismas como piezas de alarde–: estos son los ponzoñosos difusores de esa epidemia que como sarna socialista del corazón se va ahora propagando cada vez más rápidamente por entre las masas, pero que tiene su primer asiento y foco de incubación en *vosotros*. ¿Y quién detendría ahora esta peste?[192].

305

Táctica de los partidos. Cuando un partido se da cuenta de que un afiliado se ha convertido de un adepto incondicional en un adepto con reservas, tolera esto tan poco que, mediante toda clase de provocaciones y agravios, trata de llevarlo a la defección irrevocable y de convertirlo en adversario; pues tiene la sospecha de que la intención de ver en su credo algo de valor *relativo* que permite un pro y un contra, un sopesar y descartar, sea más peligrosa para él que una oposición frontal[193].

306

Para el fortalecimiento de partidos. Quien quiera fortalecer internamente un partido, ofrézcale ocasión para tener que ser tratado de modo evidentemente *injusto:* con ello acumula un capital de buena conciencia que tal vez le faltaba hasta entonces.

307[194]

Cuidar del pasado de uno. Como, propiamente hablando, los hombres no respetan más que todo lo de antiguo cimentado, lentamente devenido, quien quiera pervivir después de su muerte debe cuidar no sólo de su descendencia, sino aún más de un *pasado:* por eso los tiranos de todas las clases (también los artistas y políticos tiránicos) gustan de violentar la historia para que ésta aparezca como preparación y escala hasta ellos.

308

Escritores de partido. El timbaleo en que tanto se complacen jóvenes escritores al servicio de un partido le suena al que no pertenece al partido como estruendo de cadenas y despierta antes bien compasión que admiración.

[192] peste?] Variante en *Md*: «rueda?».

[193] Cf. la carta de Nietzsche a Mathilde Maier del 6 de agosto de 1878.

[194] *Fp*: «Como el *tirano* acaba por intentar legitimarse, rebusca en la tradición, falsea la historia (en Wagner)».

309

Tomar partido contra sí. Nuestros adeptos nunca nos perdonan que tomemos partido contra nosotros mismos; pues a sus ojos esto significa no sólo rechazar su amor, sino también desairar su entendimiento.

310 [195]

Peligro en la riqueza. Sólo quien tiene *espíritu* debería tener *posesiones;* de lo contrario, las posesiones son un *peligro público.* En efecto, el propietario que no sabe hacer uso del tiempo libre que las posesiones podrían brindarle *seguirá* siempre aspirando a posesiones: esta aspiración será su entretenimiento, su estratagema en la lucha contra el aburrimiento. Así, de unas posesiones moderadas, que le bastarían al espiritual, acaba por nacer la riqueza propiamente dicha; y ciertamente como reluciente resultado de la dependencia y la pobreza espirituales. *Ahora bien, aparece* enteramente diferente a como cabría esperar de su miserable abolengo, pues puede enmascararse con cultura y arte: precisamente puede *comprar* esta máscara. Con ello despierta la envidia entre los más pobres y los incultos –que en el fondo siempre envidian la cultura y no ven la máscara en la máscara– y prepara poco a poco una revolución social; pues la grosería dorada y el pavoneo histriónico en el presunto «goce de la cultura» les inspiran a aquéllos el pensamiento de que «no es cuestión más que de dinero», cuando ciertamente el dinero importa *algo,* pero *mucho más el espíritu.*

311

Placer en mandar y obedecer. Mandar produce tanto placer como obedecer, lo primero cuando todavía no se ha convertido en hábito, pero lo último cuando se ha convertido en hábito. Viejos servidores bajo amos nuevos son fuentes recíprocas de placer.

312

Ambición de centinela perdida. Hay una ambición de centinela perdida que apremia a un partido a exponerse a un peligro extremo.

313

Cuándo se necesitan asnos. No llevará uno a la multitud a gritar hosanna hasta que no entre en la ciudad a lomos de un asno [196].

[195] Cf. 30 [162].
[196] Cf. *Juan,* 12:14.

314

Costumbre de partido. Todo partido trata de presentar como insignificante lo significativo que ha surgido fuera de él; si no lo consigue, lo ataca tanto más enconadamente cuanto más eminente es.

315[197]

Vaciarse. De quien se entrega a los acontecimientos queda cada vez menos. Por eso los grandes políticos pueden convertirse en hombres enteramente vacíos y haber sin embargo sido alguna vez plenos y ricos.

316

Enemigos deseados. Para los regímenes dinásticos los movimientos socialistas no dejan ahora de ser antes bien gratos que temibles, pues les ponen en las manos *el derecho y la espada* para adoptar las medidas de excepción con que acometer a sus verdaderas pesadillas, los demócratas y antidinásticos. Tales regímenes tienen ahora una secreta inclinación e intimidad hacia todo lo que públicamente odian: tienen que velar su alma.

317[198]

La propiedad posee. Sólo hasta un cierto punto hace la propiedad a los hombres independientes, libres; un escalón más y la propiedad se convierte en amo, el propietario en esclavo: como tal tiene que sacrificarle a aquélla su tiempo, su reflexión y en adelante se obliga a un trato, se siente atado a un lugar, incorporado a un Estado; todo quizá contra sus necesidades más íntimas y esenciales.

318[199]

De la dominación de los que saben. Es fácil, ridículamente fácil, establecer el modelo para la elección de una corporación legislativa. Primero habrían de apartarse, mediante mutuo olisqueamiento y reconocimiento, los probos y dignos de confianza de un país, que sean al mismo tiempo maestros y peritos en alguna cosa; de ellos, igualmente mediante mutuo reconocimiento y prestación de garantías, deberían seleccionarse, en elección más restringida, los expertos y conocedores de primer orden en cada especialidad. Constituida por ellos la corporación legislativa, sólo las voces y juicios de los expertos más especializados deberían decidir en cada caso, y la honestidad de *todos* los demás haber llegado a ser lo bastante grande, y simplemente como cuestión de decencia, para dejarles

[197] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

[198] Cf. 30 [162].

[199] Cf. 30 [39]. *Fp*: «En el Parlamento, supresión del partido. Todos se abstienen de votar, aparte de los respectivos expertos. Esto comporta la *moralidad interna* de la verdad».

en ello también a ellos la votación: de modo que en el sentido más estricto la ley procedería del entendimiento de los más entendidos. Ahora votan partidos; y en cada votación debe de haber cientos de conciencias avergonzadas: las de los mal informados, incapaces de juicio, las de los que repiten lo dicho por otros, los que van a remolque, los que se han dejado arrastrar. Nada rebaja tanto la dignidad de cualquier ley como este sonrojo adherido de la deshonestidad a que obliga toda votación partidista. Pero, como queda dicho, es fácil, ridículamente fácil, establecer algo así: ningún poder del mundo es ahora lo bastante fuerte para llevar a efecto lo mejor, a no ser que la fe en la suprema *utilidad de la ciencia y de los que saben* acabe por iluminar también a los más malévolos y sea preferida a la ahora dominante fe en el número. En el sentido de este porvenir va nuestra consigna: «¡Más respeto por el que sabe! ¡Y abajo todos los partidos!»

319 [200]

Sobre el «pueblo de los pensadores» (o del pensamiento malo). Lo indistinto, flotante, presagioso, elemental, intuitivo –para elegir también nombres oscuros para cosas oscuras– que se atribuye al ser alemán sería, *si* de hecho existiera todavía, una prueba de que su cultura estaría muy atrasada, aún bajo el hechizo y la atmósfera de la Edad Media. Por supuesto, un tal atraso entraña también algunas ventajas: con estas cualidades –si, repitámoslo, todavía las poseyesen ahora– los alemanes serían capaces de algunas cosas, y sobre todo de la comprensión de algunas cosas para las que otras naciones han perdido toda la fuerza. Y por cierto que mucho se pierde si se pierde la *falta de razón* –es decir, precisamente lo común de esas propiedades–; pero no hay aquí merma sin suprema compensación, de modo que no hay motivos de queja, a no ser que, como los niños y los golosos, se quiera disfrutar los frutos de todas las estaciones.

320 [201]

Lechuzas a Atenas. Los gobiernos de los grandes Estados tienen los medios a su alcance para mantener al pueblo dependiente de sí, temeroso y obediente: uno más burdo, el ejército; otro más sutil, la escuela. Con ayuda del primero ponen de su parte la *ambición* de los estratos superiores y la *fuerza* de los inferiores, en la medida en que ambas suelen ser propias de hombres activos y vigorosos mediana o pobremente dotados; con ayuda del otro medio se ganan la pobreza *dotada,* sobre todo la semipobreza espiritualmente pretenciosa de las clases medias. Hacen ante todo de los profesores de todos los grados una corte espiritual que involuntariamente mira hacia «arriba»: al acumular trabas y más trabas contra la escuela privada; para no hablar de la aborrecida educación individual, se aseguran el control sobre un número muy significativo de plazas docentes, sobre las que tienen constantemente puesta la vista un número de ojos famélicos y sumisos cinco veces mayor al de los que podrían hallar satisfacción.

[200] *Fp.* 21 [14].
[201] Cf. 23 [45].

Pero estos puestos no pueden alimentar a sus titulares sino congruamente: la sed febril de *promoción* se mantiene en ellos y los liga aún más estrechamente a los propósitos del gobierno. Pues siempre es más ventajoso procurar un descontento moderado que contento, la madre del coraje, la abuela del librepensamiento y de la arrogancia. Ahora bien, por mediación de este cuerpo docente física y espiritualmente sujeto por la brida, bien que mal se eleva a toda la juventud del país a una cierta altura cultural útil al Estado y convenientemente graduada; pero ante todo se transmite casi inadvertidamente a los espíritus inmaduros y codiciosos de honores de todos los estamentos que sólo una orientación vital reconocida y timbrada por el Estado comporta en el acto distinción *social*. El efecto de esta fe en los exámenes y títulos oficiales llega al punto de que incluso a hombres que se han mantenido independientes, que han ascendido mediante el comercio o la artesanía, les queda en el pecho la espina de una insatisfacción hasta que su posición no es advertida y reconocida desde arriba mediante la graciosa concesión de un título o una orden, hasta que uno «puede dejarse ver». Por último, el Estado asocia todos esos cientos y cientos de rangos y puestos remunerados supeditados a él a la *obligación* de dejarse formar y perfilar por las escuelas estatales si uno quiere entrar por estas puertas: honor ante la sociedad, pan para sí, la posibilidad de formar una familia, protección desde arriba, sentimiento de solidaridad de los que han recibido una misma educación, todo esto constituye una red de esperanzas en la que todo joven queda atrapado: ¿de dónde, pues, podría soplar la desconfianza? Si, por último, hasta la obligación de ser *soldado* durante unos cuantos años se ha convertido para todo el mundo, al cabo de algunas generaciones, en un hábito y una premisa sobreentendidos sobre los que se delinea de antemano el plan de su vida, también puede aún el Estado arriesgar el golpe maestro de trenzar *entre sí* mediante ventajas escuela y ejército, talento, ambición y fuerza, es decir, atraer hacia el ejército con condiciones más ventajosas al *superiormente dotado* y *formado,* e inculcarle el espíritu militar de la obediencia alegre; de modo que quizá jure bandera para siempre y le procure, debido a su talento, un nuevo, cada vez más brillante prestigio. No falta entonces nada más que ocasión para grandes guerras; y de ello se ocupan, de oficio, es decir, con toda *inocencia,* los diplomáticos, amén de los periódicos y las bolsas; porque el «pueblo», en cuanto pueblo de soldados, tiene siempre ante las guerras buena conciencia, no es menester creársela.

321 [202]

La prensa. Si se pondera cómo aún hoy todos los grandes acontecimientos políticos entran en escena secreta y veladamente, cómo son tapados por sucesos insignificantes y aparecen pequeños al lado de éstos, cómo sólo mucho después de ocurrir muestran sus efectos profundos y hacen estremecer el suelo, ¿qué significación puede entonces concedérsele a la prensa, tal como ésta es ahora, con su diario derroche pulmonar para gritar, ensordecer, excitar, asustar? ¿Es más que

[202] Cf. 27 [2].

la *ciega alarma permanente* que desvía los oídos y sentidos en una dirección equivocada?

322

Después de un gran acontecimiento. Un pueblo o un hombre cuya alma ha salido a la luz con ocasión de un gran acontecimiento, siente luego habitualmente la necesidad de una *puerilidad* o de una *grosería,* tanto por vergüenza como para reponerse.

323 [203]

Ser buen alemán significa desalemanizarse. Aquello en que se hallan las diferencias nacionales es, mucho más de lo que hasta ahora se ha considerado, sólo la diferencia de distintos *niveles culturales* y en mínima parte algo permanente (y aun esto no en un sentido estricto). Por eso toda argumentación a partir del carácter nacional compromete tan poco a quien trabaja en la *transformación* de las convicciones, es decir, en la cultura. Si se pondera, por ejemplo, todo lo que ya *ha sido* alemán, en seguida se corregirá la cuestión teórica ¿qué *es* alemán? con la contracuestión: «¿qué es *ahora* alemán?»; y todo *buen* alemán la resolverá prácticamente, sobreponiéndose precisamente a sus cualidades alemanas. Pues cuando un pueblo avanza y crece, va haciendo saltar los sucesivos cinturones que hasta entonces le han conferido su aspecto *nacional:* si se detiene, si se atrofia, un nuevo cinturón le ciñe el alma; por así decir, la costra cada vez más dura construye en torno una prisión cuyos muros no dejan de crecer. Si un pueblo tiene por tanto mucha solidez, es esta una prueba de que quiere petrificarse y desea convertirse enteramente en *monumento:* como sucedió a partir de determinado momento con la egipcidad. Por tanto, quien quiera bien a los alemanes debe por su parte velar por crecer cada vez más allá de lo que es alemán. Siempre ha sido en consecuencia el *giro hacia lo no alemán* el distintivo de los prohombres de nuestro pueblo.

324 [204]

Extranjerías. Un extranjero que viajaba por Alemania desagradó y agradó con algunas afirmaciones según las regiones en que se detenía. Todos los suabos que tienen espíritu –solía decir– son coquetos. Pero los demás suabos seguían creyendo todavía que Uhland era un poeta y Goethe inmoral. Lo mejor de las novelas alemanas que ahora eran celebradas era que no hacía falta leerlas: ya se las conocía. El berlinés parecía más bonachón que el alemán meridional, pues era *harto* burlón

[203] Cf. 23 [48], 23 [100], 30 [70]. *Fp:* «Lo que se llaman diferencias nacionales son habitualmente diversos *niveles culturales,* a los que un pueblo llega antes, otro después». Este aforismo es probablemente una respuesta al artículo de Wagner «¿Qué es alemán?», publicado en las *Bayreuther Blätter* en febrero de 1878, págs. 29-42.

[204] Aforismo añadido de su puño y letra por Nietzsche en *Md.*

y por tanto toleraba la burla, lo cual no sucedía entre los alemanes meridionales. El espíritu de los alemanes era aplastado por su cerveza y sus periódicos: les recomendaba té y panfletos, para curarse, naturalmente. Examínense sin embargo, aconsejaba, los distintos pueblos de la envejecida Europa fijándose en cómo cada uno exhibe con particular énfasis una determinada cualidad de la vejez, para contento de los que asisten a este gran espectáculo: cómo los franceses representan felizmente lo perspicaz y amable de la vejez; los ingleses, la experiencia y la reserva; los italianos, la inocencia y la ingenuidad. ¿Faltaban las otras máscaras de la vejez? ¿Dónde estaba el viejo arrogante? ¿Dónde el viejo despótico? ¿Dónde el viejo avaro? Las regiones más peligrosas de Alemania eran Sajonia y Turingia: en ninguna parte había más inquietud espiritual y conocimiento de los hombres, amén de librepensamiento, y todo estaba tan modestamente oculto por el feo idioma y la diligente obsequiosidad de esta población, que apenas se daba uno cuenta de que aquí se trataba con los sargentos espirituales de Alemania y con sus catequistas en el bien y en el mal. La arrogancia de los alemanes septentrionales se mantiene en sus límites por su propensión a obedecer, la de los alemanes meridionales por su propensión a la comodidad. Parecíale a él que los maridos alemanes tenían en sus mujeres amas de casa torpes pero muy persuadidas de sí: hablaban bien de sí tan insistentemente, que habían convencido a casi todo el mundo y desde luego a sus maridos de la virtud propiamente alemana de las amas de casa. Cuando luego la conversación derivaba hacia la política exterior e interna de Alemania, solía contar –él lo llamaba denunciar– que el estadista más grande de Alemania no creía en los grandes estadistas. Encontraba amenazado y amenazador el futuro de los alemanes; pues ya no sabían *divertirse* (en lo que tan entendidos eran los italianos), pero se habían *habituado a la emoción* por obra del gran juego de azar de las guerras y revoluciones dinásticas, así que algún día tendrían la *émeute*[205]. Pues ésta es la emoción más intensa que un pueblo puede procurarse. Precisamente por eso es el socialista alemán el más peligroso, porque no le impulsa una necesidad *determinada;* su sufrimiento es no saber lo que quiere; así que, por mucho que lograra en el disfrute, seguiría sin embargo languideciendo de deseo, enteramente como Fausto[206], pero presumiblemente como un Fausto muy plebeyo. «Pues –exclamó finalmente– Bismarck les ha sacado a los alemanes cultos el *demonio fáustico* que tanto les atormentaba; pero ahora el demonio se les ha metido en el cuerpo a los puercos y es peor que antes»[207].

325

Opiniones. La mayoría de las personas ni son nada ni valen nada hasta no haberse revestido de las convicciones generales y las opiniones públicas, según la filosofía de sastre de que el hábito hace al monje. Pero de las personas de excepción debe decirse: *es la percha la que hace al traje;* dejan aquí las opiniones de ser públicas y se convierten en algo distinto a máscaras, atavío y disfraz.

[205] «Motín».
[206] Cf. Goethe, *Fausto I,* vv. 3249 ss. (ed. cast., *Obras completas,* cit. vol. III, págs. 1346 s.).
[207] Cf. *Mateo,* 8:32.

326

Dos clases de sobriedad. Para no confundir la sobriedad por agotamiento del espíritu con la sobriedad por moderación, debe tenerse en cuenta que la primera es desabrida, la otra gozosa.

327

Falsificación de la alegría. No llamar buena una cosa un día después de que nos lo parezca ni, ante todo, *un día antes:* este es el único medio para mantener auténtica la *alegría;* de lo contrario, harto fácilmente se torna insípida y rancia al gusto, y cuéntase ahora entre los alimentos adulterados para capas enteras del pueblo.

328

El chivo de la virtud. Ante lo mejor de todo que alguien hace, los que bien quieren a éste pero no están a la altura de su acto se lanzan precipitadamente en busca de un chivo para matarlo, imaginando que es el chivo expiatorio de los pecados; pero es el chivo expiatorio de la virtud.

329

Soberanía. Venerar también lo malo y profesarlo cuando a uno le *agrada,* y no concebir cómo puede avergonzar que agrade, es el signo de la soberanía, en lo grande y en lo pequeño.

330

El influyente, un fantasma, no una realidad. El hombre eminente va poco a poco aprendiendo que, *en la medida en que influye,* es un *fantasma* en las cabezas de los demás, y quizá caiga en la sutil tortura del alma de preguntarse si no deberá mantener en vigor el fantasma de sí para *bien* de sus congéneres.

331

Quitar y dar. Cuando uno le quita (o le gana por la mano) algo a alquien, es ciego para el hecho de que le ha dado mucho más y aun lo máximo.

332 [208]

La buena tierra. Todo rechazo y negación apunta una falta de fecundidad: en el fondo, sólo con que fuéramos una buena tierra de labranza, no deberíamos

[208] Cf. 32 [20].

dejar perecer nada desaprovechado y sí ver en todas las cosas, acontecimientos y personas abono, lluvia o sol bienvenidos.

333

El trato como goce. Si uno se mantiene, con sentido de renuncia, en la soledad, con ello puede hacer del trato con las personas, rara vez saboreado, un exquisito manjar.

334[209]

Saber sufrir públicamente. Uno debe exhibir su desdicha y de vez en cuando suspirar audiblemente, estar visiblemente impaciente; pues si se dejara advertir a los demás cuán seguro y dichoso se es en sí pese al dolor y la privación, ¡qué envidiosos y perversos se los haría! Pero debemos preocuparnos de no empeorar a nuestros congéneres; además, en ese caso nos gravarían con onerosos impuestos, y en todo caso nuestro sufrimiento *público* es también nuestra ventaja *privada.*

335

Calor en las alturas. En las alturas hace más calor de lo que en los valles se supone, especialmente en invierno. El pensador sabe todo lo que este símil significa.

336

Querer lo bueno, poder lo bello. No basta con practicar el *bien:* debe habérselo querido y, como dice el poeta, acoger la divinidad en la *voluntad* de uno[210]. Pero no cabe querer lo *bello,* hay que *poderlo,* con inocencia y ciegamente, sin ninguna curiosidad de la psique. Quien enciende su linterna para encontrar hombres perfectos repare en este signo: son los que siempre obran por mor del bien y al hacerlo siempre alcanzan lo bello sin pensar en ello. Pues muchos de los mejores y más nobles, por incapacidad y carencia de alma bella, siguen pareciendo, con toda su buena voluntad y sus buenas obras, fastidiosos y feos; repugnan e incluso perjudican la virtud por el repulsivo atuendo con que su mal gusto la viste.

337

Peligro para los que renuncian. Debe uno guardarse de cimentar su vida sobre un fundamento demasiado angosto de concupiscencia; pues cuando se renuncia a los deleites que las posiciones, los honores, las asociaciones, las

[209] Aforismo añadido de su puño y letra por Nietzsche en *Md.* Cf. *HDH* 482.
[210] Schiller, *Das Ideal und das Leben.*

voluptuosidades, las comodidades, las artes comportan, puede llegar un día en que se advierta que, en vez de la sabiduría, con esta resignación se ha conseguido como vecino *el hastío de la vida*.

338

Última opinión sobre opiniones. O bien oculta uno sus opiniones, o bien se oculta tras ellas. Quien hace de otro modo no conoce la marcha del mundo o pertenece a la Orden de la Santa Temeridad.

339

«Gaudeamus igitur»[211]. El gozo debe contener también fuerzas edificantes y curativas para la naturaleza ética del hombre: ¿cómo si no podría ser que nuestra alma, en cuanto reposa al sol de la alegría, se prometa involuntariamente «¡ser buena!», «¡llegar a ser perfecta!», y que al hacerlo le embargue cual estremecimiento de dicha un presentimiento de la perfección?

340

A alguien elogiado. En tanto se te elogia, no creas nunca que estás en tu propia senda, sino en la de otro.

341

Amar al maestro. Al maestro el aprendiz lo ama de un modo, el maestro de otro.

342

Demasiado bello, y humano. «La naturaleza es demasiado bella para ti, pobre mortal»: no pocas veces siente uno así; pero un par de veces, al fijar una mirada íntima en todo lo humano, su plenitud, fuerza, delicadeza, complejidad, he tenido la impresión de deber decir, con toda humildad: «¡también el *hombre* es demasiado bello para el hombre que contempla!», y ciertamente no sólo el hombre moral, sino todos.

343

Bienes muebles y bienes raíces. Si alguna vez la vida ha tratado a alguien como verdadera expoliadora y le ha quitado todo lo que ha podido de honores, amigos, adeptos, salud y propiedades de toda índole, tal vez descubra uno después, tras el primer sobresalto, que es *más rico* que antes. Pues ahora es cuando se sabe qué le es tan propio a uno que ningún ladrón puede ponerle la mano

[211] «Alegrémonos, pues».

encima; y así es como tal vez emerja de todo este pillaje y confusión con la hidalguía de un gran terrateniente.

344

Involuntarias figuras ideales. El sentimiento más penoso que hay es descubrir que siempre lo toman a uno por algo superior a lo que es. Pues tiene entonces que confesarse: algo en ti es mentira: tu palabra, tu expresión, tus gestos, tu mirada, tu acción; y esto engañoso es tan necesario como tu restante honestidad, pero supera constantemente el efecto y el valor de ésta.

345

Idealista y mentiroso. Tampoco debe uno dejarse tiranizar por el más hermoso de los placeres: elevar las cosas al ideal; de lo contrario, llega un día en que la verdad se separa de nosotros con las ruines palabras: «tú, redomado embustero, ¿qué tengo que ver yo contigo?» [212].

346

Ser mal entendido. Cuando se es globalmente mal entendido, es imposible borrar de raíz un malentendido particular. Hay que comprender esto para no malgastar fuerzas en defenderse.

347

Habla el bebedor de agua. Continúa bebiendo el vino que te ha refrescado durante toda tu vida: ¿qué se te da que yo tenga que ser un bebedor de agua? ¿No son vino y agua elementos apacibles, fraternos, que conviven sin reproche?

348

Del país de los antropófagos. En la soledad el solitario se devora a sí mismo; en la multitud, la muchedumbre. Ahora elige.

349 [213]

En el punto de congelación de la voluntad [214]. «Finalmente llega la hora que te envolverá en la dorada nube de la ausencia de dolor; en que el alma goce de su propia lasitud y, dichosa en el paciente juego con su paciencia, se asemeje [215] a

[212] Cf. *Juan*, 2:4.

[213] Cf. 30 [31].

[214] Título diferente en *Md*: «Deseo de quien ya no tiene deseo».

[215] Finalmente llega la hora] *Cl*: «Nada superior alcanzamos a ese juego ascendente y descendente del alma, por el que se asemeja...».

las olas de un lago que en un tranquilo día de verano, reflejando un cielo crepuscular abigarradamente coloreado, lamen, lamen la orilla y vuelven a aquietarse –sin término, sin fin, sin saciedad, sin necesidad–, todo calma que se deleita en la mudanza, todo flujo y reflujo con el latido de la naturaleza» [216]. Esto es lo que sienten y dicen todos los enfermos; pero si alcanzan esas horas, sobreviene, tras breve goce, el aburrimiento. Pero éste es el viento tibio para la voluntad congelada, la cual despierta, se mueve y muestra de nuevo deseo sobre deseo. Desear es un indicio de curación o mejoría.

350 [217]

El ideal renegado. Excepcionalmente sucede que alguien sólo alcanza lo más alto cuando reniega de su ideal; pues este ideal le impelía hasta entonces demasiado violentamente, de modo que él siempre perdía el aliento en la mitad de la senda y debía detenerse.

351 [218]

Inclinación delatora. Se considera como indicio de hombre envidioso, pero que aspira a elevarse, que éste se sienta atraído por el pensamiento de que contra lo excelente sólo hay una salvación: el amor.

352 [219]

Felicidad de escalera [220]. Así como el ingenio de no pocos hombres no mantiene el mismo paso que la ocasión, de modo que la ocasión ya ha pasado por la puerta mientras que el ingenio todavía está en la escalera, así hay en otros una especie de felicidad de escalera que corre demasiado lentamente para estar siempre al lado del tiempo de los pies ligeros: lo mejor que llegan a gozar de una vivencia, de todo un tramo de la vida, no les acontece sino mucho tiempo después, a menudo sólo como un débil perfume aromatizado que despierta anhelo y tristeza, como si alguna vez hubiera sido posible saciar la sed en este elemento. Pero ahora es demasiado tarde.

353

Gusanos. No contradice la madurez de un espíritu que tenga algunos gusanos.

[216] todo flujo y reflujo] Variante en *Md*: «todo ritmo de la naturaleza y ausencia de humanidad».

[217] Cf. 32 [2].

[218] Cf. 30 [143]. Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones*, 45 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 852).

[219] Cf. 33 [1].

[220] Juego de palabras con la expresión fig. y fam. francesa «avoir l'esprit de l'escalier» (lit.: «tener el espíritu de la escalera»).

354

La montura victoriosa. Un buen porte a caballo le roba al adversario el coraje, al espectador el corazón: ¿para qué atacar ya? Monta como alguien que ha vencido.

355

Peligro en la admiración. Por excesiva admiración hacia virtudes ajenas puede uno perder el sentido para las suyas propias y, por falta de práctica, acabar por perder éstas mismas, sin obtener en compensación por ellas las ajenas.

356 [221]

Provecho de la salud delicada. Quien está a menudo enfermo no sólo tiene un goce mucho mayor en la salud por sus frecuentes curaciones, sino también un sentido sumamente agudo para lo sano y lo enfermo en las obras y acciones, propias y ajenas; de modo que precisamente los escritores enfermizos –y entre ellos están desgraciadamente casi todos los grandes– suelen tener en sus escritos un tono de salud mucho más seguro y parejo, pues entienden más que los físicamente robustos de la filosofía de la salud y la curación del alma y de sus preceptores: la mañana, el sol, el bosque y el manantial.

357

La infidelidad, condición de la maestría. No hay nada que hacer: todo maestro tiene un solo alumno y éste no le permanece fiel, pues también él está destinado a la maestría.

358

Nunca en vano. Nunca trepas en vano por la montaña de la verdad: o ya hoy subes más alto, o bien ejercitas tus fuerzas para poder ascender más alto mañana.

359

Ante vidrieras grises. ¿Es, pues, tan bello lo que del mundo veis a través de esta ventana, que ya no queréis mirar por ninguna otra ventana, e incluso tratáis de impedírselo a los demás?

360 [222]

Indicio de metamorfosis drásticas. Soñar con olvidados o muertos ha mucho es signo de que se ha pasado por una drástica metamorfosis en el interior de uno

[221] Aforismo añadido de su puño y letra por Nietzsche en *Md.* Cf. 28 [30]. Cf. carta de Nietzsche a Schmeitzner del 14 de marzo de 1879.

[222] Cf. 28 [33].

y de que el suelo sobre el que se vive ha sido completamente revuelto: entonces resucitan los muertos y nuestra antigüedad se convierte en novedad.

361

Medicamento del alma. Yacer en silencio y pensar poco es el fármaco más barato para todas las enfermedades del alma y, con buena voluntad, su uso se hace, de hora en hora, más agradable.

362

De la jerarquía de los espíritus. Te sitúa muy por debajo de ése el hecho de que tú tratas de establecer las excepciones, pero él la regla.

363

El fatalista. Debes creer en el *fatum:* la ciencia puede obligarte a ello. Lo que de esta creencia brote en ti –cobardía, resignación o magnanimidad y franqueza– da testimonio del terreno en que fue plantada esa semilla; pero no de la semilla misma, pues a partir de ésta puede surgir todo y cualquier cosa.

364 [223]

Motivos de mal humor. Quien en la vida prefiere lo bello a lo útil acabará de cierto, como el niño que prefiere la golosina al pan, por estropearse el estómago y ver el mundo muy malhumorado.

365

El exceso como remedio curativo. Uno puede volver a tomar gusto por su propio talento venerando y gozando excesivamente del opuesto durante más tiempo. Emplear el exceso como remedio curativo es uno de los más sutiles recursos en el arte de vivir.

366

«Quiérete a ti mismo». Las naturalezas activas y exitosas no obran según la máxima: «conócete a ti mismo», sino como si tuvieran presente la orden: *«quiérete* a ti mismo, así *devienes* tú mismo». El destino parece haberles dejado siempre la elección: mientras que los inactivos y contemplativos reflexionan sobre cómo *han* elegido esa sola vez, al venir al mundo.

[223] *Fp*: «Los hombres siguen siendo pueriles, pues prefieren la golosina al pan, la fantasía a la realidad y lo embriagador a lo útil».

367

Vivir en lo posible sin adeptos. Cuán poco significan los adeptos sólo se comprende cuando se ha dejado de ser el adepto de los adeptos de uno.

368

Oscurecerse. Hay que saber oscurecerse para desembarazarse de los enjambres de admiradores harto molestos.

369[224]

Aburrimiento. Hay un aburrimiento de los cerebros más refinados y cultos, a los cuales lo mejor que la tierra ofrece se les ha vuelto insípido: habituados a comer manjares selectos y cada vez más selectos y a tener asco a los más groseros, están en peligro de morir de hambre, pues de lo óptimo sólo existe poco, y a veces se ha vuelto inaccesible o pétreo, de modo que ni aun buenos dientes pueden ya morderlo.

370

El peligro en la admiración. La admiración de una cualidad o de un arte puede ser tan intensa que nos impida aspirar a su posesión.

371

Lo que se quiere del arte. Por medio del arte el uno quiere disfrutar de su ser, el otro elevarse temporalmente con su ayuda por encima de su ser, apartarse de él. Según ambas necesidades, hay dos clases de arte y de artistas.

372

Defección. Quien nos abandona, con ello quizá no nos ofende a nosotros, pero a buen seguro sí a nuestros adeptos.

373

Después de la muerte. Habitualmente sólo mucho después de la muerte de una persona hallamos incomprensible que falte; en el caso de muy grandes hombres, a menudo sólo al cabo de décadas. Quien es honesto supone habitualmente ante un fallecimiento que propiamente hablando no es una gran pérdida y que el solemne orador fúnebre es un hipócrita. Sólo la necesidad enseña lo necesario que es un individuo, y el epitafio justo es un suspiro tardío.

[224] *Fp*: «Si uno quiere nutrirse con lo mejor, puede morir de hambre: hay un aburrimiento de los espíritus más refinados y cultivados, a los cuales lo que la tierra ofrece se les vuelve insípido: de entre ellos podría incluso surgir el fundador de una religión».

374

Dejar en el Hades. Muchas cosas hay que dejar en el Hades del sentimiento semiconsciente y no querer redimirlas de su existencia de sombras; de lo contrario, se convierten, como pensamiento y palabra, en nuestros amos demoníacos y apetecen cruelmente nuestra sangre.

375

Cerca de la mendicidad. Aun el espíritu más rico ha perdido alguna vez la llave de la cámara en que guarda sus tesoros acumulados y es entonces igual al mayor de los pobres, que tiene que mendigar para vivir.

376

Pensador de cadenas. A alguien que ha pensado mucho, todo nuevo pensamiento que oye o lee se le aparece al punto en forma de cadena.

377 [225]

Compasión. En la vaina dorada de la compasión se oculta a veces la daga de la envidia.

378 [226]

¿Qué es genio? Querer una meta elevada *y* los medios conducentes a ella.

379

Vanidad de los luchadores. Quien no tiene ninguna esperanza de vencer en una lucha o ha sucumbido a ojos vista, quiere tanto más que se admire su manera de luchar [227].

380

La vida filosófica es mal interpretada [228]. En el momento en que alguien comienza a tomar en serio la filosofía, todo el mundo cree lo contrario.

[225] Cf. 28 [59], 30 [37], 30 [40].

[226] El texto de este aforismo se encuentra en la carta de Nietzsche a Schmeitzner del 12 de enero de 1879: «Luego, os lo ruego, insertad además en cualquier parte una de mis "sentencias" de las que estoy bastante contento: *¿Qué es genio?,* etc.».

[227] En *Fp,* al final de este aforismo se añade: «cf. mi escrito sobre W<agner>)».

[228] En *Fp* se comenzaba así: «En tanto en cuanto uno ande loco por la filosofía, se estará absolutamente dispuesto a llamarle filósofo».

381

Imitación. Mediante la imitación lo malo gana en prestigio, pero lo bueno –sobre todo en el arte– lo pierde.

382[229]

Lección última de la historia. «¡Ah, ojalá hubiera yo vivido entonces!» –dicen las personas estúpidas y frívolas–. Más bien, ante cualquier pasaje de la historia que se haya considerado *seriamente,* así sea la tierra de promisión por excelencia del pasado, se acabará exclamando: «¡todo menos volver allá! El espíritu de esa época pesaría sobre ti con la presión de cien atmósferas, no podrías gozar de lo bueno y hermoso de ella, ni digerir lo malo». A buen seguro que la posterioridad juzgará del mismo modo nuestra época: fue insoportable, la vida en ella invivible. ¿Y no se aguanta sin embargo cada cual con su época? Sí, y ciertamente porque el espíritu de su época no sólo pesa *sobre* él, sino que está también *en* él. El espíritu de la época se ofrece resistencia a sí mismo, se porta a sí mismo.

383

La grandeza como máscara. Con grandeza de conductas exaspera uno a sus enemigos, con envidia que pueda advertirse casi los reconcilia consigo; pues la envidia compara, equipara, es una forma involuntaria y gemebunda de modestia. ¿No habrá sido aquí y allá tomada, a causa de la ventaja mencionada, la envidia como máscara por aquellos que no eran envidiosos? Quizá; pero seguramente la grandeza de conducta ha sido empleada a menudo como máscara de la envidia por envidiosos que prefieren sufrir desventajas y exasperar a sus enemigos a que se advierta que interiormente se les equiparan.

384[230]

Imperdonable. Le has dado ocasión de mostrar grandeza de carácter y él no la ha aprovechado. Jamás te lo perdonará.

385

Anti-tesis. Lo más senil que sobre el hombre se ha pensado se oculta en la famosa máxima: «el yo siempre es odioso»[231]; lo más pueril, en la aún más famosa: «ama a tu prójimo como a ti mismo»[232]. En la una, el conocimiento del hombre ha cesado; en la otra, ni ha empezado todavía.

[229] Los aforismos 382-387 fueron enviados por Nietzsche a Schmeitzner el 5 de enero de 1879.

[230] Cf. carta de Nietzsche a Peter Gast del 31 de mayo de 1878: «Wagner ha *desaprovechado* una gran ocasión para mostrar grandeza de carácter» (ed. cast., Nietzsche: *Correspondencia,* trad. Felipe González Vicen, Aguilar, Madrid 1951, pág. 237).

[231] Cf. Pascal, *Pensamientos,* A, 79. *BN.*

[232] Cf. *Levítico,* 19, 18.

386

El oído que falta. «Uno no deja de pertenecer al populacho en tanto siempre eche la culpa a otros; se está en la senda de la verdad si nunca se hace uno responsable más que a sí mismo; pero el sabio no encuentra culpable a nadie, ni a sí ni a otros». ¿Quién dice esto? Epicteto, hace mil ochocientos años. Se ha oído, pero olvidado. No, ni se ha oído ni olvidado: no todas las cosas se olvidan. Pero no se tenía el oído para eso, el oído de Epicteto. ¿Así que se las dijo a sí mismo al oído? Así es: la sabiduría es el cuchicheo del solitario consigo en la plaza abarrotada [233].

387

Defecto de perspectiva, no de vista. Uno siempre se ve a sí mismo unos cuantos pasos demasiado cerca; y al prójimo unos cuantos pasos demasiado lejos. Sucede así que a éste se le juzga demasiado globalmente y a uno mismo demasiado según rasgos y sucesos particulares, ocasionales y baladíes.

388 [234]

La ignorancia en armas. Cuán a la ligera nos tomamos que otro sepa o no sepa de una cuestión, mientras que él acaso suda sangre ante la idea de que se le tenga por ignorante en ello. Más aún, hay locos egregios que andan siempre por ahí con un carcaj lleno de anatemas y dictámenes, prontos a fulminar a quien dé a entender que hay cosas en las que su juicio no se tiene en cuenta.

389

En la cantina de la experiencia. Las personas que por moderación innata dejan siempre su caso a medias no quieren confesar que todas las cosas del mundo tienen su poso y su hez.

390

Pájaros canoros. Los adeptos de un gran hombre suelen cegarse para poder cantar mejor sus alabanzas.

391

No a la altura. El bien nos disgusta cuando no estamos a su altura.

392

La regla como madre o como hija. Una circunstancia es la que engendra la regla, otra la que la regla engendra.

[233] Cf. Epicteto, *Manual* V.

[234] Aforismo enviado por Nietzsche a Schmeitzner en el momento de la corrección de pruebas. En principio, el número 388 debía haber correspondido al fragmento 38 [2].

393

Comedia. A veces cosechamos amor y honor por actos u obras que ha mucho hemos desprendido de nosotros como una piel; entonces somos fácilmente seducidos para hacer de comediantes de nuestro propio pasado y nos echamos una vez más sobre los hombros el viejo pellejo, y no sólo por vanidad, sino también por benevolencia hacia nuestros admiradores.

394[235]

Error de los biógrafos. No debe confundirse la poca fuerza que es menester para empujar un bote al río con la fuerza de este río, que es el que en adelante lo lleva; pero sucede en casi todos los biógrafos.

395

No comprar demasiado caro. Habitualmente se emplea mal lo que se ha comprado demasiado caro, pues se hace sin amor y con un recuerdo penoso; y con ello se tienen dos desventajas.

396

De qué filosofía ha siempre menester la sociedad. El pilar del orden social se asienta sobre el fundamento de que cada cual mira lo que es, hace y a que aspira, su salud o enfermedad, su pobreza o bienestar, su honor o su falta de presencia, con serenidad, y al hacerlo siente: «*pues no me cambio por nadie*». Quien quiera trabajar por el orden de la sociedad no tiene nunca más que implantar en los corazones esta filosofía de la serena negación a cambiarse y de la ausencia de envidia.

397

Indicios de alma aristocrática. Un alma aristocrática no es la que es capaz de los más altos vuelos, sino aquella que ni se eleva mucho ni cae de muy alto, pero mora *siempre* en un aire y a una altura más libres y translúcidos.

398[236]

Lo grande y quien lo contempla. El mejor efecto de lo grande es que dota al que lo contempla de ojos que agrandan y redondean.

399

Contentarse. La madurez de entendimiento alcanzada se revela en el hecho de que uno ya no va allí donde crecen flores raras entre los más espinosos zarza-

[235] Cf. 28 [29].
[236] Cf. 30 [94].

les del conocimiento y se contenta con el jardín, el bosque, la pradera y el campo de cultivo, considerando cómo la vida es demasiado breve para lo raro y extraordinario.

400 [237]

Ventaja de la privación. Quien vive permanentemente en el calor y la plenitud del corazón y, por así decir, en la atmósfera estival del alma, no puede imaginar ese espantoso arrobamiento que sobrecoge a naturalezas más invernales que son excepcionalmente tocadas por los rayos del amor y el tibio soplo de un soleado día de febrero.

401

Receta para el sufriente. ¿Te es demasiado pesada la carga de la vida? Entonces debes aumentar la carga de tu vida. Cuando el sufriente finalmente tiene sed del río Lete [238] y lo busca, debe convertirse en *héroe* para encontrarlo con seguridad.

402 [239]

El juez. Quien ha contemplado el ideal de alguien es su juez inexorable y, por así decir, su mala conciencia.

403

Provecho de la renuncia grande. Lo más provechoso de la renuncia grande es que nos comunica ese orgullo virtuoso gracias al cual en adelante conseguimos fácilmente de nosotros muchas renuncias pequeñas.

404

Cómo adquiere brillo el deber. El medio para transformar en oro a los ojos de todos tu férreo deber es el siguiente: cumple siempre algo más de lo que prometes.

405

Plegaria a los hombres. «Perdonadnos nuestras virtudes»: así debe rezarse a los hombres [240].

[237] *Fp*: 34 [22].

[238] En la mitología griega, Lete es el nombre de una fuente o un río existente en el mundo subterráneo, donde beben o se bañan los muertos para olvidar su vida anterior.

[239] *Fp*: «Quien ha visto el ideal, tiene vista aguda e inexorable». Cf. carta de Nietzsche a Maier del 6 de agosto de 1878.

[240] Cf. *Mateo*, 6:12.

406

Creadores y consumidores. Todo consumidor supone que lo que importa del árbol es el fruto; pero lo que en él importa es la semilla. En esto consiste la diferencia entre todos los creadores y consumidores.

407[241]

La gloria de todos los grandes. ¡Qué importa el genio si al que lo contempla y venera no le comunica tal libertad y altura de sentimiento que ya no necesite del genio! *Hacerse superfluo:* esa es la gloria de todos los grandes.

408[242]

El descenso al Hades[243]. También yo he estado en el submundo, como Odiseo, y aún estaré allí más veces; y no sólo he sacrificado carneros para poder hablar con algunos muertos, sino que no he escatimado la propia sangre. Cuatro parejas fueron las que a mí, el oferente, no se me negaron: Epicuro y Montaigne, Goethe y Spinoza, Platón y Rousseau, Pascal y Schopenhauer. Con éstos debo entendérmelas cuando he caminado solo durante mucho tiempo, por ellos quiero asentir y disentir de mí, a ellos quiero escuchar cuando asientan y disientan entre sí. Diga lo que diga, decida lo que decida, cogite lo que cogite para mí y para otros, en esos ocho fijo yo los ojos y veo los suyos fijos en mí. Que me perdonen los vivos si éstos a veces se me antojan como las sombras, tan pálidas y avinagradas, tan inquietas y ¡ay! tan ávidas de vida; mientras que aquéllos me parecen entonces tan vivos como si ahora, *después* de la muerte, nunca más pudieran cansarse de vivir. Pero lo que interesa es la *vitalidad eterna:* ¡qué importa la «vida eterna» y, en general, la vida!

[241] *Fp*: 29 [19]. En una hoja separada que Nietzsche envió posteriormente a Schmeitzner: «Continuación del último aforismo de todos. Citemos una vez más a Voltaire en este lugar. ¿Cuál será un día el supremo honor que le rendirán los espíritus más libres de generaciones futuras? Su «último honor» — — — Ahora está terminado el m<anu>s<crito>». Hubo sin embargo que eliminar este añadido, a fin de que cupiera «El descenso al Hades» (*OSV* 408); cf. carta Schmeitzner a Nietzsche del 7 de marzo de 1879.

[242] Aforismo enviado por Nietzsche a Schmeitzner el 24 de febrero de 1879, con la nota siguiente: «Del m<anu>s<crito> que os envié después [el 5 de enero de 1879] hay que tachar por entero el aforismo «Contra los pesimistas» [= 38 (2)] (en el que se habla de la simiente de miel): como compensación, «La ignorancia en armas»; el siguiente ha en cambio de colocarse hacia el final del libro (a cuatro o cinco páginas del final del libro), flanqueado por sentencias muy serias». La página llevaba además pegada una hoja con el actual aforismo *OSV* 388, («La ignorancia en armas»), que debía sustituir a «Contra los pesimistas»; cf. al respecto las cartas de Schmeitzner a Nietzsche del 27 de febrero y del 7 de marzo de 1879.

[243] Título diferente en *Fp*: «Profesión de fe».

SEGUNDA PARTE

EL CAMINANTE Y SU SOMBRA

La sombra: Como hace tanto que no te oigo hablar, quisiera darte una ocasión para ello.

El caminante: Alguien habla: ¿dónde? ¿y quién? Casi me parece oírme hablar a mí mismo, sólo que con una voz aún más débil que la mía.

La sombra (tras una pausa): ¿No te alegra tener una ocasión para hablar?

El caminante: Por Dios y todas las cosas en que no creo: mi sombra habla; lo oigo, pero no lo creo.

La sombra: Admitámoslo y no cavilemos más sobre ello; dentro de una hora todo habrá acabado.

El caminante: Justamente eso pensé yo cuando en un bosque cerca de Pisa vi primero dos y luego cinco camellos.

La sombra: Está bien que los dos seamos de igual modo indulgentes para con nosotros si alguna vez se acalla nuestra razón: así tampoco nos volveremos fastidiosos en la conversación y no le apretaremos en seguida las clavijas al otro en el caso de que alguna vez sus palabras nos suenen incomprensibles. Si no se sabe contestar atinadamente, basta ya con decir algo: esta es la sensata condición bajo la que accedo a charlar con alguien. En una conversación larga aun el más sabio se vuelve una vez loco y tres tonto.

El caminante: Tu frugalidad no es halagadora para aquel a quien la confiesas.

La sombra: ¿Debo, pues, halagar?

El caminante: Yo pensaba que la sombra humana era su vanidad; pero ésta nunca preguntaría: «¿debo, pues, halagar?»

La sombra: La vanidad humana, en la medida en que la conozco, tampoco pregunta, como ya he hecho yo dos veces, si puede hablar: habla siempre.

El caminante: Ahora me doy cuenta de lo poco cortés que soy contigo, mi querida sombra: todavía no he dicho una sola palabra sobre lo mucho que me alegro de oírte y no meramente verte. Sabrás que amo la sombra tanto como amo la luz. Para que haya belleza del rostro, claridad del habla, bondad y firmeza de carácter, la sombra es tan necesaria como la luz. No son antagonistas: más bien

se tienen amorosamente de las manos, y cuando la luz desaparece, la sombra escapa tras ella.

La sombra: Y yo odio lo mismo que tú odias: la noche; amo a los hombres porque son discípulos de la luz, y me deleita el brillo de sus ojos cuando conocen y descubren, infatigables conocedores y descubridores. Esa sombra que todas las cosas muestran cuando la luz solar del conocimiento cae sobre ellas, esa sombra soy yo también.

El caminante: Creo comprenderte, aunque te has expresado algo sombríamente. Pero tenías razón: los buenos amigos intercambian de vez en cuando una palabra oscura como signo de entendimiento, que debe ser un enigma para un tercero. Y nosotros somos buenos amigos. ¡Basta, pues, de preámbulos! Cientos de preguntas oprimen mi alma, y quizá sea corto el tiempo de que dispones para contestarlas. Veamos en qué podemos coincidir con toda prisa y apacibilidad.

La sombra: Pero las sombras somos más tímidas que los hombres: ¡a nadie le revelarás cómo hemos conversado juntos!

El caminante: ¿Cómo hemos conversado juntos? ¡El cielo me proteja de prolongados diálogos escritos! Si a Platón le hubiese gustado menos devanar, más hubiera gustado Platón a sus lectores. Una conversación que en la realidad deleita es, transformada en escrito y leída, un cuadro con todas las perspectivas falsas: todo es demasiado largo o demasiado corto. Pero ¿podré quizá revelar *sobre qué* estamos de acuerdo?

La sombra: Con eso me contento; pues nadie reconocerá en ello más que tus opiniones: nadie pensará en la sombra.

El caminante: ¡Quizá te equivoques, amiga mía! Hasta ahora en mis opiniones se ha percibido más a la sombra que a mí.

La sombra: ¿Más la sombra que la luz? ¿Es posible?

El caminante: ¡Ten seriedad, querida loca! Ya mi primera pregunta demanda seriedad.

1

Del árbol del conocimiento. Verosimilitud, pero no verdad; liberosimilitud, pero no libertad: por estos frutos es por lo que no puede confundirse el árbol del conocimiento con el árbol de la vida [1].

2

La razón del mundo. Que el mundo *no* es el epítome de una racionalidad eterna puede probarse definitivamente por el hecho de que esa *porción del mundo* que conocemos –me refiero a nuestra razón humana– no es demasiado racional. Y si *ésta* no es en todo tiempo y completamente sabia y racional, tampoco el resto del mundo lo será; aplícase aquí el razonamiento *a minori ad majus, a parte ad totum* [2], y ciertamente con fuerza decisiva.

3

«En el principio era» [3]. Glorificar el origen: ese es el resabio metafísico que reaparece en el examen de la historia y hace creer terminantemente que en el comienzo de todas las cosas está lo más valioso y esencial.

4

Metro para el valor de la verdad. Para la altura de la montaña no es en absoluto criterio el esfuerzo de su ascensión. ¡Y debe ser de otro modo en la ciencia! –nos dicen algunos que quieren pasar por iniciados–; ¡precisamente el esfuerzo en pos de la verdad debe decidir sobre el valor de la verdad! Esta absurda moral parte del pensamiento de que las «verdades» no son propiamente hablando nada más que aparatos de gimnasia en los que tendríamos que trabajarnos arduamente hasta la fatiga: una moral para atletas y gimnastas del espíritu.

5 [4]

Uso lingüístico y realidad. Hay un menosprecio afectado de todas las cosas que de hecho los hombres toman por más importantes, *de todas las cosas más próximas*. Se dice, por ejemplo: «se come sólo para vivir», una mentira execrable como aquella que habla de la procreación como el propósito propiamente dicho de toda voluptuosidad. A la inversa, la alta estimación de las «cosas más importantes» casi nunca es enteramente auténtica: los sacerdotes y metafísicos nos han ciertamente habituado absolutamente en estos campos a un *uso lingüístico* hipócritamente exagerado, pero no han reorientado sin embargo el sentimiento, que

[1] Cf. *Génesis*, 2:9.
[2] «De lo menor a lo mayor, de la parte al todo».
[3] Cf. *Juan*, 1:1.
[4] Cf. 40 [23].

no toma por tan importantes estas las cosas más importantes como aquellas desdeñadas cosas más próximas. Pero una deplorable consecuencia de esta doble hipocresía es siempre el hecho de que no se hace de las cosas más próximas, por ejemplo el comer, el alojamiento, el vestir, el trato, objeto de continuas meditación y reforma desprejuiciadas y *generales,* sino que, puesto que esto pasa por degradante, se aparta de ello la seriedad intelectual y artística; de modo que aquí el hábito y la frivolidad triunfan fácilmente sobre los irreflexivos, especialmente sobre la juventud inexperta; mientras que por otro lado nuestras continuas violaciones de las más simples leyes del cuerpo y del espíritu nos llevan a todos, jóvenes y viejos, a una vergonzosa dependencia y falta de libertad, me refiero a esa en el fondo superflua dependencia de médicos, preceptores y curanderos de almas, cuya presión gravita aún hoy en día sobre toda la sociedad[5].

6[6]

La fragilidad terrena y su causa principal. Cuando se mira en torno, siempre se topa con hombres que toda su vida han comido huevos sin advertir que los alargados son los más sabrosos, que no saben que una tormenta beneficia al vientre, que los perfumes huelen más intensamente con aire frío y claro, que nuestro sentido del gusto no es el mismo en distintas partes de la boca, que todas las comidas en que se habla bien o se oyen cosas buenas redundan en perjuicio del estómago. Por más que no satisfagan estos ejemplos sobre la falta de sentido de la observación, tanto más puede confesarse que las *cosas más próximas de todas* son muy mal vistas, muy rara vez examinadas, por la mayoría. ¿Y es esto indiferente? Sopésese no obstante que de esta carencia derivan *casi todos los quebrantos corporales y anímicos* de los individuos: no saber lo que nos beneficia, lo que nos perjudica, en la organización del modo de vida, la distribución del día, el tiempo y la selección del trato, en el negocio y el ocio, en el mandar y obedecer, el sentimiento de la naturaleza y del arte, el comer, el dormir y el meditar; ser *ignorante en lo más pequeño y cotidiano* y no tener aguda vista es lo que para tantos hace de la tierra un «prado de la desventura»[7]. No se diga que aquí como en todas partes se trata de la *sinrazón* humana; más bien hay razón suficiente y de sobra, pero se la orienta *mal* y se la *desvía artificialmente* de esas cosas pequeñas y las más próximas de todas. Sacerdotes y maestros, y el sublime afán de dominio de los idealistas de toda índole, de la más burda y de la más refinada, persuaden ya al niño de que lo que importa es algo enteramente diferente: la salud del alma, el servicio del Estado, el fomento de la ciencia, o el prestigio y las posesiones, como los medios de prestar servicios a toda la humanidad, mientras que las necesidades del individuo, sus grandes o pequeñas cuitas las veinticuatro horas del día, son algo desdeñable o indiferente. Ya Sócrates[8] se defendió con todas las fuerzas contra ese arrogante descuido de lo

[5] sobre toda la sociedad] En *Cl*: «sobre la sociedad culta».

[6] Cf. 40 [22].

[7] Cf. Empédocles (Diels-Kranz), fragmentos 121, 3-4; 158. Cf. *Aurora,* 77 (ed. cast., *Obras completas,* cit., vol. II, pág. 728).

[8] Cf. Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos,* II, 21 (ed. cast. cit., vol. I, pág. 59).

humano en provecho del hombre y se complació en recordar, con una cita de Homero, el alcance y la suma reales de todo cuidado y reflexión: esto es, y sólo esto, decía, «lo que en mi casa me sobreviene para bien o para mal»[9].

7

Dos medios de consolación. Epicuro, el sosegador de almas de la antigüedad tardía, tuvo esa maravillosa comprensión que aún hoy en día sigue siendo tan raro encontrar[10]: la de que para el apaciguamiento del ánimo no es en absoluto necesaria la solución de las cuestiones teóricas últimas y extremas. Así, a aquellos a quienes atormentaba el «temor de los dioses» le bastaba con decirles: «Si hay dioses, de nosotros no se ocupan»[11], en lugar de disputar infructuosamente y a distancia sobre la cuestión última de si había dioses en general. Esa posición es mucho más oportuna y pujante: se le dan al otro unos cuantos pasos de ventaja y así se le dispone mejor a escuchar y atender. Pero en cuanto se pone a demostrar lo contrario –que los dioses se ocupan de nosotros–, en qué laberintos y zarzales tiene que meterse el pobre, enteramente por sí solo, sin la astucia del interlocutor, el cual sólo ha de tener la suficiente humanidad y sutileza para ocultar su compasión ante este espectáculo. Acaba finalmente ese otro en el asco, el argumento más fuerte contra cualquier tesis, en el asco hacia su propia afirmación; se enfría y se aleja con la misma disposición que tiene también el ateo puro: «¡qué me importan en definitiva los dioses! ¡Al diablo[12] con ellos!» En otros casos, sobre todo cuando una hipótesis medio física medio moral había ensombrecido el ánimo, no refutaba esta hipótesis, sino que concedía que bien pudiera ser así, pero había *aún una segunda hipótesis* para explicar el mismo fenómeno; que tal vez pudiera suceder de otro modo[13]. La *pluralidad* de hipótesis, por ejemplo respecto al origen de la mala conciencia, basta también en nuestro tiempo para borrar del alma esa sombra que tan fácilmente nace de la cavilación sobre una hipótesis, la única visible y por eso cien veces sobreestimada. Quien, por consiguiente, desee brindar consuelo a desgraciados, malhechores, hipocondríacos, moribundos, recuerde las dos fórmulas apaciguadoras de Epicuro, que pueden aplicarse a un gran número de cuestiones. En la forma más simple rezarían más o menos: primero, supuesto que sea así, nada nos importa; segundo, puede que sea así, pero también puede ser de otro modo[14].

8

En la noche. En cuanto cae la noche, altérase nuestra sensación respecto a las cosas más próximas. Ahí está el viento, que merodea como por caminos prohibi-

[9] Cf. Homero, *Odisea*, IV, 392 (ed. cast., trad. José Alsina, cit., pág. 60).

[10] que aún hoy] Variante en *Fp*: «que tan necesaria sería precisamente hoy en día».

[11] Cf. Diógenes Laercio, loc. cit., X, 123-4.

[12] Al diablo] En *Md*, corregido por Nietzsche: «A la porra» (lit.: «A los buitres»).

[13] Cf. Diógenes Laercio, loc. cit., X, 85-7.

[14] En *Fp* se añadía: «*Demostrar* lo contrario es en efecto un asunto desesperado: y a ello empujaría a cualquiera que se tomase en serio estas cosas, es decir, llevaría a cualquiera al colmo de la perplejidad: hasta que abdicase».

dos, murmurando, como buscando algo, enojado porque no lo encuentra. Ahí está la luz de las lámparas, de tétrico, rojizo brillo, titilando laxamente, resistiendo desganadamente a la noche, esclava impaciente del hombre que vela. Ahí está la respiración del durmiente, su lúgubre compás, al que una pena siempre recurrente parece silbar la melodía; no la oímos, pero cuando el pecho del durmiente se eleva, sentimos nuestro corazón acongojado, y cuando el aliento decrece y casi expira en un silencio de muerte, nos decimos: «¡descansa un poco, pobre espíritu atormentado!». A todo viviente, pues vive tan oprimido, le deseamos un eterno reposo; la noche nos persuade a la muerte. Si los hombres careciesen del sol y condujesen con el claro de luna y el aceite la lucha contra la noche, ¿qué filosofía les envolvería con sus velos? Más aún, adviértesele ya al modo de ser espiritual y anímico del hombre cómo está en conjunto entenebrecido por la mitad de oscuridad y carencia de sol que enluta la vida.

9 [15]

Dónde nació la doctrina de la libertad de la voluntad. Sobre el uno la *necesidad* se cierne bajo la figura de sus pasiones, sobre el otro como hábito de escuchar y obedecer, sobre el tercero como conciencia lógica, sobre el cuarto como capricho y travieso gusto por saltarse las páginas. Pero estos cuatro buscan la *libertad* de su voluntad precisamente allí donde cada uno de ellos está más firmemente atado: es como si el gusano de seda buscase la libertad de su voluntad precisamente en el hilar. ¿De dónde procede esto? Obviamente del hecho de que todos se tienen por más libres allá donde mayor es su *sentimiento vital,* esto es, como queda dicho, ora en la pasión, ora en el deber, ora en el conocimiento, ora en la travesura. Aquello por que el hombre individual es fuerte, en que se siente vivo, debe ser siempre también, opina él involuntariamente, el elemento de su libertad: conjuga dependencia y torpeza, independencia y sentimiento vital como pares necesarios. Aquí una experiencia que el hombre ha hecho en el terreno sociopolítico es equivocadamente transferida al terreno metafísico último: allí el hombre fuerte es también el hombre libre, allí el sentimiento vivo de gozo y de sufrimiento, de altura de la esperanza, de audacia del deseo, de vehemencia del odio, es el patrimonio de los dominantes e independientes, mientras que el sometido, el esclavo, vive oprimido y torpemente. La doctrina de la libertad de la voluntad es una invención de las clases *dominantes.*

10 [16]

No sentir nuevas cadenas. Mientras no *sentimos* que dependemos de algo, nos tenemos por independientes: un razonamiento falso que muestra cuán orgulloso y ansioso de poder es el hombre. Pues admite aquí que bajo cualquier circunstancia debe advertir y reconocer, en cuanto la sufre, la dependencia, bajo el supuesto de que *habitualmente* vive en la independencia y, tan pronto la pierda

[15] Cf. 41 [66], 42 [3], 42 [25], 47 [1].
[16] Cf. 47 [1].

excepcionalmente, notará un contraste del sentimiento. Pero ¿y si fuera verdad lo contrario: que *siempre* vive en múltiple dependencia, pero se tiene por libre cuando por hábito prolongado *ya no nota* la opresión de la cadena? Sólo las cadenas *nuevas* le hacen sufrir: «libertad de la voluntad» no significa propiamente hablando nada más que no sentir nuevas cadenas.

11 [17]

La libertad de la voluntad y el aislamiento de los hechos. Nuestra imprecisa observación habitual toma un grupo de fenómenos como uno y lo llama un hecho: entre éste y otro hecho piensa aquélla además un espacio vacío, *aísla* todo hecho. Pero en verdad todo nuestro actuar y conocer no es ninguna sucesión de hechos e intervalos vacíos, sino un flujo continuo. Ahora bien, la creencia en la libertad de la voluntad es precisamente incompatible con la representación de una fluencia continua, uniforme, indivisa, indivisible: presupone que *todo acto singular es aislado e indivisible;* es un *atomismo* en el dominio del querer y del conocer. Precisamente del mismo modo que entendemos inexactamente de caracteres, así hacemos con los hechos: hablamos de caracteres idénticos, de hechos idénticos: *no hay ni unos ni otros.* Pero, ahora bien, no elogiamos ni censuramos más que bajo este falso presupuesto de que hay hechos *idénticos,* de que se da una jerarquía de *géneros* de hechos a la que corresponde una jerarquía de valores; es decir, no sólo *aislamos* el hecho singular, sino también a su vez los grupos de hechos presuntamente idénticos (actos buenos, malos, compasivos, envidiosos, etc.), en ambos casos equivocadamente. La palabra y el concepto son el fundamento más visible por el que creemos en este aislamiento de grupos de actos: con ellos no sólo *designamos* las cosas; a través suyo suponemos aprehender la *esencia* de éstas. Aun ahora palabras y conceptos nos inducen constantemente a pensar que las cosas son más simples de lo que son, separadas entre sí, indivisibles, como siendo cada una en y para sí. El *lenguaje* oculta una mitología filosófica que vuelve a irrumpir a cada instante, por precavido que pueda uno ser. La creencia en la libertad de la voluntad, es decir, en hechos *idénticos* y hechos *aislados,* tiene en el lenguaje su evangelista y abogado constante.

12

Los errores fundamentales. Para que el hombre sienta cualquier placer o displacer, debe estar dominado por una de estas dos ilusiones: *o bien* cree en la *identidad* de ciertos hechos, de ciertas sensaciones: entonces tiene, por la comparación de estados actuales con pasados y por la equiparación o desequiparación de ellos (tal como se produce en todo recuerdo), un placer o displacer anímico; *o bien* cree en la *libertad de la voluntad,* como cuando piensa: «no hubiera debido hacer esto», «esto hubiera podido acabar de otro modo», e igualmente obtiene de ello placer o displacer. Sin los errores que son activos en todo

[17] Cf. 42 [66].

placer y displacer anímico, nunca hubiera surgido una humanidad, cuyo sentimiento fundamental es y sigue siendo que el hombre es el libre en el mundo de la ausencia de libertad, el eterno *taumaturgo,* sea que actúe bien o mal, la asombrosa excepción, el superanimal, el cuasidiós, el sentido de la creación, lo que no puede pensarse ausente, la clave del enigma cósmico, el gran soberano de la naturaleza y despreciador de la misma, ¡el ser que llama a su historia *historia universal! ¡Vanitas vanitatum homo!*[18].

13

Decir dos veces. Es bueno expresar una cosa en seguida dos veces y darle un pie derecho y uno izquierdo. La verdad puede ciertamente tenerse sobre una sola pierna; pero con dos andará e irá por ahí.

14[19]

El hombre, el comediante del mundo. Debería haber criaturas más espirituales de lo que son los hombres, meramente para saborear enteramente a fondo el humor que reside en el hecho de que el hombre se considere el fin de todo el Universo y la humanidad sólo se dé seriamente por satisfecha con la perspectiva de una misión universal. Si un dios ha creado el mundo, creó al hombre como *mono de Dios,* como continuo motivo de recreo en sus demasiado largas eternidades. La armonía de las esferas en torno a la tierra sería entonces sin duda las carcajadas burlonas de todas las demás criaturas en torno al hombre. Con el *dolor* ese aburrido inmortal hace cosquillas a su animal favorito a fin de divertirse con los gestos e interpretaciones trágico-orgullosas de sus sufrimientos, en general con la inventiva espiritual de la más vanidosa de las criaturas, en cuanto inventor de este inventor. Pues quien diseñó al hombre por broma tenía más espíritu que éste, y también más gozo en el espíritu. Incluso aquí donde nuestra humanidad quiere humillarse voluntariamente, nos juega la vanidad una mala pasada, pues al menos en *esta* vanidad quisiéramos los hombres ser algo enteramente incomparable y prodigioso. ¡Nuestra unicidad en el mundo, ay, es una cosa absolutamente demasiado inverosímil! Los astrónomos, quienes a veces participan realmente de un horizonte despegado de la tierra, dan a entender que la gota de *vida* en el mundo carece de significación para el carácter total del inmenso océano del devenir y perecer; que incontables astros tienen condiciones similares a las de la tierra para la producción de la vida, que son por consiguiente muy numerosos, por supuesto apenas un puñado en comparación con la infinita cantidad de los que nunca han tenido el brote vital o han sanado de él ha mucho; que la vida en cada uno de estos astros, conforme a la duración de su existencia, ha sido un instante, una centella, con largos, largos lapsos temporales detrás, es decir, de ninguna manera la meta y el propósito último de su existencia. Tal vez la hormiga en el bosque se imagine con la misma intensidad ser la

[18] «El hombre es vanidad de vanidades».

[19] Cf. 42 [17].

meta y el propósito de la existencia del bosque, como hacemos nosotros cuando casi involuntariamente asociamos en nuestra fantasía la destrucción de la humanidad con la destrucción de la tierra; y aún somos modestos si nos detenemos ahí y no organizamos un ocaso general del mundo y de los dioses. Ni aun el más cándido de los astrónomos puede apenas sentir la tierra sin vida de otro modo que como el túmulo luminoso y flotante de la humanidad.

15

Modestia del hombre. ¡Qué poco placer basta a la mayoría para hallar la vida buena! ¡Qué modesto es el hombre!

16

Dónde es menester la indiferencia. Nada sería más desatinado que esperar a ver lo que la ciencia algún día establezca definitivamente sobre las cosas primeras y últimas, y hasta entonces pensar (¡y sobre todo creer!) del modo *tradicional,* como tan a menudo se aconseja. El impulso a no querer tener en este dominio más que *seguridades* es un *atavismo religioso,* nada mejor, una forma solapada y sólo aparentemente escéptica de «necesidad metafísica», a la que se adjunta la reserva mental de que durante mucho tiempo aún no se tendrá una visión de estas seguridades últimas y hasta entonces el «creyente» está en su derecho de no preocuparse de todo este dominio. En absoluto tenemos *necesidad* de estas seguridades respecto a los horizontes más remotos para vivir una humanidad plena y excelente: tan poco como la hormiga tiene necesidad de ellas para ser una buena hormiga. Más bien debemos ponernos en claro sobre de dónde proviene propiamente hablando esa importancia fatal que durante tanto tiempo hemos asignado a esas cosas, y para ello precisamos de la *historia* de los sentimientos éticos y religiosos. Pues solamente bajo la influencia de estos sentimientos se nos han vuelto tan graves y terribles esas culminantes cuestiones del conocimiento: en las regiones más exteriores *a que* aún llega la mirada espiritual sin *penetrar* en ellas se han importado conceptos tales como culpa y castigo (¡y ciertamente castigo eterno!); y esto tanto más imprudentemente cuanto más oscuras eran estas regiones. Desde antiguo se ha fantaseado con temeridad allí donde nada podía establecerse, y se ha persuadido a los descendientes a tomar estas fantasías por serias y verdaderas, para finalmente jugar la execrable baza de que más vale creer que saber. Ahora bien, lo que hoy en día es menester respecto a esas cosas últimas no es saber frente a fe, sino *¡indiferencia frente a fe y presunto saber* en esos dominios! *Todo* lo demás debe estarnos más cerca que lo que hasta ahora se nos ha predicado como lo más importante; me refiero a esas preguntas: ¿Para qué el hombre? ¿Cuál es su destino después de la muerte? ¿Cómo se reconcilia con Dios? y demás *curiosa*[20] por el estilo. No más que estas preguntas de los religiosos nos atañen las preguntas de los dogmáticos filosófi-

[20] «Escrupulosidades».

cos, sean idealistas, materialistas o realistas. Todos sin excepción se ocupan en apremiarnos a una decisión en terrenos en que ni fe ni saber son menester; incluso para los más grandes amantes del conocimiento es más útil que todo lo investigable y accesible a la razón se rodee de un neblinoso y falaz cinturón pantanoso, de una banda de lo impenetrable, eternamente fluido e indeterminable [21]. Precisamente por comparación con el reino de la oscuridad en el confín del orbe del saber, aumenta constantemente el valor del mundo claro y cercano, el más próximo, del saber. Debemos volver a convertirnos en *buenos vecinos de las cosas más próximas* y no mirar tan despreciativamente como hasta ahora por encima de ellas a nubes y trasgos nocturnos. En bosques y cavernas, en parajes pantanosos y bajo cielos cubiertos, allí ha vivido, y vivido miserablemente, el hombre como en las etapas culturales de siglos y siglos enteros. Allí *aprendió a despreciar* el presente, la vecindad, la vida y a sí mismo, y nosotros, nosotros habitantes de las vegas *más claras* de la naturaleza y del espíritu, aún llevamos hoy en día en nuestra sangre, por herencia, algo de este veneno del desprecio hacia lo más próximo.

17

Explicaciones profundas. Quien del pasaje de un autor «da una explicación más profunda» que lo que éste encerraba, no ha explicado, sino *oscurecido,* al autor. Esta es la situación de nuestros metafísicos con respecto al texto de la naturaleza; peor aún. Pues para aportar sus profundas explicaciones, a menudo arreglan primero el texto; es decir, lo *corrompen.* Para dar un curioso ejemplo de corrupción textual y de oscurecimiento del autor pueden servir las ideas de Schopenhauer sobre el embarazo de las mujeres. El indicio de la constante existencia de la voluntad de vivir en el tiempo, dice él, es el coito; el indicio de la luz del conocimiento de nuevo asociada a esta voluntad, que mantiene abierta la posibilidad de redención, y ciertamente en el grado sumo de claridad, es el renovado devenir hombre de la voluntad de vivir. El signo de éste es el embarazo, que por ello avanza franco y libre, incluso orgulloso, mientras que el coito se esconde como un criminal. Afirma él que *toda mujer,* sorprendida en el acto de generación, se moriría de vergüenza, pero *«exhibe su embarazo sin rastro de vergüenza, más aún, con una especie de orgullo»* [22]. Ante todo, este estado no puede exhibirse tan fácilmente *más* de lo que él mismo se exhibe; pero al no resaltar Schopenhauer *más que* precisamente la intencionalidad de la exhibición, se prepara el texto para que éste se adecue a la «explicación» de antemano soste-

[21] se ocupan en] En *Fp*: «intentan imponernos un dogmatismo en dominios en que ni fe ni saber son menester, es más, donde pudiera ser que ni siquiera fuera deseable un conocimiento definitivo: pues el impulso a saber ha menester un mar sin costas».

[22] Quien del paisaje] Comienzo diferente en *Fp*: «Las ideas de Schopenhauer sobre el embarazo de las mujeres (bus<car> pas<aje>) constituyen un ejemplo adecuado de cómo el instinto metafísico de buscar inexplicables explicaciones metafísicas puede aturdir al filósofo y hacer de él un mal observador». La nota «buscar el pasaje» estaba destinada a Gast; pero cuando éste encontró el pasaje de Schopenhauer, Nietzsche rehízo el comienzo de este aforismo en *Md.* El pasaje se halla en Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena,* II, 338 ss. *BN.*

nida. Luego, lo que dice sobre la generalidad del fenómeno que se explica no es verdad: habla de «toda mujer», pero muchas mujeres, especialmente las más jóvenes, muestran a menudo en este estado, incluso ante los parientes más próximos, un penoso avergonzamiento; y si mujeres de edad madura y muy madura, en particular las del pueblo bajo, se enorgullecen en efecto de ese estado, es porque con ello dan a entender que *todavía* son deseadas por sus maridos. Que al verlas el vecino y la vecina o un extraño de paso diga o piense: «será posible...», esta limosna nunca deja de ser gustosamente aceptada por la vanidad femenina de bajo nivel espiritual. Por el contrario, según las tesis de Schopenhauer serían precisamente las mujeres más inteligentes y espirituales las que más alardearían públicamente de su estado: tienen la máxima expectativa de dar a luz un niño prodigio del intelecto, en el que «la voluntad» pueda volverse a «negar» para bien general; las mujeres tontas tendrían por el contrario razones de sobra para ocultar su embarazo todavía más pudorosamente que todo lo que ocultan. No puede decirse que estas cosas estén sacadas de la realidad. Pero suponiendo que en general Schopenhauer tuviera enteramente razón en que las mujeres muestran en estado de embarazo una autocomplacencia mayor que la que muestran en otro caso, habría sin embargo una explicación más a mano que la suya. Podría pensarse en un cacareo de la gallina aun *antes* de la puesta del huevo, de contenido: ¡Mirad, mirad! ¡Voy a poner un huevo! ¡Voy a poner un huevo!

18[23]

El Diógenes moderno. Antes de buscar al hombre, debe haberse encontrado la linterna. ¿No podrá ser otra que la linterna del cínico?

19

Inmoralistas. Ahora los moralistas tienen que consentir que los tilden de inmoralistas, pues disecan la moral. Pero quien quiere disecar tiene que matar; ahora bien, sólo para que se sepa mejor, se juzgue mejor, se viva mejor, no para que diseque todo el mundo. Desgraciadamente los hombres siguen suponiendo, sin embargo, que todo moralista debe ser también en toda su conducta un modelo que los demás tendrían que imitar; lo confunden con el predicador de moral. Los antiguos moralistas no disecaban lo suficiente y predicaban con demasiada frecuencia: a eso se debe esa confusión y esa desagradable consecuencia para los moralistas actuales.

20[24]

No confundir. Los moralistas que tratan los modos de pensar grandiosos, portentosos, abnegados, por ejemplo en los héroes de Plutarco, o el estado anímico

[23] *Fp*: «(el Diógenes moderno). Quien ahora busca al hombre, tiene antes que haber encontrado la linterna del *cínico*». Cf. *Diógenes Laercio*, VI, 2, 6, 41.

[24] Aforismo añadido de su puño y letra por Nietzsche en *Md*.

puro, iluminado, conductor de calor, de los hombres y mujeres propiamente hablando buenos, como difíciles problemas del conocimiento y rastrean el origen de los mismos denunciando lo complejo en la aparente simplicidad y dirigiendo la mirada al embrollo de los motivos, a las delicadas ilusiones conceptuales adheridas y los sentimientos individuales y colectivos transmitidos desde la antigüedad, lentamente intensificados, estos moralistas son los más *diferentes* precisamente de aquellos con que sin embargo son más *confundidos:* los espíritus mezquinos que en general no creen en esos modos de pensar y estados anímicos y se figuran su propia pobreza oculta tras el brillo de grandeza y pureza. Los moralistas dicen: «he aquí problemas», y los infames dicen: «he aquí embusteros y embustes»; *niegan* por tanto la *existencia* precisamente de lo que aquéllos se afanan por *explicar.*

21

El hombre como el que mide. Quizá toda la moralidad de la humanidad tiene su origen en la tremenda agitación interna que embargó a los hombres primitivos cuando descubrieron la medida y el medir, la balanza y el pesar (la palabra «hombre» [25] significa «el que mide» [26]: ¡ha querido *denominarse* según su más grande descubrimiento!). Con estas representaciones asciende a regiones que son enteramente imposibles de medir o pesar, pero que originariamente no parecían serlo.

22 [27]

Principio de equilibrio. Probablemente el bandido y el poderoso que promete a una comunidad protegerla contra el bandido son en el fondo seres por entero semejantes, sólo que el segundo obtiene su ventaja de otra manera que el primero, a saber: mediante tributos regulares que la comunidad le liquida, y ya no mediante saqueos. (Es la misma relación que entre el mercader y el pirata, quienes durante mucho tiempo son una y la misma persona: cuando una función no les parece aconsejable, ejercen la otra. En definitiva, aún hoy toda moral comercial no es más que una forma *más prudente* de la moral de pirata: comprar tan barato como sea posible –cuando se pueda, por nada más que los costes de empresa–, vender tan caro como sea posible [28].) Lo esencial es: aquel

[25] *Mensch.*

[26] *den Messenden.*

[27] Cf. 41 [56], 43 [4]. *Fp:* «Los dos reyes de Esparta: equilibrio». *Fp:* «Medios para la obtención del equilibrio: 1) Alianza de pequeños poderes contra uno grande. 2) División de uno grande en pequeños (donde los débiles tienen entonces la ventaja). El *bandido* y el que promete protección *contra* el bandido, orig<inariamente> muy parecidos (como mercader y pirata). Pero él promete mantener el *equilibrio:* entonces vienen los más débiles; ἄξιος, que contrapesa; ἀγών-ἀγὼν νεῶν convoy de barcos. Lugar de concentración. "Que vale", "lo que pesa lo mismo que una cosa"». *Fp:* «Los contrapesos están en lucha, no toleran *ninguna neutralidad:* ahora quieren la preponderancia. (De ahí Melier) La dominación incontestada de uno solo aparece entonces como el mal menor. Los *fuertes no* quieren el equilibrio; pero los numerosos débiles de la comunidad aspiran a él. Que haya equilibrio es un gran peldaño». *Fp:* «Cuando alguien roba y asesina, se le castiga, es decir, se le trata como a un no-igual, como fuera de la comunidad, se le *recuerda* lo que ha obtenido de la comunidad».

[28] Cf. H. C. Carey, *Lehrbuch der Volkswirtschaft und Sozialwissenschaft.* Edición alemana autorizada por Karl Adler, 2.ª ed., Viena 1870, págs. 103 ss., *BN.*

poderoso promete mantener el *equilibrio* frente al bandido; en ello ven los débiles una posibilidad de vivir. Pues o tienen que agruparse ellos mismos como un poder *equivalente* o se someten a alguien equivalente (le prestan servicios a cambio de sus prestaciones). De buen grado se opta preferentemente por el segundo procedimiento, pues mantiene en jaque a *dos* seres peligrosos: al primero por el segundo y al segundo por la perspectiva de la ventaja; pues éste sale ganando si trata benigna o tolerablemente a los sometidos, para que puedan alimentarse no sólo a sí mismos, sino también a su gobernante. En realidad, el rigor y la crueldad son entonces siempre posibles, pero, comparado con la completa *aniquilación* anteriormente siempre posible, en este estado los hombres sienten ya un gran alivio. Al principio la comunidad es la organización de los débiles para el *equilibrio* con poderes peligrosamente amenazantes. Una organización para la preponderancia sería más aconsejable si llegase a ser tan fuerte como para *aniquilar* de una vez el poder contrario; y si se trata de un solo depredador poderoso, ciertamente se *intenta* esto. Pero si es jefe de un clan o cuenta con grandes adhesiones, es improbable la rápida, decisiva aniquilación y hay que esperar largas *hostilidades;* pero éstas le acarrean a la comunidad el estado menos deseable, pues con ellas pierde el tiempo para ocuparse de su sustento vital con la necesaria regularidad y ve constantemente amenazado el producto de todo su trabajo. Por eso la comunidad prefiere llevar su poder de defensa y ataque exactamente a la altura en que está el poder del vecino peligroso y darle a entender a éste que ahora la balanza está equilibrada: ¿por qué no querer ser buenos amigos? El *equilibrio* es, pues, un concepto muy importante para la más antigua doctrina jurídica y moral; el equilibrio es la base de la justicia. Cuando ésta dice en épocas bárbaras: «ojo por ojo, diente por diente» [29], presupone el equilibrio alcanzado y quiere *conservarlo* mediante esta retribución; de modo que cuando ahora uno delinque contra otro, éste ya no toma venganza movido por ciega saña. Sino que, en virtud del *jus talionis* [30], se *restablece* el equilibrio de las perturbadas relaciones de poder; pues en tales circunstancias arcaicas un ojo, un brazo *de más* es una porción de poder, un peso de más. En el seno de esta comunidad en que todos se consideran equilibrados, contra los delitos, es decir, contra las transgresiones del principio del equilibrio, existen el *oprobio* y el *castigo:* el oprobio, un peso instituido contra el individuo usurpador que se ha procurado ventajas a través de la usurpación pero que mediante el oprobio experimenta ahora desventajas que superan y *contrarrestan* la anterior ventaja. Lo mismo reza para el castigo: contra la preponderancia que todo criminal se arroga, establece un contrapeso mucho mayor, contra el acto violento el encarcelamiento, contra el robo la restitución y la multa. Se le *recuerda* así al reo que con su acción se separó *de* la comunidad y sus ventajas morales: ésta le trata como a un desigual, débil, que está fuera de ella; por eso el castigo no es sólo represalia, sino que tiene *algo más,* algo del *rigor del estado natural;* a *éste* quiere precisamente *recordar.*

[29] *Exodo,* 21:24.

[30] «Derecho de represalia».

23[31]

¿Les cabe a los partidarios de la doctrina de la libre voluntad castigar? Los hombres que por profesión juzgan y castigan tratan en cada caso de establecer si un malhechor es en general responsable de su acto, si *podía* aplicar su razón, si obró con *razones* y no inconscientemente o bajo coacción. Si se le castiga, se castiga el hecho de haber preferido las peores a las mejores razones; las cuales, por tanto, debe haber *conocido*. Cuando este conocimiento falta, el hombre no es libre ni responsable; a menos que su desconocimiento, su *ignorantia legis*[32], por ejemplo, sea consecuencia de una negligencia informativa intencionada; entonces, por tanto, al no quererse enterar de lo que debía, prefirió ya las peores a las mejores razones, y debe ahora expiar las consecuencias de su mala elección. Si por el contrario es que no ha visto las mejores razones, acaso por estupidez o idiotez, no se suele castigar: ha carecido, como se dice, de la elección, obró como un animal. La negación intencionada de la mejor razón es de lo que ahora se hace el presupuesto de que el criminal pueda ser castigado. Pero ¿cómo puede alguien ser intencionadamente más irracional de lo que no puede evitar ser? ¿En base a qué decidir si los platillos de la balanza están cargados de buenos y malos motivos? ¿No por el amor, por la ceguera, por una coacción externa, tampoco por una interna (pondérese además que toda llamada «coacción externa» no es nada más que la coacción interna del temor y del dolor)? ¿En base a qué?, se pregunta una y otra vez. ¿Así que la *razón* no debe ser la causa porque no podría decidirse contra las razones mejores? Ahora bien, aquí es donde se acude al auxilio de la «libre voluntad»: debe decidir el *completo antojo,* sobrevenir un momento en que no opere ningún motivo, en que el acto se produzca a modo de milagro, de la nada. Se castiga esta presunta *discrecionalidad* en un caso en que no debiera regir ningún antojo: la razón que conoce la ley, la prohibición y el mandamiento no habría debido, se supone, dejar ninguna elección en absoluto y sí operar como coacción y superior poder. El criminal es por tanto castigado por hacer uso de la «libre voluntad», es decir, por haber actuado sin razón allí donde habría debido actuar según razones. Pero *¿por qué* obra así? Esto es precisamente lo que ya no cabe preguntarle: fue un acto sin «porqué», sin motivo, sin origen, algo sin fin ni razón. *¡Pero,* según la primera condición más arriba consignada de toda punibilidad, *no cabría tampoco castigar un tal acto!* Tampoco puede hacerse valer esa forma de punibilidad como si aquí *no* se hubiese hecho algo, omitido algo, *no* se hubiese hecho uso de la razón; ¡pues bajo todas las circunstancias la omisión se produjo *sin intención*! y sólo la omisión intencionada de lo preceptuado pasa por punible. El criminal ha ciertamente preferido las peores a las mejores razones, pero *sin* razón ni intención: ha ciertamente aplicado su razón, pero no *para* no aplicarla. Ese presupuesto para hacer punible al criminal de haber negado intencionadamente su razón está precisamente superado por la asunción de la «libre voluntad». No os *cabe* casti-

[31] Cf. 42 [54], 42 [58], 42 [60], 42 [65].

[32] «Ignorancia de la ley».

gar a vosotros, adeptos a la doctrina de la «libre voluntad», ¡no según vuestros propios axiomas! Pero en el fondo no son éstos más que una portentosa mitología conceptual; y la gallina que los ha incubado ha empollado sus huevos apartada de toda realidad.

24

Para el enjuiciamiento del criminal y de su juez. El criminal que conoce todo el flujo de las circunstancias no encuentra su acto tan fuera del orden y de la comprensibilidad como su juez y censor; pero su castigo le es medido exactamente según el grado de *asombro* que a ellos les produce la vista del acto como algo incomprensible. Cuando el conocimiento que el defensor de un criminal tiene del caso y de su prehistoria es suficiente, las llamadas razones de atenuación que presenta en serie acaban por borrar toda la culpa. O, todavía más claramente: el defensor irá *atenuando* gradualmente ese *asombro* condenatorio y medidor del castigo y terminará superándolo totalmente al obligar a todo oyente honesto a la confesión interna siguiente: «tuvo que actuar como actuó; si le castigásemos, castigaríamos la eterna necesidad». Medir el grado del castigo según el *grado de conocimiento* que de la historia de un criminal se tiene o *puede en general obtenerse,* ¿no riñe esto con toda equidad?

25

El trueque y la equidad[33]. Ante un trueque sólo se procedería honesta y justamente si cada una de las dos partes pidiese tanto como le parece valer su mercancía, incluyendo en el cálculo el esfuerzo de su obtención, la rareza, el tiempo empleado, etc., amén del valor afectivo. En cuanto fija el precio *con arreglo a la necesidad del otro,* es un bandido y extorsionista más refinado. Si el objeto de trueque es el dinero, ha de ponderarse que un tálero francés es cosas muy distintas en manos de un rico heredero, un jornalero, un comerciante, un estudiante: cada uno debería recibir mucho o poco por él, según haga casi nada o mucho por conseguirlo: eso sería equitativo; en realidad, como es sabido, ocurre al revés. En el gran mundo de las finanzas el tálero del rico perezoso es más productivo que el del pobre y laborioso.

26

Las situaciones de derecho como medios. El derecho, basado en pactos entre *iguales,* persiste en tanto el poder de los que han pactado es exactamente igual o parecido; la prudencia creó el derecho para poner fin a la querella y a la *inútil* disipación entre poderes análogos. Pero a éstas se les pone fin *de modo igualmente definitivo* cuando una de las partes ha *devenido* decisivamente *más débil* que la otra: entonces aparece el sometimiento y *cesa* el derecho, pero el éxito es el mismo que hasta ahora se alcanzaba mediante el derecho. Pues ahora es la

[33] Título diferente en *Fp*: «Lo que hay de inmoral en el trueque».

prudencia del preponderante la que aconseja *ahorrar* la fuerza del sometido y no desperdiciarla inútilmente; y con frecuencia es la situación del sometido más favorable de lo que era la del igual. Las situaciones de derecho son por tanto *medios* temporales que la prudencia aconseja, no metas.

27

Explicación de la alegría del mal ajeno. La alegría del mal ajeno surge del hecho de que cada cual tiene aflicción, arrepentimiento o dolor en más de un respecto que le es perfectamente consciente: el daño que afecta a otro *equipara* a éste con él, aplaca su envidia. Si precisamente se encuentra a sí mismo bien, acumula sin embargo en su consciencia la desgracia del prójimo como un capital al que recurrir cuando sobrevenga la propia desgracia; también así tiene él «alegría del mal ajeno». El talante orientado a la igualdad echa por tanto su vara de medir en el terreno de la fortuna y del acaso: la alegría del mal ajeno es la expresión más vulgar de triunfo y de restauración de la igualdad, aun en el seno del orden superior del mundo. Sólo desde que el hombre ha aprendido a ver a otros hombres como iguales, es decir, sólo desde la fundación de la sociedad, hay alegría del mal ajeno.

28[34]

Lo arbitrario en la dosificación de los castigos. A la mayoría de los criminales sus castigos les llegan como a las mujeres sus hijos. Diez, cien veces han hecho lo mismo sin que sobrevengan consecuencias desagradables: de repente se produce el descubrimiento y tras él el castigo. El hábito debería sin embargo hacer que la culpa del acto por el que el criminal es castigado apareciera más disculpable; ha en efecto nacido una propensión a la que es más difícil resistirse. En vez de eso, cuando existe la sospecha de crimen inveterado, es castigado más rigurosamente; se hace valer el hábito como razón contra toda atenuación. ¡Un modo de vida anterior modélico, con el que el crimen desentona tanto más horrorosamente, debería hacer que la culpabilidad apareciera agudizada! Pero suele atenuar el castigo. Así que todo se evalúa no según el criminal, sino según la sociedad y los daños y riesgos de ésta; la utilidad previa de un hombre le es tomada en cuenta frente a su esporádica perniciosidad, la perniciosidad anterior se suma a la actualmente descubierta, y así se impone la máxima pena. Pero si de este modo se castiga o recompensa (esto en el primer caso, en el que el menor castigo es una recompensa) el pasado de un hombre, uno debería remontarse aún más y castigar o recompensar la causa de un tal o cual pasado, quiero decir, a los padres, a los educadores, a la sociedad, etc.; en muchos casos se hallará entonces que de alguna manera los jueces son partícipes de la culpa. Es arbitrario detenerse en el criminal cuando se castiga el pasado; si no se puede admitir la absoluta disculpabilidad de toda culpa, uno debería detenerse en cada caso sin-

[34] Cf. *CS* 23. *Fp*: «¿Dónde se detendría *el castigo, asimismo, del pasado*? En todo caso, sería arbitrario quedarse en el criminal».

gular y no mirar más atrás: aislar por tanto la culpa y no asociarla en absoluto con el pasado; si no, se peca contra la lógica. Más vale que extraigáis, vosotros libres de voluntad, la conclusión necesaria de vuestra doctrina de la «libertad de la voluntad» y decretéis audazmente: «*ningún acto tiene pasado*».

29 [35]

La envidia y su hermana más noble. Donde la igualdad está realmente impuesta y duraderamente cimentada, surge esa propensión en conjunto tenida por inmoral, que en el estado natural apenas sería concebible: la *envidia*. El envidioso es sensible a toda preeminencia del otro por encima del nivel común y quiere rebajarlo a éste, o elevarse él hasta ella: de ahí resultan dos modos de acción distintos, que Hesíodo designó como la mala y la buena Eris. Igualmente surge en el estado de igualdad la indignación por que a otro le vaya mal *por debajo* de su dignidad e igualdad: son éstos afectos de naturalezas *más nobles*. En las cosas que son independientes del arbitrio del hombre echan de menos la justicia y la equidad, es decir: exigen que esa igualdad que el hombre reconoce sea también reconocida por la naturaleza y el azar; se encolerizan por que a los iguales no les vaya igual.

30 [36]

Envidia de los dioses. La «envidia de los dioses» surge cuando el considerado inferior se equipara de alguna manera al superior (como Ayax) o le *es* equiparado por el favor del destino (como Níobe en cuanto madre colmada de bendiciones) [37]. En el seno del orden jerárquico *social* esta envidia plantea la exigencia de que nadie tenga méritos *por encima* de su estamento, aunque su dicha sea conforme a éste, y especialmente que su autoconsciencia no sobrepase esos límites. El general victorioso experimenta a menudo la «envidia de los dioses», lo mismo que el discípulo que ha creado una obra maestra.

31

La vanidad como rebrote del estado insocial. Puesto que con vistas a su seguridad los hombres han establecido la *igualdad* recíproca para la fundación de la comunidad, pero esta concepción va en el fondo contra la naturaleza del individuo y es algo forzado, nuevos brotes del antiguo impulso a la superioridad se hacen valer cuanto más garantizada está la seguridad general: en el deslinde de los estamentos, en la aspiración a dignidades y privilegios profesionales, en general en la vanidad (modales, atuendo, lenguaje, etc.). Tan pronto como vuel-

[35] En *Fp* aparecía una nota para Gast: «¡Otro aforismo!», en la misma página en que a continuación estaban escritos *OSV* 31 y *OSV* 29.

[36] Cf. 41 [10].

[37] En la mitología griega, los dioses castigan a Níobe por jactarse de haber tenido más descendencia que Leto: Apolo mata a sus hijos y Artemisa a sus hijas.

ve a ser sensible el peligro para la comunidad, la mayoría, que en el estado de tranquilidad general no ha podido imponer su preponderancia, reinstaura el estado de igualdad: desaparecen por algún tiempo las prerrogativas y vanidades absurdas. Pero si la comunidad se desmorona por entero, «todo cae en la anarquía, en seguida irrumpe el estado natural, la despreocupada, desconsiderada desigualdad, como ocurrió en Corcira, según el relato de Tucídides [38]. No hay derecho natural ni injusticia natural.

32

Equidad. Un desarrollo ulterior de la justicia es la equidad, que nace entre los que no atentan contra la igualdad comunitaria: en casos en los que la ley no prescribe nada, se aplica esa más sutil consideración del equilibrio que mira hacia adelante y hacia atrás y cuya máxima es: «como tú a *mí*, así yo a *ti*». *Aequum* significa precisamente: «es conforme a *nuestra igualdad;* ésta lima también nuestras pequeñas diferencias hasta una apariencia de igualdad y quiere que nos perdonemos no poco que no *tendríamos* que perdonarnos».

33 [39]

Elementos de la venganza. Se dice tan rápidamente la palabra «venganza» [40]: parece como si no pudiera siquiera contener más que una sola raíz conceptual y sentimental. Y por eso no se cesa en el esfuerzo por encontrarla: tal como nuestros economistas nacionales todavía no se han cansado de olfatear una tal unidad en la palabra «valor» y de buscar el originario concepto-raíz del valor. ¡Como si todas las palabras no fuesen bolsillos en los que se ha metido ora esto, ora aquello, ora varias cosas a la vez! Así es también «venganza» ora esto, ora aquello, ora algo más compuesto. Distíngase por lo pronto ese contragolpe defensivo que se ejecuta casi involuntariamente contra objetos inanimados que nos han herido (como contra máquinas en movimiento): el sentido de nuestro movimiento es el de parar la máquina atajando el daño. Para lograr esto, la fuerza del contragolpe debe a veces ser tan fuerte que destroce la máquina; pero si es demasiado fuerte para que el individuo pueda destruirla en seguida, éste no dejará de asestar el golpe más violento de que sea capaz, por así decir como una última tentativa. Así se comporta uno también contra las personas perniciosas bajo el sentimiento inmediato del perjuicio mismo; si a este acto se le quiere llamar un acto de venganza, sea; sólo pondérese que únicamente la *autoconservación* puso aquí en movimiento su mecanismo racional y que en el fondo no se piensa al hacerlo en el pernicioso, sino en uno mismo: obramos así *sin* querer a nuestra vez hacer daño, sino solamente para *salvar* cuerpo y vida. Se requiere *tiempo* para pasar con el pensamiento de uno al contrario y preguntarse de qué modo asestar el golpe más eficaz. Sucede esto en la segunda clase de venganza:

[38] Cf. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, III, 70-85 (ed. cast. cit., págs. 241-51).
[39] Cf. 42 [7], 42 [8], 42 [9], 42 [21], 42 [26].
[40] *Rache.*

su premisa es una reflexión sobre la vulnerabilidad y la capacidad de sufrimiento del otro; quiere hacerse daño. En cambio, el horizonte del que toma venganza encierra tan poco asegurarse a sí mismo contra un perjuicio ulterior que casi regularmente se atrae el ulterior perjuicio correspondiente y con mucha frecuencia se lo encara de antemano con sangre fría. Si en la primera clase de venganza era el miedo al segundo golpe lo que hacía el contragolpe tan fuerte como fuera posible, aquí hay una indiferencia casi total hacia lo que el adversario *hará;* sólo lo que él nos *ha* hecho determina la fuerza del contragolpe. ¿Qué nos ha hecho, pues? ¿Y de qué nos sirve que sufra ahora después de habernos hecho sufrir? Se trata de una *restauración,* en tanto que el acto de venganza de la primera clase sólo sirve a la *autoconservación.* El adversario tal vez nos ha hecho perder propiedades, rango, amigos, hijos: estas pérdidas no son restituidas por la venganza; la restauración únicamente se refiere a una *pérdida accesoria* junto a todas las pérdidas mencionadas. La venganza de la restauración no preserva de ulteriores perjuicios, no hace a su vez bueno el perjuicio sufrido; salvo en un caso. Cuando el adversario ha hecho sufrir nuestro *honor,* la venganza puede *restaurarlo.* Pero éste ha sufrido en todo caso un daño cuando se nos ha infligido un sufrimiento intencionadamente: pues el adversario demostró con ello que no nos *temía.* Mediante la venganza demostramos que tampoco le *tememos:* ahí reside la nivelación, la restauración. (La intención de mostrar la total ausencia de *temor* va en algunas personas tan lejos que la peligrosidad de la venganza para sí mismas (deterioro de la salud o de la vida, o cualquier otra pérdida) la consideran una condición indispensable de toda venganza. Por eso apelan al duelo, aunque los tribunales les ofrecen su concurso para también así obtener satisfacción por la ofensa; pero no aceptan como suficiente la restauración de su honor exenta de peligros, pues no pueden demostrar su falta de temor.) En la clase de venganza primeramente mencionada es precisamente el temor el que ejecuta el contragolpe; aquí en cambio es la ausencia de temor la que, como queda dicho, *quiere demostrarse* mediante el contragolpe. Nada parece por tanto más diferente que la motivación interna de los dos modos de acción que se designan con la palabra «venganza»; y pese a ello, sucede muy a menudo que el que ejerce la venganza no tiene claro lo que a fin de cuentas le ha determinado al acto; quizá asestó el contragolpe por temor o para conservarse, pero luego, cuando tuvo tiempo para reflexionar sobre el punto de vista del honor ofendido, se persuadió de haberse vengado por causa de su honor: este motivo es en todo caso *más noble* que el otro. En él es además esencial si ve su honor dañado a los ojos de *los demás* (del mundo) o sólo a los ojos del ofensor: en este último caso preferirá la venganza secreta, pero en el primero la pública. Según su pensamiento penetre intensa o débilmente en el alma del autor y de los testigos, será su venganza más exasperada o suave; si carece por entero de esta clase de fantasía, no pensará en la venganza en absoluto; pues en tal caso no se da en él el sentimiento del honor, ni por tanto el de ofender. Tampoco *pensará* en la venganza si *desprecia* al autor y a los testigos del hecho; pues, en cuanto despreciados, ni pueden darle ni tampoco recibir ningún honor. Por último, renunciará a la venganza en el caso nada infrecuente de que ame al autor: por supuesto, pierde así su honor a los ojos de éste y se hace quizá menos digno de la correspondencia amorosa. Pero renunciar a toda correspondencia amorosa es también un sacrificio al que el amor está

dispuesto con tal de no *tener que hacer daño* al ser amado: esto significaría hacerse a sí mismo más daño que daño hace ese sacrificio. En resumen: todo el mundo se venga, a menos que se carezca de honor o se esté lleno de desprecio o de amor hacia el pernicioso u ofensor. Aun cuando se dirijan a los tribunales, quieren la venganza como personas privadas; pero *además,* en cuanto hombres de la sociedad que piensan más allá y precavidos, la venganza de la sociedad sobre quien no la *honra.* Así, el castigo judicial *restaura* tanto el honor privado como el honor social; es decir: castigo es venganza. Además. se da también en él ese otro elemento de la venganza descrito en primer lugar, en la medida en que a través de él la sociedad sirve a su *autoconservación* y asesta el contragolpe en *legítima defensa.* El castigo quiere evitar el perjuicio *ulterior,* quiere *intimidar.* De este modo están realmente asociados en el castigo los dos elementos de la venganza tan distintos, y esto quizá contribuye al máximo a mantener esa mencionada confusión conceptual gracias a la cual el individuo que se venga no sabe habitualmente lo que en definitiva quiere.

34

Las virtudes de la pérdida. En cuanto miembros de sociedades creemos tener vedado el ejercicio de ciertas virtudes que como privados nos hacen el máximo honor y nos procuran algún contento, por ejemplo la gracia y la indulgencia para con transgresores de toda índole, en general todo modo de obrar en el que la ventaja de la sociedad sufriría a causa de nuestra virtud. Ningún colegio de magistrados puede ante su conciencia aplicar el indulto: al rey *en cuanto individuo* se le ha reservado esta prerrogativa; uno se alegra cuando él hace uso de ella, como prueba de que gustosamente seríase indulgente, pero en absoluto en cuanto sociedad. Ésta no reconoce por consiguiente más que las virtudes ventajosas o al menos inocuas (las que se practican sin pérdida o incluso con réditos, por ejemplo la justicia). Esas virtudes deficitarias no pueden haber por tanto nacido *en la sociedad,* pues todavía hoy en día se eleva contra ellas la oposición en cualquier mínima sociedad que se forme. Son en consecuencia virtudes entre no-iguales, inventadas por el superior, el individuo, virtudes *de señor,* con la reserva mental de que «yo soy lo bastante poderoso para soportar un quebranto evidente; esta es una prueba de mi poder»; es decir, virtudes afines al *orgullo.*

35

Casuística de la ventaja. No habría casuística de la moral si no hubiese casuística de la ventaja. A menudo el entendimiento más libre y sutil no basta para elegir entre dos cosas de modo que de la elección resulte necesariamente la máxima ventaja. En tales casos se elige porque se tiene que elegir, y luego se tiene una especie de vértigo sentimental.

36

Convertirse en hipócrita. Todo mendigo se vuelve hipócrita; como todo el que hace su oficio de una carencia, de una penuria (ya sea ésta personal o públi-

ca). El mendigo no siente ni mucho menos la carencia como tiene que *hacerla* sentir si quiere vivir de la mendicidad.

37

Una especie de culto de las pasiones. Vosotros, oscurantistas y culebras ciegas de la filosofía, habláis, para denunciar el carácter de toda la esencia del mundo, del *carácter temible* de las pasiones humanas. ¡Como si en todas partes en que ha habido pasión hubiera habido también temibilidad! ¡Por negligencia *en lo pequeño,* por falta de autoobservación y de observación de los que deben ser educados, habéis dejado vosotros mismos crecer las pasiones hasta convertirse en tales monstruos que ahora ya ante la palabra "pasión» os sobrecoge el temor! De vosotros dependía y de nosotros depende *despojar* a las pasiones de su carácter temible y tomar precauciones de suerte que no se conviertan en torrentes devastadores. No deben inflarse las propias inadvertencias hasta convertirlas en fatalidades eternas; más bien queremos cooperar honestamente en la tarea de transformar todas las pasiones de la humanidad en alegrías.

38

Remordimiento. El remordimiento es, como la mordedura de un perro en una piedra, una estupidez.

39

Origen de los derechos. Los derechos se remontan en primera instancia a la *tradición,* la tradición a un *convenio* de un tiempo. En una ocasión se estuvo bilateralmente satisfecho con las consecuencias del convenio celebrado y por otra parte se fue demasiado perezoso para reconocerlo formalmente; así se siguió viviendo como si nunca se hubiese dejado de reconocerlo, y poco a poco, al ir el olvido extendiendo su niebla sobre el origen, se creyó tener un estado sagrado, definitivo, sobre el que cada generación *debía* continuar la edificación. La tradición era ahora *coacción,* aun cuando ya no reportaba el provecho por mor del cual se había originariamente establecido el convenio. En todas las épocas han hallado aquí su plaza fuerte los *débiles:* tienden a *perpetuar* el convenio de un tiempo, la condescendencia.

40

La significación del olvido en el sentimiento moral. Las mismas acciones que en el seno de la sociedad originaria dictó primero la intención del *provecho* común las han llevado a cabo más tarde otras generaciones por otros motivos: por temor o respeto a los que las exigían y recomendaban, o por hábito, por haberlas visto llevar a cabo en torno a sí desde la niñez, o por benevolencia, porque su práctica procuraba por doquier amigos y caras de aprobación, o por vanidad, porque eran alabadas. Tales acciones, cuyo motivo fundamental, la utilidad, se ha *olvidado,* son entonces llamadas morales: no porque sean llevadas a cabo

por esos *otros* motivos, sino porque *no* se las lleva a cabo por utilidad consciente. ¿De dónde este *odio,* aquí visible, al provecho, donde toda acción loable excluye formalmente de sí la acción por mor del provecho? Evidentemente la sociedad, hogar de toda moral y de todo encomio de la acción moral, ha tenido que luchar durante demasiado tiempo y demasiado arduamente con la codicia y el egoísmo del individuo para no acabar por tasar *cualquier otro* otro motivo como éticamente superior al provecho. Surge así la apariencia de que la moral *no* ha brotado del provecho, cuando originariamente fue el provecho social el que tuvo que luchar denodadamente para imponerse y adquirir un prestigio superior frente a todas las utilidades privadas.

41

Los ricos herederos de la moralidad. Hay también en la moral una riqueza *hereditaria:* la poseen los mansos, caritativos, compasivos, bonachones, que han recibido de sus antepasados el *modo de acción bueno,* pero no la razón (la fuente del mismo). Lo bueno de esta riqueza es que tiene que ser prodigada y compartida constantemente si es que se quiere en general sentirla, y que así trabaja involuntariamente por reducir las distancias entre riqueza y pobreza morales; y no ciertamente, lo que es lo más curioso y mejor, en favor de un futuro promedio entre pobreza y riqueza, sino en favor de un enriquecimiento y superabundancia *generales.* Tal como aquí se ha hecho puede resumirse la opinión dominante sobre la riqueza moral hereditaria; pero a mí me parece que es más sustentada *in majorem gloriam*[41] de la moralidad que en honor a la verdad. La experiencia al menos instaura un principio que tiene que considerarse, si no como refutación, en todo caso como restricción significativa de esa generalidad. Sin el más exquisito entendimiento, dice la experiencia, sin la capacidad de la más sutil decisión y una *fuerte propensión a la ponderación,* los ricos herederos de la moralidad se convierten en sus dilapidadores: al abandonarse sin reservas a sus impulsos compasivos, bonachones, reconciliadores, apaciguadores, hacen que todo el mundo en torno a sí se vuelva más negligente, ávido y sentimental. Por eso los hijos de tales dilapidadores sumamente morales son fácilmente –y, como por desgracia hay que decir, en el mejor de los casos– agradables ineptos enclenques.

42

El juez y los atenuantes. «Hasta con el Diablo hay que ser honrado y pagar las deudas», dijo un viejo soldado cuando le contaron algo más detalladamente la historia de Fausto; «¡a Fausto le toca el Infierno!» «¡Qué tremendos sois los hombres!», exclamó su mujer, «¿cómo es posible? ¡Pero si no hizo nada más que no tener tinta en el tintero! Por supuesto que escribir con sangre es un pecado, pero ¿debe por ello quemarse a un hombre tan guapo?».

[41] «A mayor gloria».

43

Problema del deber hacia la verdad. El deber es un sentimiento imperioso que apremia a la acción, al cual llamamos bueno y tenemos por indiscutible (sobre el origen, los límites y la justificación del mismo ni queremos hablar ni hemos hablado). Pero el pensador lo tiene todo por devenido y todo lo devenido por discutible; es por tanto el hombre sin deber en tanto en cuanto no es más que precisamente pensador. Como tal, pues, tampoco reconocería el deber de ver y decir la verdad, ni sentiría este sentimiento; él pregunta: ¿de dónde procede? ¿adónde quiere ir?, pero este mismo cuestionar lo considera él cuestionable. Pero ¿no tendría esto como consecuencia que la máquina del pensador ya no funcionaría correctamente si él pudiera estar realmente *exento de deber* en el acto de conocer? En tal medida parece aquí ser necesario para la *calefacción* el mismo elemento que debe investigarse por medio de la máquina. La fórmula sería quizá: *admitiendo* que hubiera un deber de conocer la verdad, ¿cómo reza entonces la verdad respecto a cualquier otro deber? Pero ¿no es un contrasentido un sentimiento hipotético de deber?

44

Peldaños de la moral. La moral es ante todo un medio para conservar la comunidad en general y preservarla de la ruina; es además un medio para conservar la comunidad a una cierta altura y con una cierta bondad. Sus motivos son el *temor* y la *esperanza;* y ciertamente tanto más ásperos, poderosos, rudos, cuanto que todavía es muy fuerte la propensión a lo inverso, unilateral, personal. Hay que servirse aquí de los más atroces medios de intimidación mientras no funcionen otros más suaves y no pueda alcanzarse de otra manera esa doble clase de conservación (entre los más violentos cuéntase la invención de ese más allá con un infierno eterno). Debe haber allí suplicios del alma y sayones prestos a ello. Peldaños ulteriores de la moral y por tanto medios para el fin señalado son los mandamientos de un dios (como la ley mosaica); todavía más allá y más arriba, los mandamientos de un concepto absoluto del deber, con el «tú debes»: todo peldaños bastante toscamente tallados, pero *anchos,* pues los hombres aún no saben pisar los más finos, los más estrechos. Viene luego una moral de la *inclinación,* del *gusto,* finalmente la de la *lucidez,* que está más allá de todos los motivos ilusorios de la moral, pero se ha dado cuenta de que durante largos períodos la humanidad no pudo tener otros.

45

La moral de la compasión en boca de los inmoderados. Todos los que no se tienen a sí mismos suficientemente bajo control y no conocen la moralidad como constantes autodominio y autosuperación ejercidos en lo más grande y en lo más pequeño, se convierten involuntariamente en glorificadores de los impulsos buenos, compasivos, benévolos, de esa moralidad instintiva que no tiene cabeza, sino que sólo parece componerse de corazón y manos solícitas.

Tiene incluso interés en desacreditar una moralidad de la razón y hacer de esa otra la única [42].

46

Cloacas del alma. También el alma ha de tener sus cloacas determinadas en las que poder verter sus basuras: para ello sirven personas, relaciones, estamentos o la patria o el mundo o finalmente –para los muy soberbios (me refiero a nuestros queridos «pesimistas» modernos)– el buen Dios.

47

Una forma de reposo y de contemplación. Cuida de que tu reposo y contemplación no se parezcan a los del perro ante una carnicería, al cual el temor no le deja avanzar ni el apetito retroceder; y que abre los ojos como si fuesen bocas.

48

La prohibición sin razones. Una prohibición cuya razón no entendemos o no admitimos es casi una orden no sólo para el porfiado, sino también para el ávido de conocimiento: puede llegarse al extremo de intentar enterarse de por *qué* se ha dado la prohibición. Las prohibiciones morales, como las del Decálogo, sólo convienen a épocas de razón sojuzgada: hoy en día una prohibición como «no matarás», «no codiciarás a la mujer de tu prójimo» [43], presentada sin razones, tendría un efecto antes pernicioso que provechoso.

49

Retrato. ¿Qué clase de hombre es el que puede decir de sí: «yo desprecio muy fácilmente, pero nunca odio. En todo hombre encuentro en seguida algo que ha de honrarse y por lo que lo honro; me atraen poco las llamadas cualidades amables»?

50

Compasión y desprecio. Exteriorizar compasión es sentido como un signo de desprecio, pues evidentemente uno ha dejado de ser un objeto de *temor* en cuanto alguien le demuestra compasión. Se ha caído por debajo del nivel de equilibrio, cuando éste ya no satisface la vanidad humana, sino que sólo el destacar y el inspirar temor le dan al alma el más apetecible de todos los sentimientos. Es por eso un problema cómo ha surgido la *estimación* de la compasión, lo mismo que cómo ha de explicarse por qué ahora se elogia al altruista: originariamente es *despreciado* o *temido* en cuanto pérfido.

[42] se convierten] En *Fp*: «*glorifican* los impulsos buenos, compasivas, benévolos, la moralidad instintiva, y le dan la preeminencia sobre la racional: así todos los cristianos que no creen ni siquiera en la *posibilidad* de una moralidad originada en la razón».

[43] *Exodo*, 20:13-14.

51

Saber ser pequeño. Hay que estar todavía tan cerca de las flores, las hierbas y las mariposas como un niño que no sobresale mucho de ellas. Nosotros los mayores hemos en cambio crecido por encima de ellas y tenemos que rebajarnos a las mismas; creo que las hierbas nos *odian* cuando confesamos nuestro amor por ellas. Quien quiere tener parte en *todo* lo bueno debe también saber ser pequeño a ratos.

52

Contenido de la conciencia. El contenido de nuestra conciencia es todo lo que en los años de la infancia fue sin razón *exigido* regularmente de nosotros por parte de personas que nosotros venerábamos o temíamos. Desde la conciencia es, pues, excitado ese sentimiento del deber («esto debo hacer, esto no debo hacer») que no pregunta: *¿por qué* debo? En todos los casos en que se hace una cosa con «porque» y «porqué» actúa el hombre *sin* conciencia; pero no por ello contra ésta. La creencia en autoridades es la fuente de la conciencia: no es ésta, pues, la voz de Dios en el corazón del hombre, sino la voz de algunos hombres en el hombre.

53

Derrota de las pasiones. El hombre que ha derrotado sus pasiones ha entrado en posesión de la tierra más fructuosa: como el colono que se ha adueñado de los bosques y pantanos. La tarea más urgente es entonces *sembrar* en el suelo de las pasiones reprimidas la semilla de las buenas obras espirituales. La derrota misma no es más que un *medio,* no una meta; si no se la considera así, rápidamente crece toda clase de maleza y cizaña en el más fértil suelo desocupado, y no tarda en proliferar más ferazmente que antes.

54

Aptitud para servir. Todos los llamados hombres prácticos tienen una aptitud para servir: esto precisamente los hace prácticos, sea para otros, sea para sí mismos. Robinson poseía un sirviente aún mejor que Viernes: Crusoe[44].

55

Peligro del lenguaje para la libertad espiritual. Toda palabra es un prejuicio.

56

Espíritu y aburrimiento. El proverbio: «El magiar es demasiado perezoso para aburrirse» da que pensar. Sólo los animales más finos y activos son capaces de

[44] Viernes es el criado del protagonista de *Robinson Crusoe*, novela de Daniel Defoe, en la isla desierta.

aburrimiento. Un tema para un gran poeta sería el *aburrimiento de Dios* en el séptimo día de la creación.

57

En el trato con los animales. Todavía puede observarse la génesis de la moral en nuestro comportamiento con los animales. Cuando no entran en consideración provecho y perjuicio, tenemos un sentimiento de completa irresponsabilidad; matamos y herimos por ejemplo insectos o los dejamos vivir y habitualmente no pensamos absolutamente nada al hacerlo. Somos tan torpes que ya nuestras gentilezas con flores y pequeños animales son casi siempre mortíferas; lo cual no afecta en lo más mínimo al placer que nos causan. Hoy es la fiesta de los animales pequeños, el día más sofocante del año: todo bulle y hormiguea a nuestro alrededor, y sin querer, *pero también* sin prestar atención, aplastamos acá y allá un gusanito o un minúsculo escarabajo velloso. Si los animales nos reportan perjuicios, entonces nos afanamos de todos los modos en su *exterminio,* y los medios son con frecuencia bastante crueles sin que propiamente hablando lo queramos: es la crueldad de la irreflexión. Si nos son útiles, los *explotamos:* hasta que una prudencia más sutil nos enseña que ciertos animales rinden bien con otro tratamiento, a saber, con el del cuidado y la cría. Sólo entonces nace la responsabilidad. Con el animal doméstico se evitan los malos tratos; hay personas que se soliviantan cuando otra es cruel con su vaca, en total conformidad con la primitiva moral comunitaria, que ve en peligro el provecho *común* en cuanto un individuo delinque. El que en la comunidad percibe un delito teme el perjuicio indirecto para sí; y tememos por la bondad de la carne, de la agricultura y de los medios de transporte cuando vemos que no se trata bien al animal doméstico. Además, el que es desconsiderado con los animales despierta la sospecha de ser también desconsiderado con las personas débiles, disminuidas, incapaces de venganza; pasa por innoble, carente de orgullo más sutil. Surge así un principio de juicio y sentimiento morales: lo mejor lo añade la superstición. No pocos animales incitan al hombre con miradas, sonidos y gestos a *proyectarse* en ellos, y no pocas religiones enseñan a ver bajo ciertas circunstancias en el animal la residencia de las almas de los hombres y de los dioses: por eso recomiendan en general más noble precaución y aun respetuoso recato en el trato con los animales. Aun tras la desaparición de esta superstición, los sentimientos por ella despertados siguen operando, y maduran y florecen. Sabido es que en este punto ha evidenciado el cristianismo ser una religión pobre y retrógrada [45].

[45] Además, el que es] Final diferente en *Pr1*: «No hay *derechos* de los animales sobre nosotros, porque no saben organizarse en poderes *equivalentes* ni pueden cerrar *contratos*. Los animales que el hombre acoge junto a sí para su crianza se han hecho *más bellos* y más dulces, también *más inteligentes*: el primero y más antiguo animal doméstico, el que más lejos ha llevado este triple proceso, es la *mujer*. [Añadido por Nietzsche en *Md*:] Cuanto más se imagina el hombre a sí mismo entre los animales, más sufre y goza con ellos; trata más humanamente a aquellos que tienen rasgos humanoides [continuación en *Pr2*:] y es frío con todo lo que no se le asemeja». Cf. cartas de Nietzsche a Peter Gast del 2 y del 29 de noviembre de 1879.

58[46]

Nuevos actores[47]. No hay entre los hombres banalidad mayor que la muerte; tras ésta viene en el escalafón el nacimiento, pues no nacen todos los que sin embargo mueren; luego sigue el matrimonio. Pero en cada una de sus incontadas e incontables representaciones, estas pequeñas tragicomedias trilladas son siempre interpretadas por nuevos actores cada vez, y no cesan por tanto de tener espectadores interesados: cuando habría que creer que todo el público teatral del mundo se hubiera ahorcado, por hastío, de todos los árboles mucho ha. Tanta importancia tienen los nuevos actores, tan poca la pieza.

59

¿Qué es «obstinado»? El camino más corto no es el más recto posible, sino aquel en que los vientos más propicios hinchan nuestras velas: así dice la teoría de los navegantes. No seguirla significa ser *obstinado:* la firmeza de carácter está entonces contaminada por la estupidez.

60

La palabra «vanidad». Es enojoso que algunas palabras de las que nosotros los moralistas no podemos en modo alguno prescindir porten ya en sí una especie de censura de costumbres, desde aquellos tiempos en que se execraban los impulsos más inmediatos y naturales del hombre. Así, esa convicción fundamental de que entre las olas de la sociedad navegamos bien o naufragamos mucho más por lo que *valemos* que por lo que *somos* –una convicción que debe ser el timón para toda actuación referida a la sociedad– es designada y estigmatizada con la muy general palabra «vanidad», *«vanitas»,* una de las cosas más plenas y ricas en contenido con una expresión que designa lo mismo que lo propiamente hablando vacío y nulo, algo grande con un diminutivo, más aún, con los trazos de la caricatura. De nada sirve: debemos emplear tales palabras, pero al hacerlo cerrar nuestros oídos a las insinuaciones del antiguo hábito[48].

61[49]

Fatalismo turco. El fatalismo turco tiene el defecto fundamental de que enfrenta entre sí al hombre y al *fatum* como dos cosas distintas: el hombre, dice, puede resistir al *fatum,* tratar de desbaratarlo, pero al final éste siempre se alza con la victoria; de ahí que lo más racional sea resignarse o vivir a su

[46] Cf. carta de Nietzsche a Carl von Gersdorff del 21 de diciembre de 1877: «Querido amigo, la mayor trivialidad del mundo es la muerte; la segunda, nacer; y luego viene, en tercer lugar, el matrimonio...»; cf. *Die Briefe des Freiherrn Carl vom Gersdorff an Friedrich Nietzsche,* III, Weimar 1936, nota 288, pág. 121.

[47] Título diferente en *Fp*: «No temer la banalidad».

[48] del antiguo hábito] En *Fp* y *Md:* «de la etimología».

[49] Cf. 42 [6].

antojo. En verdad cada hombre es él mismo un pedazo de *fatum;* si cree resistir al *fatum* del modo indicado, también al hacer precisamente eso cumple el *fatum;* la lucha es una imaginación, pero igualmente lo es esa resignación al *fatum;* todas estas imaginaciones están incluidas en el *fatum*. El miedo que la mayoría tiene a la doctrina de la falta de libertad de la voluntad es el miedo al fatalismo turco: creen que el hombre estará débil, resignado y con los brazos cruzados ante el futuro, pues nada de éste puede cambiar; o bien dará rienda suelta a su veleidosidad, pues con ésta lo una vez determinado no puede empeorar. Las tonterías del hombre son igualmente parte del *fatum,* lo mismo que sus prudencias: incluso ese miedo a la creencia en el *fatum* es *fatum*. Tú mismo, pobre medroso, eres la invencible *Moira* que reina aun por encima de los dioses para todo lo por venir; eres la bendición o la maldición, y en todo caso la cadena a que está atado el más fuerte; en ti está de antemano determinado todo el futuro del mundo de los hombres; de nada te sirve asustarte de ti mismo.

62

Abogada del diablo. «Sólo la propia desgracia hace a uno *prudente,* sólo la desgracia ajena le hace *bueno*», así reza esa curiosa filosofía que deriva toda moralidad de la compasión y toda intelectualidad del aislamiento del hombre; con ello es inconscientemente la abogada de toda perniciosidad terrena. Pues a la compasión le es menester el sufrimiento, y al aislamiento el desprecio de los demás.

63[50]

Las máscaras de carácter morales. En los tiempos en que las máscaras de carácter de los estamentos pasen igual que los estamentos mismos por definitivamente fijadas, los moralistas estarán tentados a tener también por absolutas las máscaras de carácter *morales* y a trazarlas así. Así es Molière comprensible como contemporáneo de Luis XIV; en nuestra sociedad de transiciones y etapas intermedias aparecería como un pedante genial.

64

La virtud más eximia. En la primera era de la humanidad superior pasa la valentía por la más eximia de las virtudes, en la segunda la justicia, en la tercera la moderación, en la cuarta la sabiduría. ¿En qué era vivimos nosotros? ¿En cuál vives tú?

[50] *Fp*: «En los tiempos en que las diferencias de estamento pasan por absolutas, los moralistas plantearán también las máscaras de carácter [como] absolutas (Molière, Labruyère). ¿Qué pasaba en Atenas? Las personas resaltaban más su τίς. (Ahora una máscara de carácter aparece enfermiza ("idea fija"); cf. *GS* 230. Jean Baptiste Poquelin, «Molière» (1622-1673): dramaturgo francés.

65

Lo que de antemano es menester. Un hombre que no quiere dominar su ira, su cólera y afán de venganza, su voluptuosidad, y trata de dominar en cualquier otro asunto es tan estúpido como el agricultor que cultiva sus campos junto a un torrente sin protegerse contra éste.

66

¿Qué es la verdad? Schwarzert (Melanchthon) [51]: «Muchas veces uno predica su fe cuando acaba de perderla y la busca por todas las calles; ¡y no es entonces cuando peor la predica!» *Lutero:* ¡Hoy hablas verazmente como un ángel, hermano! *Schwarzert:* «Pero si es el pensamiento de tus enemigos, y ellos te lo aplican a ti». *Lutero:* «Entonces es una mentira salida del trasero del diablo».

67

Hábito de los contrarios. La imprecisa observación general ve por todas partes en la naturaleza contrarios (como, p. ej., «cálido y frío») donde no hay contrarios, sino diferencias de grado. Este mal hábito nos ha inducido a querer también entender y descomponer la naturaleza interior, el mundo ético-espiritual, según tales contrarios. Una indecible cantidad de dolor, arrogancia, dureza, extrañamiento, enfriamiento ha venido a incorporarse al sentimiento humano por el hecho de haber creído ver contrarios en lugar de transiciones.

68

¿Se puede perdonar? ¿Cómo se les *puede* en general perdonar si no saben lo que hacen? [52]. No se tiene en absoluto que perdonar. Pero *¿sabe* siempre un hombre *cabalmente* lo que hace? Y si esto siempre resulta *cuestionable,* nada tienen entonces los hombres que perdonarse unos a otros y el ejercicio de la gracia es para los más racionales una cosa imposible. A fin de cuentas, si los malhechores hubieran sabido realmente lo que hacían, sólo tendríamos derecho a *perdonarles* si tuviéramos derecho a la inculpación y el castigo. Pero no lo tenemos.

69

Vergüenza habitual. ¿Por qué sentimos vergüenza cuando se nos dispensa un favor y una distinción que, como se dice, «no hemos merecido»? Nos parece entonces que hemos penetrado en un terreno que no nos corresponde, del que deberíamos estar excluidos; por así decir, en un santuario o sagrario que nuestros pies no habrían de hollar. Pero nos hemos adentrado por el error de otros, y

[51] Philipp Schwarzert o Schwarzerd (helenizado como Melanchthon) (1497-1560): reformador religioso alemán, que representó a los protestantes en Ratisbona (cf. *OSV* 226, n. 163).

[52] Cf. *Lucas.* 23:24.

ahora nos asaltan en parte el temor, en parte el respeto, en parte la sorpresa; no sabemos si huir o gozar del momento bendito y sus graciosas ventajas. En toda vergüenza hay un misterio que parece profanado o en peligro de profanación por nosotros; toda *gracia* genera vergüenza. Pero si se pondera que en general nunca «hemos merecido» nada, en el caso de adherirse a este parecer dentro de una consideración globalmente cristiana de las cosas el sentimiento de *vergüenza* deviene *habitual:* pues entonces Dios parece estar *constantemente* bendiciendo y ejerciendo la gracia. Pero, prescindiendo de esta interpretación cristiana, ese estado de *vergüenza habitual* sería también posible para el sabio completamente ateo que sostiene la irresponsabilidad y la falta de mérito de toda obra y de todo ser: si se le trata *como si* hubiera merecido esto o aquello, parece haber penetrado en un orden superior de seres que en general *merecen* algo, que son libres y pueden realmente asumir la responsabilidad de su propio querer y poder. Quien le dice: «lo has merecido», parece apostrofarlo: «no eres un hombre, sino un dios».

70

El educador más inepto. En éste todas sus virtudes reales están plantadas en el terreno de su espíritu de contradicción, en aquél en su incapacidad para decir no, esto es, en su espíritu de aprobación; un tercero ha dejado crecer toda su moralidad a partir de su orgullo solitario, un cuarto la suya a partir de su acusada sociabilidad. Ahora bien, suponiendo que por culpa de educadores ineptos y azares las semillas de las virtudes no hubieran sido sembradas en el terreno de su naturaleza que tiene el más abundante y más fecundo mantillo, estos cuatro carecerían de moralidad y serían hombres débiles y desagradables. ¿Y quién habría sido el más inepto de todos los educadores y el mal hado de estos cuatro hombres? El fanático moral que cree que el bien sólo puede brotar del bien, en el bien.

71[53]

Modo de escritura de la precaución. A: Pero si *todos* supiesen esto, sería perjudicial para los *más.* ¿Tú mismo llamas a estas opiniones peligrosas para los que están en peligro y, sin embargo, las difundes públicamente? *B:* Yo escribo de modo que ni el populacho, ni los *populi*[54], ni los partidos de toda índole deseen leerme. En consecuencia, estas opiniones nunca serán públicas. *A:* Pero ¿cómo escribes tú, pues? *B:* Ni útil ni agradablemente para los tres citados.

72[55]

Misioneros divinos. También Sócrates se siente misionero divino; pero aun aquí puede todavía rastrearse también no sé qué clase de asomo de ironía ática y

[53] Aforismo añadido en *Md* por Nietzsche de su puño y letra.

[54] «Pueblos, naciones».

[55] Cf. *HDH* 433.

gusto por la chanza, que atemperan esa idea fatal y arrogante. El habla sin unción de ello: sus imágenes, la del tábano [56] y el caballo, son sencillas y nada sacerdotales, y la tarea propiamente hablando religiosa de que él se siente investido, *poner a prueba* al dios de cien modos distintos *para ver* si ha dicho la verdad, permite deducir un gesto audaz y franco con el cual el misionero se sitúa aquí al lado de su dios. Esa puesta a prueba del dios es uno de los más sutiles compromisos entre la piedad y la libertad de espíritu jamás ingeniados. Ahora tampoco tenemos ya necesidad de este compromiso.

73 [57]

Pintura honesta. Rafael, al que interesó mucho la Iglesia (en tanto que era solvente), pero poco, igual que a los mejores de su tiempo, los objetos del credo eclesiástico, no dio un solo paso en pos de la pretendida piedad extática de no pocos de sus clientes: dio pruebas de su honestidad, incluso en aquel cuadro de excepción originariamente destinado a un estandarte procesional, la Madona Sixtina. Por una vez quiso pintar aquí una visión; pero una tal como *también* a los jóvenes sin «fe» les cabe tener y tendrán: la visión de la futura esposa, de una mujer prudente, de alma exquisita, discreta y muy bella, que lleva en brazos a su primogénito. Aunque los viejos, que están habituados a orar y adorar, igual que el digno anciano de la izquierda, veneren algo sobrehumano, nosotros los jóvenes, así parece apostrofarnos Rafael, queremos atenernos a la hermosa muchacha de la derecha que con mirada provocadora, en modo alguno devota, dice a quien contempla el cuadro: «¿No es verdad que esta madre y su hijo son una vista agradable e incitante?» Este rostro y esta mirada reflejan la alegría en los rostros de los observadores; el artista que inventó todo esto goza de este modo de sí mismo y añade su propia alegría a la alegría del receptor artístico. Respecto a la expresión «salvadora» en la cabeza de un niño, el honesto Rafael, que no quería pintar un estado anímico en cuya existencia no creía, engañó de un modo gentil a sus espectadores creyentes: pintó ese juego de la naturaleza que no se da rara vez, los ojos de un hombre en el rostro de un niño, y ciertamente los ojos del hombre gallardo y solícito que ve un estado de necesidad. A estos ojos corresponde una barba; que ésta falte y que dos edades distintas hablen aquí desde un solo rostro, esta es la grata paradoja que los creyentes han interpretado en el sentido de su fe en milagros, tal como al artista le cabía también esperar de su arte de la interpretación y de la interpolación.

74

La oración. Sólo bajo dos premisas tenía toda oración –esa costumbre de tiempos pasados todavía no completamente extinguida– un sentido: debía ser posible determinar o reorientar la divinidad, y el orante mismo debía saber mejor que nadie lo que había menester, lo que le era verdaderamente deseable. Pero

[56] Cf. Platón, *Apología*, 30 e (ed. cast., *Obras completas*, cit., pág. 210).

[57] Aforismo añadido en *Md* por Nietzsche de su puño y letra.

ambas premisas, admitidas y transmitidas en todas las demás religiones, fueron precisamente negadas por el cristianismo; al mantener pese a ello la oración junto con su creencia en una razón divina sapientísima y providencial, con lo cual esta oración deviene en el fondo sin sentido, más aún, blasfema, volvió a mostrar con ello su admirable sagacidad de serpiente; pues un mandamiento claro: «no orarás» hubiera llevado a los cristianos, por aburrimiento, al anticristianismo. Pero en el *ora et labora*[58] cristiano el *ora* reemplaza a la *diversión:* ¿y qué habría sido sin el *ora* de esos infelices que se vedaban el *labora,* los santos?; pero conversar con Dios, pedirle toda clase de cosas agradables, burlarse un poco de sí mismo por ser tan tonto de tener todavía deseos a pesar de un padre tan estupendo, esa fue para los santos una invención muy buena.

75[59]

Una mentira santa. La mentira con que Arria[60] murió en los labios *(Paete, non dolet*[61]) oscurece todas las verdades jamás dichas por moribundos. Es la única *mentira* santa que se ha hecho famosa; mientras que el olor de santidad no se ha atribuido de ordinario más que a *errores.*

76

El apóstol más necesario. De doce apóstoles, siempre uno debe ser duro como una piedra, para que sobre él pueda edificarse la nueva iglesia[62].

77

¿Qué es lo más perecedero, el espíritu o el cuerpo? En las cosas jurídicas, morales y religiosas, lo más exterior, lo visible, es decir, el uso, el gesto, la ceremonia, tiene la máxima *duración:* es el cuerpo al que se agrega siempre un *alma nueva.* El culto, en cuanto texto de términos fijos, es una y otra vez interpretado; los conceptos y sentimientos son lo fluido, las costumbres lo sólido.

78

La creencia en la enfermedad, como enfermedad. Sólo el cristianismo ha pintado al diablo en la pared del mundo; sólo el cristianismo ha introducido el pecado en el mundo. La fe en los remedios que contra él ofrecía ha ido paulatinamente socavándose hasta las más profundas raíces; pero sigue persistiendo la *fe en la enfermedad* que ha enseñado y difundido.

[58] «Reza y trabaja».

[59] *Fp:* «Thrasea merece contarse entre los ángeles por la celestial mentira de sus tres últimas palabras, *Paete, non dolet*». Cf. Marcial, *Epigramas,* I, 13, 3-4; Plinio, *Epístolas,* III, 16.

[60] Como aún en *Cl,* Nietzsche confunde el nombre de la mujer con el del marido; y, además, el marido de la Arria de que aquí se trata era Caecina Paetus, no Thrasea Paetus.

[61] «Paetus, no duele».

[62] Cf. *Mateo,* 16:18.

79

Palabras y escritos de los religiosos. Si el estilo y la expresión total del sacerdote, de palabra y por escrito, no anuncian ya al hombre *religioso,* no hace falta seguir tomando en serio sus opiniones sobre religión y en favor de ésta. *No* han sido *fuertes* ni para su poseedor si, como su estilo denuncia, él posee ironía, arrogancia, malicia, odio y todo el torbellino y cambio de los humores, enteramente lo mismo que el menos religioso de los hombres; ¡y cuánto menos fuertes serán para sus oyentes y lectores! En una palabra, servirá para hacer a éstos menos religiosos.

80

Peligro en la persona. Cuanto más ha pasado Dios por persona para sí, tanta menos fidelidad se le ha guardado. Los hombres son mucho más adictos a las imágenes de su pensamiento que a sus amados más amados; por eso se sacrifican por el Estado, por la Iglesia y también por Dios, en tanto en cuanto éste sea *su* producto, *su pensamiento,* y en absoluto sea tomado demasiado personalmente. En este último caso, casi siempre disputan con él; hasta al más piadoso se le escapó esta amarga frase: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado[63]?».

81

La justicia mundana. Es posible desquiciar la justicia mundana: con la doctrina de la completa irresponsabilidad e inocencia de todos los hombres; y ya se ha hecho una tentativa en esa dirección, precisamente en base a la doctrina opuesta de la completa responsabilidad y culpabilidad de todos los hombres. El fundador del cristianismo fue quien quiso abolir la justicia mundana y extirpar del mundo el juzgar y el castigar. Pues entendió toda culpa como «pecado», es decir, como ultraje a *Dios* y *no* como ultraje al mundo; por otra parte, en gran escala y casi en todos los respectos, tenía a todos por pecadores. Pero los culpables no deben ser los jueces de su igual: así juzgaba su equidad. *Todos* los jueces de la justicia mundana eran por tanto a sus ojos tan culpables como los por ellos juzgados, y su aire de inocencia le parecía hipócrita y farisaico. Además, atendía a los motivos de las acciones y no al éxito, y para el enjuiciamiento de los motivos sólo tenía a uno por lo suficientemente perspicaz: a sí mismo (o, como él se expresaba: a Dios).

82

Una afectación en la despedida. Quien quiere separarse de un partido o de una religión cree que le es necesario refutarlos. Pero esto está pensado muy petulantemente. Sólo es necesario que comprenda claramente qué corchetes le retenían hasta ahora en este partido o religión y que ahora ya no lo hacen, qué

[63] Cf. *Mateo,* 27:46.

clase de propósitos le impulsaron a ello y que ahora le impulsan en otra dirección. *No es* por *estrictas razones de conocimiento* por lo que nos hemos puesto de parte de este partido o religión: al escindirnos de ellos, no debemos tampoco *afectar* esto.

83

Salvador y médico. El fundador del cristianismo, como de suyo se entiende, en cuanto conocedor del alma humana adoleció de las más grandes deficiencias y prevenciones, y en cuanto médico del alma se entregó a la tan desacreditada y profana creencia en una medicina universal. A veces semeja con su método a ese dentista que quiere curar todo dolor mediante la extracción del diente; así, por ejemplo, al combatir la sensualidad con el consejo: «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo» [64]. Pero todavía queda sin embargo la diferencia de que ese dentista al menos logra su meta, la ausencia de dolor en el paciente, por supuesto de tan burda manera que resulta ridículo, mientras que el cristiano que siga ese consejo y crea haber matado su sensualidad, se engaña: ésta pervive de una inquietante manera vampírica y le tortura bajo disfraces repugnantes.

84

Los presos. Una mañana salieron los presos al patio de trabajo; el guardián estaba ausente. Unos se pusieron a trabajar en seguida como de ordinario, otros permanecieron ociosos y miraban en torno retadoramente. Entonces se adelantó uno y dijo en voz alta: «Trabajad tanto como queráis o no hagáis nada: da igual todo. Vuestras secretas conspiraciones han sido descubiertas, el carcelero os ha estado espiando últimamente y quiere imponeros un terrible castigo en los próximos días. Le conocéis, es duro y de talante rencoroso. Pero ahora atended: hasta este momento no me habéis conocido; yo no soy lo que parezco, sino mucho más: yo soy el hijo del carcelero y lo puedo todo con él. Puedo salvaros, quiero salvaros; pero, por supuesto, sólo a aquellos de vosotros que me *crean* que soy el hijo del carcelero; los demás que recojan los frutos de su incredulidad». «Bien», dijo tras un breve silencio uno de los presos de más edad, «¿qué puede importarte si te creemos o no te creemos? Si realmente eres el hijo y puedes lo que dices, intercede por todos nosotros: sería realmente muy generoso de tu parte. ¡Pero déjate de hablar de creer y no creer!» «Y yo», interrumpió un joven, «además no se lo creo: no es sino algo que se le ha metido en la cabeza. Apuesto a que dentro de una semana todavía nos encontramos aquí lo mismo que hoy y el carcelero no sabe *nada*». «Y si ha sabido algo, ahora ya no lo sabe», dijo el último de los presos que en ese momento bajaba al patio: «el carcelero acaba de morir repentinamente». «¡Hola!», exclamaron varios a un tiempo, «¡hola! ¡Eh, hijo, hijo!, ¿qué hay con la herencia? ¿Somos ahora acaso *tus* presos?» «Os he dicho», contestó suavemente el interpelado, «que dejaré en libertad a todo aquel que crea en mí; tan cierto como que mi padre aún vive». Los presos no se rieron, pero se encogieron de hombros y le dejaron estar.

[64] Cf. *Mateo*, 18:9.

85

El perseguidor de Dios. Pablo pensó, y Calvino repensó, que desde toda la eternidad a un sinnúmero le está adjudicada la condenación y que este hermoso plan universal fue elaborado para que la gloria de Dios se manifestara en él[65]; el Cielo y el Infierno y la humanidad deben por tanto existir..., ¡para satisfacer la vanidad de Dios! ¡Qué vanidad cruel e insaciable debe de haber ardido en el alma del primero o del segundo en pensar algo así! Después de todo, no dejó por tanto Pablo de ser Saulo, *el perseguidor de Dios.*

86[66]

Sócrates. Si todo va bien, llegará el día en que para progresar ético-racionalmente se preferirá recurrir a los dichos memorables de Sócrates que a la Biblia, y en que Montaigne y Horacio serán usados como precursores y guías para la comprensión del sabio mediador más simple e imperecedero, Sócrates. A él se remontan los caminos de los más diversos modos de vida filosóficos, que en el fondo son los modos de vida de los diversos temperamentos, establecidos por la razón y el hábito y que apuntan sin excepción a la alegría de vivir y del propio sí; de donde podría concluirse que lo más peculiar de Sócrates fue su participación de todos los temperamentos. Sócrates aventaja al fundador del cristianismo por su gozosa clase de seriedad y por esa *sabiduría llena de picardía* que constituye el más hermoso estado anímico del hombre. Además, su entendimiento fue mayor.

87

Aprender a escribir bien. El tiempo del buen hablar ha pasado, porque ha pasado el tiempo de las culturas urbanas. El último límite que Aristóteles le consentía a la gran ciudad –el heraldo debía poder hacerse oír por toda la comunidad reunida–, este límite nos preocupa tan poco como en general las comunidades urbanas, a nosotros que queremos ser entendidos incluso más allá de los pueblos. Por eso hoy en día todo buen europeo debe aprender a *escribir bien y cada vez mejor:* de nada sirve haber nacido incluso en Alemania, donde escribir mal es tratado como privilegio nacional. Pero escribir mejor significa al mismo tiempo pensar mejor; inventar cosas cada vez más dignas de ser comunicadas y saberlas realmente comunicar; llegar a ser traducible a las lenguas de los vecinos; hacerse accesible a la comprensión de esos extranjeros que aprenden nuestra lengua; contribuir a que todo bien se convierta en bien común y a que todo sea libre para los libres; por último, *preparar* ese por ahora tan lejano estado de cosas en que los buenos europeos aborden su gran tarea: la dirección y vigilancia de toda la cultura de la tierra. Quien predica lo contrario, no preocuparse por escribir bien y leer bien –virtudes ambas que crecen y merman a la par–, les muestra en efecto a los pueblos un camino por el que pueden llegar a

[65] Cf. San Pablo, *Epístola a los romanos*, 9, 11-12, 22-23.
[66] Cf. 18 [47], 28 [11], 41 [2], 42 [48].

ser cada vez más *nacionales* todavía: aumenta la enfermedad de este siglo y es un enemigo de los buenos europeos, un enemigo de los espíritus libres.

88

La doctrina del estilo óptimo. La doctrina del estilo puede ser por un lado la doctrina para encontrar la expresión mediante la cual se le transmita al lector y oyente *cualquier* disposición; por otro, la doctrina para encontrar la expresión para la disposición más deseable de un hombre, cuya comunicación y transmisión sea también por consiguiente la más deseable: para la disposición del hombre conmovido desde el fondo del corazón, alegre de espíritu, lúcido y recto, que ha superado las pasiones. Esta será la doctrina del estilo óptimo: corresponde al hombre bueno.

89

Prestar atención a la marcha. La marcha de las frases indica si el autor está cansado; sin embargo, la expresión individual puede seguir siendo todavía fuerte y buena, pues fue hallada para sí y antes: cuando el pensamiento le centelleó por vez primera al autor. Así sucede con frecuencia en Goethe, quien demasiado a menudo dictaba cuando estaba cansado.

90

Ya y todavía. A: «La prosa alemana es todavía muy joven: Goethe opina que su padre es Wieland». *B:* ¡Tan joven y ya tan fea! *C:* «Pero tengo entendido que ya el obispo Ulfila [67] escribió prosa alemana; tiene por tanto unos 1.500 años». *B:* ¡Tan vieja y todavía tan fea!

91

Alemán original. La prosa alemana, que en efecto no está formada según un modelo y sin duda ha de pasar por testimonio original del gusto alemán, podría dar a los acuciosos paladines de una futura cultura alemana original una indicación de qué aspecto tendrán por caso, sin imitar modelos, un traje realmente alemán, una vida social alemana, un mobiliario alemán, un almuerzo alemán. Alguien que había reflexionado largo tiempo sobre estas perspectivas acabó por exclamar lleno de espanto: «¡Pero, por todos los santos, quizá ya *tenemos* esta cultura original, sólo que no gusta hablar de ella!»

[67] Ulfila (ca. 311-383): obispo godo de origen capadociano, que tradujo la Biblia al gótico y convirtió a los godos al cristianismo arriano, herejía cuya propagación entre los pueblos bárbaros contribuyó a acentuar sus diferencias con el originario cristianismo romano; es considerado como el «padre de la literatura teutónica». Cf. la carta de Nietzsche a Overbeck desde Naumburg, de octubre de 1879: «¿Cuándo vivió el obispo Ulfila? ¿Hacia mediados del siglo III?», y la respuesta de Overbeck fechada en Basilea el primero de noviembre siguiente: «¿Qué tienes tú que ver con Ulfila, que nació el 310 ó 311 y murió poco después del 380?» Cf. Goethe a Eckermann, 18 de enero de 1825 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 1102).

92

Libros prohibidos. No leamos nunca nada de lo que escriben esos arrogantes polimatas y cabezas de chorlito que tienen el más abominable vicio, el de la paradoja lógica: aplican las fórmulas *lógicas*[68] justamente allí donde todo está en el fondo descaradamente improvisado y construido en el aire. («Por tanto» significa para ellos: «tú, lector imbécil, para ti no hay este "por tanto», pero sí para mí», a lo que la respuesta suena: «tú, escritor imbécil, ¿para qué escribes tú, pues?».)

93

Mostrar espíritu. Todo aquel que quiere mostrar su espíritu da a entender que también está ricamente provisto de lo contrario. Este vicio de franceses ricos en espíritu que consiste en añadir a sus mejores ocurrencias un toque de *dédain*[69] tiene su origen en el propósito de pasar por más ricos de lo que son: quieren prodigar indolentemente, por así decir fatigados del constante desperdicio desde cámaras del tesoro repletas.

94

Literatura alemana y francesa. La desgracia de la literatura alemana y francesa de los últimos cien años reside en que los alemanes han *dejado* la escuela de los franceses demasiado pronto, y los franceses, luego, han *ingresado* demasiado pronto en la escuela de los alemanes.

95

Nuestra prosa. Ninguno de los pueblos civilizados actuales tiene una prosa tan mala como la alemana; y si franceses ricos en espíritu y exquisitos dicen: no *hay* prosa alemana, no debería a fin de cuentas tomárseles a mal, pues lo dicen más cortésmente de lo que nos merecemos. Si se buscan las razones, acaba por llegarse al curioso resultado de que *el alemán sólo conoce la prosa improvisada* y no tiene la menor idea de ninguna otra. Le suena casi incomprensible que un italiano diga que la prosa es más difícil que la poesía lo mismo que para el escultor es más difícil la representación de la belleza desnuda que la de la belleza vestida. Que el verso, la imagen, el ritmo y la rima requieren un honesto esfuerzo el alemán también lo comprende y no está inclinado a atribuir a la composición improvisada un valor particularmente elevado. Pero ¿trabajar en una página de prosa como en una estatua?: eso le es como si se le contase algo del país de las fábulas.

96

El gran estilo. El gran estilo nace cuando lo bello logra la victoria sobre lo tremendo.

[68] No leamos nunca] En *Cl.* «P. de Lagarde, polimata arrogante y cabeza de chorlito que tiene el más abominable vicio, el de la paradoja: es decir, aplicar las fórmulas *lógicas*».

[69] «Desdén».

97

Desviar. No se sabe dónde reside en espíritus distinguidos lo refinado de su expresión, de su giro, antes de poder decir qué palabra se le habría irremediablemente ocurrido a cualquier escritor mediocre para expresar la misma cosa. Al conducir su vehículo, todos los grandes artistas se muestran inclinados a desviarse, a descarrilar, pero no a volcar.

98

Algo así como el pan. El pan neutraliza el gusto de otros alimentos, lo borra; por eso forma parte de toda comida algo copiosa. En todas las obras de arte debe haber algo así como el pan, para que pueda haber en ellas diferentes efectos, los cuales, si se sucediesen unos a otros inmediatamente y sin tales treguas y pausas momentáneas, agotarían rápidamente y producirían repugnancia, de modo que sería imposible una comida artística *algo copiosa.*

99

Jean Paul[70]. Jean Paul sabía[71] mucho, pero carecía de ciencia[72]; entendía de toda clase de artimañas en las artes, pero carecía de arte; no encontraba insípido casi nada, pero carecía de gusto; poseía sentimiento y seriedad, pero cuando los daba a probar vertía sobre ellos una repulsiva salsa de lágrimas; es más, tenía ingenio, pero desgraciadamente demasiado escaso para su hambre canina del mismo: de ahí que desespere al lector precisamente por su falta de ingenio. En conjunto fue la variopinta mala hierba intensamente olorosa que rápidamente creció en los delicados frutales de Schiller y Goethe; fue un buen hombre acomodado y, sin embargo, una fatalidad; una fatalidad en bata[73].

100

Saber saborear también el contraste. Para gozar de una obra del pasado tal como la sentían sus contemporáneos, debe tenerse en la lengua el gusto entonces dominante, con el cual *contrastó.*

101

Autores con espíritu de vino. No pocos escritores no son ni espíritu ni vino, sino espíritu de vino: pueden inflamarse y entonces dan calor.

[70] Johann Paul Friedrich Richter, llamado Jean Paul (1763-1825): novelista alemán.
[71] *wusste,* del verbo *wissen.*
[72] *Wissenschaft.*
[73] En *Fp* seguía 41 [30].

102

El sentido mediador. El sentido del gusto, en cuanto el verdadero sentido mediador, ha persuadido a menudo a los otros sentidos de sus opiniones sobre las cosas y les ha inculcado sus leyes y hábitos. En la mesa puede uno enterarse de los más sutiles secretos de las artes: obsérvese qué gusta, cuándo gusta, qué gusto tiene y por cuánto tiempo gusta.

103

Lessing. Lessing tiene una virtud auténticamente francesa y en general ha ido como escritor a la misma escuela que los franceses con la máxima aplicación: sabe ordenar y presentar bien sus cosas en el escaparate. Sin este *arte* real, sus pensamientos, así como los objetos de éstos, habrían quedado bastante en la oscuridad, y sin que hubiera sido una gran pérdida general. Pero muchos (sobre todo las últimas generaciones de eruditos alemanes) han aprendido su *arte* y un sinnúmero disfrutado con él. Por supuesto, esos aprendices no habrían necesitado, como tan frecuentemente ha ocurrido, aprender de él también su desagradable amaneramiento del tono, con su mezcla de belicosidad y probidad. Sobre el Lessing «lírico» hay hoy en día unanimidad; sobre el dramaturgo, la habrá.

104

Lectores no deseados. Cómo atormentan al autor esos honrados lectores de alma tosca y torpe, que cada vez que tropiezan, caen y se lastiman.

105

Pensamientos de poeta. Los verdaderos pensamientos se presentan en los verdaderos poetas absolutamente velados, como las egipcias: sólo el profundo ojo del pensamiento mira libremente detrás del velo. Los pensamientos de poeta no valen en promedio tanto como cuestan: precisamente se paga también por el velo y por la propia curiosidad.

106

Escribid sencilla y provechosamente. Transiciones, amplificaciones, juegos cromáticos del afecto, de todo esto dispensamos al autor, pues nosotros lo aportamos y se lo brindamos a su libro, siempre que él mismo nos brinde algo.

107

Wieland. Wieland escribió alemán mejor que nadie y sacó de ello su contento y descontento auténticamente magistrales (sus traducciones de las cartas de Cicerón[74]

[74] Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.): poeta y orador latino.

y de Luciano [75] son las mejores traducciones alemanas); pero sus pensamientos ya no nos dan nada que pensar. Soportamos sus joviales moralidades tan poco como sus joviales inmoralidades: se compaginan muy bien unas con otras. En el fondo, los hombres que se deleitaron con ellas eran sin embargo hombres a no dudar mejores que nosotros, pero también bastante más pesados, que *necesitaban* precisamente semejante escritor. *Goethe* no era necesario a los alemanes; por eso no saben éstos hacer de él ningún uso [76]. Considérese a los mejores de nuestros estadistas y artistas: ninguno de ellos ha tenido a Goethe como educador, ni lo podía tener.

108

Fiestas raras. Jugosa concisión, calma y madurez, cuando encuentres esas cualidades en un autor, párate y celebra una larga fiesta en medio del desierto: tardarás mucho antes de volvértelo a pasar tan bien.

109 [77]

El tesoro de la prosa alemana. Si se prescinde de los escritos de Goethe, y sobre todo de las *Conversaciones* de Goethe con Eckermann, el mejor libro alemán que hay, ¿qué queda en suma de la literatura alemana en prosa que merezca releerse una y otra vez? *Los Aforismos* de Lichtenberg, el primer libro de la biografía de Jung-Stilling [78], *Veranillo de San Martín* de Adalbert Stifter [79] y *Las gentes de Selduyla* de Gottfried Keller [80], y con éstos estamos, hoy por hoy, al cabo de la calle.

110

Estilo escrito y estilo hablado. El arte de escribir requiere ante todo *sustitutos* para los modos de expresión que sólo el hablante tiene; es decir, para los gestos, los acentos, la entonación, las miradas. Por eso el estilo escrito es enteramente distinto del estilo hablado, y algo mucho más difícil: con menos quiere hacerse entender tan bien como éste. Demóstenes pronunció sus discursos de un modo distinto a como los leemos: los reelaboró expresamente para que fuesen leídos. Con el mismo fin, los discursos de Cicerón deberían ser primero demostenizados; hay ahora en ellos mucho más foro romano del que el lector puede soportar.

[75] Luciano de Samosata (ca. 125-ca. 192): escritor satírico griego.

[76] De *Cl* se tachó el añadido: «(aparte de la decoración de la vanidad nacional)».

[77] Cf. 42 [45].

[78] El escritor alemán Johann Heinrich Jung, llamado Stilling (1740-1817), publicó su autobiografía en seis volúmenes entre 1777 y el año de su muerte.

[79] El escritor austriaco Adalbert Stifter (1805-1868) publicó su novela *Der Nachsommer* en 1857.

[80] Gottfried Keller (1819-1890): poeta y novelista suizo de lengua alemana. Los dos volúmenes de su colección de relatos cortos *Die Leute von Selduyla* aparecieron en 1856 y 1874.

111[81]

Precaución al citar. Los autores jóvenes no saben que la expresión buena, el pensamiento bueno, sólo hace buen efecto entre sus iguales, que una cita excelente puede arruinar páginas enteras, incluso todo el libro, pues avisa al lector y parece apostrofarle: «Cuidado, yo soy la piedra preciosa y a mi alrededor hay plomo, pálido, indecoroso plomo». Cada palabra, cada pensamiento, sólo quiere vivir en *su sociedad:* esa es la moral del estilo selecto.

112

¿Cómo deben decirse los errores? Es discutible si es más perjudicial decir los errores mal o tan bien como las mejores verdades. Es cierto que en el primer caso perjudican doblemente la mente, de la que son más difíciles de eliminar; pero, por supuesto, no operan con tanta seguridad como en el segundo caso: son menos contagiosos.

113

Restringir y ampliar. Homero restringió, aminoró el perímetro del asunto, pero dejó que las escenas individuales crecieran y las amplió, y así hacen luego una y otra vez los trágicos: cada uno toma el asunto en trozos aún *más pequeños* que su predecesor, pero cada uno obtiene una floración *más rica* dentro de estos setos de jardín acotados y cercados.

114

Literatura y moralidad explicándose. En la literatura griega puede mostrarse en virtud de qué fuerzas se desplegó el espíritu griego, cómo se internó por diferentes vías y qué lo debilitó. Todo esto ofrece un cuadro de lo que en el fondo pasó también con la *moralidad* griega y de lo que pasará con toda moralidad: cómo primero fue coacción, primero mostró dureza, luego fue paulatinamente suavizándose, cómo finalmente surgió el gusto por ciertas acciones, por ciertas convenciones y formas, y de ahí a su vez una propensión al ejercicio, a la posesión, únicamente de éstas; cómo la pista se llena y colma de competidores, cómo sobreviene el hartazgo, se buscan nuevos objetos de lucha y ambición, se resucitan caducos, cómo el espectáculo se repite y en general los espectadores se cansan de observar, pues ahora parece recorrido todo el ciclo, y entonces sobreviene una paralización, una expiración: los arroyos se pierden en la arena. Es el final, o al menos *un* final.

115

Qué parajes agradan siempre. Este paraje tiene rasgos significativos para un cuadro, pero no puedo encontrar la fórmula para él, en conjunto me resulta ina-

[81] Cf. 39 [10].

prehensible. Me percato de que todos los paisajes que me agradan perdurablemente tienen debajo de su multiplicidad un simple esquema geométrico de líneas. Sin un tal sustrato matemático, ningún paraje llega a ser algo artísticamente placentero. Y quizá esta regla admita una aplicación metafórica al hombre[82].

116

Leer en voz alta. Leer en voz alta presupone que se sabe *declamar*: en todas partes hay que aplicar colores pálidos, pero determinando el grado de palidez en proporciones exactas respecto a la pintura de fondo plena y profundamente coloreada, siempre presente y rectora, es decir, según la *declamación* de la misma parte. Debe por tanto dominarse esto último.

117[83]

El sentido dramático. Quien carece de los cuatro sentidos más sutiles del arte, trata de entenderlo todo con el más grosero, el quinto: el sentido dramático.

118

Herder. Herder no es nada de lo que hizo creer (y él mismo deseaba creer) de sí: un gran pensador e inventor, un nuevo suelo fecundo y feraz con una fuerza virgen desaprovechada. Pero poseía en gran medida el sentido del olfato, veía y recogía las primicias de la estación antes que todos los demás, los cuales podían creer que él las había hecho crecer: su espíritu estaba entre lo claro y lo oscuro, entre lo viejo y lo joven, y dondequiera que hubiera transiciones, hundimientos, sacudidas, los indicios de brote y devenir interno, como un cazador al acecho: le impulsaba la inquietud de la primavera, ¡pero él mismo no era la primavera! A veces sí que lo barruntaba, y sin embargo no quería creerse a sí mismo, ¡él, el sacerdote ambicioso al que tanto habría gustado ser el papa de los espíritus de su tiempo! Esta es su pena: parece haber vivido mucho tiempo como pretendiente a varios tronos, más aún, a un reino universal, y tenía sus adeptos, que creían en él: entre ellos estaba el joven Goethe. Pero donde quiera que se acababa por adjudicar realmente coronas, él salía de vacío: Kant, Goethe, luego los primeros auténticos historiadores y filólogos alemanes le arrebataron lo que él creía reservado para él; pero en lo más silencioso y secreto a menudo *no* lo creía. Precisamente cuando dudaba de sí, gustaba de echarse por encima la dignidad y el entusiasmo: estos eran en él con harta frecuencia ropajes que debían ocultar mucho, engañarlo y consolarlo a él mismo. Realmente tenía entusiasmo y ardor, ¡pero su ambición era mucho mayor! Ésta atizaba impaciente el fuego, que llameaba, crepitaba y humeaba –su *estilo* llamea, crepita y humea–, pero él deseaba la *gran* llamarada, ¡y ésta nunca surgió! No se

[82] Y quizá] *Fp*: «(También en el caso del hombre.) Proporciones aprehensibles y simples son las que constituyen a los hombres de carácter».

[83] Cf. 39 [7].

sentaba a la mesa de los propiamente hablando creadores; y su ambición no le permitió sentarse modestamente entre los propiamente hablando consumidores. Fue, así, un invitado inquieto, que saboreó anticipadamente todos los manjares espirituales que de todas las tierras y de todas las épocas reunieron los alemanes en medio siglo. Nunca realmente saciado y contento, Herder estuvo además enfermo con harta frecuencia; entonces la envidia se sentaba a veces junto a la cama, y también la hipocresía le visitaba. Algo herido y falto de libertad se le quedó adherido, y más que ninguno de nuestros llamados clásicos carece él de la gallarda hombría sin doblez.

119[84]

Olor de las palabras. Cada palabra tiene su olor: hay una armonía y disarmonía de los olores y, por tanto, de las palabras.

120

El estilo buscado. El estilo encontrado es una ofensa para el amigo del estilo buscado.

121

Voto. Ya no quiero leer a ningún otro autor al que se le note que quería hacer un libro, sino sólo a aquellos cuyos pensamientos se convirtieron imprevistamente en un libro.

122

La convención artística. Tres cuartos de Homero son convención; y lo mismo sucede con todos los artistas griegos, que no tenían ninguna razón para la manía moderna de la originalidad. Carecían de cualquier miedo a la convención; más aún, a través de ésta mantenían la cohesión con su público. Pues las convenciones son medios artísticos *conquistados* para la comprensión de los oyentes, el lenguaje común arduamente aprendido con que el artista puede realmente *comunicarse*. Máxime cuando, como el poeta y el músico griegos, quiere triunfar *en seguida* con cada una de sus obras de arte –ya que está habituado a contender públicamente con uno o dos rivales–, la primera condición es que sea entendido también en seguida; lo cual, sin embargo, sólo es posible mediante la convención. Lo que el artista inventa más allá de la convención lo añade de su propia cosecha, y, al hacerlo, se arriesga, en el mejor de los casos, al éxito de crear una nueva *convención*. De ordinario lo original asombra, a veces incluso es adorado, pero rara vez entendido; rehuir obstinadamente la convención significa no querer ser entendido. ¿Qué sugiere, por tanto, la manía moderna de la originalidad?

[84] Cf. 39 [10].

123

Afectación de cientificidad entre los artistas. Schiller creía, lo mismo que otros artistas alemanes, que cuando se tiene espíritu cabe también *improvisar con la pluma* sobre toda clase de objetos difíciles. Y ahí están, pues, sus ensayos en prosa, en todos los respectos un modelo de cómo no deben abordarse cuestiones científicas de estética y de moral, y un peligro para los jóvenes lectores que, en su admiración por el poeta, no tienen el coraje de pensar desfavorablemente del Schiller pensador y escritor. La tentación, que tan fácil y comprensiblemente acomete al artista, de internarse por una vez en la pradera *a él* precisamente prohibida y meter baza en la *ciencia* –pues el más capaz encuentra a veces insoportables su oficio y su taller–, esta tentación lleva al artista al extremo de mostrar a todo el mundo lo que a éste no le hace en absoluto falta ver, a saber, que su pequeña habitación del pensamiento aparece estrecha y desordenada –¿por qué no? ¡no la habita!–, que los graneros de su saber están en parte vacíos, en parte llenos de cachivaches –¿por qué no? al artista-niño esto en el fondo incluso no le cuadra mal–, pero sobre todo que para las manipulaciones más fáciles del método científico, que son corrientes incluso para los principiantes, son sus articulaciones demasiado inexpertas y torpes, ¡y tampoco de esto tiene verdaderamente por qué avergonzarse! Muchas veces despliega en cambio no poco arte *en imitar* todos los defectos, vicios y resabios eruditos tal como se dan en el gremio científico, en la creencia de que precisamente esto forma parte, si no del asunto, sí de la apariencia del asunto; y esto es justamente lo divertido de tales escritos de artistas, que aquí el artista, sin quererlo, hace lo que es su profesión: *parodiar* las naturalezas científicas y antiartísticas. Pues no debería tomar otra posición para con la ciencia que la paródica, en cuanto que es precisamente el artista y solamente el artista.

124[85]

La idea de Fausto. Una modistilla es seducida y hecha desgraciada; un gran erudito de las cuatro facultades es el malhechor. Pero ¿hay aquí gato encerrado? ¡Sí, por supuesto que sí! Sin la ayuda del diablo en persona el gran erudito no lo habría logrado[86]. ¿Será este realmente el «pensamiento trágico» alemán más grande, como dicen los alemanes? Pero también para Goethe era este pensamiento todavía demasiado espantoso; su tierno corazón no pudo por menos de transportar a la modistilla, «el alma buena que sólo una vez flaqueó»[87], a la vera de los santos tras su muerte involuntaria; es más, incluso el gran erudito llevó a tiempo al cielo, gracias a una mala pasada que se le juega al diablo en el momento decisivo, a él, «el hombre bueno» de «oscuro impulso»[88]: allí en el cielo vuelven a

[85] Cf. 29 [1], 29 [15].

[86] Cf. carta de Stendhal a G. C. del 20 de enero de 1838: «Goethe le ha dado el diablo por amigo al doctor Fausto y, con tan poderosa ayuda, Fausto hace lo que todos hemos hecho a los veinte años: seduce a una modista».

[87] Goethe, *Fausto*, vv. 12065 s.

[88] *Fausto*, v. 328.

encontrarse los enamorados[89]. En una ocasión dice Goethe que su naturaleza ha sido demasiado conciliadora para lo propiamente hablando trágico[90].

125

¿Hay clásicos alemanes? Sainte-Beuve[91] advierte en cierta ocasión que con la índole de algunas literaturas no casa en absoluto la palabra «clásico»[92]: ¡no será fácil hablar, por ejemplo, de «clásicos alemanes»! ¿Qué dicen a ello nuestros editores alemanes, que están a punto de aumentar en otros cincuenta los cincuenta clásicos alemanes en los que ya debemos creer? ¡Casi parece que basta con sólo treinta años de estar muerto y ofrecerse públicamente como botín permitido para imprevistamente oír de repente la trompeta de la resurrección como clásico! ¡Y esto en una época y en un pueblo en que hasta de los seis grandes patriarcas de la literatura cinco están indudablemente a punto de caducar o ya caducos, *sin* que esta época y este pueblo tengan que avergonzarse precisamente de *ello*! Pues aquéllos –¡considérese con toda equidad!– han cedido ante los *fuertes* de esta época. Como ya he indicado, prescindo de Goethe: pertenece a un género de literaturas superior al de las «literaturas nacionales»; por eso tampoco está con su *nación* ni en la relación de la vida, ni de la novedad, ni de la caducidad. Sólo para unos pocos ha vivido y vive aún; para la mayoría no es nada más que una fanfarria de la vanidad que de vez en cuando traspasa las fronteras alemanas. Goethe, no sólo un hombre bueno y grande, sino una *cultura*, Goethe es en la historia de los alemanes un incidente sin consecuencias: ¿quién podría por ejemplo señalar en la política alemana de los últimos setenta años un fragmento de Goethe? (mientras que seguro que en ella ha estado activo un fragmento de Schiller, y quizá incluso un pedacito de Lessing). ¡Pero esos otros cinco! Klopstock envejeció ya en vida de un modo muy honorable; y tan radicalmente que sin duda hasta el día de hoy no ha habido nadie que haya tomado en serio el libro reflexivo de sus postreros años, la *República de los eruditos*. Herder tuvo la desgracia de que sus libros siempre fueran o nuevos o caducos; para las mentes más sutiles y enérgicas (como Lichtenberg[93]), incluso la obra capital de Herder, sus *Ideas para la historia de la humanidad*, por ejemplo, fue ya al aparecer algo caduco. Wieland, quien tan abundantemente vivió y dio vida, se adelantó con la muerte a la merma de su influencia. Lessing quizá vive hoy todavía; ¡pero entre eruditos jóvenes y cada vez más jóvenes! ¡Y Schiller ha pasado ahora de las manos de los jóvenes a las de los niños, de todos los niños alemanes! Una conocida manera de envejecer es que un libro descienda a edades cada vez más inmaduras! ¿Y qué ha relegado a estos cinco a no ser ya leídos por adultos bien

[89] *Fausto*, v. 11936.

[90] Cf. carta de Goethe a Zelter del 31 de octubre de 1831.

[91] Charles Augustin Sainte-Beuve (1804-1869): escritor y crítico francés.

[92] Cf. *Les cahiers de Sainte-Beuve*, París 1876, págs. 108 s.: «Hay lenguas y literaturas abiertas por todas partes y no circunscritas, en las que no me imagino cómo se podría aplicar la palabra "clásico"; no me imagino cómo se podría hablar de los clásicos alemanes». *BN*.

[93] Cf. Lichtenberg, *Vermischte Schriften*, I, 280; *Gedankenbücher*, ed. F. H. Mautner, 1967, pág. 159.

instruidos y laboriosos? El mejor gusto, el mejor saber, la mejor atención a lo verdadero y real; es decir, ni más ni menos que virtudes que no fueron *reimplantadas* en Alemania más que precisamente por esos cinco (y por diez y veinte nombres más o menos sonoros) y que ahora extienden como bosque alto sobre sus tumbas, junto a la sombra del respeto, también algo de la sombra del olvido. Pero los *clásicos* no son los *implantadores* de virtudes intelectuales y literarias, sino sus *consumadores* y más altas cumbres luminosas que quedan sobre los pueblos cuando estos mismos sucumben: pues son más ligeros, más libres, más puros que éstos. Es posible un estado superior de la humanidad en que la Europa de los pueblos sea un oscuro olvido, pero en que Europa *viva* todavía en treinta libros muy viejos, nunca caducos: en los *clásicos*.

126

Interesante, pero no bello. Esta región oculta su sentido, pero tiene uno, que se quisiera adivinar: donde miro, leo palabras y sugestiones de palabras, pero no sé dónde empieza la frase que resuelva el enigma de todas estas sugestiones, y me da tortícolis indagando si ha de leerse a partir de aquí o de allá[94].

127

Contra los innovadores del lenguaje. En el lenguaje innovar o arcaizar, preferir lo raro y extraño, tender a la riqueza del léxico en vez de a la restricción, es siempre una señal de gusto inmaduro o corrupto. Una noble pobreza, pero una libertad magistral en el seno de la propiedad poco vistosa, distingue a los artistas griegos del discurso: quieren tener *menos* que el pueblo –pues éste es el más rico en lo viejo y en lo nuevo–, pero esto poco quieren tenerlo *mejor*. Rápidamente se está al cabo de la enumeración de sus arcaísmos y extranjerismos, pero la admiración es infinita cuando se tiene buena vista para la índole ligera y delicada de su trato con lo cotidiano y aparentemente ha mucho gastado en las palabras y los giros[95].

128

Los autores tristes y los serios. Quien lleva al papel lo que *sufre*[96], se convierte en un autor triste; pero en uno serio cuando nos dice lo que *sufrió* y por qué ahora descansa en la alegría.

129

Salud del gusto. ¿Cómo es que las saludes no son tan contagiosas como las enfermedades, en general y sobre todo en el gusto? ¿O es que hay epidemias de la salud?

[94] En *Cl* se añadía: «(El "huevo mágico" de Colón)».

[95] En *Fp* se añadía: «Por supuesto, los llamados eruditos suelen ser lo bastante groseros como para reprocharle a un Racine esta noble pobreza y elogiarle a un Shakespeare su prolijidad [?] como fuente para el estudio de la lengua [?]».

[96] Cf. Goethe, *Tasso*, V, 5, vv. 3431 s. (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. III, pág. 1892).

130

Propósito. No volver a leer ningún libro que haya nacido y sido bautizado (con tinta) al mismo tiempo.

131[97]

Mejorar el pensamiento. Mejorar el estilo significa mejorar el pensamiento, ¡y nada más! A quien no concede esto en el acto, tampoco se le convence nunca.

132

Libros clásicos. El aspecto más débil de todo libro clásico es el de que está escrito demasiado en la lengua materna de su autor.

133

Libros malos. El libro debe demandar pluma, tinta y escritorio; pero pluma, tinta y escritorio demandan habitualmente el libro. Por eso ahora los libros valen tan poco.

134

Presencia de sentido. El público, cuando medita sobre cuadros, se convierte en poeta, y cuando medita sobre poemas, en investigador. En el momento en que el artista lo llama, siempre le falta el sentido *justo,* no por tanto presencia de espíritu, sino de sentido.

135

Pensamientos escogidos. El estilo escogido de una época significativa no selecciona sólo las palabras, sino también los pensamientos, y ciertamente unas y otros de lo *corriente* y *dominante:* los pensamientos osados y de fragancia demasiado fresca no repugnan al gusto maduro menos que las nuevas imágenes y expresiones temerarias. Más tarde ambos –el pensamiento escogido y la palabra escogida– huelen fácilmente a mediocridad, pues el olor de lo escogido se disipa rápidamente y no se saborea entonces todavía más que lo corriente y cotidiano.

136

Razón principal de la corrupción del estilo. Querer *mostrar* más sentimiento por una cosa del que realmente se *tiene* corrompe el estilo, en el lenguaje y en

[97] *Fp*: «Un buen autor tiene respecto a cada uno de sus pensamientos un sentimiento y una conciencia tan delicados que nunca puede mejorar el estilo sin mejorar los pensamientos».

todas las artes. Todo gran arte tiene más bien la tendencia inversa: semejante a todo hombre éticamente significativo, le encanta detener el sentimiento en su camino y no dejarlo llegar hasta el final. Este pudor de la semivisibilidad del sentimiento puede por ejemplo observarse del modo más hermoso en Sófocles; y parece transfigurar los rasgos del sentimiento cuando éste se presenta a sí mismo más sobrio de lo que es.

137

Como disculpa de los estilistas pesados. Lo dicho a la ligera rara vez resuena en los oídos con el peso que realmente tiene la cosa, pero la culpa es del oído mal adiestrado, que de la educación por lo que hasta ahora se ha llamado música tiene que pasar a la escuela del arte sonoro superior, es decir, del *discurso*.

138

A vista de pájaro. De varios lados se precipitan aquí torrentes hacia una sima: su movimiento es tan impetuoso y arrastra consigo la mirada de tal modo, que las laderas peladas y boscosas de la montaña en torno no parecen descender, sino como *huir hacia abajo*. Viendo el espectáculo uno se tensa angustiado, como si detrás de todo ello se ocultase algo hostil ante lo que todo debiera huir y contra lo que el abismo nos ofreciera protección. Esta región no puede pintarse, a menos que se la sobrevuele como un pájaro al aire libre. Por una vez la llamada perspectiva a vista de pájaro no es aquí un arbitrio artístico, sino la única posibilidad.

139

Comparaciones osadas. Cuando las comparaciones osadas no son pruebas de la travesura del escritor, son pruebas de su fantasía exhausta. Pero en cualquier caso son pruebas de su mal gusto.

140[98]

Bailar encadenado. Ante todo artista, poeta y escritor griego ha de preguntarse: ¿cuál es la *nueva coerción* que él se impone y hace atractiva para sus contemporáneos (de modo que encuentra imitadores)? Pues lo que se llama «invención» (en métrica, por ejemplo) es siempre una traba autoimpuesta. «Bailar encadenado», hacérselo difícil y luego extender sobre ello la ilusión de la facilidad, es la artimaña que quieren mostrarnos. Ya en Homero puede percibirse una plétora de fórmulas heredadas y leyes narrativas épicas, *dentro* de las cuales debía bailar; y él mismo añadió la creación de nuevas convenciones para los venideros. Esta fue la escuela educadora de los poetas griegos: primero por tanto dejarse imponer una múltiple coerción por los poetas anteriores; luego

[98] Cf. *CS* 159.

añadir la invención de una nueva coerción, imponérsela y vencerla graciosamente: de modo que coerción y victoria sean advertidas y admiradas [99].

141

La gordura de los autores. Lo último que se le depara a un buen autor es la plenitud; quien la lleve consigo no será nunca un buen autor. Los más nobles caballos de carreras son flacos, hasta que pueden *descansar* de sus victorias.

142

Héroes jadeantes. Los poetas y artistas que padecen asma del sentimiento son los que más hacen jadear a sus héroes: no saben respirar con facilidad.

143

El semiciego. El semiciego es el enemigo mortal de todos los autores que se dejan ir. Éstos deberían conocer la rabia con que cierra un libro al advertir que su autor necesita cincuenta páginas para comunicar cinco pensamientos: esa rabia por haber arriesgado el resto de su vista casi en balde. Un semiciego dijo: *todos* los autores se han dejado ir. «¿También el Espíritu Santo?» También el Espíritu Santo. Pero él podía hacerlo: escribía para los ciegos del todo.

144

El estilo de la inmortalidad. Tanto Tucídides como Tácito pensaban al elaborar sus obras en una duración inmortal de las mismas: si no se supiese, esto se adivinaría ya por su estilo. El uno creía conferir perennidad a sus pensamientos salándolos, el otro cociéndolos; y, al parecer, ninguno de los dos se equivocó.

145

Contra imágenes y símiles. Con imágenes y símiles se convence, pero no se prueba. Por eso se tiene en el seno de la ciencia tanto temor a imágenes y símiles; aquí precisamente no se quiere lo convincente, lo que hace *creíble,* y más bien se suscita ya también la más fría desconfianza por medio del modo de expresión y las paredes peladas: pues la desconfianza es la piedra de toque para el oro de la certeza.

146

Cautela. Quien carezca de profundo saber guárdese mucho de escribir en Alemania. Pues el buen alemán no dice entonces: «es ignorante», sino: «es de

[99] Cf. Voltaire, *Lettres choisies,* ed. Louis Moland, París, 1876, 2 vols. *(BN),* I, pág. 426: «... vosotros bailáis en libertad y nosotros bailamos con nuestras cadenas...»; este pasaje –de una carta de Voltaire al italiano Deodati de Teovazzi, Ferney, 24 de enero de 1761– mereció de Nietzsche doble marca y el subrayado de la palabra «cadenas».

carácter dudoso». Por lo demás, esta precipitada conclusión honra mucho a los alemanes.

147

Esqueletos pintados. Esqueletos pintados: eso son esos autores a los que les gustaría sustituir por colores artificiales lo que les falta de carne.

148

El estilo grandioso y lo superior. Se aprende más rápidamente a escribir grandiosamente que a escribir ligera y sencillamente. Las razones de ello se pierden en lo moral.

149

Sebastián Bach. En tanto no se escuche la música de Bach como perfectos y avisados conocedores del contrapunto y de todas las clases de estilo fugado, y se deba por consiguiente prescindir del goce artístico propiamente dicho, en cuanto oyentes de su música se nos antojará (para expresarnos grandiosamente con Goethe [100]) asistir a la *creación del mundo por Dios.* Es decir: sentimos que aquí algo grande está en devenir pero todavía no es: nuestra *gran* música moderna. Ésta ya ha derrotado al mundo al haber derrotado a la Iglesia, las nacionalidades y el contrapunto. En Bach hay todavía demasiado cristianismo crudo, germanismo crudo, escolástica cruda; está en el umbral de la música europea (moderna), pero vuelve la mirada desde aquí a la Edad Media.

150

Haendel. Haendel, audaz, innovador, verídico, poderoso, vuelto y afín a lo heroico de que es capaz un *pueblo* al inventar su música, en la elaboración muchas veces se cohibía y enfriaba, es más, se cansaba de sí mismo; entonces aplicaba algunos probados métodos de ejecución, escribía rápido y mucho, y se alegraba cuando acababa; pero no estaba alegre a la manera en que Dios y otros creadores lo han estado al atardecer de su jornada de trabajo.

151

Haydn [101]. Hasta donde la genialidad puede asociarse con un hombre sin más *bueno,* la ha tenido Haydn. Llega exactamente hasta los límites que la moralidad le traza al intelecto; escribe sencillamente música que no tiene «ningún pasado».

[100] Cf. carta de Goethe a Zelter de junio de 1827.

[101] Franz Joseph Haydn (1732-1809): compositor austriaco.

152

Beethoven y Mozart. La música de Beethoven aparece con frecuencia como una *contemplación* profundamente agitada al volver a oír inesperadamente una pieza que durante mucho tiempo se creyó perdida: «Inocencia en sonidos»; es música *sobre* música. En la canción de los mendigos y niños del arroyo, en las monótonas tonadas de italianos errabundos, en el baile en las posadas rurales o en las noches de carnaval, ahí descubría él sus «melodías»: las reúne como una abeja, captando ora aquí, ora allá, un sonido o una breve secuencia. Son para él *recuerdos* transfigurados del «mundo mejor»: lo mismo que Platón pensó de las ideas. Mozart está en una relación enteramente distinta con sus melodías: no halla sus inspiraciones al oír música, sino al ver la vida, la agitadísima vida *meridional:* siempre soñaba con Italia cuando no estaba allí.

153

Recitativo. Antaño el recitativo era seco; ahora vivimos en la época del *recitativo mojado:* se ha caído al agua y las olas lo arrastran a donde quieren.

154[102]

Música «serena». Si durante mucho tiempo se ha estado privado de la música, ésta luego se mete harto rápidamente en la sangre como un pesado vino meridional y deja un alma embriagada como por un narcótico, amodorrada, ansiosa por dormir; esto lo hace sobre todo precisamente la música *serena,* que depara juntos amargura y dolor, saciedad y nostalgia, y obliga a sorberlo todo una y otra vez como un dulce brebaje envenenado. La sala de la alegría serenamente bulliciosa parece entonces estrecharse, la luz perder claridad y oscurecerse: acaba a uno por antojársele como si la música resonase en una prisión en que un pobre hombre no puede dormir de nostalgia.

155

Franz Schubert[103]. Franz Schubert, un artista menor que los otros grandes músicos, era de todos el que tenía sin embargo el mayor *patrimonio hereditario* de música. Lo derrochó a manos llenas y de buen corazón, de modo que los músicos tendrán que *nutrirse* de sus pensamientos y ocurrencias durante un par de siglos todavía. En sus obras tenemos un tesoro de invenciones *inexplotadas;* otros tendrán su grandeza en la explotación. Si a Beethoven cabría llamarlo el oyente ideal de un ministril, Schubert mismo tendría derecho a ser llamado el ministril ideal.

[102] Cf. 40 [13].

[103] Franz Schubert (1797-1828): compositor austriaco.

156

Ejecución modernísima de la música. La gran ejecución trágico-dramática en la música adquiere su carácter por imitación de los gestos del *gran pecador* tal como el cristianismo lo piensa y desea: del apasionadamente caviloso de paso lento, del lanzado de acá para allá por el tormento de la conciencia, del que huye horrorizado, del que busca fascinado, del que se detiene desesperado, y todos los demás síntomas de la gran pecaminosidad. Sólo bajo el presupuesto del cristiano de que todos los hombres son grandes pecadores y no hacen absolutamente nada más que pecar, podría justificarse la aplicación de ese estilo de ejecución a *toda* la música, por cuanto la música sería el reflejo de todas las ocupaciones humanas, y como tal tendría que hablar continuamente el lenguaje gestual del gran pecador. Un oyente que no fuera lo bastante cristiano para entender esta lógica podría por supuesto exclamar espantado ante una tal ejecución: «¡En el nombre del cielo!, ¿cómo se ha metido el pecado en la música?»

157

Felix Mendelssohn[104]. La música de Felix Mendelssohn es la música del buen gusto en todo lo bueno que ha habido: siempre apunta hacia atrás. ¿Cómo podría tener mucho «por delante», mucho futuro? Pero *¿quiso* él tenerlo? Poseía una virtud que entre artistas es rara, la de la gratitud sin reservas mentales: también esta virtud apunta siempre hacia atrás.

158

Una madre de las artes. En nuestra época escéptica, de la *devoción* propiamente dicha forma casi parte un heroísmo brutal de la *ambición;* ya no basta con cerrar fanáticamente los ojos y doblar la rodilla. ¿No sería posible que la ambición de ser para siempre el último en la devoción llegase a ser la madre de una última música católica de iglesia, tal como ya ha sido la madre del último estilo arquitectónico de las iglesias? (Se lo llama estilo jesuita.)

159[105]

Libertad encadenada, una libertad principesca. El último de los músicos modernos que percibió y adoró la belleza como Leopardi[106], el polaco Chopin[107], el inimitable –ninguno de los que le precedieron y sucedieron tiene derecho a este calificativo– Chopin, tuvo la misma eminencia principesca en la convención que muestra Rafael en el uso de los más simples colores tradicionales, pero no con respecto a colores, sino a las tradiciones melódicas y rítmi-

[104] Felix Mendelssohn-Bartholdy (1809-1847): compositor alemán.
[105] Cf. *CS* 140.
[106] Giacomo Leopardi (1798-1837): escritor italiano.
[107] Federico Chopin (1810-1849): pianista y compositor polaco.

cas. Admitió esto en cuanto *nacido en la etiqueta,* pero jugando y bailando como el espíritu más libre y gracioso dentro de estas trabas, y ciertamente sin burlarse de ellas.

160

La Barcarola de Chopin. Casi todas las circunstancias y modos de vida tienen un momento *dichoso.* Los buenos artistas saben pescarlo. Así, tiene uno de ellos incluso la vida en la playa, tan aburrida, sórdida, malsana, que transcurre en la cercanía de la chusma más vocinglera y codiciosa; Chopin, en la *Barcarola,* ha llevado de tal modo a sonidos este momento dichoso, que hasta a los dioses pudiera gustarles tumbarse a oírla en una barca durante las largas noches estivales.

161

Robert Schumann [108]. El «joven» tal como lo soñaban los románticos poetas líricos [109] de Alemania y Francia durante el primer tercio de este siglo, este joven ha sido cabalmente traducido a canto y sonido por Robert Schumann, el eterno joven, mientras se sintió en plena posesión de sus fuerzas; hay por supuesto momentos en que su música recuerda a la eterna «solterona».

162

Los cantantes dramáticos. «¿Por qué canta este mendigo?» Probablemente no sabe gemir. «Entonces hace bien; pero nuestros cantantes dramáticos, que gimen porque no saben cantar, ¿hacen bien también?»

163 [110]

Música dramática. Para quien no ve lo que sucede en escena, la música dramática es un absurdo; lo mismo que es un absurdo el comentario perpetuo de un texto que se ha perdido. Requiere ella en definitiva que se tengan los oídos donde están los ojos; pero con ello se ejerce violencia sobre Euterpe [111]: esta pobre musa quiere que sus ojos y oídos se dejen allí donde los tienen todas las demás musas.

164

Victoria y racionalidad. Desgraciadamente, también en las guerras estéticas que los artistas provocan con sus obras y las apologías de éstas, acaba por decidir la fuerza y no la razón [112]. Ahora todo el mundo admite como hecho histórico

[108] Robert Schumann (1810-1856): compositor alemán.

[109] *Liederdichter.* Lit.: «poetas de *Lieder* (canciones)».

[110] *Fp:* «Para quien no ve lo que sucede en escena, la música de Wagner es un absurdo. "¡El que tenga *ojos,* que *oiga!*"» Cf. *Mateo,* 11:15: «¡El que tenga oídos, que oiga!».

[111] Euterpe: musa griega de la música.

[112] En *Fp,* en este punto se añadía: «(es decir, aquí el refinamiento del gusto)».

que Gluck tenía *razón* en la lucha con Piccini [113]; en cualquier caso *venció:* la fuerza estaba de su parte.

165

Del principio de la ejecución en la música. ¿Creen, pues, realmente los artistas actuales de la ejecución musical que el mandamiento supremo de su arte sea dar a cada pieza tanto *altorrelieve* como sea posible y hacerle hablar a cualquier precio un lenguaje *dramático?* Hablando con toda propiedad, ¿no es esto, aplicado por ejemplo a Mozart, un pecado contra el espíritu, el sereno, soleado, delicado, ligero espíritu de Mozart, cuya seriedad es una seriedad bondadosa y no terrible, cuyas imágenes no quieren saltar de la pared para espantar y poner en fuga a quienes las contemplan? ¿O suponéis vosotros que la música mozartiana es sinónimo de «música del convidado de piedra»? [114]. ¿Y no sólo la mozartiana, sino toda la música? Pero contestáis que el mayor *efecto* habla en favor de vuestro principio, ¡y tendríais razón si no quedase la contrapregunta de sobre quién se ha causado efecto y *sobre quién* a un artista eminente le *cabe querer* siquiera causar efecto en general! ¡Jamás sobre el pueblo! ¡Jamás sobre los inmaduros! ¡Jamás sobre los sensibles! ¡Jamás sobre los enfermizos! Pero ante todo: ¡jamás sobre los obtusos!

166

Música de hoy. Esta modernísima música, con sus fuertes pulmones y débiles nervios, siempre se asusta primero de sí misma.

167

Donde la música está a gusto. La música sólo alcanza su gran poder entre personas que no pueden o no deben discutir. Sus promotores de primer rango son por tanto príncipes que quieren que en su proximidad no se critique mucho, más aún, que ni siquiera se piense mucho; luego sociedades que bajo una presión cualquiera (principesca o religiosa) tienen que acostumbrarse a callar, pero buscan tanto más fuertes sortilegios contra el aburrimiento del sentimiento (habitualmente el eterno enamoramiento y la eterna música); en tercer lugar, pueblos enteros en los que no hay ninguna «sociedad», pero tanto más individuos con una propensión a la soledad, a pensamientos semioscuros y a la veneración de todo lo inefable: son las almas musicales propiamente dichas. Los griegos, en cuanto pueblo que gustaba de hablar y disputar, no soportaban por tanto la música más que como

[113] Christoph Williband Gluck (1714-1787): compositor alemán; Niccolo Piccini (1728-1800): compositor italiano. Célebre fue la disputa que los partidarios de uno y otro operista entablaron en el París de los años ochenta del siglo XVIII sobre cuál de sus respectivas *Ifigenia en Táuride* era superior, la del reformista Gluck o la del tradicionalista Piccini.

[114] Alusión a la tenebrosa música que acompaña todas las apariciones del Comendador en la ópera *Don Giovanni*, de Mozart.

aderezo de artes sobre las que se puede realmente disputar y hablar; mientras que sobre la música apenas puede *pensarse* nítidamente. Los pitagóricos, aquellos griegos excepcionales en muchas facetas, eran también, según es fama, grandes músicos: los mismos que inventaron el silencio de cinco años [115], pero *no* la dialéctica.

168 [116]

Sentimentalismo en la música. Por muy adicto que se sea a la música seria y rica, tanto más subyuga, hechiza y casi divierte en ciertos momentos lo contrario; me refiero a esos simplísimos melismas de la ópera italiana, que, pese a toda la uniformidad rítmica y puerilidad armónica, parecen a veces cantarnos como el alma misma de la música. Convengáis o no en ello, fariseos del buen gusto, así *es,* y ahora me interesa proponer este enigma de que así sea y cavilar sobre él un poco yo mismo. Cuando todavía éramos niños, saboreamos por vez primera la miel virgen de muchas cosas; nunca más fue la miel tan buena como entonces: nos sedujo a la vida, a la vida más larga, bajo la figura de primera primavera, de primeras flores, de primeras mariposas, de primera amistad. Fue entonces –tal vez a los nueve años de nuestra vida– cuando oímos la primera música, y ésa fue la primera que *entendimos,* la más simple e infantil por tanto, que no era mucho más que un desarrollo de la canción de la niñera y de la tonada del organillero. (Pues hay que estar *preparado* y *adiestrado* hasta para las menores «revelaciones» del arte: no hay en absoluto ningún efecto «inmediato» del arte, por bellamente que los filósofos hayan fabulado al respecto.) Con esos primeros arrobos musicales –los más intensos de nuestra vida– conecta nuestro sentimiento cuando oímos esos melismas italianos: la dicha infantil y la pérdida de la niñez, la sensación de lo irrecuperable como la posesión más preciosa, eso es lo que toca las fibras de nuestra alma tan intensamente como ni siquiera la más rica y seria presencia del arte puede hacerlo. Esta mezcla de alegría estética con congoja moral que ahora suele vulgarmente llamarse «sentimentalismo», algo demasiado altanero según me parece a mí –es la disposición de Fausto al concluir la primera escena–, este «sentimentalismo» de los oyentes redunda en beneficio de la música italiana, lo cual les encanta ignorar a los expertos degustadores de arte, los «estetas» puros. Además, casi todas las músicas sólo producen su efecto *mágico* a partir del momento en que oímos hablar en ellas el lenguaje del propio *pasado;* y en tal medida al profano toda la música antigua le parece cada vez mejor y toda la recién nacida sólo de poco valor, pues no suscita todavía ningún «sentimentalismo», el cual, como queda dicho, es el más esencial elemento de ventura para todo el que es incapaz de disfrutar de este arte puramente como artista.

169

En cuanto amigos de la música. En fin de cuentas, queremos y no dejamos de querer bien a la música como no dejamos de querer bien al claro de luna.

[115] Cf. *Wagner en Bayreuth,* 1 (ed. cast., *Obras completas,* cit., vol. I, pág. 781).
[116] Cf. 40 [13].

Ninguno de los dos quiere desbancar al sol: sólo quieren iluminar, tan bien como puedan, nuestras *noches*. Pero ¿de verdad que, no obstante, podemos bromear y reírnos de ellos? ¿Un poco al menos? ¿Y de vez en cuando? ¡Del hombre en la luna! ¡De la mujer en la música!

170

El arte en la época del trabajo. Tenemos la conciencia de una época *laboriosa*, que no nos permite entregar al arte las mejores horas y mañanas, aun cuando este arte mismo fuera el más grande y más digno. Nos vale como cosa de ocio, de esparcimiento: le consagramos los *restos* de nuestro tiempo, de nuestras fuerzas. Este es el hecho más general, que altera la posición del arte con respecto a la vida: cuando les plantea a los receptores de arte sus *grandes* exigencias de tiempo y de fuerzas, tiene *contra* sí la conciencia de los laboriosos y capaces, y ha de contentarse con los faltos de conciencia y perezosos, pero que, por su naturaleza, no son aficionados precisamente al *gran* arte y sienten las exigencias de éste como insolencias. Al gran arte podría por tanto acabar por faltarle el aire y la libre respiración, o bien tratar de acomodarse (o al menos de aguantar), en una especie de avillanamiento y travestimiento, a ese otro aire que propiamente hablando no es más que el elemento natural para el arte *menor*, para el arte del esparcimiento, de la distracción amena. Esto sucede hoy en día por doquier; también los artistas del gran arte prometen esparcimiento y distracción, también ellos se dirigen al fatigado, también ellos solicitan de éste las horas vespertinas de su jornada, enteramente como los artistas de entretenimiento, que se contentan con haber logrado una victoria contra el ceño fruncido, contra los ojos hundidos. ¿Cuál es entonces la artimaña de sus colegas mayores? Éstos tienen en sus cajitas los estimulantes más poderosos, con los que incluso el medio muerto tiene que estremecerse; tienen estupefacientes, intoxicantes, convulsivos, paroxismos de llanto: con éstos avasallan al fatigado y le llevan a una hipervitalidad insomne, a una alienación de arrobamiento y de terror. ¿Cabría reprocharle al gran arte tal como éste vive hoy en día, como ópera, tragedia y música, la peligrosidad de sus medios como a un pecador alevoso? Ciertamente no: a él mismo le gustaría cien veces más vivir en el puro elemento del silencio matinal y dirigirse a las almas expectantes, lozanas, vigorosas de los espectadores y oyentes matutinos. Agradezcámosle que prefiera vivir así a rehuirlo; pero confesémonos también que nuestro *gran* arte será inútil para una época que algún día vuelva a introducir en la vida días de fiesta y de regocijo libres y plenos.

171

Los empleados de la ciencia y los demás. A los eruditos verdaderamente capaces y eficientes podría globalmente calificárseles de «empleados». Si en sus años jóvenes su sagacidad se ha ejercitado suficientemente y su memoria llenado, si manos y vista han adquirido seguridad, algún otro erudito les asigna un lugar de la ciencia donde sus cualidades pueden ser de provecho; más tarde, cuando sus propios ojos se han abierto a las lagunas y deterioros de su ciencia, por sí mismos se ubican allí donde se les ha menester. Todas y cada una de estas naturale-

zas existen por la ciencia; pero hay naturalezas más raras, que pocas veces llegan a puerto y maduran completamente, «por las que existe la ciencia» –al menos así les parece a ellas mismas–: personas con frecuencia desagradables y testarudas, pero casi siempre hasta cierto punto encantadoras. No son empleados, ni patronos; se sirven de lo que éstos han elaborado y asegurado, con cierta dejadez principesca y con escasos y raros elogios: como si tratasen con un género inferior de seres. Y, sin embargo, no tienen precisamente más que las mismas cualidades por las que estos otros se distinguen, y a veces incluso insuficientemente desarrolladas; una *limitación* les es además peculiar en exclusiva por la cual es imposible asignarles un puesto y ver en ellos instrumentos útiles: sólo pueden vivir *en su propia atmósfera,* en su propio suelo. Esta limitación les dosifica todo lo que de la ciencia «les pertenece a ellos», es decir, lo que pueden llevar a su atmósfera y morada: siempre creen estar reuniendo su «peculio» disperso. Si se les prohíbe construir su propio nido, sucumben como pájaros desamparados; la falta de libertad es para ellos consunción. Si cultivan parcelas singulares de la ciencia a la manera de aquellos otros, nunca son sin embargo aquellas en que precisamente prosperan los frutos y semillas que les son necesarios; ¿qué les importa si la ciencia, vista en conjunto, tiene parcelas sin cultivar o mal cultivadas? Carecen de toda participación *impersonal* en cualquier problema del conocimiento: así como ellos mismos son persona al cien por cien, así también todos sus discernimientos y conocimientos se funden a su vez en una persona, en una pluralidad viva cuyas partes singulares dependen recíprocamente, se sostienen recíprocamente, son alimentadas en común, la cual tiene como totalidad un aire propio y un olor propio. Con sus *personales* creaciones intelectuales, tales naturalezas producen esa *ilusión* de que una ciencia (o incluso toda la filosofía) ha culminado y llegado a la meta; la *vida* de su creación ejerce este encanto; el cual a veces ha sido muy nefasto para la ciencia y engañoso para esos trabajadores del espíritu verdaderamente capaces que se han descrito más arriba, aunque otras veces, cuando reinaban la sequía y la extenuación, ha funcionado como un bálsamo y cual el soplo de un fresco y refrescante oasis. A tales personas se les llama habitualmente *filósofos.*

172

Reconocimiento del talento. Cuando yo pasaba por el pueblo de S. [117], un muchacho se puso a restallar el látigo con todas sus fuerzas: había llegado ya muy lejos en este arte y lo sabía. Le dirigí una mirada de reconocimiento: en el fondo me *fastidiaba sobremanera.* Así hacemos con el reconocimiento de muchos talentos. Les hacemos bien, cuando ellos nos hacen mal.

173

Risa y sonrisa. Cuanto más alegre y seguro se vuelve el espíritu, tanto más desaprende el hombre la carcajada estruendosa; en cambio, continuamente le

[117] *S./ Fp:* «Schmitten».

brota una sonrisa espiritual, un signo de su maravilla ante los innumerables placeres ocultos de la buena existencia.

174 [118]

Entretenimiento de los enfermos. Así como, movido por la congoja de su alma, uno se mesa los cabellos, se golpea la frente, se desgarra la mejilla, o incluso, como Edipo [119], se saca los ojos, así contra violentos dolores físicos se recurre a veces a un violento sentimiento amargo, mediante el recuerdo de detractores y calumniadores, mediante el oscurecimiento de nuestro futuro, mediante maldades y puñaladas propinadas en espíritu a ausentes. Y en ocasiones es verdad que un diablo expulsa a otro; pero entonces se tiene al otro. Recomiéndese por tanto a los enfermos ese otro entretenimiento con el que parecen mitigarse los dolores: pensar en buenos actos y gentilezas que se puedan dispensar a un amigo y a un enemigo.

175

La mediocridad como máscara. La mediocridad es la más afortunada de las máscaras que puede llevar el espíritu superior, porque no hace pensar a la mayoría, es decir, a los mediocres, en un enmascaramiento; y, sin embargo, por eso precisamente se la pone aquél, para no irritarlos y aun, no pocas veces, por compasión y bondad.

176 [120]

Los pacientes. El pino parece escuchar, el abeto esperar; y ambos sin impaciencia: no piensan en el hombrecillo a sus pies, devorado por su impaciencia y su curiosidad.

177

Las mejores bromas. La broma que mejor recibo es la que sustituye a un pensamiento arduo, no sin peligros, al mismo tiempo como seña con el dedo y guiño del ojo.

178

Accesorios de toda veneración. Dondequiera que se venere el pasado, no debe dejarse entrar a los limpios y limpiadores. La piedad no está a gusto sin un poco de polvo, inmundicia y suciedad.

[118] Dos versiones en *Fp*: «Un diablo expulsa a otro»; «El enfermo *benevolente*: un buen entretenimiento».

[119] Edipo: rey mítico de Tebas especialmente presente en las tragedias griegas y, dentro de éstas, en las de Sófocles, cuyo *Edipo rey* da cuenta del episodio a que aquí alude Nietzsche.

[120] Cf. 32 [19].

179

El gran peligro para los eruditos. Precisamente los eruditos más capaces y minuciosos corren peligro de ver la meta de sus vidas fijada cada vez más bajo y, con el sentimiento de ello, volverse en la segunda mitad de sus vidas cada vez más malhumorados e intolerantes. Primero se zambullen en su ciencia con amplias esperanzas y se fijan tareas más audaces, cuyas metas ya son a veces anticipadas por su fantasía; entonces hay momentos como en la vida de los grandes navegantes descubridores: saber, presentimiento y fuerza se elevan mutuamente cada vez más alto hasta que a la vista se le aparece por vez primera una lejana costa nueva. Pero, ahora bien, el hombre riguroso reconoce más de año en año cuán importante es que la tarea singular del investigador sea tomada tan limitadamente como sea posible para que pueda ser resuelta *sin restos* y se evite ese intolerable derroche de fuerza que padecieron períodos anteriores de la ciencia: todos los trabajos se hacían diez veces y luego siempre tenía la undécima que decir la última y mejor palabra. Pero cuanto más aprende el erudito a conocer esta resolución de enigmas sin restos y la practica, tanto más le gusta; pero igualmente crece también el rigor de sus pretensiones respecto a lo que aquí se llama «sin restos». Deja de lado todo lo que en este sentido debe quedar incompleto, adquiere una repugnancia y un olfato para lo a medias resoluble, para todo de lo que sólo en conjunto y en lo más indeterminado puede resultar una especie de seguridad. Sus planes de juventud se desmoronan ante sus ojos: apenas quedan de ellos algunos nudos y nuditos, en cuyo desenredo el maestro halla ahora placer, muestra su fuerza. Y en medio de esta actividad tan provechosa, tan incesante, le asalta, a él, al envejecido, de repente y luego muchas veces más, un profundo malhumor, una especie de tortura de conciencia: se mira como a alguien transformado, como si se hubiese rebajado, achicado, convertido en ágil *enano,* se intranquiliza respecto a si el dominio magistral de lo pequeño no es una comodidad, una escapatoria ante la exhortación a la grandeza de la vida y de la configuración. Pero ya no puede pasar *al otro lado;* ya no es tiempo.

180 [121]

Los profesores en la época de los libros. Conforme la autoeducación y la educación en confraternidad se generalizan, debe el profesor devenir casi prescindible en su forma ahora habitual. Los amigos deseosos de aprender que quieran apropiarse de un saber juntos encuentran en nuestra época de los libros un camino más corto y natural que «escuela» y «profesor».

181

La vanidad como lo más provechoso. Originariamente, el individuo fuerte no sólo trata a la naturaleza, sino también a la sociedad y a los individuos más débi-

[121] Cf. 40 [19].

les, como objeto de explotación: aprovecha de ellos tanto como puede y luego sigue adelante. Como vive tan inseguro, alternando el hambre y la abundancia, mata más animales de los que puede comer, y saquea y maltrata a los hombres más de lo que sería necesario. La exteriorización de su poder es al mismo tiempo una exteriorización de venganza contra su penoso y angustiado estado; quiere además pasar por más poderoso de lo que es, y por eso abusa de las ocasiones: el incremento de temor que genera es su incremento de poder. Pronto advierte que lo que lo sostiene o abate no es lo que él *es,* sino aquello por lo que *pasa:* aquí está el origen de la *vanidad.* El poderoso trata por todos los medios de aumentar la *creencia* en su poder. Los sometidos que tiemblan ante él y le sirven saben a su vez que tienen tanto valor como *valen* para él: por eso trabajan con vistas a esta valoración y no a su propia satisfacción en sí. Nosotros no conocemos la vanidad más que en las formas más atenuadas, en sus sublimaciones y pequeñas dosis, pues vivimos en un estado de la sociedad tardío y muy suavizado: originariamente, es lo *más útil,* el medio de conservación más eficaz. Y ciertamente la vanidad será tanto mayor cuanto más sagaz sea el individuo; pues el aumento de la creencia en el poder es más fácil que el aumento del poder mismo, pero sólo para *quien* tiene espíritu o –como debe decirse en las circunstancias primitivas– para quien es *astuto* y *solapado.*

182

Signos climáticos de la cultura. Hay tan pocos signos climáticos de la cultura decisivos, que uno debe darse por contento con tener al menos uno infalible para usarlo en su casa y su jardín. Para averiguar si alguien es o no de los nuestros –quiero decir, de los espíritus libres–, averígüese su sentimiento hacia el cristianismo. Si adopta hacia éste cualquier punto de vista que no sea *crítico,* volvámosle la espalda: nos trae aire impuro y mal tiempo. *Nuestra* tarea ya no es enseñar a tales hombres lo que es un viento siroco: tienen a Moisés y a los profetas del clima y de la Ilustración; si no quieren escuchar a éstos, entonces...

183

La cólera y el castigo tienen su tiempo. La cólera y el castigo son nuestro regalo de parte de la animalidad. El hombre sólo llega a la mayoría de edad cuando devuelve a los animales este regalo de natalicio. Yace aquí sepulto uno de los más grandes pensamientos que los hombres puedan tener: el pensamiento de un progreso de todos los progresos. ¡Avancemos juntos algunos milenios, amigos míos! ¡A los hombres les está todavía reservada *mucha* alegría de la que a los actuales no les ha llegado todavía el aroma! ¡Y podemos ciertamente prometernos esta alegría, más aún, augurarla y conjurarla como algo necesario, siempre que el desarrollo de la razón humana *no se detenga!* Día llegará en que uno *ya no se atreverá* a cometer el pecado *lógico* que, practicado individual o socialmente, entrañan la cólera y el castigo: un día en que corazón y cabeza hayan aprendido a vivir tan cerca el uno del otro como lejos están aún ahora el uno del otro. A la vista de toda la marcha de la humanidad, es bastante evidente que *ya no están tan lejos* como originariamente; y

el individuo que puede abarcar de un vistazo toda una vida de trabajo interior se hará consciente con orgullosa alegría de la distancia superada, de la aproximación alcanzada, para poder abrigar basado en ello esperanzas todavía mayores.

184

Alcurnia de los «pesimistas». Muchas veces un bocado de buena comida decide si miramos el futuro con ojos sombríos o esperanzadamente: esto se extiende a lo supremo y más espiritual. La insatisfacción y la visión negra del mundo han sido *heredadas* por la generación actual de los pobres diablos de antaño. También a nuestros artistas y poetas se les nota a menudo que, aunque ellos mismos vivan todavía tan opulentamente, no son de buen origen, que en su sangre y su cerebro han recibido no pocas cosas de antepasados que vivieron oprimidos y que estuvieron mal alimentados, lo cual vuelve a ser visible en su obra como tema y como color elegido. La cultura de los griegos es la de los pudientes, y ciertamente de los de antiguo pudientes: durante un par de siglos vivieron *mejor* que nosotros (mejor en todos los sentidos, sobre todo más sencillamente en cuanto al comer y el beber): entonces los cerebros acabaron por hacérseles tan plenos y sutiles a un tiempo, entonces la sangre fluyó a través de ellos tan rápidamente, como un alegre vino blanco, que lo bueno y lo mejor ya no emergió en ellos lóbrego, arrebatado y violento, sino bello y solar.

185

De la muerte racional. ¿Qué es más racional: parar la máquina una vez ejecutada la obra para la que se la requería, o dejarla en marcha hasta que se detenga por sí misma, es decir, hasta que se estropee? ¿No es lo último un despilfarro de los costes de mantenimiento, un abuso de la fuerza y la atención de los operarios? ¿No se desecha aquí lo que en otra parte sería muy necesario? ¿No se propaga incluso una especie de desprecio hacia las máquinas en general al mantener y atender muchas de ellas tan inútilmente? Hablo de la muerte involuntaria (natural) y de la voluntaria (racional). La muerte natural es la independiente de toda razón, la muerte propiamente hablando *irracional,* en la que la vil sustancia de la corteza determina la duración del núcleo, es decir, en la que el carcelero atrofiado, a menudo enfermo y obtuso, es el amo que señala el punto en que debe morir su eminente prisionero. La muerte natural es el suicidio de la naturaleza, es decir, el aniquilamiento del ser racional por el irracional que está atado a él. Sólo a la luz de la religión puede aparecer al revés: pues entonces, como es justo, la razón superior (de Dios) da su orden, que la razón inferior tiene que acatar. Fuera de la manera de pensar religiosa, la muerte natural no merece ninguna glorificación. El ordenamiento y el arreglo de la muerte colmados de sabiduría pertenecen a esa moral del futuro que hoy en día suena enteramente incomprensible e inmoral, la contemplación de cuya aurora debe de ser una dicha indescriptible.

186 [122]

Regresivo. Todos los criminales hacen que la sociedad se retrotraiga a fases de la cultura previas a aquella en que precisamente está: operan regresivamente. Piénsese en los instrumentos que la sociedad debe procurarse y mantener en legítima defensa: en los taimados policías, los carceleros, los verdugos; no se olvide al fiscal y al abogado; y pregúntese finalmente si el juez mismo y el castigo y todo el procedimiento judicial no son fenómenos mucho más deprimentes que exaltadores en su efecto sobre los no criminales; y cada vez que se utiliza y se sacrifica al hombre como un medio para el fin de la sociedad, toda la humanidad superior se entristece por ello.

187

La guerra como remedio. A los pueblos que se enervan y envilecen puede recomendárseles la guerra como remedio, siempre que quieran absolutamente pervivir; pues también hay una cura de brutalidad para la consunción de los pueblos. Pero el mismo eterno querer vivir y no saber morir es ya un signo de senilidad del sentimiento: cuanto más plena y vigorosamente se vive, tanto más dispuesto se está a dar la vida por un único buen sentimiento. Un pueblo que vive y siente así no ha menestar las guerras.

188

El trasplante espiritual y físico como remedio. Las diferentes culturas son diferentes climas espirituales, cada uno de los cuales es eminentemente nocivo o saludable para este o aquel organismo. La *historia* en conjunto, en cuanto el saber de las diferentes culturas, es la *farmacología,* pero no la ciencia misma de la terapéutica. Es todavía menester el *médico* que se sirva de esta farmacología para enviar –temporalmente o para siempre– a cada cual al clima que le es precisamente salubre. Vivir en el presente, en el seno de una única cultura, no basta como receta general: entonces se extinguirían demasiadas especies de hombres sumamente útiles que no pueden respirar sanamente en él. Con la historia debe procurárseles *aire* y tratar de conservarlas; también los hombres de culturas regresivas tienen su valor. Esta cura de los espíritus es paralela a la aspiración de la humanidad en el respecto físico a descubrir mediante una geografía médica a qué degeneraciones y enfermedades da lugar y, a la inversa, qué factores curativos ofrece cada región de la tierra; y entonces pueblos, familias e individuos deben trasplantarse tan larga y sostenidamente como sea preciso hasta que se hayan dominado los quebrantos físicos congénitos. Toda la tierra terminará por ser una suma de sanatorios.

[122] Cf. 42 [20]. *Fp:* «El criminal nos hace retroceder a la legítima defensa, a fases de la cultura previas, el ladrón nos convierte en carceleros, el asesino en homicidas, etc. El código penal nos hace descender en la escala cultural».

189

El árbol de la humanidad y la razón. Lo que con senil miopía teméis como sobrepoblación de la tierra pone en las manos del más esperanzado precisamente la gran tarea: la humanidad debe algún día ser un árbol que cubra de sombra toda la tierra, con muchos miles de millones de flores, todas las cuales deben convertirse en frutos unas al lado de las otras, y la tierra misma debe ser preparada para la nutrición de este árbol. Que el actual brote *todavía pequeño* aumente en savia y fuerza, que la savia circule por innumerables canales para la nutrición del conjunto y del individuo: de estas y análogas tareas ha de extraerse el *criterio* que establezca si un hombre actual es útil o inútil. La tarea es indeciblemente grande y audaz: ¡todos queremos contribuir a que el árbol no se pudra antes de tiempo! La mente histórica logra sin duda imaginarse al ser y los afanes humanos en el conjunto del tiempo como todos nos imaginamos el ser hormigas con sus pirámides artísticamente torreadas. Superficialmente juzgada, también toda la humanidad permitiría, como la existencia de las hormigas, hablar de «instinto». Tras un examen más riguroso, percibimos cómo pueblos enteros, siglos enteros, se esfuerzan por descubrir y *ensayar* nuevos medios de los que se puedan beneficiar un gran conjunto humano y finalmente el gran frutal conjunto de la humanidad; y sea cual sea el perjuicio que estos ensayos puedan ocasionar a los individuos, los pueblos y las épocas, con este perjuicio siempre ha habido algunos que se han hecho *prudentes,* y de ellos la prudencia se trasvasa lentamente a las medidas disciplinarias de pueblos enteros, de épocas enteras. También las hormigas yerran y se equivocan; muy bien puede la humanidad corromperse y secarse antes de tiempo: ni para aquéllas ni para ésta hay un instinto que guíe seguramente. Más bien debemos *encarar* la gran tarea de *preparar* la tierra para una planta de la mayor y más gozosa fecundidad: ¡una tarea de la razón para la razón!

190[123]

El elogio del desinterés y su origen. Desde hacía años había pendencia entre dos caciques vecinos: se devastaban mutuamente las cosechas, se robaban ganado, se incenciaban casas, sin éxito global decisivo, pues su poder era bastante parejo. Un tercero, que por la situación aislada de su propiedad podía mantenerse alejado de estas querellas pero tenía sin embargo razones para temer el día en que uno de estos vecinos camorristas lograra una preponderancia decisiva, acabó por interponerse entre los contendientes con benevolencia y solemnidad: y en secreto confirió gran peso a su propuesta de paz al dar a entender a cada uno de ellos que en adelante haría causa común con el otro contra el que se opusiera a la paz. Se reunieron ante él, pusieron vacilantes en su mano las manos que hasta entonces habían sido instrumentos y con harta frecuencia la causa del odio, y en efecto se intentó seriamente la paz. Cada uno de ellos vio con asombro cómo de repente aumentó su bienestar, su prosperidad, cómo

[123] Cf. 41 [52], 41 [56], 41 [58].

ahora tenía en el vecino a un comerciante comprador o vendedor en vez de a un malhechor alevoso o abiertamente escarnecedor, cómo incluso, en casos de apuro imprevistos, podían sacarse mutuamente del apuro en vez de, como hasta entonces había ocurrido, aprovecharse de este apuro del vecino y agravarlo en lo posible; es más, parecía como si en ambas regiones la raza humana se hubiese embellecido desde entonces, pues los ojos se habían aclarado, las frentes desarrugado, todos tenían confianza en el futuro, y nada hay más propicio para las almas y los cuerpos de los hombres que esta confianza. Todos los años volvían a verse el día del pacto, tanto los caciques como sus secuaces, y por cierto en presencia del mediador, cuyo modo de actuación se admiraba y veneraba cada vez más cuanto mayor era el provecho que se le debía. Se lo calificaba de *desinteresado:* se tenía puesta la mirada demasiado fijamente en el propio provecho obtenido desde entonces como para ver en el modo de actuación del vecino más que el hecho de que como consecuencia su estado no había cambiado tanto como el propio; más bien seguía siendo el mismo y así parecía que aquél no había tenido presente el provecho. Por vez primera se dijo uno que el desinterés era una virtud: cosas semejantes podían ciertamente haberles sucedido a ellos en lo pequeño y privado, pero sólo se había reparado en esta virtud cuando por vez primera fue pintada en la pared en caracteres muy grandes, legible para toda la comunidad. Las cualidades morales sólo son reconocidas como virtudes, nombradas, estimadas, recomendadas desde el momento en que decidieron *visiblemente* sobre la dicha y la ruina de sociedades enteras; pues tan grandes son entonces la altura del sentimiento y la estimulación de las fuerzas creativas internas en *muchos,* que a esta cualidad se le brinda lo mejor que cada cual tiene. El serio pone su seriedad a sus pies, el digno su dignidad, su ternura las mujeres, los jóvenes todo el caudal de esperanza y de futuro de su ser; el poeta le presta palabras y nombres, la inserta en la ronda de seres análogos, le da un árbol genealógico y termina por adorar, según hacen los artistas, la imagen de su fantasía como a una nueva deidad; y *enseña* a adorarla. Así acaba una virtud por convertirse, porque el amor y la gratitud de todos la trabajan como una estatua, en un *cúmulo* de lo bueno y venerable, una especie de templo y persona divina a un tiempo. Ahí está en adelante como única virtud, como un ser para sí, lo cual hasta entonces no era, y ejerce los derechos y el poder de una suprahumanidad santificada. En la Grecia tardía las ciudades estaban llenas de tales *abstracta*[124] divinihumanizados (discúlpese la singular palabra por mor del singular concepto); el pueblo había erigido a su manera un platónico «cielo de las ideas» en medio de su tierra, y no creo que sus moradores fueran tenidos por menos vivos que cualquiera de las viejas divinidades homéricas.

191

Tiempos de oscuridad. «Tiempos de oscuridad» se llama en Noruega a aquellos en que el sol permanece todo el día por debajo del horizonte y la temperatura desciende lenta pero constantemente. Un hermoso símil para todos los

[124] «Entes abstractos».

pensadores para los que ha desaparecido temporalmente el sol del futuro de la humanidad.

192

El filósofo de la opulencia. Un jardincito, higos, quesitos y además tres o cuatro amigos, ésa fue la opulencia de Epicuro.

193

Las épocas de la vida. Las épocas de la vida propiamente dichas son esos breves períodos de estancación entre el ascenso y el descenso de un pensamiento o sentimiento dominantes. Una vez más hay aquí *saciedad:* todo lo demás es sed y hambre, o hastío.

194[125]

El sueño. Nuestros sueños son, cuando excepcionalmente son alguna vez logrados y perfectos –de ordinario el sueño es una chapucería–, cadenas de escenas e imágenes simbólicas en lugar de un lenguaje poético narrativo; parafrasean nuestras vivencias, expectativas o circunstancias con una audacia y determinidad, que por la mañana siempre nos asombramos de nosotros al recordar nuestros sueños. Al soñar consumimos demasiada capacidad artística, y por eso de día somos a menudo demasiado pobres en ella.

195[126]

Naturaleza y ciencia. Enteramente como en la naturaleza, también en la ciencia son las regiones peores, más infecundas, las primeras en ser bien roturadas, pues para eso alcanzan más o menos los medios de la ciencia *incipiente.* La labranza de las regiones más fértiles presupone una enorme fuerza de métodos cuidadosamente desarrollada, resultados individuales logrados y una multitud organizada de jornaleros, bien adiestrados jornaleros; todo esto sólo se encuentra junto más tarde. Con frecuencia, la impaciencia y la ambición asaltan demasiado pronto estas regiones fecundísimas; pero los resultados son entonces prácticamente nulos. En la naturaleza tales tentativas acarrearían la hambruna de los colonos.

196

Vivir sencillamente. Un modo sencillo de vida es hoy en día difícil: son para ello menester muchas más reflexión y dotes inventivas de las que incluso personas muy listas tienen. La más honesta de éstas quizá dirá todavía: «no tengo tiem-

[125] *Fp:* «Mis *sueños,* simbólico-figurativos».
[126] Cf. 40 [21].

po para meditar tanto sobre ello. El modo sencillo de vida es para mí una meta demasiado eminente; esperaré hasta que más sabios que yo la hayan hallado»[127].

197

Picos y pináculos. La menor fecundidad, el celibato frecuente y en general la frigidez sexual de los espíritus más elevados y cultivados, así como de las clases a ellos correspondientes, son esenciales en la economía de la humanidad; la razón reconoce y hace uso del hecho de que en un punto extremo del desarrollo espiritual el peligro de una descendencia *nerviosa* es muy grande: tales hombres son *picos* de la humanidad, su remate no pueden constituirlo pináculos.

198

Ninguna naturaleza da saltos. Por más pujantemente que se desarrolle el hombre y parezca saltar de un contrario al otro, a partir de observaciones más profundas se descubrirán sin embargo los *engranajes* por los que la nueva estructura surge de la antigua. Esta es la tarea del biógrafo: debe pensar sobre la vida según el principio de que ninguna naturaleza da saltos.

199[128]

Pulcro, ciertamente. Quien se viste con harapos pulcramente lavados, se viste por cierto pulcra, pero harapientamente.

200

Habla el solitario. Como recompensa de mucho hastío, malhumor y aburrimiento –tal como todo esto comporta necesariamente una soledad sin amigos, libros, deberes ni pasiones–, uno cosecha esos cuartos de hora de profundísima inmersión en sí y en la naturaleza. Quien se atrinchera totalmente contra el aburrimiento, se atrinchera también contra sí mismo: nunca le será dado beber el más tonificante refresco del más íntimo pozo propio.

201

Falsa celebridad. Odio esas presuntas bellezas naturales que en el fondo sólo significan algo por el saber, sobre todo el geográfico, pero en sí siguen necesitadas del sentido sediento de belleza: el aspecto, por ejemplo, del Montblanc desde Ginebra, algo insignificante si el goce cerebral del saber no está pronto al socorro; todas las montañas más próximas de allí son más bellas y expresivas, «pero ni con mucho tan altas», como agrega, para rebajarlas, ese saber absurdo. El

[127] El modo sencillo] En *Md*: «¡El modo sencillo de vida es para nosotros los modernos un lujo demasiado caro!».

[128] Cf. 19 [62].

ojo contradice en esto al saber: ¿cómo puede verdaderamente regocijarse en la contradicción?

202

Viajeros por placer. Escalan la montaña como animales, estúpidos y sudorosos; se habían olvidado de decirles que por el camino hay vistas hermosas.

203

Demasiado y demasiado poco. Los hombres hoy en día viven todos demasiado y piensan demasiado poco: tienen hambre canina y cólico al mismo tiempo, y cada vez están por tanto más delgados, por mucho que coman. Quien hoy en día dice: «no he vivido nada», es un cabeza de chorlito.

204[129]

Final y meta. No todo final es la meta. El final de la melodía no es su meta; pero, pese a ello, si la melodía no ha alcanzado su final, tampoco ha alcanzado su meta. Un símil.

205

Neutralidad de la gran naturaleza. La neutralidad de la gran naturaleza (en la montaña, el mar, el bosque y el desierto) agrada, pero sólo durante breve tiempo: después nos impacientamos. «¿No quieren, pues, estas cosas decirnos absolutamente nada *a nosotros?* ¿No existimos *nosotros* para ellas?» Surge el sentimiento de un *crimen laesae majestatis humanae*[130].

206

Olvidar las intenciones. Durante el viaje uno olvida por lo común su meta. Casi todas las profesiones son elegidas e iniciadas como medios para un fin, pero proseguidas como fin último. El olvido de las intenciones es la estupidez más frecuente que se comete.

207

Eclíptica de la idea. Justo cuando una idea aparece por el horizonte, es habitualmente muy fría la temperatura del alma. Sólo paulatinamente desarrolla la idea su calor, y éste llega al culmen (es decir, produce sus máximos efectos) cuando la creencia en la idea está ya de nuevo en el ocaso.

[129] Cf. 42 [12].

[130] «Crimen de lesa majestad humana».

208

Por qué tendría uno a todos contra sí. Si hoy en día alguien se atreviese a decir: «el que no está conmigo está contra mí» [131], en seguida tendría a todos contra sí. Este sentimiento honra a nuestra época.

209

Avergonzarse de la riqueza. Nuestro tiempo no tolera más que un único género de ricos: los que se *avergüenzan* de su riqueza. Si se oye decir de alguien: «es muy rico», en seguida se tiene un sentimiento análogo al de la visión de una enfermedad de las que producen una hinchazón repugnante, obesidad o hidropesia: tiene uno que recordar imperiosamente su humanidad para poder tratar con un rico de tal modo que no advierta nada de nuestro sentimiento de asco. Pero en cuanto alardea un poco de su riqueza, a nuestro sentimiento se mezcla el asombro casi compasivo por un tan elevado grado de sinrazón humana; de modo que quisiérase levantar las manos al cielo y exclamar: «pobre desfigurado, abrumado, encadenado de cien maneras, al que cada hora trae, *o puede traerle,* algo desagradable, en cuyos miembros repercute *cada* acontecimiento de veinte pueblos, ¿cómo podrías hacernos creer que te sientes a gusto en tu estado? Dondequiera que apareces públicamente, sabemos que es una especie de paso por las baquetas bajo intensas miradas que para ti sólo tienen frío odio, impertinencia o burla silenciosa. Tu ganancia puede ser más fácil que la de los demás, pero es una ganancia superflua que te procura escaso goce, y la *preservación* de todo lo ganado es *ahora* en todo caso una cosa más fatigosa que cualquier fatigosa ganancia. Sufres constantemente, pues pierdes constantemente. ¿De qué te sirve que se te aporte siempre nueva sangre artificial? ¡No por eso te son menos dolorosas las ventosas que te ponen, constantemente te ponen, en la nuca! Pero, para no ser injustos, es difícil, quizá imposible para ti, *no* ser rico: *tienes* que preservar, tienes que ganar nuevamente, la inclinación hereditaria de tu naturaleza es el yugo sobre ti; pero no por ello nos engañes y *avergüénzate* honesta y visiblemente del yugo que llevas, pues en el fondo de tu alma estás cansado y harto de llevarlo. Esta vergüenza no deshonra».

210

Incontinencia en la arrogancia. Hay hombres tan arrogantes, que una grandeza que públicamente admiran no saben elogiarla más que presentándola como etapa previa y puente que conducen a *ellos.*

211

En el terreno de la ignominia. A quien quiera quitar a los hombres una idea, no le basta habitualmente con refutarla y extraer el gusano ilógico que en ella

[131] *Mateo,* 11:30.

reside; más bien, una vez muerto el gusano, tira todo el fruto también al fango para hacérselo repulsivo a los hombres e infundirles asco de él. Cree así haber hallado el medio de hacer imposible la «resurrección al tercer día» tan habitual entre ideas refutadas. Se equivoca, pues es precisamente en el *terreno de la ignominia,* en medio de la inmundicia, donde la pepita del fruto de la idea echa rápidamente nuevos brotes. Es decir: no escarnecer, manchar, lo que se quiera eliminar definitivamente, sino *ponerlo en hielo* respetuosamente, una y otra vez, considerando que las ideas tienen una vida muy correosa. Debe aquí obrarse según la máxima: «Una refutación no es refutación».

212

Suerte de la moralidad. Puesto que la sujeción de los espíritus decrece, seguramente la moralidad (el modo de actuar hereditario, tradicional, instintivo, *según sentimientos morales)* está asimismo decreciendo; pero no las virtudes singulares, la moderación, la justicia, la tranquilidad del alma, pues ya la máxima libertad del espíritu consciente lleva involuntariamente a ellas y además las aconseja también como *útiles.*

213

El fanático de la desconfianza y su garantía[132]. *El anciano:* ¿Quieres acometer lo inmenso e instruir a los hombres en lo grande? ¿Dónde está tu garantía? *Pirrón*[133]: Hela aquí: quiero prevenir a los hombres contra mí mismo, quiero confesar públicamente todos los defectos de mi naturaleza y descubrir todas mis precipitaciones, contradicciones y tonterías. No me escuchéis, quiero decirles, hasta que no me haya hecho igual al más pequeño de vosotros, y aún más pequeño que él; oponeos a la verdad en tanto podáis, por asco hacia su predicador. Yo seré vuestro seductor e impostor si todavía percibís en mí el menor brillo de respetabilidad y dignidad. *El anciano:* Demasiado prometes; no puedes llevar esa carga. *Pirrón:* También quiero entonces decirles a los hombres esto: que soy demasiado débil y no puedo mantener lo que prometo. Cuanto mayor sea mi indignidad, tanto mayor será su desconfianza de la verdad cuando salga de mi boca. *El anciano:* ¿Quieres tú ser, pues, el maestro de la desconfianza hacia la verdad? *Pirrón:* De la desconfianza que nunca ha habido en el mundo, de la desconfianza hacia todo y todos. Es el único camino hacia la verdad. El ojo derecho no debe fiarse del izquierdo y durante un tiempo la luz debe ser llamada oscuridad: éste es el camino que debéis seguir. No creáis que os conduce a árboles frutales ni a bellos prados. En él encontraréis pequeños granitos duros, las verdades: durante años tendréis que tragaros las mentiras a puñados para no morir de hambre, aunque sepáis que son mentiras. Pero esos granitos son sembrados y enterrados, y quizá, quizá algún día haya cosecha:

[132] Título diferente en *Fp*: «El sabio del futuro».

[133] Pirrón de Elis (ca. 365-270 a. C.): fundador del escepticismo filosófico. La conversación con el anciano está inspirada en el diálogo *Pitón,* escrito por su discípulo Timón de Flionte (ca. 320-230 a. C.).

nadie puede *prometerla,* a no ser un fanático. *El anciano:* ¡Amigo! ¡Amigo! ¡También tus palabras son las del fanático! *Pirrón:* ¡Tienes razón! Quiero ser desconfiado hacia todas las palabras. *El anciano:* Entonces tendrás que permanecer mudo. *Pirrón:* Les diré a los hombres que tengo que permanecer mudo y que ellos deben desconfiar de mi mutismo. *El anciano:* ¿Renuncias, pues, a tu empresa? *Pirrón:* Más bien acabas de mostrarme la puerta por donde tengo que pasar. *El anciano:* No sé: ¿todavía nos entendemos del todo ahora? *Pirrón:* Probablemente no. *El anciano:* ¡Con que tú te lo entiendas todo a ti mismo! *Pirrón* se da la vuelta y ríe. *El anciano:* ¡Ay, amigo! Callar y reír, ¿es esa ahora toda tu filosofía? *Pirrón:* No sería la peor.

214

Libros europeos: Al leer a Montaigne, La Rochefoucauld, La Bruyére, Fontenelle [134] (sobre todo los *Dialogues des morts),* Vauvenargues, Champfort, se está más cerca de la antigüedad que con cualquier grupo de seis autores de otros pueblos. Con ésos se ha resucitado el *espíritu de los últimos siglos* de la era *antigua;* forman juntos un eslabón importante de la gran cadena todavía ininterrumpida del Renacimiento. Sus libros se elevan por encima de los cambios del gusto nacional y de las coloraciones filosóficas, en las que ahora centellea y debe centellear de ordinario todo libro para llegar a ser famoso; contienen más *pensamientos reales* que todos los libros de filósofos alemanes juntos: pensamientos de la clase que hace pensamientos, y que... me he hecho un lío para terminar la definición; basta con que me parece que son autores que no han escrito ni para niños ni para exaltados, ni para jovencitas ni para cristianos, ni para alemanes ni para... me he vuelto a hacer un lío para concluir la lista. Pero para decir un elogio claro: de haber escrito en griego, también los griegos les hubieran entendido. En cambio, ¿cuánto habría *podido* en general entender incluso un Platón de los escritos de nuestros mejores pensadores alemanes, por ejemplo de Goethe, de Schopenhauer, por no hablar de la repugnancia que le habría suscitado su manera de escribir, es decir, lo oscuro, exagerado y en ocasiones trasijado, defectos que a los citados aún son a los que menos aquejan, y todavía es demasiado, de los pensadores alemanes (Goethe, como pensador, se complació más de lo conveniente en abrazar la nube, y Schopenhauer no se pasea impunemente entre símiles de cosas en vez de entre las cosas mismas sin cesar)? [135]. ¡Qué claridad y exquisita determinidad en esos franceses! Aun los griegos de más fino oído hubieran tenido que aprobar este arte, y una cosa habrían incluso admirado y adorado: el ingenio francés para la expresión; algo así les *encantaba* mucho, sin estar particularmente fuertes que digamos en ello.

[134] Bernard le Bovier de Fontenelle (1657-1757): filósofo y poeta francés. De él encontramos en *BN: Gespräche von mehr als einer Welt zwischen einem Frauenzimmer und einem Gelehrten,* Leipzig 1730; *Dialogue des morts; Histoire des oracles,* París 1876.

[135] Cf. 42 [18], y Goethe, *Las afinidades electivas,* II, 7.

215 [136]

Moda y moderno. Dondequiera que todavía están en boga la ignorancia, la falta de pulcritud, la superstición, donde el tráfico está paralizado, la agricultura es pobre, el clero poderoso, allí se encuentran todavía los *trajes nacionales.* Domina en cambio la *moda* donde se encuentran los indicios de lo opuesto. Ha por tanto de hallarse la moda junto a las *virtudes* de la Europa actual: ¿será realmente su reverso? De entrada, la indumentaria *masculina* que está de moda y ya no es nacional dice del que la lleva que el europeo no quiere *llamar la atención* ni como *individuo* ni como *miembro de un estamento* o *de un pueblo,* que se ha hecho ley de una atenuación intencionada de estas formas de la vanidad; luego que él es laborioso y no tiene mucho tiempo para vestirse y acicalarse, y también que todo lo costoso y lujoso en cuanto al paño y la caída de los pliegues se halla en contradicción con su trabajo; finalmente, que con este traje señala las profesiones más doctas y más espirituales como *aquéllas* de las que en cuanto hombre europeo está o quisiera estar más cerca, mientras que a través de los trajes nacionales todavía existentes traslucen el bandido, el pastor o el soldado como las situaciones vitales más deseables y que dan el tono. Dentro de este carácter de la moda masculina en conjunto, hay luego esas pequeñas oscilaciones que produce la vanidad de los jóvenes, de los elegantes y holgazanes de las grandes ciudades, es decir, de *aquellos que todavía no han madurado como hombres europeos.* Las mujeres están *todavía mucho más atrasadas* en esto, por lo que en ellas las oscilaciones son mucho mayores; tampoco ellas quieren lo nacional y detestan ser reconocidas como alemanas, francesas, rusas, por el atuendo, pero les gusta mucho llamar la atención como individuos; asimismo, ninguna dejará ya con su indumentaria ninguna duda sobre su pertenencia a una de las clases más reputadas (a la «buena» o «alta» sociedad o al «gran» mundo), y tanto más desean destacar precisamente por este lado cuanto no pertenecen, o apenas, a esas clases. Pero ante todo la mujer joven no quiere llevar nada que lleve la de más edad, pues cree que la sospecha de una edad mayor hace que sea menos apreciada; a la de más edad por contra le gustaría engañar tanto como pueda mediante un traje más juvenil, competencia de la que siempre tienen que resultar de vez en cuando modas en las que lo propiamente hablando juvenil es visible de modo enteramente inequívoco o inimitable. Si el espíritu inventivo de las jóvenes artistas [137] se ha abandonado durante cierto tiempo a estas exhibiciones de juventud o, para decir toda la verdad, si se ha vuelto a consultar el espíritu inventivo de antiguas culturas cortesanas, así como el de las naciones aún existentes, y en general todo el orbe de la vestimenta, y se ha acoplado por ejemplo a los españoles, a los turcos y a los griegos antiguos para la decoración de la carne hermo-

[136] *Fp: «Moda*: América debe aceptar que se la considere Europa: en todas las cosas espirituales es nuestra colonia, nuestra joven Europa. Hoy en día ya no hay sobre el planeta [ni pensamiento americano, sino que el pensamiento es europeo; aparte de éste] [sólo] <ni> pensamiento asiático; pero tampoco pensamiento americano. El *europeísmo* <no es tan vasto y> no domina en toda Europa, pero extiende sus alas sobre territorios diez veces más grandes que toda Europa».

[137] En *Fp* se añadía: «—quiero decir, de *todas* las jóvenes—».

sa, siempre vuelve a descubrirse finalmente que no se ha sabido hacer lo mejor para la propia ventaja, que para causarles efecto a los varones es más afortunado el juego del escondite con el cuerpo bello que la franqueza desnuda o semidesnuda; y una vez más vuelve a girar la rueda del gusto y de la vanidad en dirección opuesta: las jóvenes de algo más de edad encuentran que ha venido su reino, y de nuevo se reanuda la competencia de las más encantadoras y absurdas criaturas. Pero cuanto *más* crecen interiormente las mujeres y ya no conceden entre sí, como hasta ahora, la primacía a las de edad inmadura, tanto menores se hacen estas oscilaciones de sus trajes, tanto más simple su acicalamiento, sobre el que *no* cabe emitir un juicio ecuánime según modelos antiguos, es decir, según la pauta de la vestimenta de las habitantes de las costas meridionales, sino considerando las condiciones climáticas de las regiones centrales y septentrionales de Europa, esto es, de aquellas en las que hoy en día tiene su más querida patria el genio inventor de espíritu y de formas de Europa. En conjunto, por tanto, *no* será precisamente lo *cambiante* el signo característico de la *moda* y de lo *moderno,* pues precisamente es el cambio algo retrógrado y distingue a los europeos, hombres y mujeres, aún *inmaduros;* sino el repudio de la vanidad nacional, estamental e individual. Correspondientemente con lo cual ha de elogiarse, porque ahorra energías y tiempo, que sean ciertas ciudades y regiones de Europa las que piensen e inventen por todos los demás en asuntos de vestuario, teniendo en cuenta que el sentido de las formas no suele ser don de cualquiera; no es tampoco una ambición de excesivo alto vuelo que París por ejemplo reivindique, en tanto subsisten estas oscilaciones, ser el único inventor e innovador en este terreno. Si un alemán, por odio a las pretensiones de una ciudad francesa, quiere vestirse de otro modo, por ejemplo tal como Alberto Durero [138] se ataviaba, pondere que entonces lleva un vestido que llevaron alemanes de antaño, pero que tampoco inventaron los alemanes –*nunca* ha habido un traje que distinguiese a los alemanes como alemanes–; considere por lo demás cómo le sienta este traje y si toda la cabeza moderna, con las líneas y arrugas grabadas en ella por el siglo XIX, no se aviene mal con una indumentaria a lo Durero. Aquí, donde los conceptos de «moderno» y de «europeo» son casi equiparados, se entiende por Europa un territorio mucho mayor del que comprende la Europa geográfica, la pequeña península de Asia; inclúyese sobre todo a América en cuanto hija de nuestra cultura. Por otra parte, ni siquiera toda Europa cae bajo el concepto de cultura de «Europa», sino sólo todos esos pueblos y fracciones de pueblos que tienen su pasado común en Grecia, el judaísmo y el cristianismo.

216

La «virtud alemana». No puede negarse que desde las postrimerías del siglo pasado ha fluido por Europa una corriente de resurgimiento moral. Sólo entonces volvió la virtud a ser elocuente; aprendió a encontrar los ademanes espontáneos de la exaltación, de la emoción, ya no se avergonzaba de sí misma e ideó filosofías

[138] Alberto Durero (1471-1528): pintor alemán.

y poemas para la propia glorificación. Si se buscan las fuentes de esta corriente, se encuentra por una parte a Rousseau, pero al Rousseau mítico que se había inventado conforme a la impresión de sus escritos –casi podría a su vez decirse: de sus escritos míticamente interpretados– y conforme a las indicaciones que él mismo dio (él y su público trabajaban constantemente en esta figura ideal). El otro origen se halla en esa resurrección de la gran romanidad estoica por medio de la cual los franceses han proseguido la tarea del Renacimiento de la manera más digna. Pasaron con éxito espléndido de la emulación de formas antiguas a la emulación de caracteres antiguos, de modo que conservan para siempre el derecho a los más elevados honores como el pueblo que hasta ahora le ha dado a la humanidad moderna los mejores libros y los mejores hombres. Cómo ha obrado sobre los vecinos más débiles esta doble ejemplaridad, la del Rousseau mítico y la de ese espíritu romano resucitado, se ve sobre todo en Alemania, que como consecuencia de su nuevo y enteramente insólito impulso a la seriedad y la grandeza del querer y del autodominio, acabó por asombrarse de su propia nueva virtud y lanzó al mundo el concepto de «virtud alemana», como si no pudiera haber nada más original, más indígena que ésta. Los primeros grandes hombres que se transfundieron esa incitación francesa a la grandeza y la consciencia del querer ético fueron más honestos y no olvidaron la gratitud. El moralismo de Kant, ¿de dónde procede? Una y otra vez lo da él a entender: de Rousseau y de la Roma estoica resucitada. El moralismo de Schiller: idéntica fuente, idéntica glorificación de la fuente. El moralismo sonoro de Beethoven es la eterna loa de Rousseau, de los franceses antiguos y de Schiller. Sólo el «joven alemán» olvidó la gratitud, pues entretanto se había prestado oído a los predicadores del odio a los franceses: ese joven alemán que durante un tiempo pasó a primer plano con más consciencia de la que en otros jóvenes se tiene por admisible. Al investigar su paternidad, con razón pudo pensar en la proximidad de Schiller, de Fichte [139] y de Schleiermacher; pero tendría que haber buscado a su abuelo en París, en Ginebra, y fue muy miope creer lo que creyó: que la virtud no tenía más allá de treinta años de edad. Fue entonces cuando uno se habituó a exigir que en la palabra «alemán» se entendiese de paso la virtud, y hasta el día de hoy eso todavía no se ha desaprendido del todo. Dicho sea de paso, ese llamado despertar moral no ha tenido como consecuencia para el *conocimiento* de los fenómenos morales, como casi puede adivinarse, más que desventajas y movimientos regresivos. ¿Qué es toda la filosofía moral alemana, contando desde Kant, con todos sus epígonos y paralelismos franceses, ingleses e italianos? Un atentado semiteológico contra Helvetius [140], un repudio de las larga y esforzadamente conquistadas vistas libres y atisbos del camino recto que él fue el último en formular y resumir bien. Hasta el día de hoy es Helvetius en Alemania el más vilipendiado de todos los buenos moralistas y hombres buenos.

217

Clásico y romántico. Los espíritus, tanto en el sentido clásico como en el romántico –dos géneros que siempre existen–, comportan una visión del futuro;

[139] Johann Gottlieb Fichte (1762-1814): filósofo alemán.
[140] Claude Adrien Helvetius (1715-1771): filósofo francés.

pero los primeros desde una *fuerza* de su época, los segundos desde la *debilidad* de ésta [141].

218

La máquina como maestra. La máquina enseña por sí misma el engranaje de multitudes humanas, en acciones en que cada cual no tiene que hacer más que una sola cosa: ofrece el modelo de la organización de los partidos y de la conducción de una guerra. No enseña en cambio la soberanía individual: hace de muchos *una* máquina y de cada individuo un instrumento para *un* fin. Su efecto más general es enseñar la utilidad de la centralización.

219 [142]

No sedentarios. En la pequeña ciudad se vive a gusto; pero de vez en cuando precisamente ella nos empuja a la más solitaria y recóndita naturaleza, a saber, cuando una vez más se nos ha hecho aquélla demasiado transparente. Finalmente, para a nuestra vez *reponernos* de esta naturaleza, nos vamos a la gran ciudad. Unos cuantos tragos de la misma y adivinamos la hez de su copa: de nuevo comienza el ciclo, con la pequeña ciudad como punto de partida. Así viven los modernos, que en todo son un poco *demasiado profundos* para ser *sedentarios* como los hombres de otras épocas.

220 [143]

Reacción contra la cultura de las máquinas. La máquina, ella misma un producto de la suprema fuerza intelectual, en las personas que la atienden pone en movimiento casi solamente las más bajas fuerzas carentes de pensamiento. Desencadena al hacerlo una inmensidad de fuerza en general que de lo contrario permanecería dormida, es verdad; pero no da el impulso a la elevación, a hacerlo mejor, a convertirse en artista. Hace *activo* y *uniforme,* pero a la larga esto produce un contraefecto, un desesperado aburrimiento del alma, que merced a ella aprende a ansiar ociosidad pródiga en alternativas.

221

La peligrosidad de la Ilustración. Todo lo medio loco, histriónico, bestialmente cruel, voluptuoso, sobre todo sentimental y autointoxicante, que en su conjunto constituye la *sustancia* propiamente hablando *revolucionaria* y, antes de la Revolución, hecho carne y espíritu en Rousseau, toda esta manera de ser se puso *la Ilustración,* con pérfido entusiasmo además, en la fanática cabeza, la cual comenzó a brillar como envuelta en una gloria transfiguradora; la Ilustración,

[141] Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones,* 1031 (ed. cast., *Obras completas,* cit., vol. I, pág. 435).
[142] Cf. 40 [20].
[143] Cf. 40 [4].

que tan extraña es en el fondo a esta manera de ser y que, librada a sí misma, habría pasado quedamente como un resplandor de luz por las nubes, durante mucho tiempo contenta con no transformar más que a los individuos, de modo que sólo muy lentamente habría transformado también las costumbres e instituciones de los pueblos. Pero ahora, ligada a una manera de ser violenta y brusca, la Ilustración misma se ha hecho violenta y brusca. Con ello su peligrosidad ha llegado a ser casi mayor que la utilidad libertadora y clarificadora que introdujo en el gran movimiento revolucionario. Quien comprenda esto sabrá también de qué confusión hay que sacarla, de qué contaminación hay que purgarla, para *continuar* luego, *en sí mismo,* la obra de la Ilustración y posteriormente estrangular en la cuna, hacer que no ocurra, la Revolución.

222

La pasión en la Edad Media. La Edad Media es la época de las más grandes pasiones. Ni la antigüedad ni nuestra época tienen esta dilatación del alma; nunca fue mayor ni nunca ha sido medida con pautas más grandes su *espaciosidad.* La física corporalidad de selva virgen de pueblos bárbaros y los ojos sobrecargados de alma, extraordinariamente desvelados, demasiado brillantes, de iniciado en misterios cristianos[144], lo más infantil, lo más joven y asimismo lo más sobremadurado, lo más decrépito, la brutalidad de la fiera y el afeminamiento y el enromamiento del espíritu de la antigüedad tardía, no era raro que entonces todo esto se aunara en una sola persona; así que cuando uno incurría en una pasión, el recial del ánimo tenía que ser más violento, el torbellino más tumultuoso que nunca. Nosotros hombres modernos podemos estar contentos con el menoscabo que en esto ha habido.

223

Robar y ahorrar. Prosperan todos los movimientos espirituales a consecuencia de los cuales los grandes pueden esperar *robar y* los pequeños *ahorrar.* Por eso prosperó, por ejemplo, la Reforma alemana.

224

Almas alegres. Cuando aun de lejos se aludía a la bebida, la embriaguez y una especie maloliente de grosería, se alegraban las almas de los antiguos alemanes; de lo contrario, estaban de mal humor. Pero en ello tenían su manera de intimidad de comprensión.

225

La Atenas desenfrenada. Incluso cuando la lonja de pescado de Atenas había adquirido sus pensadores y poetas, el desenfreno ateniense tuvo siempre un

[144] Cf. 41 [4], y una carta de Nietzsche a Rohde de mediados de septiembre de 1875.

aspecto más idílico y refinado que jamás el desenfreno romano o alemán. La voz de Juvenal habría sonado allí como una trompeta hueca: una risa amable y casi infantil le habría contestado.

226 [145]

Prudencia de los griegos. Como la voluntad de vencer y descollar es un rasgo irreductible de la naturaleza, más antiguo y primordial que todo respeto y goce de la equiparación, el Estado griego había sancionado la rivalidad gimnástica y musical entre iguales, es decir, delimitado una palestra donde ese impulso podía descargarse sin poner en peligro el orden político. Con la decadencia final de la rivalidad gimnástica y musical, cayó el Estado griego en la agitación y la disolución intestinas.

227

«El eterno Epicuro». Epicuro ha vivido en todos los tiempos y todavía vive, desconocido de los que se llamaban y llaman epicúreos, y sin reputación entre los filósofos. Aun él mismo ha olvidado el propio nombre: era el bagaje más pesado que jamás arrojara.

228

Estilo de la superioridad. El alemán estudiantil [146], el modo de hablar de los estudiantes alemanes, tiene su origen entre los estudiantes que no estudian, los cuales saben granjearse una especie de ascendencia sobre sus colegas más serios denunciando todo lo que hay de mascarada en la cultura, la decencia, la erudición, el orden, la moderación, y ciertamente llenándose asimismo la boca constantemente, como los mejores, los más eruditos, de las palabras de esos dominios, pero con malicia en la mirada y una mueca acompañante. Ahora bien, este lenguaje de la superioridad –el único que es original en Alemania– involuntariamente lo hablan también los políticos y críticos periodísticos: todo es un continuo citar irónico, un desasosegado, incordiante bizcar los ojos a derecha e izquierda, un alemán de comillas y muecas.

229

Los enterrados. Nos retiramos a lo oculto; pero no por ningún malhumor personal, como si no nos satisficiera la actual situación política y social, sino porque queremos con nuestra retirada ahorrar y reunir fuerzas de las que algún día *futuro* habrá mucho menester la cultura, cuanto más este presente sea *este* presente y cumpla como tal *su* tarea. Formamos un capital y tratamos de colocarlo sobre seguro; pero, como en tiempos de extremo peligro, *enterrándolo.*

[145] *Fp.* «La voluntad de *vencer*, ἀριστεύειν, reglamentada por el Estado, ἀγών».

[146] El alemán estudiantil] En *Cl.* «El alemán estudiantil [(o, como ahora se dice, el "alemán bismarckiano")]».

230 [147]

Tiranos del espíritu. En nuestra época se tendría por enfermo a cualquiera que fuese la expresión de un solo rasgo moral tan estrictamente como lo son los personajes de Teofrasto [148] y de Molière, y a propósito suyo se hablaría de «idea fija». Si pudiésemos visitarla, la Atenas del siglo III se nos aparecería como poblada por locos. Ahora impera la democracia de los *conceptos* en todas las mentes: gobiernan *muchos juntos;* un concepto singular que *quisiera* gobernar significa hoy en día, como queda dicho, «idea fija». Esta es *nuestra* manera de matar a los tiranos: los mandamos al manicomio.

231

Emigración peligrosísima. En Rusia hay una emigración de la inteligencia: se cruza la frontera para leer y escribir buenos libros. Pero así se contribuye a hacer cada vez más de la patria abandonada por el espíritu las fauces avanzadas de Asia que desearían devorar a la pequeña Europa [149].

232 [150]

Los locos por el Estado. El amor casi religioso al rey se trasladó entre los griegos a la polis cuando la realeza llegó a su fin. Y como un concepto tolera más amor que una persona y, sobre todo, no veja al amante tan a menudo como hacen las personas amadas (pues cuanto más amadas se saben, tanto más desconsideradas devienen la mayoría, hasta que acaban por no ser ya dignas del amor y surge efectivamente una ruptura), así fue la veneración por la polis y el Estado mayor que cualquier otra veneración anterior por los príncipes. Los griegos son los *locos por el Estado* de la historia antigua; en la moderna lo son otros pueblos.

233

Contra el descuido de la vista. ¿No podría demostrarse una disminución de la agudeza visual cada diez años entre las clases cultas de Inglaterra que leen el *Times?*

234

Grandes obras y fe grande. Aquél tenía las grandes obras, pero su compañero tenía la gran fe en estas obras. Eran inseparables; pero evidentemente el primero dependía por completo del segundo.

[147] Cf. *FpCS* 63.

[148] Teofrasto (372-287 a. C.): filósofo peripatético griego, discípulo primero de Platón y más tarde de Aristóteles, a quien sucedió como escoliarca del Liceo; su obra *Caracteres éticos* intenta una tipología de las características humanas.

[149] escribir buenos libros] En *Md:* «se rememora la patria como la sede de la estupidez y la violencia».

[150] Cf. la carta de Gast a Nietzsche del 24 de noviembre de 1879.

235

El sociable. «No me trago», decía alguien para explicar su inclinación hacia la sociedad. «El estómago de la sociedad es más fuerte que el mío: él sí me digiere.»

236

Cerrar los ojos del espíritu. Si se está ducho y habituado a meditar sobre las acciones, no debe cerrarse los ojos interiores ante las acciones mismas (así no sean éstas más que escribir cartas o comer y beber). Más aún, al conversar con hombres adocenados debe saberse *pensar* con los ojos de pensador cerrados, a saber, para lograr y comprender el pensar adocenado. Este cierre de ojos es un acto tangible, accesible a la voluntad.

237

La venganza más terrible. Si uno quiere *vengarse* a todo trance de un adversario, debe esperar hasta tener la mano enteramente llena de verdades y justicias y poderlas esgrimir contra él relajadamente; de tal modo que ejercer venganza coincida con ejercer justicia. Es la clase más terrible de venganza, pues no tiene ninguna instancia por encima de sí a la que aún pudiera apelarse. Así se vengó Voltaire de Piron [151], con cinco líneas que condenaban toda su vida y obra: tantas palabras, tantas verdades; así se vengó él también de Federico el Grande (en una carta que le dirigió desde Ferney) [152].

238

Impuesto de lujo. Se compra en las tiendas lo más necesario e inmediato y hay que pagarlo caro porque con ello se paga lo que también está en venta pero se vende poco: lo lujoso y veleidoso. Así grava el lujo con un impuesto continuo al sencillo que prescinde de él.

239

Por qué viven aún los mendigos. Si todas las limosnas no se diesen más que por compasión, todos los mendigos se habrían muerto de hambre.

240

Por qué viven aún los mendigos. La mayor dispensadora de limosmas es la cobardía.

[151] Alexis Piron (1689-1773): poeta y dramaturgo francés.

[152] con cinco líneas] Corrección de: «con un prefacio (vid. Ste-Beuve, *Prefacio a Piron*) [cf. *Oeuvres choisies de Piron... precedèes d'une notice par Saint-Beuve*, París 1866], así como él mismo se vengó de Federico el Grande en una carta que le dirigió desde Verney (cf. *Lettres choisies*)». Nietzsche alude aquí a la carta de Voltaire a Federico II del 21 de abril de 1760 (cf. *Lettres choisies de Voltaire...*, Louis Moland ed., París 1876, 2 vols., I, págs. 393 ss.., *BN*, donde Nietzsche ha subrayado las «verdades» de Voltaire al rey de Prusia; carta por lo demás fechada en Tourney y no en Ferney).

241 [153]

Cómo aprovecha una conversación el pensador. Sin ser un fisgón, puede oírse mucho cuando uno sabe ver bien pero perderse a sí mismo de vista de vez en cuando. Pero los hombres no saben aprovechar una conversación: aplican con mucho demasiada atención a lo que quieren decir y contestar, mientras que el auténtico *oyente* se contenta muchas veces con responder provisionalmente y *decir* algo como cumplido de cortesía en general, pero se lleva en su pérfida memoria todo lo que el otro ha manifestado, junto con la clase de tono y de gestos con que lo ha manifestado. En la conversación habitual cada cual supone que es él quien lleva la voz cantante, como si dos barcos que navegasen uno junto al otro y de tanto en tanto chocaran un poco, creyeran de buena fe cada uno ir por delante del otro y aun remolcarlo.

242

El arte de disculparse. Cuando alguien se disculpa ante nosotros, tiene que hacerlo muy bien; si no, fácilmente pasamos nosotros mismos por los culpables y tenemos un sentimiento desagradable.

243

Trato imposible. La nave de tus pensamientos tiene demasiado calado para que puedas navegar con ella por las aguas de estas personas amistosas, decentes, acogedoras. Hay ahí demasiados bajíos y bancos de arena: tendrías que virar y serpentear y estar en continua zozobra, y aquéllos tampoco tardarían en caer en la zozobra; por tu zozobra, cuya causa no pueden adivinar.

244

El zorro de los zorros. Un zorro de vèras dice que están verdes no sólo las uvas que no puede alcanzar, sino también las que ha alcanzado y de las que ha privado a otros [154].

245

En tratos íntimos. Por muy estrecha que sea la comunión entre personas, dentro de su horizonte común sigue habiendo los cuatro puntos cardinales y a no pocas horas se dan cuenta de ello.

246 [155]

El silencio del asco. He ahí a alguien que pasa, en cuanto pensador y hombre, por una profunda y dolorosa transformación y luego da públicamente *testimonio*

[153] *Fp*: «Sin ser un fisgón, he oído mucho».
[154] Cf. Esopo, *Fábulas* 33 y 33[b]
[155] Cf. *GS* 320; 28 [12].

de ella. ¡Y los oyentes no advierten nada! ¡creen que sigue siendo el de antes! Esta habitual experiencia ya ha dado asco a no pocos escritores: habían estimado demasiado elevada la intelectualidad de los hombres y, al percatarse de su error, se prometieron solemnemente callar.

247

Seriedad en los negocios. Los negocios de más de un rico y distinguido son su manera de *descansar* de una demasiado larga *ociosidad* convertida en hábito: se los toman por tanto tan en serio y apasionadamente como otras personas sus escasos esparcimientos y aficiones de ocio.

248

Doble sentido de la vista. Así como por el agua a tus pies pasa un súbito estremecimiento escamoso, así hay también en el ojo humano tales inseguridades y ambigüedades repentinas, ante las cuales uno se pregunta: ¿es un temblor? ¿es una sonrisa? ¿es ambas cosas?

249 [156]

Positivo y negativo [157]. Este pensador no precisa de nadie que le refute: para ello se basta a sí mismo.

250

La venganza de las redes vacías. Desconfíese de todas las personas que tienen la amarga sensación del pensador que tras una agotadora jornada vuelve a casa al atardecer con las redes vacías.

251

No hacer valer su derecho. Ejercer poder cuesta esfuerzo y requiere coraje. Por eso tantos no hacen valer su derecho, el mejor de todos, porque este derecho es una especie de *poder,* pero ellos son demasiado perezosos o demasiado cobardes para ejercerlo. *Indulgencia* y *paciencia* se llaman las virtudes que embozan estos defectos.

252

Portadores de luz. En la sociedad no habría ni un rayo de sol si no lo introdujesen en ella los zalameros natos, es decir, los llamados amables.

[156] *Fp:* «No preciso de nadie que me refute: me basto a mí mismo». Cf. carta de Gast a Nietzsche del 24 de noviembre de 1879: «Quizá el n.º 249 debería llevar el título: *Positivo y negativo, unidos,* o algo así. La última frase; "se basta a sí mismo", podría producir en los lectores malintencionados la impresión de: "está satisfecho consigo mismo"; por eso quizá: "se completa a sí mismo", u otra cosa».

[157] Título diferente en *Md: «Un pensador sin bilis».*

253

De lo más caritativo. El hombre es de lo más caritativo cuando acaba de ser muy honrado y ha comido un poco.

254

Hacia la luz. Los hombres se empujan hacia la luz, no para ver mejor, sino para mejor brillar. Gustoso se hace pasar por luz aquello ante lo que se brilla.

255

El hipocondríaco. El hipocondríaco es un hombre que precisamente posee espíritu y gusto por el espíritu suficientes para tomar en serio sus sufrimientos, sus pérdidas, sus defectos; pero el terreno del que se nutre es demasiado pequeño; lo pace de tal modo, que acaba por tener que buscar las briznas una a una. Termina al hacerlo por convertirse en un envidioso y avaro, y es entonces cuando es insoportable.

256

Restituir. Al vecino que nos ha ayudado, Hesíodo [158] recomienda devolverle el favor medida por medida y, si es posible, con creces, en cuanto podamos. Al hacerlo, queda el vecino complacido, pues su cordialidad de otrora le rinde intereses; pero también el que devuelve queda complacido, por cuanto mediante un pequeño exceso en la largueza se desquita de la pequeña humillación pasada de haber tenido que dejarse ayudar.

257

Más sutil de lo necesario. Nuestro sentido de la observación para si otros perciben nuestras flaquezas es mucho más sutil que nuestro sentido de la observación para las flaquezas de otros; de donde resulta por tanto que es más sutil de lo que sería necesario.

258

Una lúcida clase de sombra. Pegada junto a los hombres enteramente nocturnos encuéntrase casi regularmente, como ligada a ellos, un alma luminosa. Es, por así decir, la sombra negativa que aquéllos proyectan.

259

¿No vengarse? Hay tantas clases sutiles de venganza, que alguien que tenga motivos para vengarse puede en el fondo hacer o dejar de hacer lo que quiera:

[158] Cf. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, vv. 349-351 (ed. cast., cit., pág. 112).

después de algún tiempo, todo el mundo estará de acuerdo en que se *ha* vengado. No está por tanto apenas al albedrío de un hombre no vengarse: ni siquiera le cabe decir que no *quiere,* pues el desprecio de la venganza es interpretado y *sentido* como una venganza sublime, muy penosa. De donde resulta que no debe hacerse nada *superfluo.*

260 [159]

Error de los que veneran. Todos creen decirle algo honroso y agradable a un pensador mostrándole cómo por sí mismos han llegado exactamente al mismo pensamiento e incluso a la misma expresión; y, sin embargo, muy raramente placen al pensador tales comunicaciones, sino que a menudo desconfía de su pensamiento y de la expresión del mismo: tácitamente resuelve revisar ambos a la vez. Cuando quiera honrarse a alguien, debe evitarse la expresión del acuerdo: éste pone al mismo nivel. En muchos casos es cuestión de conveniencia social escuchar una opinión como si no fuese la nuestra, más aún, como si se saliese de nuestro horizonte; por ejemplo, cuando el viejo cargado de experiencia abre por una vez, excepcionalmente, el cofre de sus conocimientos.

261

Carta. La carta es una visita no anunciada, el cartero es intermediario de asaltos descorteses. Cada ocho días debería tenerse una hora para recibir cartas y tomar un baño después.

262

El prevenido. Alguien dijo: desde la infancia estoy *prevenido* contra mí; por eso en toda censura hallo algo de verdad y en todo elogio algo de estupidez. Habitualmente estimo en demasiado poco el elogio y en demasía la censura.

263

Camino a la igualdad. Algunas horas de alpinismo hacen de un bribón y de un santo dos criaturas más o menos iguales. La fatiga es el camino más corto a la *igualdad* y la *fraternidad,* y el sueño agrega finalmente la libertad.

264

Calumnia. Si se encuentra la pista de una desacreditación propiamente hablando infame, no se busque nunca su origen entre los *enemigos* sinceros y sencillos de uno; pues si éstos inventan algo así sobre nosotros, en cuanto enemigos no serán creídos. Pero aquellos a los que durante mucho tiempo hemos sido utilísimos, pero

[159] Cf. carta de Gast a Nietzsche del 15 de febrero de 1879.

que por cualquier razón no pueden estar seguros de obtener nada más de nosotros, ésos sí son capaces de echar a rodar la infamia: son creídos, de un lado porque se supone que no inventarían nada que pudiera perjudicarles a ellos mismos; del otro porque nos han conocido más de cerca. Como consuelo, quien tan vilmente ha sido calumniado puede decirse: las calumnias son enfermedades de otros que se declaran en tu cuerpo; demuestran que la sociedad es un solo cuerpo (moral), de modo que *en ti* puedes tú emprender la curación que debe aprovechar a los demás.

265

El reino de los cielos de los niños. La dicha del niño es un mito tanto como la dicha de los hiperbóreos [160] de la que contaban los griegos. *Si* la dicha mora en general en la tierra, opinaban éstos, entonces a buen seguro que es lo más lejos posible de nosotros, acaso allá en el confín de la tierra. Lo mismo piensan las personas mayores: si el hombre puede ser en general dichoso, entonces a buen seguro que es lo más lejos posible de *nuestra* edad, en los límites y comienzos de la vida. Para no pocos hombres es el espectáculo de los niños, *a través* del velo de este mito, la máxima dicha de la que pueden participar; ellos mismos entran en la antesala del reino de los cielos cuando dicen: «dejad que los niños vengan a mí, pues suyo es el reino de los cielos» [161]. El mito del reino de los cielos de los niños es de alguna manera activo dondequiera que en el mundo moderno haya algo de sentimentalismo.

266

Los impacientes. Precisamente el que deviene no quiere lo que deviene: es demasiado impaciente para ello. El joven no quiere esperar a que tras largos estudios, sufrimientos y privaciones, se complete *su* cuadro de los hombres y las cosas; así que acepta de buena fe otro que esté ahí acabado y le sea ofrecido como si éste tuviera que anticiparle las líneas y los colores de su cuadro, se entrega de corazón a un filósofo, a un poeta, y tiene entonces que prosternarse y renegar de sí mismo durante mucho tiempo. Mucho aprende al hacerlo; pero a menudo olvida el joven lo más digno de aprenderse y conocerse: a sí mismo; no deja de ser un partidario toda la vida. ¡Ah, mucho es el aburrimiento que ha de vencerse, mucho el sudor necesario, hasta haber encontrado uno sus colores, su pincel, su lienzo! Y entonces no es todavía uno, ni con mucho, maestro de su arte de vivir, pero sí al menos dueño del propio taller.

267

No hay educadores. Sólo de autoeducación debiera hablar el pensador. La educación de la juventud por otro no es ni un experimento, consumado en

[160] Los hiperbóreos son «el pueblo que vive más allá del viento septetrión», representados en la leyenda griega como disfrutando de una existencia utópica; Nietzsche se refiere más adelante a los espíritus libres como «nosotros los hiperbóreos».

[161] *Marcos*, 10:14.

alguien todavía desconocido e incognoscible, ni una nivelación por principio para conformar al nuevo ser, sea éste como sea, a los hábitos y costumbres dominantes; en ambos casos algo que es indigno del pensador, la obra de los padres y maestros, a quienes uno de los honestos audaces [162] ha llamado *nos ennemis naturels*[163]. Un día, cuando según la opinión del mundo ha mucho que está educado, se *descubre* uno a sí *mismo:* entonces comienza la tarea del pensador, ahora es hora de solicitarle ayuda, no como a un educador, sino como a un autodidacta que tiene experiencia.

268

Compasión con la juventud. Nos apena enterarnos de que a un joven ya se le caen los dientes, a otro le falla la vista. Si supiésemos todo lo irretractable y desesperanzado que se oculta en toda su manera de ser, ¡cuán grande sería entonces la pena! ¿Por qué *sufrimos* por esto propiamente hablando? Porque la juventud debe proseguir lo que *nosotros* hemos emprendido y todo detrimento y merma de su fuerza redundará en perjuicio de *nuestra* obra, que cae en sus manos. Es la pena por la pobre garantía de nuestra inmortalidad; o, si no nos sentimos más que como ejecutores de la misión de la humanidad, la pena por que esta misión tenga que pasar a manos más débiles de lo que son las nuestras.

269

Las edades de la vida. La comparación de las cuatro estaciones del año con las cuatro edades de la vida es una solemne tontería. Ni los primeros ni los últimos veinte años de vida corresponden a ninguna estación del año: supuesto que uno no se contente en la comparación con el blanco del pelo y de la nieve y con análogos juegos de colores. Aquellos primeros veinte años son una preparación a la vida en general, a todo el año de la vida, como una especie de largo día de año nuevo; y los últimos veinte pasan revista, interiorizan, ordenan y conciertan todo lo que hasta entonces se ha vivenciado; tal como, en pequeña escala, se hace cada día de san Silvestre con todo el año transcurrido. Pero entre ellos hay en efecto un lapso de tiempo que sugiere la comparación con las estaciones del año: el lapso de tiempo que va de los veinte años a los cincuenta años (para por una vez contar en bloque por decenios, aunque por sí mismo se entiende que cada cual debe afinar para sí estas burdas tasaciones según su experiencia). Esos treinta años corresponden a tres estaciones del año: el verano, la primavera y el otoño; no tiene la vida humana un invierno, a no ser que se quiera llamar inviernos a los duros, fríos, solitarios, faltos de esperanza, estériles *períodos de enfermedad* por desgracia no infrecuentemente intercalados. De los veinte a los treinta años: años calurosos,

[162] uno de los honestos audaces] En *Fp* se precisaba: «Stendhal». Cf. Stendhal, *Correspondence inédite...*, París 1855, *BN*; en sus *Notas y recuerdos*, VI, Prosper Merimée escribió a este respecto: «"Nuestros padres y nuestros maestros", decía, "son nuestros enemigos naturales cuando venimos al mundo". Este era uno de sus aforismos».

[163] «Nuestros enemigos naturales».

molestos, tormentosos, prolíficos, agotadores, en los que se alaba el día al atardecer, cuando ha terminado, y entonces se seca uno la frente; años en que el trabajo se nos antoja duro, pero necesario: estos años de los veinte a los treinta son el *verano* de la vida. De los treinta a los cuarenta es en cambio su *primavera:* el aire ora demasiado cálido, ora demasiado frío, siempre agitado e incitante, savia desbordante, fronda tupida, fragancia de flores por doquier, muchas mañanas y noches mágicas, el trabajo a que nos despierta el canto de los pájaros, un auténtico trabajo de corazón, una especie de goce del propio vigor, fortalecido por esperanzas anticipatoriamente gozosas. Por último, de los cuarenta a los cincuenta años: llenos de misterio, como todo lo inmóvil; semejantes a una vasta meseta de alta montaña, por la cual sopla un aire fresco; con un claro cielo despejado sobre ella, que durante el día y avanzada la noche mira siempre con la misma dulzura: la época de la cosecha y de la más cordial serenidad: es el *otoño* de la vida.

270

El espíritu de las mujeres en la sociedad actual. Cómo piensan hoy en día las mujeres del espíritu de los hombres se adivina por el hecho de que en su arte de engalanarse piensan en todo antes que en subrayar particularmente el espíritu de sus rasgos o los detalles ricos en espíritu de su rostro: más bien esconden lo de esta índole y saben en cambio, por ejemplo mediante la ordenación del cabello sobre la frente, dar la expresión de una sensualidad y falta de espiritualidad vívidamente anhelantes, precisamente cuando apenas poseen estas cualidades. Su convencimiento de que el espíritu en las mujeres espanta a los hombres llega al punto de que ellas mismas reniegan gustosamente de la agudeza del sentido espiritual y se atraen deliberadamente la reputación de *miopía;* con ello creen sin duda hacer a los hombres más confiados: es como si se extendiese en torno a ellas un suave y atractivo crepúsculo.

271

Grande y transitorio. Lo que conmueve hasta las lágrimas al observador [164] es la extática mirada de dicha con que una hermosa joven contempla a su esposo. Siente uno [165] entonces toda la melancolía otoñal, tanto por la grandeza como por la transitoriedad de la dicha humana.

272

Sentido del sacrificio. Más de una mujer tiene el *intelletto del sacrifizio* [166] y deja de disfrutar de su vida si su esposo no quiere sacrificarla: entonces no sabe qué hacer ya con su entendimiento y de víctima se convierte imprevistamente en victimaria.

[164] al observador] En *Cl:* «Lo que me conmueve hasta las lágrimas».

[165] Siente uno] En *Cl:* «Siento».

[166] Cf. G. Büchmann, *Geflügelte Worte*, Berlín 1972 (32.ª ed.), pág. 97.

273

Lo antifemenino. «Estúpido como un hombre», dicen las mujeres; «cobarde como una mujer», dicen los hombres. La estupidez es en la mujer lo *antifemenino.*

274

Temperamento masculino y femenino, y la mortalidad. Que el sexo masculino tiene un temperamento peor que el femenino se desprende también del hecho de que los niños están más expuestos a la mortalidad que las niñas, obviamente porque «se ponen fuera de sí» más fácilmente; su fiereza e intolerancia agravan fácilmente todos los males hasta hacerlos letales.

275 [167]

La época de las construcciones ciclópeas. La democratización de Europa es imparable: quien se le opone emplea sin embargo para ello precisamente los medios que sólo el pensamiento democrático ha puesto al alcance de todos, y hace estos medios más manejables y eficaces; y los por principio opuestos a la democracia (me refiero a los revolucionarios) no parecen existir más que para, por el temor que infunden, empujar a los distintos partidos cada vez más velozmente por la vía democrática. Ahora bien, a la vista de los que ahora trabajan consciente y honestamente por este futuro, a alguien puede en efecto entrarle miedo: hay algo de desolado y uniforme en sus rostros, y el polvo gris parece haber penetrado hasta en su cerebro. Pese a ello, es posible que algún día la posteridad se ría de estos nuestros miedos y acaso piense del trabajo democrático de una serie de generaciones lo mismo que nosotros de la construcción de diques y murallas: como una actividad que necesariamente llena de polvo ropas y caras e inevitablemente hace también sin duda a los trabajadores un poco imbéciles; pero ¿quién desearía por ello que no se hubiese hecho todo esto? Parece que la democratización de Europa es un eslabón en la cadena de esas tremendas *medidas profilácticas* que son el pensamiento de la nueva época y que nos separan de la Edad Media. ¡Sólo ahora es la época de las construcciones ciclópeas! ¡Seguridad última de los cimientos para que todo futuro pueda construir sobre ellos sin peligro! ¡Imposibilidad en adelante de que los fértiles campos de la cultura vuelvan a ser destruidos durante la noche por los torrentes salvajes y sin sentido de la montaña! ¡Diques y murallas contra los bárbaros, contra las epidemias, contra el *esclavizamiento físico y espiritual!* ¡Y todo esto entendido, por lo pronto, literal y crudamente, pero poco a poco cada vez más elevada y espiritualmente, de modo que todas las medidas aquí indicadas parecen ser la integral preparación rica en espíritu del artista supremo de la jardinería, que sólo podrá dedicarse a su tarea propiamente dicha cuando aquélla esté perfectamente consumada! Por supuesto que, dados los largos lapsos temporales que entre medios y fines existen aquí, dado el gran, gran-

[167] Cf. 41 [9].

dísimo esfuerzo, movilizador de la fuerza y el espíritu de siglos, que ya aquí es menester para crear o procurar cada uno de los medios, no cabe reprochar con demasiada dureza a los trabajadores del presente que decreten a voz en cuello que el muro y el espaldar *son* ya el fin y la última meta; pues, más aún, nadie ve todavía al jardinero ni las plantas frutales *por las que* existe el espaldar.

276

El derecho de sufragio universal. El pueblo no se ha dado el derecho de sufragio universal: en todas partes donde está en vigor hoy en día, lo ha recibido y lo ha aceptado provisionalmente; pero en todo caso tiene derecho a devolverlo si no satisface sus esperanzas. Este parece ser ahora el caso por doquier; pues si en cualquier ocasión en que se hace uso de él, apenas acuden a las urnas dos tercios, más aún, acaso ni siquiera la mayoría de todos los que tienen derecho a votar, esto es un voto *contra* todo el sistema electoral en general. Incluso más severamente debe juzgarse aquí. Una ley que determina que la mayoría tiene la decisión última sobre el bien de todos no puede cimentarse sobre la base que sólo ella misma se procura: se precisa necesariamente una más amplia, y ésta es el *consenso de todos.* El sufragio universal no puede ser sólo la expresión de una voluntad de mayorías: todo el país debe quererlo. Por eso basta ya con la contradicción de una muy pequeña minoría para desecharlo como irrealizable; y la *abstención* en una votación es precisamente una de esas contradicciones que echan por tierra todo el sistema electoral. El «veto absoluto» del individuo o, para no perderse en minucias, el veto de unos pocos de miles, pende sobre este sistema como consecuencia de la justicia: cada vez que se hace uso de él, debe demostrar, con arreglo al índice de participación, que sigue *vigente.*

277

El mal razonamiento. ¡Qué mal se razona en dominios en los que no se es versado, por mucho que como hombre de ciencia se esté habituado al buen razonamiento! ¡Es vergonzoso! Y, ahora bien, es claro que en el gran mundo, en asuntos de política, en todo lo repentino y apremiante que casi todos los días aportan, decide precisamente este *mal razonamiento;* pues nadie es cabalmente versado en lo que de nuevo ha crecido durante la noche; todo politizar, aun entre los más grandes estadistas, es improvisar a la buena de Dios.

278

Premisas de la edad de las máquinas. La prensa, la máquina, el ferrocarril, el telégrafo son premisas cuya conclusión literaria nadie se ha atrevido a extraer todavía.

279

La calza de la cultura[168]. Cuando oímos: allí los hombres no tienen tiempo para las ocupaciones productivas; se les va el día en ejercicios militares y desfiles, y el

[168] Título diferente en *Md:* «El ejército moderno».

resto de la población tiene que alimentarlos y vestirlos, pero su traje es llamativo, con frecuencia abigarrado y lleno de extravagancias; allí sólo se reconocen unas pocas cualidades diferenciadoras, los individuos se parecen más que en otras partes, o bien se les trata como iguales; allí se exige y se presta obediencia sin comprensión: se ordena, pero se evita convencer; allí los castigos son pocos, pero estos pocos son duros y llegan rápidamente a lo último, a lo más horrible; allí la traición pasa por ser el mayor crimen, sólo los más valientes se atreven ya a la crítica; allí la vida humana vale poco, y la ambición adopta con frecuencia la forma de algo que pone en peligro la vida; quien oiga todo esto, dirá en seguida: «es la imagen de una sociedad *bárbara, en peligro*». Quizá alguien agregue: «es la descripción de Esparta»; pero otro se pondrá pensativo y opinará que se ha descrito *nuestro moderno régimen militar,* tal como existe en el seno de nuestra heterogénea cultura y sociedad, como un anacronismo viviente, como la imagen, según queda dicho, de una sociedad bárbara, en peligro, como una obra póstuma del pasado, que para las ruedas del presente sólo puede tener el valor de una calza. Pero a veces a la cultura le es también sumamente necesaria una calza, a saber: cuando va cuesta abajo demasiado velozmente o, como tal vez en este caso, cuesta *arriba.*

280

¡Más respeto por los que saben! En la competencia del trabajo y de los vendedores, se ha hecho del *público* el juez de la artesanía: pero éste no tiene conocimiento de causa y juzga según la *apariencia* de bondad. Consecuentemente, bajo la égida de la competencia, el arte de la apariencia (y quizá del gusto) aumentará, mientras que la calidad de los productos tendrá que empeorar. Consecuentemente, a menos que la razón se devalúe, algún día se pondrá fin a esa competencia y un nuevo principio triunfará sobre ella. Sólo el maestro artesano debiera juzgar sobre la artesanía, y el público depender de la fe en la persona del que juzga y en la honradez del mismo. ¡Nada, por tanto, de trabajo anónimo! Un experto al menos debería garantizarlo y pignorar *su* nombre cuando falte o carezca de resonancia el nombre del autor. La *baratura* de una obra es para el profano otra clase de apariencia y engaño, pues sólo la *durabilidad* decide si y hasta qué punto es barata una cosa; pero juzgarla es difícil y para el profano casi imposible. Es decir: lo que le hace efecto a la vista y cuesta poco es lo que ahora obtiene la preponderancia, y eso será naturalmente el trabajo a máquina. Por su parte, la máquina, es decir, la causa de la máxima rapidez y facilidad de fabricación, favorece a su vez los productos *más vendibles;* de lo contrario, no puede obtenerse con ella un beneficio relevante: se emplearía demasiado poco y estaría parada con demasiada frecuencia. Pero es el público el que decide qué es lo más vendible, como queda dicho: esto debe ser lo más engañoso, es decir, lo que en primer lugar *parece* bueno y luego *parece* también barato. También en el ámbito del trabajo debe nuestro lema ser: «¡Más respeto por los que saben!»

281

El peligro de los reyes. La democracia está en condiciones, sin ninguna violencia, sólo mediante una presión legal constantemente ejercida, de *socavar* la rea-

leza y el imperio: hasta que quede un cero quizá, si se *quiere,* con el significado de todo cero de, en sí nada, decuplicar puesto a la derecha el *efecto* de un número. El imperio y la realeza seguirían siendo un espléndido ornamento del sencillo y práctico manto de la democracia, la hermosa superfluidad que ésta se permite, el residuo de todo el históricamente venerable ornamento ancestral [169], más aún, el símbolo de la historia misma y en esta unicidad algo sumamente eficaz si, como queda dicho, no está únicamente para sí, sino correctamente *puesto.* Para eludir el peligro de esa socavación, aférranse ahora los reyes con uñas y dientes a su dignidad como *príncipes guerreros:* para ello precisan de guerras, es decir, de estados de excepción en los que esa lenta presión legal de las fuerzas democráticas aminora.

282

El maestro, un mal necesario. ¡Cuantas menos personas posibles entre los espíritus productivos y los espíritus hambrientos y receptivos! Pues los *intermediarios* adulteran casi involuntariamente la alimentación que median; además, como recompensa por su mediación quieren demasiado *para sí,* de lo cual se priva a los espíritus originales, productivos, a saber: interés, admiración, tiempo, dinero y otras cosas. Es decir: considérese en adelante al *maestro* como mal necesario, enteramente lo mismo que al comerciante; ¡como un mal que debe hacerse tan *pequeño* como sea posible! Si la penuria de las circunstancias alemanas tiene quizá ahora su razón capital en el hecho de que demasiados quieren vivir, y vivir bien, del comercio (esto es, tratan de reducirle en lo posible los precios al productor y elevarle en lo posible los precios al consumidor, para beneficiarse del mayor perjuicio posible de ambos), a buen seguro que una razón capital de las calamidades espirituales puede verse en el exceso de maestros: por eso se aprende tan poco y tan mal.

283

El impuesto de respeto. Al conocido nuestro, honrado por nosotros, sea médico, artista o artesano, que hace algo y trabaja para nosotros, gustosamente le remuneramos lo mejor que podemos, a menudo incluso por encima de nuestras posibilidades; en cambio, al desconocido se le paga lo mínimo posible para quedar bien: hay aquí una lucha en la que cada cual combate y hace combatir consigo por cada palmo de terreno. En el trabajo del conocido *para nosotros* hay algo *impagable:* el sentimiento y la inventiva puesta *por nosotros* en su trabajo; creemos no poder expresar por nuestra parte la sensación de ello más que mediante una especie de sacrificio. El impuesto más fuerte es el *impuesto de respeto.* Cuanto más rige la competencia y se compra a desconocidos, se trabaja para desconocidos, tanto menor es este impuesto, cuando es precisamente la medida para el nivel del *tráfico* humano de almas.

[169] Cf. Goethe, *Fausto,* v. 408.

284 [170]

El medio para la paz real. Ningún gobierno confiesa hoy en día que mantiene el ejército para satisfacer ocasionales afanes de conquista; sino que debe servir a la defensa. Se invoca como abogada esa moral que aprueba la legítima defensa. Pero eso significa reservarse la moralidad y al vecino la inmoralidad, pues tiene éste que ser considerado como agresor y deseoso de conquista si nuestro Estado debe pensar necesariamente en los medios de la legítima defensa; además, a él que exactamente de la misma manera que nuestro Estado niega el deseo de atacar y mantiene también por su parte el ejército supuestamente sólo por razones de legítima defensa, con nuestra explicación de por qué hemos menester un ejército se lo explica como un hipócrita y astuto criminal que no deseara otra cosa que *asaltar* a una víctima inofensiva y torpe. Ahora bien, así es como están hoy en día todos los Estados unos frente a otros: presuponen la mala actitud del vecino y la buena actitud propia. Pero esta suposición es una *inhumanidad,* tan nefasta y peor aún que la guerra; es más, es en el fondo la incitación y la causa de guerras, pues, como queda dicho, imputa la inmoralidad al vecino y parece con ello provocar la actitud y los actos hostiles. De la doctrina del ejército como un medio de legítima defensa debe abjurarse tan radicalmente como de los afanes de conquista. Y quizá llegue un gran día en que un pueblo distinguido por guerras y victorias, por el más alto desarrollo de la disciplina y la inteligencia militares, y habituado a hacer los más grandes sacrificios por estas cosas, exclame espontáneamente: *«Nosotros rompemos la espada»,* y desmantele hasta sus últimos cimientos su organización militar. *Desarmarse cuando se ha sido el más armado* a partir de una *altura* del sentimiento, ese es el medio para la paz *real,* que siempre tiene que estribar en una paz de actitud; mientras que la llamada paz armada, tal como hoy en día se da en todos los países, es la cizaña de la actitud que desconfía de sí y del vecino, y, a medias por odio, a medias por temor, no depone las armas. Mejor perecer que odiar y temer, y *doblemente mejor perecer que hacerse odiar y temer:* ¡esta tiene que ser algún día también la máxima suprema de toda sociedad estatal singular! Nuestros diputados liberales no tienen, como es sabido, tiempo para meditar sobre la naturaleza del hombre; de lo contrario, sabrían que trabajan en vano cuando trabajan por una «disminución gradual de la carga militar». Más bien, sólo cuando esta clase de miseria sea máxima, estará también más cerca la única clase de dios que puede aquí ayudar. El árbol de las glorias militares no puede ser destruido más que de una vez, por obra de un rayo; pero el rayo, bien lo sabéis, viene de la nube, de lo alto.

285

Si se puede nivelar la propiedad con la justicia. Si la injusticia de la propiedad se siente intensamente –la manecilla del reloj marca una vez más esta hora–, se indican dos medios para remediarla: por una parte, un reparto igual, por otra la

[170] *Fp:* 42 [38], 42 [50]. Cf. 42 [37].

supresión del peculio y el reintegro de la propiedad a la comunidad. Este último medio es sobre todo el favorito de nuestros socialistas, que guardan rencor a aquel antiguo judío por haber dicho: no robarás [171]. Según ellos, el séptimo mandamiento debe más bien rezar: no poseerás. En la antigüedad se hicieron frecuentes tentativas según la primera receta, nunca más que a pequeña escala, pero no obstante con un fracaso que aún puede sernos instructivo. «Lotes de tierra iguales» se dice fácilmente; pero ¡cuánta amargura engendran la división y parcelación que se hacen necesarias para ello, la pérdida de la de antiguo venerada propiedad, cuánta piedad es herida y sacrificada! Se remueve la moralidad cuando se remueven los mojones. Y además, ¡cuánta amargura nueva entre los nuevos propietarios, cuántos celos y livores, pues nunca ha habido dos lotes de tierra realmente iguales, y si los hubiese, la envidia humana hacia el vecino no creería en su igualdad. ¿Y cuánto duraría esta igualdad ya desde la raíz envenenada y malsana? En pocas generaciones aquí un lote se habría transmitido por herencia a cinco cabezas, allí cinco lotes a una cabeza; y, en el caso de que mediante severas leyes sucesorias se evitaran estos inconvenientes, seguiría ciertamente habiendo lotes iguales, pero también necesitados y descontentos que nada poseyeran, aparte del disgusto con parientes y vecinos y el deseo de subversión de todas las cosas. Pero si, siguiendo la *segunda* receta, se quiere devolver el peculio a la *comuna* y no hacer del individuo más que un arrendatario temporal, se destruye así la tierra de labor. Pues el hombre está contra todo lo que posee efímeramente, carece de previsión y abnegación, se comporta con ello depredadoramente, como ladrón o como disoluto derrochador. Cuando Platón opina que el egoísmo se suprime con la supresión de la propiedad, ha de contestársele que, tras la sustracción del egoísmo, no le quedarán en todo caso al hombre las cuatro virtudes cardinales; tal como hay que decir que la peor de las pestes no podría perjudicar tanto a la humanidad como si un día desapareciese de ella la vanidad. Sin vanidad y egoísmo, ¿qué son, pues, las virtudes humanas? Con lo que ni remotamente quiere decirse que sólo sean nombres y máscaras de aquéllos. El estribillo utópico de Platón, que todavía hoy en día siguen cantando los socialistas, se basa en un conocimiento deficiente del hombre: le faltó la historia de los sentimientos morales, la comprensión del origen de las cualidades buenas y provechosas del alma humana. Como toda la antigüedad, creyó en lo bueno y lo malo como en lo blanco y lo negro; es decir, en una radical diferencia entre los hombres buenos y los malos, entre las buenas y las malas cualidades. Para que en adelante la propiedad inspire más confianza y se haga más moral, manténganse abiertas todas las vías de trabajo por una *pequeña* fortuna, pero impídase el enriquecimiento sin esfuerzo, repentino; quítese de las manos de los particulares y de las compañías privadas todas las ramas del transporte y del comercio que favorecen la acumulación de *grandes* fortunas, sobre todo el comercio financiero, y considérese como un peligro público tanto a los que poseen demasiado como a los que nada poseen [172].

[171] *Exodo*, 20:15. Cf. 42 [19].

[172] Para que en adelante] Variante en *Cl* y *Md*: «En mi opinión, todos los esfuerzos para hacer más moral la propiedad deberían extenderse a su despilfarro, pero no a su reparto; en cada nuevo reparto habrá *por fuerza* injusticia, como desde siempre la hay en toda toma de posesión».

286

El valor del trabajo. Si se quisiese determinar el valor del trabajo según cuánto tiempo, celo, buena o mala voluntad, coerción, inventiva o indolencia, honradez o apariencia se ha aplicado a él, el valor nunca podría ser *justo;* pues debería poderse poner a toda la persona en el platillo de la balanza, lo cual es imposible. Aquí hay que decir: ¡No juzguéis! Pero es precisamente la apelación a la justicia lo que ahora oímos a los que están insatisfechos con la evaluación del trabajo. Pensando más allá, toda personalidad es hallada irresponsable de su producto, el trabajo; es decir, nunca puede derivarse de él un *mérito,* todo trabajo es tan bueno o malo como tiene que ser dada tal o cual constelación de fuerzas y debilidades, conocimientos y apetencias. No queda al antojo del trabajador si trabaja; tampoco *cómo* trabaja. Sólo los puntos de vista del *provecho,* más restringido o más amplio, han creado la valoración del trabajo. Lo que hoy en día llamamos justicia está muy en su lugar en este terreno como una utilidad sumamente refinada que no toma en cuenta solamente el momento ni explota la ocasión, sino que atiende a la perduración de todas las circunstancias y también toma por tanto en cuenta el bien del trabajador, su satisfacción corporal y anímica, *para que* él y sus descendientes trabajen bien también para nuestros descendientes y pueda confiarse en ellos por espacios temporales más largos que una vida humana individual. La *explotación* del trabajador ha sido, como ahora se comprende, una estupidez, un agotamiento del campo a costa del futuro, un peligro para la sociedad. Hoy en día se tiene casi ya la guerra; y en todo caso los costes del mantenimiento de la paz, de la conclusión de tratados y de la inspiración de confianza serán a partir de ahora muy grandes, pues muy grande y prolongada ha sido la insensatez de los explotadores.

287

Del estudio del cuerpo social. Lo peor para quien hoy en día quiere estudiar economía y política en Europa, sobre todo en Alemania, reside en el hecho de que las circunstancias de hecho, en vez de ejemplificar las *reglas,* ejemplifican las *excepciones* o los *estadios de transición* o de *desenlace.* Debe por tanto aprenderse a ver más allá de lo de hecho subsistente y dirigir la mirada a lo lejos, por ejemplo a Norteamérica, donde, si se *quiere,* aún se pueden *ver* con los ojos e investigar los movimientos incipientes y normales del cuerpo social, mientras que en Alemania son para ello necesarios difíciles estudios históricos o, como queda dicho, anteojos.

288

Hasta qué punto humilla la máquina. La máquina es impersonal, le sustrae a la pieza de trabajo su orgullo, lo *bueno* o *defectuoso* individual suyo que comporta todo trabajo no hecho a máquina, es decir, un pedazo de humanidad. Antaño toda compra a artesanos era una *distinción de personas,* de cuyas contraseñas se rodeaba uno: los enseres y la ropa se convertían de esta suerte en símbolos de valoración recíproca y homogeneidad personal, mientras que hoy en

día no parecemos vivir más que en medio de una esclavitud anónima e impersonal. No debe comprarse demasiado cara la facilitación del trabajo.

289 [173]

Cuarentena secular. Las instituciones democráticas son establecimientos de cuarentena contra la antigua peste de los apetitos tiránicos: en cuanto tales, muy útiles y muy aburridas.

290

El adepto más peligroso. El adepto más peligroso es aquel cuya defección aniquilaría todo el partido; es decir, el mejor adepto.

291

El destino y el estómago. Una rebanada de pan con manteca de más o menos en el cuerpo del jockey decide a veces carreras y apuestas, es decir, la dicha y la desdicha de miles. Mientras el destino de los pueblos siga dependiendo de los diplomáticos, los cuerpos de los diplomáticos no dejarán nunca de ser objeto de ansiedad patriótica. *Quousque tandem...* [174].

292

Triunfo de la democracia. Hoy en día todos los poderes políticos tratan de explotar, para fortalecerse, el miedo al socialismo. Pero, sin embargo, de ello únicamente la democracia sale ganando; pues hoy en día *todos* los partidos se ven obligados a halagar al «pueblo» y a darle toda clase de facilidades y libertades, con lo que acaba por hacerse omnipotente. El pueblo es lo más alejado del socialismo en cuanto doctrina del cambio en la adquisición de propiedades; y una vez tenga en sus manos, gracias a las grandes mayorías de sus parlamentos, el régimen impositivo, arremeterá con el impuesto progresivo contra el principado capitalista, mercantil y bursátil, y de hecho creará lentamente una clase media que pueda *olvidarse* del socialismo como de una enfermedad superada. El resultado práctico de esta democratización que se está propagando será, por lo pronto, una liga europea de pueblos, en la que cada pueblo singular, deslindado según conveniencias geográficas, ocupe la posición de un cantón, con sus derechos específicos; poco contarán entonces los recuerdos históricos de los pueblos hasta la fecha, pues bajo el dominio ávido de innovación y ansioso de indagaciones del principio democrático, el sentido piadoso de aquéllos es paulatinamente desarraigado desde los cimientos. Las correcciones de fronteras que entonces se muestren necesarias serán llevadas a cabo de tal modo que sirvan al *provecho* de los grandes cantones y al mismo tiempo al

[173] *Fp*: 47 [10].

[174] «¿Hasta cuándo...?». Comienzo de las *Catilinarias* de Cicerón, I, 1.

del conjunto de la alianza, pero no a la memoria de ningún pasado caduco; hallar los puntos de vista para estas correcciones será la tarea de los *diplomáticos* futuros, quienes deben ser al mismo tiempo investigadores culturales, agrónomos, expertos en comunicaciones, y no tener tras de sí ejércitos, sino razones y utilidades. Sólo entonces quedará la política *exterior* inseparablemente ligada a la *interior;* mientras que hoy en día esta última no deja nunca de correr tras su orgullosa dueña y de recoger en su miserable canastilla las espigas que quedan de la cosecha de la primera.

293

Meta y medios de la democracia. La democracia quiere procurar y garantizar independencia al mayor número posible: *independencia* de las opiniones, de la manera de vivir y del lucro. Para ello tiene necesidad de negar el sufragio político tanto a los desheredados como a los propiamente hablando ricos, en cuanto las dos clases de hombres inadmisibles por cuya eliminación debe trabajar sin desmayo, pues una y otra vez ponen en cuestión su tarea. Igualmente debe impedir todo lo que parezca tender a la organización de partidos. Pues los tres grandes enemigos de la independencia en ese triple sentido son los indigentes, los ricos y los partidos. Hablo de la democracia como de algo por venir. Lo que ya hoy en día se llama así se distingue de las antiguas formas de gobierno únicamente por el hecho de que emplea *caballos nuevos:* las calles siguen siendo las antiguas y también las ruedas siguen siendo las antiguas. ¿Ha disminuido realmente el peligro con *estos* vehículos del bien de los pueblos?

294

La circunspección y el éxito. Esa gran cualidad de la circunspección, que es en el fondo la virtud de las virtudes, su bisabuela y reina, de ningún modo tiene siempre el éxito de su parte; y decepcionado quedaría el pretendiente que sólo por mor del éxito hubiera cortejado esa virtud. Pues entre las personas *prácticas* pasa por sospechosa y es confundida con la alevosía y el disimulo hipócrita; en cambio, quien carece evidentemente de circunspección –el hombre que pone manos a la obra rápidamente y alguna vez desatinadamente– tiene a su favor el prejuicio de ser un compañero probo, de fiar. A las personas prácticas no les gusta por tanto el circunspecto: éste es, según opinan, un peligro para ellas. Por otro lado, fácilmente se toma al circunspecto por medroso, cohibido, pedante. Las personas poco prácticas y dadas a gozar le encuentran precisamente incómodo, *pues* no vive a la ligera como ellos, sin pensar en la acción ni en los deberes; aparece entre ellas como su conciencia encarnada y al verle el claro día se oscurece a sus ojos. Si por tanto le faltan el éxito y la popularidad, como consuelo siempre puede decirse: «tan altos son los *impuestos* que tienes que pagar por la posesión del más preciado bien entre los hombres; ¡vale la pena!».

295

Et in Arcadia ego[175]. Miré hacia abajo, por encima de olas de colinas, hacia un lago de color verde lechoso, por entre abetos y adustos pinos añosos: rocas de todas clases en torno a mí, el suelo cuajado de flores y hierbas[176]. Un rebaño movíase, desperezábase y pacía ante mí; vacas desperdigadas y grupos más allá, a la más intensa luz crepuscular, junto al pinar; otras más cerca, más oscuras; todo en calma y vespertina saciedad. El reloj marcaba casi las cinco y media. El toro del rebaño se había metido en el arroyo blanco de espuma y seguía lentamente, resistiendo y cediendo, su impetuoso curso: tenía sin duda en ello una especie de formidable placer. Dos criaturas trigueñas, de ascendencia bergamasca, eran los pastores; la muchacha vestida casi como un chico. A la izquierda barrancos y campos de nieve más allá de amplias franjas boscosas, a la derecha dos enormes picos helados, muy por encima de mí, flotando en el velo de la bruma solar; todo grande, tranquilo y claro[177]. Toda esta belleza producía un estremecimiento y una adoración muda del momento de su revelación; involuntariamente, como si no hubiera nada más natural, se introducía unos héroes griegos en este mundo de pura luz intensa (el cual nada en absoluto tenía de anhelante, expectante, que mirara hacia adelante ni hacia atrás); como Poussin[178] y su discípulo[179] tenía uno que sentir[180]: heroica e idílicamente a un tiempo. Y así han también *vivido* hombres singulares, así se han *sentido* permanentemente en el mundo y al mundo en sí, y entre ellos uno de los hombres más grandes, el inventor de una manera heroico-idílica de filosofar: Epicuro.

296

Calcular y medir. Ver muchas cosas, sopesarlas, compensar unas con otras y extraer de ellas una conclusión rápida, una suma más o menos segura: eso hace al gran político, general, comerciante; es decir, la velocidad en una especie de

[175] «Yo también en Arcadia». Lema de los *Viajes italianos* de Goethe. Instructiva es la nota de Rafael Cansinos Asséns en su traducción española de las *Obras completas,* (cit., vol. III, pág. 15): «Este lema es traducción de la frase latina *Et in Arcadia ego*. Figuraba escrita en un cuadro de Schidone (fallecido en 1615), al pie de una calavera tirada sobre un campo y que dos pastores contemplaban sobrecogidos. Pero quien contribuyó a divulgarla fue Nicolás Poussin (fallecido en 1665), que la había puesto como inscripción sobre un sarcófago en uno de sus cuadros, inscripción que tres pastores y una mujer deletreaban en medio de un paisaje espléndido. De ese cuadro se sacó un grabado que se hizo muy popular. El sentido de la frase en los referidos cuadros es, sin embargo, muy otro de aquel en que aquí la emplea Goethe. Allí viene a ser una admonición de postrimería, algo así como el *latet anguis in herba* [la serpiente se esconde en la hierba] virgiliano; aquí es una exclamación de júbilo y ufanía, como el famoso *anch'io sono pittore*, también yo soy pintor».

[176] Miré hacia abajo] En *Fp* el comienzo de este aforismo, tachado por Nietzsche, era 43 [3].

[177] Todo grande, tranquilo y claro] En *Cl*: «Grandeza, calma, luz solar». Cf. *CS* 332.

[178] Nicolas Poussin (1594-1665): pintor y dibujante francés.

[179] Nietzsche se está probablemente refiriendo a Claude Lorrain, quien a partir de 1620 vivió en Roma, donde fue contemporáneo de Poussin. La poética luz de sus paisajes manieristas contrasta fuertemente con el dramatismo de los de Poussin.

[180] tenía uno que sentir] En *Cl*: «sentía yo».

cálculo mental. Ver *una sola* cosa, hallar en ella el único motivo para la acción, el juez de cualquier otra acción, hace al héroe, al fanático; es decir, una pericia para medir con una sola vara.

297

No querer mirar intempestivamente. En tanto se vivencia algo, debe uno entregarse a la vivencia y cerrar los ojos, es decir, no hacer *en ello* ya de observador. Pues ello estropearía la digestión de la vivencia: en vez de una sabiduría, se sacaría de ello una indigestión.

298

De la práctica del sabio. Para llegar a ser sabio, debe uno *querer* vivenciar ciertas vivencias, es decir, meterse en sus fauces. Esto, por supuesto, es muy peligroso: más de un sabio ha sido devorado al hacerlo.

299

La fatiga del espíritu. Nuestra ocasional indiferencia y frialdad hacia los hombres, que se nos interpreta como dureza y falta de carácter, no es muchas veces más que una fatiga del espíritu: entonces los demás nos son, como nosotros mismos, indiferentes o molestos.

300

«Una sola cosa es necesaria»[181].Cuando se es listo, lo único que preocupa es tener alegría en el corazón. Oh, agregó alguien, si se es listo, lo mejor que se puede hacer es ser sabio.

301

Un testimonio de amor. Alguien dijo: «Sobre dos personas no he reflexionado nunca a fondo: ese es el testimonio de mi amor hacia ellas».

302

Cómo se intenta mejorar malos argumentos. No pocos lanzan todavía un trozo de su personalidad tras sus malos argumentos, como si así se enderezase su trayectoria y pudiesen transformarse en argumentos rectos y buenos; exactamente lo mismo que los jugadores de bolos, quienes aun después del lanzamiento tratan todavía de corregir el rumbo del bolo con ademanes y contorsiones.

[181] *Lucas*, 10:42.

303 [182]

La honestidad. Poca cosa es ser una persona modélica en cuanto a derechos y peculio; de muchacho no coger nunca, por ejemplo, fruta en huerto ajeno; de adulto, no entrar en prados por segar, para nombrar pequeñas cosas, las cuales, como es sabido, prueban mejor que las grandes esta clase de ejemplaridad. Poca cosa es: nunca se es entonces más que una «persona jurídica», con ese grado de moralidad de que incluso una «sociedad», una aglomeración humana, es capaz.

304

¡Hombre! ¡Qué es la vanidad del hombre más vanidoso frente a la vanidad que posee el más modesto en cuanto que se siente «hombre» en la naturaleza y el mundo!

305

La gimnasia más necesaria. La falta de pequeño autodominio pulveriza la capacidad para el grande. Mal aprovechado y un peligro para el siguiente es todo día en que en lo pequeño no se ha negado uno algo al menos una vez: esta gimnasia es indispensable si se quiere conservar el placer de ser uno su propio dueño.

306 [183]

Perderse a sí mismo. Si uno se ha encontrado a sí mismo, debe saber *perderse* de vez en cuando y luego volverse a encontrar; suponiendo que sea un pensador. Pues a éste le es perjudicial estar siempre ligado a una sola persona.

307

Cuándo es menester despedirse. De lo que quieras conocer y medir debes despedirte, al menos por un tiempo. Sólo cuando has abandonado la ciudad ves cuánto se elevan sus torres por encima de las casas.

308 [184]

A mediodía. Al alma de a quien se le ha dispensado una activa y tormentosa mañana de la vida le sobrecoge en el mediodía de la vida un raro anhelo de reposo, que puede durar meses y años. Se hace el silencio en torno a él, las voces sue-

[182] Primera redacción en *Cl*: «De muchacho nunca cogí fruta en jardín ajeno, de adulto nunca he ido por prados, respeto la propiedad hasta el ridículo».

[183] Cf. *La gaya ciencia*, «Broma, astucia y venganza. Prólogo en verso», 33 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. III, págs. 29 s.).

[184] Aforismo añadido por Nietzsche de su puño y letra en *Md.*

nan cada vez más lejanas; el sol cae a plomo sobre él. En una pradera oculta en el bosque ve él al gran Pan durmiendo; todas las cosas de la naturaleza se han dormido con él; una expresión de eternidad en el rostro: eso se le antoja a él. No quiere nada, no se preocupa de nada, su corazón está tranquilo, sólo su mirada vive; es una muerte con ojos despiertos. Mucho que nunca vio ve el hombre allí, y hasta donde alcanza a ver todo está envuelto en una red de luz y, por así decir, sepultado en ella. Se siente dichoso entonces; pero es una dicha pesada, muy pesada. Al fin sopla entonces el viento por entre los árboles, ha pasado el mediodía, la *vida* le arrastra de nuevo a sí, la vida de ojos ciegos, tras la que se precipita su séquito: el deseo, el engaño, el olvido, el goce, la destrucción, la caducidad. Y así llega la tarde, más tormentosa y activa que lo fue la mañana. A los hombres propiamente hablando activos los estados de conocimiento más prolongados se les aparecen casi inquietantes y morbosos, pero no desagradables [185].

309

Guardarse del pintor de uno. Un gran pintor que haya descubierto y fijado en un retrato la más cabal expresión y momento de que un hombre es capaz, cuando posteriormente vuelva a verlo en la vida real, nunca creerá ver de este hombre más que una caricatura.

310

Los dos principios de la vida nueva. Primer principio: hay que asentar la vida en lo más seguro, en lo más demostrable; no, como hasta ahora, en lo más lejano, en lo más indeterminable, en lo más nebuloso del horizonte. *Segundo principio:* hay que establecer la *sucesión* de lo más próximo y de lo próximo, de lo seguro y de lo menos seguro, antes de organizar uno su vida y darle un rumbo definitivo.

311

Irritabilidad peligrosa. Los hombres dotados pero que son negligentes aparecerán siempre algo irritados cuando uno de sus amigos haya acabado un excelente trabajo. Tienen celos, se avergüenzan de su indolencia, o, más bien, temen que ahora el activo los desprecie aún *más* que antes. En esta disposición critican la nueva obra, y su crítica se convierte en venganza, para la mayor extrañeza del autor.

312

Destrucción de las ilusiones. Las ilusiones son ciertamente diversiones costosas; pero aún más costosa es, considerada como diversión, la destrucción de las ilusiones, lo que es innegable para no pocas personas.

[185] pero no desagradables] Añadido en *Pr.*

313

Lo monótono del sabio. Las vacas tienen a veces una expresión de asombro que se detiene en el camino a la *pregunta*. En cambio, en la mirada de la inteligencia superior se difunde el *nil admirari*[186] como la monotonía del cielo despejado.

314

No estar enfermo demasiado tiempo. Evítese estar enfermo demasiado tiempo, pues los espectadores se impacientan en seguida por la usual obligación de mostrar compasión, dado que les cuesta demasiado esfuerzo mantener este estado mucho tiempo, y entonces pasan inmediatamente a sospechar de nuestro carácter, con el razonamiento siguiente: «*merecéis* estar enfermos, y no tenemos por qué seguir extenuándonos con la compasión».

315

Aviso a entusiastas. Quien gustosamente quiera dejarse arrastrar y desee ser fácilmente elevado a lo alto, debe tener cuidado de no hacerse demasiado *pesado,* es decir, de, por ejemplo, no aprender mucho y, sobre todo, de no dejarse *llenar* por la ciencia. ¡Ésta hace pesado! ¡Atención, entusiastas!

316

Saberse sorprender. Quien quiera verse a sí mismo tal como es, debe saberse *sorprender* a sí mismo, antorcha en mano. Pues sucede con lo espiritual lo mismo que con lo corpóreo: quien está habituado a mirarse en el espejo siempre olvida su fealdad; sólo el pintor le restituye la impresión de la misma. Pero también al cuadro se habitúa y olvida su fealdad por segunda vez. Esto según la ley general de que el hombre *no soporta* lo inalterablemente feo, a no ser por un instante; lo olvida o lo niega en todos los casos. Los moralistas deben contar con ese instante para exponer sus verdades.

317

Opiniones y peces. Uno es propietario de sus opiniones como es propietario de peces, esto es, si se es propietario de una piscina. Hay que ir a pescar y tener suerte; entonces tiene uno *sus* peces, *sus* opiniones. Hablo aquí de opiniones vivas, de peces vivos. Otros se contentan con poseer una colección de fósiles y, en su cabeza, «convicciones».

318[187]

Indicios de libertad y de falta de libertad. Satisfacer uno mismo en la medida de lo posible, aunque imperfectamente, sus necesidades perentorias orienta hacia la

[186] «No admirarse de nada». Cf. Horacio, *Epistulae,* I, 6, 1.

[187] Cf. 40 [3].

libertad de espíritu y de persona. Hacerse satisfacer muchas necesidades, aun superfluas, y tan perfectamente como sea posible, educa para la falta de libertad. El sofista Hippias[188], quien todo lo que llevaba, por dentro y por fuera, lo había adquirido él mismo, hecho él mismo, corresponde, precisamente con ello, a la orientación hacia la suprema libertad del espíritu y de la persona. No importa si todo está igualmente bien y perfectamente trabajado: ya el orgullo zurcirá los defectos.

319[189]

Creer en sí mismo. En nuestros tiempos se desconfía de todo aquel que cree en sí mismo; antaño ello bastaba para hacer creer en sí. La receta para hallar *ahora* crédito reza: «¡No tengas miramientos contigo mismo! Si quieres poner tu opinión bajo una luz digna de crédito, ¡prende primero fuego a tu propia choza!»

320

Más rico y más pobre al mismo tiempo. Conozco a un hombre que ya de niño se había habituado a pensar bien de la intelectualidad de los hombres, es decir, de su verdadera entrega a cosas espirituales, su desinteresada preferencia por lo conocido como verdadero y cosas por el estilo, y a tener en cambio un concepto modesto, y aun desfavorable, de su propia mente (juicio, memoria, presencia de espíritu, fantasía). En nada se valoraba cuando se comparaba con otros. Ahora bien, con el curso de los años se vio forzado, primero una vez y luego cien, a rectificar en este punto, debiera pensarse que para su gran contento y satisfacción. Algo de ello había también de hecho; pero, como dijo en una ocasión, «está sin embargo mezclado con una amargura de la más amarga índole, desconocida para mí en la vida anterior; pues desde que valoro a los hombres y a mí mismo más justamente en lo que respecta a necesidades espirituales, mi espíritu me parece menos útil; apenas nada bueno creo poder todavía evidenciar con él, pues el espíritu de los demás no sabe aceptarlo: siempre veo ahora ante mí el espantoso abismo entre quien puede prestar ayuda y quien la ha menester. Y así, me atormenta la miseria de tener mi espíritu para mí y deberlo disfrutar únicamente en la medida en que sea disfrutable. Pero quien da es *más* feliz que quien *tiene;* ¡y qué es el más rico en la soledad de un desierto!»[190].

321

Cómo se debe atacar. En poquísimas personas son en general las razones para que se crea o no en algo tan fuertes *como pueden serlo.* De ordinario, para

[188] Hippias de Elis (s. V. a. C.): sofista de la primera hora, celebrado en la antigüedad por su saber enciclopédico.

[189] *Fp:* «Quien tiene miramientos consigo mismo, no encuentra crédito alguno».

[190] me atormenta la miseria] La primera redacción en *Cl,* que prescinde de las comillas y está en tercera persona, concluye: «Y así, le atormenta la miseria de *gozar él mismo* de su espíritu; pero eso da *mala conciencia* y poca alegría».

quebrantar la creencia en algo no hace falta en absoluto poner sin más en primera línea de ataque la artillería más pesada; con muchos alcanza ya la meta atacar con algo de estrépito, de modo que con frecuencia bastan petardos. Frente a personas muy vanidosas es suficiente con el *semblante* de ataque violentísimo: se ven tomadas muy en serio y ceden de buen grado.

322

Muerte. La perspectiva cierta de la muerte podría diluir en toda vida una deliciosa, perfumada gotita de levedad; ¡y he aquí que vosotros, maravillosas almas de boticario, habéis hecho de ella una asquerosa gotita de veneno que hace repugnante toda la vida!

323

Arrepentimiento. Nunca ceder al arrepentimiento, sino decirse en seguida: esto significaría acompañar la primera estupidez con una segunda. Si se ha obrado mal, piénsese en obrar bien. Si uno es castigado por sus actos, sopórtese entonces el castigo con el sentimiento de con ello hacer ya algo bueno: se desalienta [191] a los demás de cometer la misma tontería. Todo malhechor castigado puede sentirse como benefactor de la humanidad.

324 [192]

Convertirse en pensador. ¿Cómo puede alguien convertirse en pensador si no pasa al menos la tercera parte de cada día sin pasiones, hombres ni libros?

325

El mejor remedio. Algo de salud de cuando en cuando es el mejor remedio del enfermo.

326 [193]

¡No tocar! Hay personas nefastas que, en vez de resolver un problema, lo embrollan y lo hacen difícilmente resoluble para todos los que quieran ocuparse de él. A quien no sabe dar en el clavo por la cabeza debe rogársele que no toque el martillo.

327

La naturaleza olvidada. Hablamos de naturaleza y al hacerlo nos olvidamos de nosotros: nosotros mismos somos naturaleza, *quand même* [194]. Consecuentemente,

[191] bueno: se desalienta] *Cl:* «bueno: se *sufre* aunque inocente—siempre se es inocente — y se desalienta».

[192] Cf. 41 [46].

[193] Cf. 23 [68]. *Fp:* «Cuando no se sabe dar en el clavo por la cabeza, es mejor no tocar el martillo. No remuevas la caldera, decían los antiguos».

[194] «Pese a todo».

la naturaleza es algo enteramente distinto de aquello que sentimos al pronunciar su nombre.

328

Profundidad y aburrimiento. En los hombres profundos, como en los pozos profundos, pasa cierto tiempo hasta que algo que se les arroja toca fondo. Los espectadores, que habitualmente no esperan lo suficiente, fácilmente tienen a tales hombres por inconmovibles y duros, o aun por aburridos.

329

Cuándo es hora de prometerse lealtad. A veces uno se extravía por un derrotero espiritual que contradice nuestro talento; durante cierto tiempo lucha uno heroicamente contra viento y marea, en el fondo contra sí mismo: se cansa, jadea; lo que consuma no le reporta ni un solo placer auténtico. Más aún, *desespera* de su fecundidad, de su futuro, quizá en pleno triunfo. Al final acaba por *volver atrás,* y ahora sopla el viento *en* nuestra vela y nos empuja en *nuestro* rumbo. ¡Qué dicha! ¡Cuán *seguros del triunfo* nos sentimos! Sólo ahora sabemos lo que somos y lo que queremos, ahora nos prometemos lealtad; y *podemos* hacerlo, en cuanto que sabemos.

330

Pronosticadores del tiempo. Así como las nubes nos revelan a qué altura corren por encima de nosotros los vientos, así son en sus orientaciones los espíritus más ligeros y libres pronosticadores del tiempo por venir. El viento en el valle y las opiniones del mercado de hoy no significan nada para lo por venir, sino sólo para lo que fue.

331 [195]

Aceleración constante. Esas personas que empiezan lentamente y difícilmente se familiarizan con una cosa, a veces tienen después la cualidad de la aceleración constante, de modo que al final nadie sabe adónde puede aún arrastrarlas la corriente.

332 [196]

Las tres cosas buenas. Calma, grandeza, luz solar; estas tres cosas comprenden todo lo que un pensador [197] desea y aun exige de sí: sus esperanzas y deberes, sus pretensiones en lo intelectual y moral, incluso en el modo de vida

[195] En *Cl*: este fragmento aparecía redactado en primera persona.
[196] Cf. 17 [26], 40 [16].
[197] pensador] En *Fp*: «yo».

cotidiano y hasta en lo paisajístico de su residencia. A ellas les corresponden en primer lugar pensamientos *que elevan,* luego *que sosiegan,* en tercer lugar *que iluminan;* pero, en cuarto lugar, pensamientos que participan de las tres cualidades, en los que todo lo terrenal llega a transfigurarse: es el reino en que impera la gran *trinidad de la alegría.*

333

Morir por la «verdad». No nos dejaríamos quemar por nuestras opiniones: no estamos tan seguros de ellas. Pero sí quizá por poder tener y poder alterar nuestras opiniones.

334

Tener su tarifa. Si se quiere *valer* exactamente tanto como se *es,* se debe ser algo que tenga su *tarifa.* Pero sólo lo corriente tiene su tarifa. Este deseo es por tanto la consecuencia de una modestia inteligente o de una inmodestia estúpida.

335

Moral para los constructores de casas. Uno debe retirar los andamios una vez construida la casa.

336

Sófoclismo. ¿Quién le ha echado más agua al vino que los griegos? Sobriedad y gracia combinadas, ese es el privilegio nobiliario del ateniense en tiempos de Sófocles y después de él. ¡Hágalo quien pueda! ¡En la vida y al crear!

337

Lo heroico. Lo heroico consiste en hacer algo grande (o en *no* hacer algo de modo grande), sin sentirse compitiendo *con* otros, *ante* otros. Dondequiera que vaya, el héroe lleva siempre consigo el desierto y la sagrada e inaccesible región fronteriza.

338

Sosias de la naturaleza. Con agradable horror nos redescubrimos a nosotros mismos en no pocos parajes naturales; es el más hermoso sosias. Qué dichoso debe de poder ser quien tenga ese sentimiento precisamente aquí, en este aire de octubre constantemente soleado [198], en este travieso juego de la brisa desde

[198] Qúe dichoso] Primera redacción en *Cl:* «Así me ha pasado en St. Moritz; ¡así soy yo! constantemente he sentido este soleado aire de octubre». Cf. carta de Nietzsche a Overbeck del 24 de junio de 1879 (ed. cast., *Correspondencia,* cit., pág. 252).

temprano hasta el atardecer, en esta purísima claridad y moderadísimo frescor, en todo este carácter graciosamente serio de colinas, lagos y bosques de esta meseta que sin temor se ha tendido junto a los pavores de la nieve eterna, aquí donde Italia y Finlandia han convergido en alianza y parece estar la patria de todos los tonos de color plateados de la naturaleza; qué dichoso quien pueda decir: «en la naturaleza hay por cierto muchas cosas más grandes y más bellas, pero *esto* me es íntimo y familiar, emparentado por la sangre y más aún».

339 [199]

Campechanía del sabio. El sabio frecuentará involuntariamente a los demás hombres con campechanía, como un príncipe, y, pese a toda la diferencia de talento, estamento y modales, fácilmente los tratará en pie de igualdad; lo cual se le toma muy a mal en cuanto se advierte.

340

Oro. No es oro todo lo que reluce. Al metal más noble le es propia la irradiación suave.

341

Rueda y calza. La rueda y la calza tienen diferentes deberes, pero también uno idéntico: hacerse recíprocamente daño.

342

Estorbos del pensador. Todo lo que interrumpe (estorba, como se dice) en su pensamiento al pensador debe éste considerarlo indulgentemente, como un nuevo modelo que entrase por la puerta para ofrecerse al artista. Las interrupciones son los cuervos que le llevan la comida al solitario.

343

Tener mucho espíritu. Tener mucho espíritu conserva *joven;* pero uno debe soportar pasar con ello precisamente por *más viejo* de lo que es. Pues las personas leen los rasgos del espíritu inscritos como huellas de la *experiencia vital,* es decir, de haber vivido mucho y mal, del sufrimiento, del error, del arrepentimiento. Por tanto, ante ellos pasa uno por más viejo tanto como por *peor* de lo que es si se tiene y exhibe mucho espíritu.

344

Cómo debe vencerse. No debe quererse vencer cuando sólo se tiene la perspectiva de aventajar al adversario *por un pelo.* La buena victoria debe alegrar al vencido, debe tener algo de divino que ahorre el *bochorno.*

[199] *Fp:* «El sabio será *campechano* con las personas del común, pero nunca vulgar y popular».

345

Ilusión de los espíritus superiores. A los espíritus superiores les cuesta esfuerzo librarse de una ilusión; pues se imaginan que suscitan la envidia de los mediocres y son sentidos como excepción. Pero en realidad son sentidos como lo que es superfluo y lo que, si faltase, no se echaría de menos.

346

Exigencia higiénica. Para algunas naturalezas cambiar de opiniones es una exigencia higiénica tanto como la de cambiar de ropa; pero para otras naturalezas es sólo una exigencia de su vanidad.

347

También digno de un héroe. He aquí a un héroe que no ha hecho nada más que sacudir el árbol en cuanto los frutos estuvieron maduros. ¿Se os antoja esto demasiado poco? Entonces contemplad primero el árbol que sacudió.

348

Cómo ha de medirse la sabiduría. El incremento de sabiduría puede medirse exactamente por la disminución de bilis.

349

Decir el error desagradablemente. No a todo el mundo le gusta que se diga la verdad agradablemente. Pero que nadie crea que el error se convierte en verdad cuando es dicho *desagradablemente.*

350 [200]

La consigna áurea. Con muchas cadenas se ha cargado al hombre para que deje de comportarse como un animal; y realmente se ha hecho más tierno, espiritual, alegre, circunspecto que todos los animales. Pero, ahora bien, todavía sufre por haber llevado tanto tiempo sus cadenas, por haberle faltado durante tanto

[200] En *Cl,* Nietzsche ha escrito para Gast el final de este aforismo: «¡Hurra! Amigo Köselitz, ¡a esto se llama "recapitular"!». *Fp*: «"Paz en la tierra y a los hombres complacencia unos para con otros" *Fin*». *Fp*: «entonces podremos también prometernos, sin un Dios en las alturas: paz en la tierra y a los hombres complacencia unos para con otros». *Fp*: «El alivio cada vez mayor, sea cual sea la concepción moral, la de la clase de vida o la del trabajo (p. ej., con la máquina), será un fracaso si el hombre no se ennoblece cada vez más, de manera que cada vez sean menos necesarias la limitación espiritual, la coerción física y todas las cadenas de la animalidad. Pero la señal del ennoblecimiento es el propio gozo: y la creciente alegría por todas las alegrías, a fin de que se convierta en verdad esa frase angelical que el cristianismo no ha podido cumplir: paz en la tierra y a los hombres complacencia unos para con otros».

tiempo aire puro y libre movimiento; pero estas cadenas son, lo repito una y otra vez, esos errores graves y sensatos de las representaciones morales, religiosas y metafísicas. Sólo cuando se ha superado también la *enfermedad de las cadenas* se alcanza enteramente la primera gran meta: la separación del hombre de los animales. Ahora estamos en la mitad de nuestro trabajo de quitar las cadenas y nos es menester la máxima precaución. Sólo *al hombre ennoblecido* cabe darle *la libertad de espíritu;* únicamente de él está cerca *el alivio de la vida* y unge sus heridas; es el primero que puede decir que vive por la *alegría* y no por ninguna otra meta; y en cualquier otra boca sería peligroso su lema: *paz en torno a mí y complacencia para con todas las cosas próximas.* Con este lema para individuos recuerda una antigua frase grande y conmovedora que valía *para todos* y que ha permanecido suspendida sobre toda la humanidad como lema y emblema al que ha de sucumbir todo aquel que con él adorne demasiado pronto su bandera, al que sucumbió el cristianismo. Según parece, aún *no ha llegado la hora* en que a *todos* los hombres pueda sucederles lo mismo que a aquellos pastores que vieron el cielo iluminado sobre ellos y oyeron esa frase: «paz en la tierra y a los hombres complacencia unos para con otros» [201]. Esta es aún *la hora de los individuos.*

[201] «paz en la tierra] Cf. carta de Nietzsche a Adolf Baumgartner del 24 de diciembre de 1878: «A usted sin embargo y a vuestra señora madre, el saludo bíblico: "¡Paz en la tierra y a los hombres complacencia unos para con otros!"» Cita de *Lucas,* 2:14, en la traducción de Lutero, bastante diferente de la Vulgata: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

La sombra: De todo lo que has dicho, nada me ha gustado *más* que una promesa: queréis volver a haceros buenos vecinos de las cosas próximas [202]. Esto nos beneficiará también a nosotras, pobres sombras. Pues, admitidlo, hasta ahora nos habéis calumniado con harto placer.

El caminante: ¿Calumniado? Pero ¿por qué no os habéis defendido? Bien cerca teníais nuestros oídos.

La sombra: Nos parecía que estábamos demasiado cerca de vosotros para poder hablar de nosotras mismas.

El caminante: ¡Delicado, muy delicado! Ah, vosotras sombras sois «mejores personas» que nosotros, me doy cuenta.

La sombra: Y, sin embargo, nos llamáis «importunas», a nosotras, que al menos una cosa sabemos hacer bien: callar y esperar; no hay inglés que sepa hacerlo mejor. Es verdad que muy, muy a menudo se nos encuentra en el séquito del hombre, pero no entre su servidumbre. Cuando el hombre rehúye la luz, nosotros rehuimos al hombre: a tal punto llega nuestra libertad.

El caminante: Ah, mucho más frecuentemente aún rehúye la luz al hombre y entonces también lo abandonáis.

La sombra: Muchas veces te he abandonado con dolor; para mí, que ansío saber, mucho en el hombre sigue siendo oscuro, pues no siempre puedo estar a su lado. Al precio del conocimiento cabal del hombre, hasta con gusto aceptaría ser tu esclavo.

El caminante: ¿Sabes tú acaso, sé yo acaso, que con ello no te convertirías de improviso de esclavo en amo? ¿O seguirías ciertamente siendo esclavo, pero despreciando a tu amo llevarías una vida de denigración, de asco? Contentémonos ambos con la libertad tal como te ha quedado a ti..., ¡a ti *y* a mí! Pues el espectáculo de alguien privado de libertad me amargaría mis más grandes alegrías; lo mejor me sería repugnante si otro *debiera* compartirlo conmigo: no quiero saber de ningún esclavo a mi alrededor. Por eso tampoco me gusta el perro, ese parásito holgazán que mueve la cola, que sólo se ha hecho «perruno» como siervo del hombre y del que todavía suelen incluso celebrar que sea fiel al amo y que le siga como su...

La sombra: Como su sombra, eso dicen. ¿Te habré yo también seguido hoy ya demasiado tiempo? Ha sido el día más largo, pero ya hemos llegado a su término, ¡ten aún un poco de paciencia! El césped está húmedo, estoy tiritando.

El caminante: Oh, ¿es ya hora de separarse? Y aún tuve que hacerte daño al final; vi que entonces te oscurecías.

La sombra: Me ruboricé del color que me es posible. Me acordé de que muchas veces me he tendido a tus pies como un perro y que tú entonces...

El caminante: ¿Y no podría hacer a toda velocidad algo que te gustase? ¿No tienes ningún deseo?

La sombra: Ninguno, aparte tal vez del deseo que tuvo el «perro» filosófico ante el gran Alejandro: apártate un poco, tengo demasiado frío [203].

El caminante: ¿Qué debo hacer?

[202] Cf. 41 [31].

La sombra: Camina entre esos pinos y mira en torno las montañas; se pone el sol.

El caminante: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

[203] Culminación de todo un pasaje en que se viene jugando con la etimología griega de la palabra «cínico» (de κὺων, κυνός: «perro»), aunque Diógenos Laercio atribuye la denominación al hecho de que Antístenes (ca. 444-365 a. C.), usualmente considerado como fundador de la escuela filosófica cínica, impartía sus clases en el Cinosargo, un gimnasio situado en las proximidades de Atenas. De Diógenes de Sínope, representante más sobresaliente y popular de esta corriente de pensamiento, se cuenta que, hallándose ante Alejandro Magno en Corinto y habiéndole éste preguntado cuál era su mayor deseo, respondió: «Que te apartes del sol».

FRAGMENTOS PÓSTUMOS

(Primavera de 1878-noviembre de 1879)

[27 = N II 5. Primavera-verano de 1878]

27 [1][1]

Procedimiento *artístico* de la fábula en Hesíodo.
Inspiración de las Musas, el proceso.

27 [2][2]

Se arma mucho escándalo en torno a sucesos enteramente vanos como el atentado. La prensa es la falsa *alarma* permanente.

27 [3]

De estudiante yo decía: «Wagner es el romanticismo, no el arte en el justo medio y la plenitud, sino del último cuarto de hora: pronto caerá la noche». Con esta opinión, era w<agneriano>; nada más *podía* ser, pero yo lo *sabía*[3] mejor.

27 [4]

El hombre libre y fuerte no es artista. (Contra Wagner).

[1] Quizá notas para el seminario sobre *Los trabajos y los días* de Hesíodo (semestre de verano de 1878), o también para el seminario sobre los filósofos preplatónicos (semestre de verano de 1976). Cf. 27 [15].

[2] Cf. *OSV* 321. El 11 de mayo de 1878 tuvo lugar el primer atentado contra el Emperador Guillermo I.

[3] Juego de palabras entre *konnte* (podía) y *kannte* (sabía).

27 [5][4]

¿Está Wagner en situación de dar *testimonio* sobre sí mismo?

27 [6][5]

La energía de la música griega en el canto al unísono. Su desarrollo más refinado en el tono y el ritmo; por eso nos **daña** la *armonía.*

27 [7]

8 puntos sobre los que tengo que decidirme.

27 [8]

Sobre la piedad prevaleciente: Treitschke[6] y también los franceses: «Todas las cosas deben servir a la mayor gloria de Dios»[7].

27 [9][8]

Pasiones; conclusión: convicción.
Ultimo capítulo: A solas consigo mismo[9]. Comienzo: Y así adelante, sobre la sabiduría[10]. Conclusión de esto: Génova[11].

27 [10][12]

De las pasiones.
Religión.
En el trato.
Mujer e hijo.
Artistas y escritores.
Futuro de la cultura *(aislar fase)*[13].
El hombre a solas consigo.

27 [11]

Estamos demasiado cerca de la música, sólo aludimos; las épocas futuras apenas entenderán nuestros escritos sobre música.

[4] Cf. 30 [135].
[5] Cf. 27 [15].
[6] Heinrich von Treitschke (1834-1896): historiador alemán abogado del pangermanismo bismarckiano.
[7] Vid. *Romanos*, 8: 28.
[8] Cf. *HDH* 629-637.
[9] Cf. *HDH* IX.
[10] Cf. *HDH* 292, como conclusión de la V parte.
[11] Cf. *HDH* 628 y n. 86.
[12] Esquema tachado de distribución de aforismos en *HDH.*
[13] Cf. carta de Nietzsche a Mathilde Maier del 8 de agosto de 1878. Cf. 27 [65], 27 [34].

27 [12]

Sé que la independencia de pensamiento sobre la tierra ha aumentado y que quien se declara contra mí... Vid. Emerson, *Goethe*, pág. 9[14].

27 [13][15]

¿Qué es la frivolidad? No la entiendo. Y, sin embargo, Wagner ha crecido *contradiciéndola.*

27 [14][16]

La *censura* de una obra, asociada con gran contento. Además, con la utilidad (rara vez para el autor), pues obliga a los *admiradores* a darse *motivos.*

27 [15][17]

Viviente *forma de piedra* que imita a la *forma de madera* –como *símil* para el estilo oratorio y escrito (estilo de lectura)–.

Las columnas *asirias* con las volutas del capitel jónico –según las reproducciones–.

La columna egipcia, proto*dórica.*

El *trono* de Amiclas[18] y de Zeus en Olimpia, *resuelto* en *animales: asirio.*

El tratamiento de la cabellera en el arte griego arcaico es asirio.

Excelente cuando cesa la ceremonia, cuando uno puede dejarse ir.

Imaginería animal entre los asirios.

Contraste entre la manipulación de las masas colosales y la tosquedad del material en las *construcciones ciclópeas.*

Pueden «hablarnos estéticamente».

Aversión a lo redondo y a la bóveda.

La G<recia> antigua, llena de bosques; lo *prius*[19] es el *pórtico* primitivamente en torno a los rectángulos.

[14] Nietzsche se refiere a la obra de Emerson, *Über Goethe und Shakespeare*, traducción al alemán de H. Grimm, Hannover, 1857, *BN.*

[15] Cf. 30 [146].

[16] Cf. *OSV* 149.

[17] Tal vez notas tomadas de los cursos sobre «la historia de la cultura griega» y «el arte de la antigüedad» impartidos por Jacob Burckhardt en el semestre de verano de 1878 y a los que Nietzsche asistió como oyente; por otra parte, desde 1875 Nietzsche poseía dos copias de las lecciones sobre la cultura griega, una de Adolf Baumgartner y la otra de Louis Kelterborn (esta última en *BN*). El mismo origen parecen compartir 27 [73], 29 [42], 29 [43], 29 [44], 30 [20], 30 [21], 30 [65], 30 [74], 30 [75], 30 [79], 30 [84], 30 [88], 30 [102], ,30 [106], 30 [178], 30 [179] y 30 [181]. Cf. *OSV* 222.

[18] En la mitología griega, Amiclas es hijo de Lacedemón y Esparta, hermano de Eurídice (madre de Dánae) y padre de Hiacinto.

[19] «Lo primero».

27 [16][20]

— — — así como donde menos molestan es en la ciudad más grande, así nuestra amigable conversación ante toda la publicidad: ninguno de los que nos oyen nos escucha. Pero es que somos muy poca cosa.

27 [17]

Personas que tratan en vano de hacer de *sí* un *príncipe* (como Wagner).

27 [18]

Los *dramaturgos toman prestadas* –ésta es su principal facultad– ideas artísticas de la epopeya (lo mismo hace aún Wagner con la música clásica).

27 [19][21]

Los dramaturgos son genios *constructivos*, no inventivos y originales como los épicos.

El *drama* está *por debajo* del epos –público más grosero–: democráticamente.

27 [20][22]

Me encanta que la naturaleza no sea romántica: la ficción es exclusivamente humana: desembarazarse de ella tanto como sea posible significa conocer, *retraducir* al hombre en la naturaleza y en la verdad de ésta. ¡Qué me importa a mí aquí el arte! Pero un aire recio, al abrigo del sol y de la humedad, la ausencia de personas: ésa es *mi* naturaleza.

27 [21]

Veo a los sufrientes que van a buscar el aire de las cimas de la Engadina. También yo envío a los pacientes a *mi* aire de las cimas: *¿de qué* índole es su enfermedad?

27 [22]

El caminante a los amigos,
por F. N.

27 [23]

El amor por el arte de Wagner en bloque es exactamente tan *injusto* como la aversión en bloque.

[20] Contexto ignoto.
[21] Cf. 39 [7].
[22] Cf. 31 [8].

27 [24]

Falta a su música lo que falta a sus escritos: dialéctica. Muy grande en cambio el arte de la *amplificación*.

Sus obras aparecen como masas colmadas de grandes *ocurrencias*; se echa de menos un artista más grande para *tratarlas*.

Siempre atento a la expresión *más extrema* –en cada palabra–; pero lo superlativo debilita.

Celos de todos los períodos de *mesura*; desacredita la belleza, la gracia, no reconoce a lo «alemán» más que *sus virtudes* y, por ello, entiende también todos sus defectos.

27 [25]

Es efectivamente el *arte del presente*: una época más estética lo rechazaría. También *hoy en día* personas más refinadas lo rechazan. *Grosera simplificación* de todo lo estético. Comparado con el ideal de Goethe, profundamente retrógrado. El contraste moral de estas naturalezas wagnerianas, ardientemente fieles a su abandono, opera como un *aguijón*, como estímulo: incluso este sentimiento es utilizado por el *efecto*.

27 [26][23]

Yo llamé «la música más ética» al pasaje en que se llega al *máximo éxtasis*. ¡Característico!

27 [27][24]

Wagner *contra* los taimados, los fríos, los satisfechos: ésta es su grandeza –intempestivamente–; contra los frívolos y los elegantes; pero también *contra* los justos, los moderados, los que gozan del mundo (como Goethe), contra los benignos, los amables, las personas científicas: éste es su reverso.

27 [28]

Motivos *épicos* para la fantasía interior: en muchas escenas el efecto sobre los sentidos es mucho más débil (el dragón y Wotan).

27 [29]

Con su música Wagner no sabe ni *contar* ni *demostrar*, sino sorprender, dejar estupefacto, atormentar, poner en tensión, espantar; ha introducido en su principio lo que le falta a su configuración. La *disposición*[25] sustituye a la composición: emplea procedimientos demasiado directos.

[23] Cf. *Consideraciones intempestivas*, II; 28 [23].

[24] Cf. 27 [52].

[25] *Stimmung*. Vid. nota 20 a *HDH* 14.

27 [30]

Al dirigirse a personas *no* artísticas, ha de producirse un **efecto** por *todos* los medios: lo que de modo absolutamente general se pretende no es un efecto *artístico*, sino un *efecto nervioso.*

27 [31][26]

Tras un *tema*, para Wagner la *continuación* es siempre un apuro. De ahí la *larga* preparación: la tensión. Astucia peculiar para hacer pasar por virtudes sus puntos débiles. Así lo improvisador.

27 [32]

¿Qué expresa Wagner de nuestro tiempo? La yuxtaposición de grosería y delicadísima debilidad, el asilvestramiento del instinto natural y la hipersensibilidad nerviosa, el afán de emoción por agotamiento y el placer del agotamiento. Esto los wagnerianos lo entienden.

27 [33]

Con la música de Wagner, que quiere producir efecto como discurso, comparo yo la escultura en relieve, que quiere producir efecto como pintura. Las leyes estilísticas supremas son violadas, lo más noble no puede ya alcanzarse.

27 [34]

Alcancé el máximo pathos cuando esbocé al hombre schopenhaueriano [27]: el genio *destructor*, opuesto a todo lo que está en devenir.

Como compensación necesitaba del artista metafísico que edifica, que le procura a uno bellos sueños entre tan incómodas jornadas laborales.

La insatisfacción con el *pensamiento trágico*, acrecentada.

Antídoto: crítica *pesimista* del pensamiento y del *placer* de pensar. Crítica del genio.

1ª fase: Strauss. Descontento. Por contra, *placer* en la lucha [28].

2ª fase: *Tentativa* de *cerrar* los *ojos* frente al conocimiento de la historia [29].

3ª fase: Placer de la destrucción [30].

4ª fase: Placer del aturdimiento [31].

[26] Cf. *OSV* 296, 28 [20], 29 [2].

[27] Cf. *Consideraciones intempestivas*, III.

[28] Cf. *Consideraciones intempestivas*, I.

[29] Cf. *Consideraciones intempestivas*, II.

[30] Cf. *Consideraciones intempestivas*, III.

[31] Cf. *Consideraciones intempestivas*, IV.

27 [35]

El *ritmo* no pasó de la danza a la poesía de los griegos. La danza y la poesía, independientes. **Es decir:** *música* y *danza* han tenido que ser durante mucho tiempo *in*dependientes.

27 [36]

Frondosos abetos negros alzándose contra las montañas y el verde primaveral; el sol en grandes franjas en el bosque al atardecer: se espera la más jovial de las danzas.

27 [37]

Mi error respecto a Wagner no es ni siquiera individual, dijeron muchos, mi retrato era el correcto. Cuéntase entre los poderosos efectos de tales naturalezas engañar al pintor. Pero se peca contra la justicia tanto por benevolencia como por malevolencia.

27 [38]

En Wagner, *combinación* ambiciosísima de todos los medios para obtener el máximo efecto: mientras que los músicos antiguos iban perfeccionando tranquilamente los distintos géneros.

27 [39]

El poder formativo de la milicia, inadvertido.

27 [40]

Si no hubieseis hecho de la naturaleza una comedia, no creeríais en Dios; la maquinaria teatral, los bastidores y las sorpresas...

27 [41]

La ley psicológica del desarrollo de la pasión (la acción, el discurso, los gestos) y la de la sinfonía musical no coinciden: el aserto wagneriano puede tenerse por refutado por su arte. Todo lo grande está allí donde domina la música, o allí donde domina la dramaturgia; por tanto, *no* en el paralelismo.

27 [42]

Tras la guerra me pareció que el poder era un deber y que comportaba una obligación.

Vi en Wagner al adversario de la época, también en lo que esta época tiene de grandeza y en lo que de fuerza sentía en mí mismo.

Me pareció necesario un tratamiento de agua fría. Me sumé a la sospecha del hombre, a su abyección, que antes me sirvió para elevarme a aquel petulante

sueño metafísico. *Conocía* al hombre bastante bien, pero lo había *medido* y juzgado erróneamente: faltaba el motivo para la reprobación.

27 [43][32]

El Schopenhauer de carne y hueso no tiene nada que ver con el metafísico. En lo esencial es volteriano; le es extraño el 4.º libro[33].

27 [44]

Mi retrato de Wagner fue más allá de éste; yo había pintado un *monstruo ideal,* pero que quizá está en condiciones de inflamar artistas. El Wagner, el Bayreuth reales fueron para mí como la deficiente tirada última de un grabado en papel mediocre. Mi necesidad de ver hombres reales y sus motivos fue extraordinariamente estimulada por esta vergonzante experiencia.

27 [45][34]

Wagner recuerda a la lava, que mediante la solidificación obstaculiza su propio paso y de pronto se ve contenida por los bloques formados por ella misma. Nada de *allegro con fuoco* en él.

27 [46]

La asociación de gracia e intimidad es también *alemana.*

27 [47]

Su alma no *canta; habla,* pero como habla la pasión suprema. *Naturalmente,* danse en él el tono, el ritmo y la mímica del habla; la música por contra no es nunca enteramente natural, <sino> una especie de lengua *aprendida,* con un mediano surtido de palabras y una sintaxis *diferente.*

27 [48][35]

Pero a continuación mi mirada se abrió a las *mil* fuentes en el desierto[36].
Ese período, muy útil contra una prematura prudencia senil.

27 [49]

Ahora alboreaba para mí la antigüedad y el discernimiento goethiano del gran arte; y sólo *ahora* pude lograr una visión *simple* de la vida humana *real:*

[32] Cf. 30 [9].
[33] Se refiere al libro IV de *El mundo como voluntad y representación: El mundo como voluntad.*
[34] Cf. 30 [167].
[35] Cf. 27 [85].
[36] Cf. Goethe, *Viaje al Harz en invierno.*

tenía los *antídotos* para que de ahí resultase un pesimismo venenoso. Schopenhauer se hizo «histórico» *no* como conocedor de los hombres.

27 [50]

Pobreza de la melodía y en la melodía *en* Wagner. La melodía es un *todo* con muchas bellas proporciones. Reflejo del alma ordenada. En cuanto *tiene* una melodía, *trata* de ahogarla o poco menos con su abrazo.

27 [51]

Nuestra juventud se sublevó contra la *ramplonería* de la época. Se lanzó al culto del exceso, de la pasión, del éxtasis, de la más negra y amarga concepción del mundo.

27 [52]

Wagner lucha contra la «frivolidad» en sí en que, villano (comparado con Goethe), se le convirtió la alegría de vivir. Vid. supra [37].

27 [53]

Wagner se imita a sí mismo de muchos modos: amaneramiento. Por eso ha sido también muy rápidamente imitado entre los músicos. Es fácil.

27 [54]

Wagner no tiene la fuerza para hacerse el libre y grande en el trato: no está seguro, sino que es suspicaz y presuntuoso. Su *arte* produce el **mismo** efecto sobre los artistas; es envidioso de los rivales.

27 [55]

Contradicción entre la grosería en la conducta y la excesiva delicadeza de la sensibilidad.

27 [56]

Vaguedad de los fines últimos, nebulosidad nada antigua.

27 [57] [38]

El arte del colorido orquestal, imitación (prematura), con finísimo oído, de los franceses, de Berlioz [39].

[37] Es decir, 27 [13]; cf. asimismo, 27 [27] y 30 [146].

[38] Cf. 30 [170].

[39] Hector Berlioz (1803-1869): compositor francés.

27 [58]

Tannhäuser y *Lohengrin*[40] no son *buena* música. Pero en absoluto es el arte más refinado y elevado el que logra del modo más seguro lo cautivador, lo conmovedor. *Simplificación grosera.*

27 [59]

Falta la distinción que <tienen> Bach y Beethoven; el alma bella (Mendelssohn incluido), un grado más abajo.

27 [60]

También en la música hay una *lógica* y una *retórica* como opuestos estilísticos. Wagner se torna rétor cuando trata un tema.

27 [61]

Honda *desconfianza* hacia *su* invención musical en la dialéctica. El enmascara el defecto de todas las maneras.

27 [62]

Representación del nacimiento de la tragedia: guirnaldas de nubes flotantes, blancas sobre el fondo de un cielo nocturno, a través de las cuales brillan las estrellas; valle vagamente demasiado nítidamente iluminado fantasmalmente.

27 [63] [41]

Sobre el puente, tras un encuentro: soledad.

27 [64]

Habitando en los pasos de montaña.

27 [65]

En el Böhmerwald me elevé por encima de la *fase.*

27 [66]

«Filisteo de la cultura» y enfermedad histórica comenzaron a darme alas.

27 [67]

Con **Schopenhauer**. Primero **defendiéndole** en lo grande frente al detalle, luego en el detalle frente al conjunto.

[40] Operas de Wagner.
[41] Cf. 27 [88].

27 [68]

«*Eufuismo*[42] *musical*» de Wagner (Liszt).

27 [69][43]

Música de las hijas del Rin[44]: música otoñal.

27 [70][45]

Problema: el músico a quien falta el sentido del ritmo.
Ritmo hebreo (paralelismo), decrepitud del sentido rítmico, retroceso a etapas primitivas.
El *término medio* del arte, dejado atrás.

27 [71][46]

Si tuviésemos las fuerzas subjetivas griegas, que [—] «originalidad».
Pero en lo *estrecho*, limitado, no hay *desarrollo*.

27 [72]

Evolución del ornamento del discurso.

27 [73][47]

«Recibido como recompensa por la más delicada moderación interior.»
Burckhardt.

27 [74]

Hay algo que despierta en grado sumo la desconfianza hacia Wagner: se trata de la desconfianza de Wagner. Esto carcome tan fuertemente, que por dos veces he dudado si un músico — — —

27 [75]

La envidia de Platón. Quiere confiscar a Sócrates *para sí*. Lo impregna de sí, piensa embellecerlo, καλὸς Σωκράτης[48], privar de él a todos los socráticos, señalarse como continuador. Pero lo representa de manera absolutamente

[42] Del griego εὐ φυία, buen ingenio.
[43] Cf. 30 [147].
[44] Custodias del oro del Rin, en *El anillo del Nibelungo*, de Wagner.
[45] Cf. 30 [35].
[46] Cf. 27 [15].
[47] Cf. 27 [15].
[48] Cf. Platón, *Epístolas*, 2, 314 c; *Ateneo*, 5, 219.

antihistórica, sobre la más peligrosa arista (como hace Wagner con Beethoven y Shakespeare).

27 [76][49]

Los griegos, carentes de *sentimiento de pecado*. Orestes, el criminal respetable. Locura, no necesidad de redención.

27 [77]

Wagner no tiene en sus escritos ni grandeza ni calma, sino arrogancia. Por qué: —

27 [78][50]

Pasaje de Taine[51] sobre los semitas. Por lo demás he extraviado al lector: el pasaje no se aplica en absoluto a Wagner. ¿Sería Wagner un semita? Ahora comprendemos su aversión a los judíos[52].

27 [79]

Yo amé el arte con verdadera pasión y acabé por no ver en nada existente más que arte, a la edad en que otras pasiones suelen llenar razonablemente el alma.

27 [80][53]

El *hombre shopenhaueriano* me empujó al escepticimo hacia todo lo venerado, exaltado, hasta aquí defendido (también hacia los griegos, Schopenhauer, Wagner), el genio, los santos: pesimismo del conocimiento. Mediante este *rodeo llegué a la cumbre*, con los vientos más fríos. El escrito sobre Bayreuth no fue más que una pausa, una recaída, un *descanso*. *Allí* se me apareció la *superfluidad* de Bayreuth.

27 [81]

Quien ataca a su época no puede sino atacarse a *sí*: ¿qué puede, pues, ver sino a sí? Tampoco se puede glorificar en los demás más que a sí. Autodestrucción, autodeificación, autodesprecio: eso es nuestro juzgar, amar, odiar.

27 [82]

Me harté del placer de las ilusiones. Incluso en la naturaleza me disgustaba ver una montaña como un dato de la sensibilidad. Por fin me di cuenta de que también nuestro placer en la verdad estriba en el placer de la ilusión.

[49] Cf. 28 [28].
[50] Cf. 30 [153]
[51] Hyppolite Taine (1828-1893): crítico literario, filósofo e historiador francés.
[52] Cf. *El caso Wagner*, post-scriptum, nota (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. IV, pág. 42).
[53] Cf. 27 [34].

27 [83]

Wagner lucha contra lo monumental, pero ¡cree en lo universalmente humano!
La tradición estilística: aquí quiere él *monumentalizar*, donde menos permitido está, ¡en el *tempo*!

27 [84]

No tengo el talento de ser fiel y, lo que es peor, ni siquiera la vanidad de parecerlo.

27 [85][54]

Todo goce consiste en el refinamiento de la facultad del juicio. Cualquier *crítica* de un maestro nos abre el camino a otros maestros. Mil fuentes en el desierto.

26 [86][55]

¿De qué *sirven* las tonterías y extravagancias de Wagner, y las de su partido? ¿O puede *hacérselas* útiles? Con ellas lleva consigo por todas partes una *campana de alarma*. Ojalá no cambie.

27 [87]

Yo estoy *contra* el desarrollo *aislado* del sentimiento religioso, pues su fuerza debe contribuir a *otros desarrollos*. Ahora está muy disperso, sin producir auténtico gozo.

27 [88][56]

Amigos. No queremos convertirnos en fantasmas. Tormento tras un encuentro.

27 [89]

Wagner corre tras una locura, la época tras otra; ambos con el mismo *tempo*, igualmente ciegos e injustos.

27 [90]

Todas las «ideas» de Wagner devienen al punto rígido amaneramiento, le *tiranizan*. ¡Cómo *puede semejante hombre dejarse tiranizar así*! P. ej., por su odio a

[54] Cf. 27 [48].
[55] Cf. 30 [167].
[56] Cf. 27 [63]; *OSV* 242.

los judíos. *Mata* tanto sus temas como sus «ideas» con un rabioso gusto por la repetición. El problema de la amplitud y longitud excesivas: nos atormenta con su arrobamiento.

27 [91]

Yo sé voltear las campanas (escrito sobre Richard Wagner).

27 [92]

Todo lo excelente es de naturaleza *mediocre*. Richard Wagner es música para un período de decrepitud de la música.

27 [93]

Beethoven lo ha hecho mejor que Schiller. Bach, mejor que Klopstock. Mozart, mejor que Wieland. Wagner, mejor que Kleist[57].

27 [94]

El rechazo de las formas por parte de Wagner le trae a uno a las mientes a Eckermann: «no hay arte en ser espiritual cuando no se tiene respeto por nada»[58].

27 [95]

Amigos. Nada nos obliga, pero nos gustamos recíprocamente hasta el punto de que uno favorece el rumbo tomado por el otro aun cuando sea diametralmente opuesto al suyo.

27 [96]

La música, por supuesto, nada monumental. La poesía *mucho* **más** (a causa del pensamiento).

27 [97][59]

Un refrán (Sorrento) nos llega desde un *falso azogue*[60]: así con *toda* la música del pasado.

[57] Heinrich von Kleist (1777-1811): escritor y dramaturgo alemán.

[58] Cf. lo dicho por J. P. Eckermann en las *Conversaciones de Goethe con Eckermann* (Leipzig 1868), I, 178, a propósito de Byron, el 29 de noviembre de 1826 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 1122), *BN*.

[59] Cf. 28 [10].

[60] *Folie*.

[28 = N II 6. Primavera-verano de 1878]

Memorabilia

28 [1][1]

Otoño; dolor; rastrojos; licnis, asters. En todo semejante a cuando el pretendido incendio del Louvre[2]. Sentimiento otoñal de la cultura. Nunca un dolor más hondo.

28 [2]

Inveterada desconfianza hacia las llamadas acciones morales. El hombre actúa según mejor se siente.
15. Por excepción, porfiado, autodenigratorio sentimiento de la moralidad, que respira el aire de las cumbres.

28 [3]

14. *Splügen*[3]. Vaivén simból<ico> de las generaciones. A mitad de camino entre el norte y el sur, el verano y el invierno. El castillo al sol de mediodía. El bosque al atardecer. Historia monument<al> escrita.

28 [4]

13. No he conocido a ningún hombre de convicciones que, a causa de estas convicciones, no me haya despertado al punto la ironía.

28 [5]

En 1877 yo no sabía pretender nada en absoluto del futuro. Ni siquiera la salud; pues ésta es un medio; *¿qué* habría yo querido alcanzar con este medio?

28 [6][4]

Windlücke[5]. Las piedras como testigos del pasado.
Krumme Hufe[6]. Claro de luna. Patín. «Lo que durante el día he ganado con m<i> lira, se lo lleva al atard<ecer> el viento».
¡Días dichosos de la vida!

[1] Cf. 30 [166]. Cf. la carta de Nietzsche a Gersdorff del 21 de junio de 1871. Carl Freiherr von Gesdorff, técnico agrícola compañero de estudios de Nietzsche en Pforta.
[2] En 1871, destruyó algunos pabellones y galerías.
[3] Lugar de residencia de Nietzsche durante la primera mitad de octubre de 1872.
[4] Cf. *OSV* 49.
[5] Colina en la carretera Pforta-Bad Kösen.
[6] Pradera cerca de Naumburg, con dos estanques sobre los que Nietzsche patinaba de niño en invierno.

28 [7][7]

De niño, Dios visto en su gloria. Primer escrito filosófico sobre la génesis del diablo (Dios se piensa a sí mismo, esto sólo puede hacerlo mediante la representación de su contrario). Tarde melancól<ica>. Función religiosa en la capilla de Pforta, lejanos sonidos de órgano.

De familia de pastores, temprana visión de la estrechez espiritual y anímica, de la virtualidad, de la altanería, del decoro.

28 [8]

Siete años. Sentida la pérdida de la infancia[8]. Pero a los veinte en Bonn me he sentido niño en la desembocadura del Lippe (?)[9].

28 [9]

Daimonion. Voz de advertencia paterna.

28 [10][10]

Torre cerca de Sorrento en la montaña. Mono doméstico.
evviva evviva il cuor di Maria
evviva il Dio que tanto l'ama[11].

28 [11][12]

La *Apología* de Sócrates, leída y explicada con íntima emoción. Gusto por las *Memorabilia*, que creo entender mejor que los filólogos.

28 [12][13]

Me equivoco instintivamente respecto a la intelectualidad de los hombres, respecto a su interés objetivo, que siempre igualo al mío. En esto los trato muy aristocráticamente.

[7] Cf. *Genealogía de la moral*, prólogo, 3 (ed. cast. cit., pág. 19 s.).

[8] Cf. *CS* 168.

[9] Más bien el Wied.

[10] Cf. 27 [97].

[11] Estribillo de una canción entonada, según cuenta Malwida von Meysenburg a Olga Monod en carta de febrero de 1877, durante una excursión por las orillas del golfo de Salerno. Cf. *Briefe von und an M. von Meysenburg*, Berlín, 1877, pág. 127.

[12] Cf. 18 [47], 41 [2], 42 [48]; *CS* 86.

[13] Cf. *CS* 246, 320.

28 [13]

El ama de llaves de la parroquia de Einsiedel[14]. Testimonio de la seriedad precoz. Cristo niño entre los doctores[15].

28 [14]

Paseo a Gohlis cuando Ritschl descubrió en mí al filólogo, tempranero sol cálido de febrero. Buñuelos[16].

28 [15][17]

Una cualidad principal: un *heroísmo refinado* (que por lo demás reconozco también en Epicuro). En mi libro no hay ni una palabra contra el temor a la muerte. Yo apenas tengo.

28 [16]

Mi ser *se desvela*; ¿que si se *desarrolla*?
Sobrecargado desde la infancia de un carácter y un saber extraños. Me descubro a mí mismo.

28 [17]

Mitromanía[18]. Esperar la aparición del primer rayo de sol, verlo *finalmente*, y mofarse de él y extinguirse.

28 [18]

Saber, *parálisis*; obrar, epilepsia, involuntariamente.
12. Estoy como tocado por la flecha envenenada de curare del conocimiento: veo todo.

28 [19][19]

De *viajeros*: los unos saben extraer mucho de poco, los más poco de mucho.
11. *Ser* (de viaje) visto; ver; vivenciar; asimilar; exteriorizar lo vivido[20]: cinco grados; pocos llegan al más alto.

[14] En las cercanías de Plauen.

[15] Cf. *Lucas* 2, 41-52.

[16] Friedrich Ritschl (1806-1876), profesor de filología clásica en Bonn y después en Leipzig, fue maestro de Nietzsche y principal responsable del nombramineto de éste como profesor en Basilea. Cf. *Mirada restrospectiva sobre mis dos años en Leipzig*, P I 9, 25-26. El episodio mencionado tuvo lugar el 24 de febrero de 1866.

[17] Cf. 28 [27].

[18] Cf. 28 [34] y nota a 28 [24].

[19] Cf. *OSV* 228, *HDH* 627.

[20] Los tres últimos grados son otras tantas derivaciones del verbo *leben* (vivir): *erleben, einleben* y *herausleben*, respectivamente.

28 [20][21]

10. El secreto de todos los triunfadores consiste en tratar sus defectos como virtudes. Así Wagner.

28 [21][22]

Hacer nuestros sufrimientos útiles para los demás, como el Estado con la muerte del criminal.

28 [22]

Mitra, esperanza;
¡demencia de Mitra!

28 [23]

Quien me despierta me ha herido[23].

28 [24]

Grotta di *matrimonio*[24], imagen idílica de la vida inconsciente.

28 [25]

Tiberio[25]: la demencia de poder obrar. Compañera: la demencia de poder saber.

28 [26]

8. No se me ha ofendido; pese a ello, me aparto de los hombres. Ninguna venganza.

28 [27][26]

7. Heroísmo refinado *con los ojos cerrados* sobre sí mismo, observado en mí. Quizá otros cierran los ojos en *sus* actividades.

[21] Cf. *OSV* 296, 29 [2].

[22] Cf. *CS* 323.

[23] Cf. Richard Wagner, *Sigfrido*, acto III.

[24] La *Grotta di matrimonio* se encuentra en Capri. Nietzsche la visitó durante su estancia en Sorrento, en el invierno de 1876-1877. Cf. *Aurora* 460 (ed. cast. cit., pág. 917), *La gaya ciencia* 36 (ed. cast. cit., pág. 71-2), *Más allá del bien y del mal* 55 (ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1975 [2], págs. 80 s.). En extensa nota de esta última obra (pág. 269), da el traductor español erudita cuenta de la significación e implicaciones nitzscheanas de esta *Mitromania, Matromania* o *Grotta di matrimonio*.

[25] Tiberio Claudio Nerón (42 a. C.-37 d. C.): emperador romano (14-37) que pasó retirado en Capri aproximadamente la última década de su vida.

[26] Cf. 28 [15], 20 [19].

28 [28][27]

Madre; naturaleza; pasado; matar; Orestes; el respeto por el gran criminal. Es santificado.

El culto de las Erinnias (como fructífero).

28 [29][28]

6. Necesaria poca fuerza para empujar un bote. Byron. Crítica de Edimburgo. Más tarde, la calumnia.

28 [30][29]

5. Enganchar su enfermedad al arado.

28 [31]

4. No dejarse llevar por ningún sufrimiento a la creencia en el δεὐτερος πλοῦς[30].

Rechazar el *sufrimiento* como castigo y prueba (futuro).

28 [32][31]

Por la mañana en invierno en una caballeriza envahada.

28 [33][32]

En Sorrento levanté la capa musgosa de 9 años.

Soñar con muertos.

28 [34][33]

Imaginar la vida como *fiesta* a partir de la mitromania.

28 [35][34]

¿Que Cristo ha tenido que salvar el mundo? Muy mal le ha debido de salir.

[27] Cf. 27 [76].

[28] Cf. *OSV* 394.

[29] Cf. *OSV* 356.

[30] «La segunda navegación o travesía», esto es, aquella con remos cuando hay calma chicha, utilizada como metáfora proverbial; cf., p. ej., Platón, *Fedón*, 99d (ed. cast., *Obras completas*, cit., pág. 642); *Filebo*, 19c (ed. cast., ibid., pág. 1224); *Político*, 300c (ed. cast., ibid., pág. 1092); *Carta* VII, 337e (ed. cast., ibid., pág. 1579); Aristóteles, *Política*, 1284 b 19 (ed. cast., *Obras*, cit., págs. 1469); *Etica nicomaquea*, 1109 a 25 (ed. cast., ibid., pág. 1194). Nietzsche está aludiendo a Schopenhauer, *El mundo...*, 2, 463.

[31] Cf. carta de Nietzsche a Rohde de 3-6 de noviembre de 1867.

[32] Cf. *OSV* 360. Cf. las cartas de Nietzsche a Rohde del 28 de agosto de 1877 y a Cósima Wagner del 19 de diciembre de 1876.

[33] Cf. 28 [17].

[34] Cf. *OSV* 98.

28 [36][35]

Sembrar sobre los defectos de uno.

28 [37][36]

El problema de Fausto rebasado con la metafísica.

28 [38]

Exigir al individuo el *arbitrio* osado de la vida. ¡Ya!.

28 [39][37]

Arte del recuerdo, victoria sobre los elementos malos, amargos. Lucha contra la enfermedad, el fastidio, el aburrimiento.
2. Mitra mata al toro, del cual penden la serpiente y el escorpión.

28 [40][38]

¡Recobrar la visión antigua del mundo! ¡La *Moira*, realmente sobre todo, los *dioses*, representantes de poderes reales! ¡Hacerse antiguo!

28 [41]

Yo preciso de las cajitas de ungüento y de los frascos de medicina de *todos* los filósofos antiguos.

28 [42][39]

Sueño del sapo.

28 [43][40]

Neo-antigüedad.

28 [44]

Amar lo grande aun cuando nos humilla. ¿Por qué no tendría el artista que arrodillarse ante la verdad, el líder de un movimiento espiritual que postrarse avergonzado ante la justicia, y decir: «lo sé, diosa, mi causa no es tu causa, perdóname, pero no puedo hacer otra cosa»?

[35] Cf. *HDH* 617.
[36] Cf. 23 [155].
[37] Cf. 28 [24].
[38] Cf. 28 [43].
[39] Cf. 21 [21].
[40] Cf. 28 [40], 30 [53].

28 [45]

Efecto de mis escritos: muy *escéptico* al respecto. Yo vi partidos. «Esperaré hasta que Wagner reconozca un escrito dirigido contra él», decía.

28 [46]

En caso de mediocridad sobreviene fácilmente un *envenenamiento espiritual*: tal en el caso de las metas de las *Bayreuther Blätter*.

28 [47]

El sentido *supremo* de las formas, el desarrollo *consecuente* de lo más complicado a partir de la más simple forma básica, lo encuentro en *Chopin*.

28 [48]

En la música *alemana* se carga demasiado en la cuenta de los factores **morales**...

28 [49][41]

Insinuarse sin vergüenza: eso puede ser realmente la compasión; pero yo quisiera compasión *con* inteligencia: desconfío plenamente de la schopenh<aueriana>, por más *inteligente* que sea.

28 [50][42]

Defecto natural del *músico*.
Biografías.

28 [51]

La orquesta de Bayreuth, demasiado baja; a partir de la mitad había que creer en la precisión musical como en un artículo de fe.

28 [52]

Wagner tiene el sentido de los profanos que consideran mejor una explicación por *una* causa. Así los judíos: un pecado, un redentor. Así simplifica[43] él lo alemán, la cultura. Falso, pero con fuerza.

28 [53][44]

Liszt, el *representante* de todos los músicos, *no un músico*: príncipe, no estadista. Cien almas de músico juntas, pero no la suficiente personalidad propia para tener sombra propia.

[41] Cf. *OSV* 68.
[42] Cf. quizá *OSV* 394.
[43] Cf. *Wagner en Bayreuth*, 4.
[44] Fragmento introducido ulteriormente y luego reelaborado para *OSV* 81.

Cuando se quiere tener una personalidad propia y corpórea, no debe uno resistirse a tener también una sombra.

28 [54]

A menudo he tenido la dicha de pulsar la cuerda buena de una persona y gozar durante días enteros de su sonido; otros trabaron conocimiento con ellos por recomendación mía y los encontraron insoportables, engreídos, pueriles: eran los mismos que me permitieron contemplar un verdadero tesoro de bondad de alma, de ánimo modesto y confianza.

28 [55]

«Rumiar sobre lo pasado», es decir, ya no se piensa en otra cosa que en cómo ha ido y no en cómo debiera haber ido.

28 [56]

Contra el intercambio de correspondencia entre amigos. En cuanto uno escribe cartas, empieza a errar.

28 [57]

Yo he dicho: «en los escritos de Wagner podría aprenderse mucho sobre la génesis de la obra de arte[45]. Es decir, la injusticia profunda, la autocomplacencia y sobreestima, el menosprecio de la crítica, etc.

28 [58]

Lo que en ocasiones me impacienta de las mujeres es que nieguen y denigren lo bueno y aun excelente si no está bautizado con el nombre que ellas tienen por el más elevado. El miserable desperdicio de espíritu que de ello se sigue para hacer lo bueno malo y de lo insignificante algo estraordinario y pleno de significación.

28 [59][46]

Bajo el hipócrita nombre de compasión, esparcir a espaldas de uno las más viles calumnias.

28 [60][47]

Bajo un nogal como entre parientes, completamente en el ambiente de uno.

[45] Cf. *Wagner en Bayreuth*, 10 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. I, pág. 838).
[46] Cf. *OSV* 377; 30 [37].
[47] *OSV* 49.

[29 = N II 4. Verano de 1878]

29 [1][1]

Lo que Goethe sentía a propósito de H. Kleist era su sentimiento de lo *trágico*, del que él se apartaba: era la parte incurable de la naturaleza. El mismo era conciliador y curable. Lo trágico tiene que ver con sufrimientos incurables, la com<edia> con curables[2].

29 [2][3]

Nadie sabe mejor que Wagner tornar sus defectos en virtudes. Muéstrase aquí una profunda *astucia de su sentido de artista.* Todos los artistas tienen algo de esto, incluidas las mujeres.

29 [3]

Hay que saber *abandonar* una fase de la vida, como el sol en su máximo esplendor, aunque no se quiera renacer...

29 [4]

La verdad, como el sol, no debe ser demasiado luminosa: de lo contrario los hombres huyen en la noche y se hunden en la oscuridad.

29 [5]

Las bebidas y el lujo son para los pobres en *pensamientos*, que quieren tener *sensaciones.* Por eso degeneran tan fácilmente los artistas.

29 [6][4]

Quien toma un camino equivocado, si se percata, se v<uelve> desconfiado, casi se le estrangula la garganta.

29 [7]

Si la vida no se tiene por una buena cosa que hay que conservar, todas nuestras aspiraciones a la ciencia carecen de sentido (de utilidad); ¿para qué la verdad?

[1] Cf. 29 [15], *OSV* 23, *CS* 124.

[2] Cf. Goethe, *Ludwig Tieck's dramaturgische Blätter*, y su carta a Zelter del 31 de octubre de 1831. Ludwig Tieck (1773-1853): poeta y escritor alemán. Karl Friedrich Zelter (1758-1832): compositor alemán que puso música a muchos *Lieder* de Goethe.

[3] Cf. 28 [20], *OSV* 296.

[4] Cf. la carta de Nietzsche a Karl Fuchs de finales de junio de 1878.

29 [8]

Dühring [5], para hacerse *positivo*, deja de ser científico (ética).

29 [9]

Hay mucha diferencia entre estar predispuesto por el temperamento de uno a la dicha del instante o a la duradera. Uno se confunde con facilidad y aspira a metas falsas (en arte y en filosofía). Esto corrompe el temperamento, así como las dotes de uno.

29 [10]

Desde el punto de vista de la *conciencia intelectual*, los hombres se dividen en *buenos*, los que tienen la buena voluntad de dejarse dar lecciones, y los que carecen de esta buena voluntad, los *malos*.

29 [11]

Es prodigioso cuán lejos me creía yo del filósofo y cómo avanzaba por la niebla con nostalgia. De repente...

29 [12]

Fantasma en silueta. Trazarle a cada curva el círculo que la completa.

29 [13]

Quien acepta homenajes es un mentiroso o está completamente ciego *respecto a sí*.

29 [14]

La *metafísica* desnaturaliza el pensamiento, lo hace infructuoso (no crece con coherencia) y finalmente lo *vacía de pensamientos*.

29 [15][5]

Motivos de una visión *trágica* del mundo: la glorificación de la lucha de los vencidos. Los fracasados están en mayoría. Lo horrible estremece con mayor fuerza. El gusto por las paradojas, preferir la noche al día, la muerte a la vida.

Trag<edia> y com<edia> dan una caricatura de la vida, no una copia. «Patológico».

Goethe contra lo *trágico*: ¿por qué buscarlo? Naturaleza conciliadora.

[5] Cf. 29 [1], *CS* 124.

29 [16]

Nunca han existido seres tan dotados como yo me representaba a los genios.

29 [17]

¡La enorme impresión que les produce a los ancianos la doctrina de la fugacidad! (Horacio y Antonino[6]).

29 [18][7]

«En los griegos lo importante[8] es grande, lo insignificante[9] (p. ej., *panta*[10] atributo) pequeño».

29 [19][11]

Un genio no es nada si no nos eleva tan alto y nos hace tan ampliamente libres, que ya no necesitemos más de él.

Liberar y dejarse venerar por los liberados, esa es la suerte de los líderes de la humanidad, en absoluto triste: les llena de júbilo el hecho de que su camino tendrá continuación.

29 [20]

La rosa modesta y pálida que crece en las laderas de la montaña nos conmueve más que el máximo esplendor cromático de las flores de jardín.

29 [21]

¿Por qué en Bayreuth faltan los eruditos? No tenían *necesidad* de ello. Otro se lo habría reprochado. Ahora...

29 [22][12]

De ningún modo necesitamos amar a nuestros enemigos; sólo necesitamos *creer* que los amamos: ésa es la sutileza del cristianismo y lo que explica su éxito popular. Ni siquiera *creer* es en absoluto necesario, sino sólo *decirlo* y *declararlo* con frecuencia.

[6] Quizá Antonino el Pío (86-161): emperador romano (138-161).
[7] Cf. 27 [15].
[8] *das Bedeutende.*
[9] *das Unbedeutende.*
[10] πάντα: «todas las cosas».
[11] Cf. *OSV* 407.
[12] Cf. *OSV* 96.

29 [23]

Recreación del retrato por intuición [13], en presencia de las obras. («Richard Wagner»: cómo la obra metamorfosea como por encanto la imagen [14] del viviente; hay figuración [15] ideal).

29 [24] [16]

Por la tarde, al descender, cuando los rayos solares brillan por entre las hojas grasas de los castaños.

29 [25]

Seguir a la naturaleza, un error en Montaigne, III, 354 [17].

29 [26]

Libro 41, cap. 20: Persei «nulli fortunae adhaerebat animus, per omnia genera vita errans, uti nec sibi nec allis qui homo esset satis constaret». Montaigne, III, 362 [18].

29 [27] [19]

En *Jung-Stilling*, el pasaje sobre el placer en la moral *cristiana* [20].

29 [28]

El hombre no solamente quiere que su manera de vivir sea placentera o útil: ha de ser también un *mérito* y por cierto de tal modo que le sea claro que el placer no es tan grande. Quiere indemnizarse mediante el *honor*.

29 [29]

Hijo mío, vive de modo que no tengas que avergonzarte de ti mismo; habla de modo que todos hayan de reconocer que se puede fiar en ti; y no olvides que dar gusto también da gusto. Aprende a tiempo que el hambre sazona los alimentos y huye de las comodidades, pues hacen insípida la vida. Algún día tienes que hacer algo grande: para ello debes primero *convertirte* en algo grande.

[13] *Ahnung*. Normalmente lo traducimos por «barrunto», «presentimiento».

[14] *Bild*.

[15] *Idealbildung*.

[16] Cf. *OSV* 49.

[17] Referencia a la traducción alemana de los *Ensayos* de Montaigne (*Versuche*, Leipzig, 1753-1754, *BN*).

[18] De Perseo «el ánimo no se adhería a ninguna fortuna, errante o por todo género de vida, de modo que constara que no era hombre satisfecho ni consigo ni con los otros». Op. cit.

[19] Cf. *OSV* 96.

[20] Cf. Jung- Stilling, *Lebens-geschicbte*, 3.ª ed., Stuttgart, 1857, pág. 746, *BN*. Johann Heinrich Jung, llamado Stilling (1740-1817): escritor alemán.

29 [30][21]

Ese olor de los trigales, que recuerda a la miel.

29 [31]

Título:

El nuevo horizonte,
por F. N.

29 [32][22]

El arte barroco lleva a todas partes consigo el arte en su apogeo y lo expande: ¡un mérito!

29 [33]

El arte de Wagner, para los eruditos que no se atreven a convertirse en filósofos; descontento de sí, habitualmente letargo; bañarse de vez en cuando en la *parte contraria.*

29 [34]

Mis observaciones morales sobrepasan el *término medio*; un fenómeno de la salud *aún* no restablecida.

29 [35]

Educación. 2 épocas capitales. 1) Correr el velo. 2) Descorrer el velo. Si a continuación uno se siente bien, es que era el momento *adecuado.*

29 [36]

Aparente arte *para todos* (en Wagner), debido a la simultaneidad de medios groseros y refinados. Pero *muy* ligado a determinada educación estético-musical; indiferencia *moral* sobre todo.

29 [37]

La época en que libros y conversaciones están *sobrecargados* de pensamientos no es la de la *riqueza* de pensamiento. Cuando ésta se da, *obliga* al orden y la simplicidad en la economía. A los jóvenes les encanta lo sobrecargado, pues provoca el *brillo* entre los *pobres* (que son la mayoría).

[21] Cf. *OSV* 49.
[22] Cf. *OSV* 144.

29 [38]

Así como no se nace maestro, tampoco ignorante.

29 [39]

Quien cuenta con el *arte de la inspiración*, debe tomar de los campos afines *mucho* que le ayude a imponer su arte, emocionar, estremecer, privar de lucidez y juicio, recordar las penurias y experiencias más profundas.

29 [40]

Quien no se atreve a fiarse del entendimiento, trata de desacreditarlo. Los sentimentales.

29 [41][23]

Ironía: mentira sobre lo que se sabe, como si no se supiese.
En beneficio de otros (¿posición de la metafísica en la educación?).

29 [42][24]

Tres tipos de virtud divina: Apolo, Hermes, Dionisio. Portentoso desarrollarlo *exhaustivamente*: ¡qué coraje!.

29 [43][25]

Rejuvenecimiento de los dioses en la fantasía plástica de los artistas.

29 [44][26]

«Belleza de segunda clase», el placer sensible junto a lo *altamente* ideal.
Una pena si no hubiese sido representado. Nuevos ámbitos, no de elevada nobleza, pero aún ideales. No divinos.

29 [45][27]

¿Por qué no habría de poderse *jugar a la metafísica*, ni aplicar a ello una enorme fuerza de creación?

[23] Cf. *HDH* 372.
[24] Cf. 27 [15].
[25] Cf. 27 [15].
[26] Cf. 27 [15].
[27] Cf. 29 [49].

29 [46]

Los wagnerianos no quieren cambiar nada en sí, viven en el fastidio por lo insípido, convencional, brutal; el arte debe elevarlos *por un tiempo*, mágicamente, por encima de ello. Debilidad de la voluntad.

29 [47]

No tener *ya* necesidad o tener *aún necesidad* del arte de Wagner...

29 [48]

Hay en él [28] impulsos formidables: *impulsa a ir más allá de ellos.*

29 [49] [29]

¿Por qué no se considera la metafísica y la religión como *juego de adultos*?

29 [50]

Al *regalársela* a la metafísica y la religión, se ha perdido la *seriedad* para la vida y la tarea de ésta.

29 [51]

El arte de Wagner, para quienes son conscientes de una *falta* esencial en la conducta de su vida: o bien han estrangulado una naturaleza grande con una actividad vil, o bien la han despilfarrado mediante la ociosidad o un matrimonio de convención, etc.

Huir del mundo es aquí = **huir de sí.**

29 [52]

«Los dioses de Grecia», una etapa en el camino de la desilusión: al final, libertad de metafísica.

29 [53]

Creer en Dios es como antaño creer en fantasmas. (¿Lichtenberg? [30]).

29 [54]

El niño no quiere renunciar a su cuento de hadas.

[28] El arte de Wagner, se entiende.

[29] Cf. 29 [45].

[30] Cf. G. C. Lichtenberg, *Vermischte Schriften*, Göttingen 1867, I, 58, *BN.*

29 [55][31]

Si la vida no tiene el valor supremo (metafísica), ¿hay por ello que deshacerse de ella al más bajo precio? ¿Por qué dicen esto los hombres? ¿Reto pueril? ¡Como si desde la infancia no hubiéramos tenido que ir liquidando pieza por pieza lo que estimábamos!

29 [56]

Es incalculable lo difícil que es ir más allá del *sentimiento literario*. Uno puede equivocarse acerca de otros simplemente porque la cultura literaria de éstos es demasiado *restringida* o *diferente*.

[31] Primera versión de *OSV* 1.

[30 = N II 7. Verano de 1878]

30 [1]

Mi error fue ir a Bayreuth con un ideal: tuve así, pues, que sufrir la más amarga decepción. El exceso de fealdad, de distorsión, de sobrecondimentación, me produjo violenta repulsión[1].

30 [2]

Sobre las causas de la poesía
Prejuicios sobre los poetas.
Aforismos.

30 [3]

Yo vi expandirse por los estamentos superiores el gusto por el conjunto de ideas social<istas>; y, con Goethe, tuve que decir: «no parecía sentirse todo lo que primero habría que perder para obtener no sé qué dudosa ventaja»[2].

30 [4]

Goethe: «lo que en mí había de nostálgico, que acaso fomentara demasiado en los años moceriles y al avanzar de la vida traté de combatir enérgicamente, no le iba sentando ya bien al hombre, por lo que aquél buscaba la plena, definitiva satisfacción»[3]. *¿Conclusión?.*

30 [5]

Goethe: «lo bello es cuando contemplamos lo vivo conforme a ley en su máxima actividad y perfección, por lo cual nos sentimos incitados a la reproducción, igualmente llenos de vida y llevados a la suprema actividad»[4].

30 [6][5]

Lo mejor es el término medio (en la elección de problemas, de la expresión, en el arte). Est<ética> fuerte. Nada de estilo barroco.

30 [7]

Montaigne: «quien ha estado una vez verdaderamente loco, nunca volverá a estar verdaderamente cuerdo». Esto da por qué rascarse detrás de la oreja.

[1] Cf. carta de Nietzsche a Mathilde Maier del 8 de agosto de 1878.
[2] Cf. Goethe, *Campaña de Francia*, noviembre de 1792 (ed. cast., cit., vol. III, pág. 480).
[3] Cf. ibid., Paréntesis (ed. cast., cit., vol. III, pág. 474).
[4] Cf. ibid., noviembre de 1792.
[5] Cf. *OSV* 230.

30 [8]

Milton en Taine, I, 656: «La verdad que de entrada ocasiona oprobio»[6].

30 [9][7]

Influencia de Shopenhauer

1) en manos de los ultramontanos: protestantes y católicos;
2) la ciencia más pulcra, manchada por el espiritismo;
3) historias de fantasmas;
4) milagreros como la señ<ora> W<agner>;
5) filosofía de lo inconsciente;
6) genio e inspiración en Wagner, de modo que todo lo conocido es rechazado; la «intuición» y el «instinto»;
7) explotación de la «voluntad» prácticamente como indomable, por los poetas como medio para obtener efectos;
8) el grosero error de que la piedad representa el intelecto, llevado a la escena con una credulidad verdaderamente española;
9) la realeza como supramundana;
10) la ciencia, mirada por encima del hombro: en ella misma se propaga la metafísica;
11) la biografía de Gwinner, Schopenhauer como antesala del cristianismo.

Conversión general en *devotos*, se deja de lado al Schopenhauer volteriano de carne y hueso, para el cual su cuarto libro sería incomprensible.

Mi desconfianza hacia el sistema, *desde el comienzo*. La *persona* pasó a primer plano, él *típicamente* como filósofo y promotor de la cultura. Pero la *veneración general* se rindió a lo *efímero* de su doctrina, a lo que *no* caracterizaba su vida –opuestamente a mí–. *Para mí* la única influencia era el alumbramiento del filósofo; pero *a mí* mismo me obstaculizaba la superstición del *genio*. Cerrar los ojos.

30 [10]

Según Demóstenes, el discurso debe ser *sculptus*, «cincelado»[8].

Demóstenes estudió a Tucídides por lo que al estilo se refiere[9].

30 [11]

«*Abstinencia* de los escritores antiguos en el empleo de los maravillosos medios de expresión que tenían a su disposición»[10].

[6] Taine: *Histoire de la littérature anglaise* (1864), de la que Nietzsche poseía una traducción alemana: *Geschichte der englischen Literatur, deutsche Ausg. bearbeitet von L. Katscher und G. Berth*, 3 vols., Leipzig, 1878-1880, *BN*.

[7] Cf. 27 [43].

[8] Quintiliano, XII, 9, 16.

[9] Cf. F. Blass, *Die attische Beredsamkeit*, III, sección I, «Demóstenes», Leipzig, 1877, pág. 72. Nietzsche sacó esta obra de la Biblioteca de la Universidad de Basilea los días 26 de agosto de 1878 y 11 de abril de 1879.

[10] Citado de Lord Brougham, *Works*, VII, págs. 129 ss., por F. Blass, loc. cit., pág. 92.

30 [12]

Evitar en lo posible la acumulación de más de dos sílabas breves, ley rítmica de Demóstenes [11].

30 [13]

La conclusión de un discurso, como el de una tragedia, tan tranquilo y digno como sea posible: eso es ateniense.

Nos encantan los *finales* [12] de otro modo [13].

30 [14]

Cultura utilitaria.
Cultura ornamental [14].

30 [15]

Tras haber comparado a Wagner con Demóstenes, tengo también que resaltar su *oposición.* Brougham en Blass, 188, 196, pág. 173 [15].

30 [16]

Al máximo improvisador oratorio, Demades, se le estimaba más que a Demóstenes. Según Teofrasto, aquél es «digno de Atenas», éste «más grande que Atenas» [16].

30 [17]

«Un hombre que consiste en palabras, amargas y artificiales», decía Esquines de Demóstenes [17].

30 [18] [18]

Palas Atenea

Sobre los efectos útiles y ornamentales del juicio.

[11] Cf. F. Blass, loc. cit., pág. 100.

[12] En francés en el original.

[13] Cf. F. Blass, loc. cit., págs. 191 y 118 s.

[14] Cf. 30 [18], 30 [20].

[15] Cf. *Wagner en Bayreuth*, 9 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. I, págs. 832 s.).

[16] Cf. F. Blass, loc. cit., pág. 64 y III, 2, pág. 238 (ed. 1880). Demades (384-ca. 320 a. C.): orador y político ateniense.

[17] Cf. F. Blass, loc. cit., pág. 64. Esquines (390-314 a. C.): orador griego.

[18] Cf. *OSV* 177.

30 [19][19]

Wagner, cuyos modelos y ensayos (inicios) literarios pertenecen a esa época cuyo defecto general un francés caracteriza así: *au delá <de> sa force*[20].

30 [20][21]

Artes ornamentales.
Cultura *ornamental* y *placentera*.
El superlativo *gusto por el lujo*.

30 [21][22]

Arquitectura eterna de los romanos.
El puente de Alcántara en España.

30 [22]

«Figura del pensamiento» para fig<ura> de la fantasía.

30 [23]

Un dramaturgo desempeña un papel cuando se habla de él; es inevitable. Wagner, que habla de Bach y de Beethoven, habla como aquel por quien quisiera pasar. Pero no persuade más que a los convencidos, su mímica y su ser peculiar luchan entre sí demasiado encarnizadamente.

30 [24]

Inconveniente de la metafísica: hace indiferente el orden adecuado de esta vida, y por consiguiente la moralidad. Siempre es pesimista, pues no aspira a una *dicha terrenal*.

30 [25]

Con respecto a los poetas griegos, fuimos llevados a engañarnos a nosotros mismos. Pero si cada cual quisiera decir: esto no me gusta, eso no me afecta, ahí siento contra la apreciación tradicional, entonces se tendría más estima por los filólogos en cuanto personas honestas, aun cuando corrieran el peligro de ver puesto en duda su gusto *clásico*.

[19] Cf. 30 [150].
[20] «Más allá de sus fuerzas».
[21] Cf. 30 [14], 30 [18].
[22] Cf. 27 [15].

30 [26]

El *ditirambo* griego es el **estilo barroco** de la poesía.

30 [27]

Contra *nuestro* exagerado gusto por las metáforas, las palabras raras, etc. Elogio de Eurípides.

30 [28]

¿Qué sucede con un arte que ha llegado a su término? El mismo muere: la influencia que él ejerce beneficia a otros dominios, así como la energía *no aplicada* y *a partir de ese momento*, llegado su *término*, liberada. **¿Dónde**, p. ej.?

30 [29]

Vía a la sabiduría

Fortificación.
Moderación (lo bello como proporción).
Liberación.

30 [30]

Del mismo modo que hoy en día nos fortalecemos *conscientemente* con ayuda del espíritu, así, por analogía, la deducción *a posteriori*.

30 [31] [23]

Olas; lamer la orilla en un tranquilo día de verano; la dicha del jardín de Epicuro.

30 [32]

Dramas; el hecho religioso; origen en el culto del templo. Falso concepto del mito; los griegos lo toman por historia. Los poetas en cambio *inventan* con toda comodidad.

30 [33] [24]

Goethe: «con frecuencia no se debe hacer daño al error para no hacérselo a la verdad» [25].

[23] Cf. *OSV* 349.
[24] Cf. *OSV* 285.
[25] Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones*, 149 (ed. cast., cit., vol. I, pág. 349).

30 [34]

Goethe define el *deber*: «cuando se *ama* lo que uno se *ordena* a sí mismo» [26]. Habitualmente: «cuando uno se *ordena* lo que *ama*».

30 [35] [27]

El sentido *rítmico* se muestra primero a gran escala: oposición de *kola* (hexámetro y hexámetro). La rítmica hebrea se ha quedado ahí. Igualmente la periódica de la prosa. El *sentido del tiempo* va afinándose progresivamente, en la *conclusión* primero.

30 [36]

«Ipsum viventem quidem relictum, sed sola posteritatis cura et abruptis vitae blandimentis» [28]. Tácito, Historias, II, 54.

30 [37] [29]

Nada sabe aún de la maldad quien no ha experimentado cómo se las dan de compasión la calumnia más vil y la envidia más venenosa.

30 [38]

Puesto que todos quieren la felicidad <y> las cualidades, los afectos <son> muy diversos y apenas modificables, hay que aprovechar *inteligentemente todas* las iniciativas. Etica para inteligentes.

30 [39] [30]

Probable: la dominación de los *expertos* y la masa imaginando dominar a través de los mismos.

30 [40]

Quien lleva a cabo algo que está más allá del horizonte visual y de sensación de los conocidos: la envidia y el odio como compasión. El partido considera la obra como degeneración, enfermedad, descarrío. Caras largas.

[26] Cf. Goethe, *Máximas y reflexiones*, 829 (ed. cast., vol. I, 827, pág. 420).

[27] Cf. 27 [70].

[28] «El mismo viviente ha sido ciertamente abandonado, únicamente al cuidado de la posteridad y las blanduras abruptas de la vida».

[29] Cf. 28 [59]; *OSV* 377.

[30] Cf. *OSV* 318.

30 [41]

En lugar de desbordarse en la vida, el arte wagneriano sólo favorece en los wagnerianos las tendencias (p. ej., la religiosa, la nacional).

30 [42]

Nos parecemos a los animales *vivos* del escudo de Hefesto[31]: ¡fenóm<enos> *estét<icos>*, pero *crueles*!

30 [43][32]

Hay que tener el coraje de amar en el arte aquello que efectivamente agrada y admitirlo aunque se trate de algo de *mal* gusto. Así es como se puede progresar.

30 [44][33]

Moral invertida, p. ej., en el *Tristán*[34], donde el adúltero hace el reproche: muy distinto es en los griegos.

30 [45]

Con mucho demasiada música para el drama wagneriano.

30 [46]

Novela: a causa de la muerte, *moriendi perdere causas*[35]. Un suicida que al buscar la muerte...

30 [47]

Ante un libro uno se imagina que el tono fundamental es lo primero que de él se oye; pero habitualmente se oye algo que uno *mete dentro*, a lo cual llama así.

30 [48][36]

Cap. VII. Educación.
Alemania se muestra bárbara en su acción-reacción.

[31] *Ilíada*, 18, 478-608 (ed. cast., cit., pág. 387).
[32] Cf. *OSV* 329.
[33] Cf. 30 [110].
[34] *Tristán e Isolda*, ópera de Wagner.
[35] Cf. Juvenal, 8, 84: «propter vitam vivendi perdere causas». «Perder las razones de vivir por causa de la vida».
[36] Cf. 30 [53].

30 [49]

Sobre el «mérito» moral insiste sobre todo quien no puede hacer visible su éxito: el falto de libertad, el oprimido.

30 [50]

El arte de Wagner vale para los miopes –es necesaria demasiada cercanía (miniatura)–, y al mismo tiempo para los présbitas. Pero no para un ojo normal.

30 [51][37]

Antaño creía yo que, desde un punto de vista estético, el mundo era un espectáculo, y como tal querido por su autor, pero que en cuanto fenómeno moral era una *impostura*: por eso llegué a la conclusión de que el mundo no puede justificarse más que como fenómeno estético[38].

30 [52]

Al escuchar el acorde conjunto que emiten los antiguos filósofos griegos, creí percibir los sonidos que el arte griego, y sobre todo la tragedia, me habían acostumbrado a oír. Hasta qué punto esto dependía de los griegos, pero hasta qué punto también sólo de mis oídos, los oídos de un hombre con gran necesidad de arte, ni siquiera hoy en día puedo decirlo con certeza.

30 [53]

1. El individuo y la multitud.
2. Pervivencia del arte.
3. Neo-antigüedad[39].
4. Fuentes de energía.
5. Imagen de un futuro próximo.
6. Posesión.
7. Educación[40].

30 [54]

Polonia, el único país de cultura romano-occidental que nunca ha conocido un renacimiento. Reforma de la Iglesia sin reforma de la totalidad de la vida espiritual, por tanto, sin echar raíces duraderas. El jesuitismo, la libertad nobiliaria la arruinan. Exactamente la misma suerte habrían corrido los alemanes sin Erasmo y los humanistas.

[37] Cf. 30 [68].
[38] Cf. *El nacimiento de la tragedia,* par. 5 (ed. cast., cit., págs. 61-7).
[39] Cf. 28 [43].
[40] Cf. 30 [48].

30 [55]

Los griegos estaban *preparados* cuando un Homero les mostró obras de arte: podía *contar con que se entenderían composiciones de largo alcance*; ¡pues un pueblo debe haber llegado *lejos*! Piénsese en los germanos con los efectos instantáneos de su Edda.

Lo que Homero sabía, *componer*, se ve en la emulación de *Hesíodo*, que también compone.

30 [56]

Ojalá las personas de pensamiento ecuánime reciban este libro como una especie de expiación por haber en otro tiempo apoyado una estética peligrosa, cuyo esfuerzo se dirigía a hacer «milagros» de todos los fenómenos estéticos. Con ello causé perjuicios entre los adeptos de Wagner y quizá a Wagner mismo, que acepta todo lo que confiere un rango superior a su arte, tenga o no fundamento. Quizá con mi adhesión tras su escrito sobre «El destino de la ópera» le infundí erróneamente mayor seguridad e introduje en sus escritos y obras cosas insostenibles. Lo lamento mucho.

30 [57]

La invención del *poeta* puede convertirse en *mito* si, difundida, encuentra creencia: qué vacilantes son el *usus* y el *abusus* de una palabra.

30 [58]

Con la armonía del *placer* en que se baña el ser humano sucede *realmente* como con la armonía de las esferas: dejamos de oírla cuando vivimos dentro.

30 [59]

Análisis de lo *sublime*.

30 [60]

A decir verdad, mi manera de relatar hechos históricos consiste en contar *vivencias* propias a propósito de épocas y personas del pasado. Nada coherente: los detalles se me han aparecido, lo demás no. Nuestros historiadores de la literatura son aburridos porque se obligan a hablar y a juzgar de todo, aun de lo que no tienen ninguna *vivencia*.

30 [61]

¿Qué *funciona aún*? Principio de los pintores, músicos y poetas: se preguntan primero a sí mismos, a partir de la época en que no eran productivos.

30 [62][41]

El miedo a que no se crea que las figuras wagnerianas *viven*: por eso gesticulan tan frenéticamente.

30 [63][42]

Se infringe un modo de vida propuesto porque nuestra disposición es completamente diferente en el momento del propósito y en el de la ejecución.

30 [64]

El arte empieza con la deformación. Gusta lo que *significa* algo. Más gusta que lo significativo sea objeto de burla y chanza. La chanza como primer signo de vida intelectual superior (como en las artes plásticas).

30 [65][43]

«Pero cuando el arte se *limita* en sus *medios*, debe ser en su *esencia poderoso*» Jacob Burckhardt.

30 [66]

La prosa griega: limitación deliberada de los medios. ¿Por qué? Lo simple, al final del camino de las alturas. Lo complicado, en primer y último lugar.

30 [67]

Con ello he mostrado la clase de idealistas a los que el objeto al que tanto caso han hecho acaba por asquearles; monstruo ideal: Wagner: el Wagner real se apergamina.

30 [68][44]

Que la vida humana está agusanada y acribillada, que está enteramente edificada sobre la impostura y el disimulo, que todo lo que se eleva, como las ilusiones, todo placer de vivir, es debido al error, y que en tal medida el origen de semejante mundo no hay que buscarlo en un ser moral, sino quizá en un creador artístico, con ello quería decir que a semejante ser no se le debe una adoración en el sentido cristiano (que erige un dios de bondad y amor), e incluso llegaba a sugerir la posibilidad de extirpar por la fuerza esta representación de la esencia

[41] Cf. *OSV* 124.
[42] Cf. *OSV* 70.
[43] Cf. 27 [15].
[44] Cf. 30 [51], 30 [70].

alemana, tal como por la fuerza fue inoculada. Al mismo tiempo me figuraba haber descubierto en el arte de Wagner el camino a un paganismo alemán, al menos un puente hacia una concepción del mundo y del hombre específicamente anticristiana. «Los dioses son malvados y sabios: merecen perecer; el hombre es bueno e ignorante: tiene un futuro más hermoso y sólo lo alcanza cuando aquéllos han entrado en su crepúsculo final»; así que entonces habré formulado mi profesión de fe, mientras que ahora yo...

30 [69]

Lo que primero es *tradicional*, luego se sobrecarga y por así decir se *impregna* no solamente de piedad, sino también de *razón* y de *motivos*. Así acaba una cosa por parecer razonable (mucho es lo en ella enderezado y embellecido). Esto engaña sobre su *origen*.

30 [70][45]

Nacional es la repercusión de una cultura pasada en otra cultura completamente modificada, sustentada sobre bases distintas. De ahí lo lógicamente contradictorio en la vida de un pueblo.

30 [71]

Debemos oponernos a la falsa imitación de Wagner. Cuando éste, para poder componer su *Parsifal*, se ve obligado a extraer nuevas fuerzas de la fuente religiosa, no se trata de un modelo, sino de un peligro.

30 [72]

Hay lectores que prefieren la marcha y el tono algo rimbombantes e inseguros de mis anteriores escritos a lo que yo aspiro actualmente: la máxima precisión posible en la expresión y flexibilidad en todos los movimientos, la más prudente moderación en el empleo de todos los recursos patéticos e irónicos. Ojalá esos lectores que no quieren que se les atrofie el gusto tengan estos trabajos que aquí presento como un bienvenido resarcimiento por el fastidio que les he causado cambiando mi gusto sobre estas cosas. Pero poco a poco nos hemos ido haciendo tan diferentes, tan extraños en tantas y tan grandes aspiraciones, que en esta ocasión en que una vez más debo dirigirme a ellos, sólo quisiera hablar de la más anodina de todas las diferencias, la diferencia de estilo.

30 [73]

Wagner no tiene una verdadera confianza en la música: para darle un carácter de grandeza le agrega sentimientos afines. Se pone a sí mismo a tono según los

[45] Cf. *OSV* 323.

otros, a sus oyentes les da primero bebidas embriagadoras, para hacerles creer que la *música les ha embriagado.*

30 [74][46]

«El arte comete sus más graves pecados *durante la infancia*». Grupo ante la estatua, estatua *ante* el hermes, etc. «Aún no se conocen con exactitud las dificultades». Jacob Burckhardt.

30 [75][47]

Tapiz: patria de lo que se *repite* infinito número de veces. Volvemos a encontrarlo en los jarrones y en los utensilios de bronce. Puesto que todo es pequeño e innumerable, no se podía mirar la expresión anímica, sino sólo el *gesto.*

30 [76]

Saludable aparición la de Brahms[48], por cuya música fluye más sangre alemana que por la de Wagner –con lo cual creo haber dicho mucho de bueno, pero de ningún modo *únicamente* de bueno–.

30 [77][49]

Lo confesaré, pues: yo esperaba que el arte pudiera quitarles por completo a los alemanes el gusto por el *cristianismo rancio* –con la mitología alemana como mitigante, acostumbrando al politeísmo, etc.–.

¡¡Qué espanto las corrientes *restauradoras*!!

30 [78]

Lo mismo que quien se despide para siempre sale al encuentro y tiende la mano con sentimientos más calurosos incluso a los conocidos que le merecieron menos consideración, así me siento yo más afectuoso hacia ciertos trabajos de años anteriores, precisamente ahora que me alejo sin remedio de las orillas hacia las que antaño dirigí mi navío.

30 [79][50]

Arcaica *semejanza de retrato* en Micenas: rastro más tarde abandonado.

El mundo animal, mejor que el hombre: no sujeto a los símbolos.

[46] Cf. 27 [15].
[47] Cf. 27 [15].
[48] Johannes Brahms (1833-1897): compositor alemán.
[49] Cf. 30 [68].
[50] Cf. 27 [15].

30 [80][51]

Es difícil atacar a Wagner en el detalle y no tener razón; la índole de su arte, su vida, su carácter, sus opiniones, sus inclinaciones y aversiones, todo tiene puntos débiles. Pero en conjunto la apariencia está a la altura de cualquier ataque.

30 [81]

El alejamiento del arte por parte de Platón, al fin y al cabo simbólico y típico.

30 [82]

Si Wagner pensase otra cosa al respecto: pues bien, queremos ser más wagnerianos que Wagner.

30 [83]

Comprendo por entero la evolución de *Sófocles*: la repugnancia hacia la pompa y el efecto suntuoso.

30 [84][52]

La *sonrisa*, la expresión de la vida, de lo momentáneo (incluso cuando mueren, eginetas[53]).

30 [85]

La *tarea suprema al* **final:** *darles* públicamente *las gracias* a Wagner y Schopenhauer y, por así decir, hacerles tomar partido contra sí.

30 [86]

El *pesimismo* **tracio**, v<ide> Herodoto[54], se llora al recién nacido.

30 [87]

Aquellos escritores que escriben con razón *contra* la razón deben cuidar de no darse asco a sí mismos.

30 [88][55]

El estilo **rico** sigue al **grande**.

[51] Cf. 41 [51].

[52] Cf. *OSV* 124; 27 [15].

[53] A los habitantes de la isla griega de Egina se debe un importante desarrollo del arte estatuario durante los siglos VI y V a. C.

[54] Cf. Herodoto, V, 4.

[55] Cf. 27 [15].

Ciudades, artistas y escuelas rivalizan.
Los cuerpos, configurados mucho antes que la expresión del alma.
El muslo, mucho antes que el busto.

30 [89][56]

Lo *útil* es superior a lo *agradable* (a lo bello) porque, indirectamente y a la larga, tiende a lo agradable y no a lo momentáneo, o también porque trata de crear la base para lo agradable (p. ej., como salud). El arte de lo bello o bien sólo cuenta con el momento, o bien coincide con lo útil; lo útil **nunca** es fin *para sí mismo*, sino que lo es el *sentimiento de bienestar de lo agradable.*

30 [90]

Nunca deberá olvidarse que Wagner, en la segunda mitad del siglo XIX, nos recordó a su manera –que, por supuesto, no es precisamente la manera de los hombres buenos e inteligentes– el arte como cosa importante y grandiosa.

30 [91]

Horror, hasta *qué* punto me ha podido complacer a mí mismo el estilo de Wagner, tan negligente y tan indigno de semejante artista.

El estilo de Wagner. La costumbre demasiado precoz de opinar sobre los temas más importantes y sin conocimientos suficientes le ha hecho tan vago e incomprensible; además, la ambición de igualar a los folletinistas espirituales, y finalmente la presunción que de buena gana se alía con la negligencia: «he aquí que todo era muy bueno»[57].

30 [92]

Lo más bello del hambre es que le abre a uno el apetito.

30 [93][58]

Prólogo. Posición del sabio ante el arte. Los griegos, *más refinados* que nosotros: el sabio, el hombre de gusto.

No sólo el hambre es necesaria (más bien no debe ser demasiado violenta) –«el amor», dicen los exaltados–, sino el gusto. Incluso el gusto presupone ya apetito –si no, nada nos gusta–. La crítica es el placer de lo bueno, con **aumento del placer** mediante el conocimiento de lo malogrado. ¿De dónde los innumerables críticos sino por el deleite en ello? En este sentido, incluso lo malo *sirve*, pues incita a eliminarlo y con ello produce placer. También placer por *mejorar.*

[56] Cf. *OSV* 101.
[57] Cf. *Génesis*, 1, 31.
[58] Cf. *OSV* 149, 170.

30 [94][59]

Emerson, pág. 328 *(Essays)*: «el ojo del espíritu que redondea»[60].

30 [95]

Prólogo. Este libro podría haberlo titulado: del alma de los artistas y escritores; de hecho, es una continuación de la quinta parte, que lleva ese título.

30 [96]

Prólogo. No conozco otro medio de conocer algo bueno que hacer de sí mismo algo bueno. Esto nos da alas con las que se puede volar hasta no pocos nidos lejanos en que la bondad se asienta.

30 [97]

Schopenhauer, optimista cuando dice (*Parerga*, II, pág. 598[61]): «Hay dos historias: la *política* y la de la *literatura* y el *arte*. Aquélla es la de la voluntad, ésta la del intelecto. Por eso aquélla es sin excepción inquietante y aun espantosa; la otra, por el contrario, es en todo momento *regocijante* y *alegre*». ¡Jo, jo!

30 [98]

Por mucho que descompongamos la moralidad, la nuestra propia, anidada en toda la esencia, no puede ser igualmente descompuesta. Nuestra manera de ser veraces o falsos está fuera de discusión. «Una cosa es el tono de la búsqueda y otra el tono de la posesión[62]».

30 [99]

Temo que las influencias de Wagner acaben por desembocar en el río que nace al otro lado de las montañas y que sabe también fluir por encima de las montañas.

30 [100]

Schopenhauer, Parerga, II, 630[63]: «<que> tal hombre tiene un grado de existencia al menos diez veces superior al otro –*existe* diez veces más–». El *sabio* es entonces el *ser más real de todos.*

[59] Cf. *OSV* 398.

[60] Vid. Emerson, *Essays*. Nietzsche emplea la traducción alemana de Fabricius, *Versuche*, Hannover, 1858, *BN*.

[61] Citado según la edición de J. Frauenstädt, Leipzig, 1873-1874, *BN*.

[62] La cita es de Emerson, *Essays* (*Versuche*, op. cit., pág. 211).

[63] Ed. Frauenstädt.

30 [101][64]

Comparación con la sinfonía del III acto del *Tristán* <en el> *Nacimiento de la tragedia:* vaga y rimbombante, como antaño me encantaba expresarme según el modelo de Wagner.

30 [102][65]

En el siglo cuarto se descubre el mundo de la emoción interior: Escopas[66], Praxíteles[67], *expresión.* (Aún no Fidias. Leyes del **rigor**.)

30 [103]

Emerson, pág. 331 de los *Essays*: «La *vida de la verdad* es fría y, por consiguiente, triste, pero no es el esclavo, etc.»[68].

30 [104]

«Ser grande es ser mal comprendido»[69].

30 [105]

Caracterizar la *idealidad de Schiller* (lo mejor, a partir de las cartas de Körner).

30 [106][70]

El friso de Figalia[71], de un apasionamiento supremo.

30 [107][72]

La misma suma de talento y celo que aplica el clásico aplica, *demasiado tarde*, el artista barroco.

30 [108][73]

Se exige de él que ponga mala cara al *buen tiempo.*

[64] Cf. 30 [136].
[65] Cf. 27 [15].
[66] Escopas (s. V a. C.): escultor y arquitecto griego.
[67] Praxíteles (s. IV a. C.): escultor ateniense.
[68] «Esclavo de las lágrimas, de los arrepentimientos y de las pasiones», dice Emerson.
[69] Cf. Emerson, op. cit., 43.
[70] Cf. 27 [15].
[71] Figalia o Fialia: antigua ciudad griega junto al río Neda, en la que se encuentra el templo mejor conservado de toda Grecia, después del Partenón y del templo de Hefesto en Atenas.
[72] Cf. *OSV* 144.
[73] Cf. 30 [142].

30 [109]

Wagner ha interrumpido la marcha, funestamente, sin que se pueda recuperar el rumbo.

Yo tenía en mente una *sinfonía coincidente* con el drama. Extensiva a partir de la canción.

Pero la ópera, el efecto, lo antialemán, llevaron a Wagner en otra dirección. Todos los recursos imaginables, en su más alto grado.

30 [110][74]

Ausencia total de moral en los héroes de Wagner. El tiene esa prodigiosa ocurrencia, que es única en el arte: el reproche del pecador al inocente: «Oh, Rey» –Tristán a Marke–[75].

30 [111]

Oigase sin el drama el segundo acto de *El ocaso de los dioses*[76]: es música confusa, delirante como un mal sueño y tan espantosamente indiscreta como si quisiera hacerse oír incluso por los sordos. Este *hablar sin decir nada* es angustioso. El drama es la pura salvación. ¿Es un *elogio* que esta música sola (excepción hecha de algunos pasajes intencionadamente aislados) sea en su *conjunto* intolerable? Basta: esta música, *sin drama*, es una continua negación de todas las leyes estilísticas supremas de la antigua música; quien se *habitúa* por entero a ella pierde el sentido de estas leyes. Pero ¿ha *ganado* algo el drama con este añadido? Puede anteponerse una *interpretación simbólica*, una especie de comentario filológico que ponga en entredicho la siempre *libre fantasía del entendimiento*... ¡tiránicamente! La música es la *lengua del comentarista*, quien sin embargo no deja de hablar y no nos deja tiempo; además, en un lenguaje difícil que requiere a su vez una *explicación*. Quien, una cosa detrás de otra, primero se ha aprendido el poema (¡la lengua!), luego la ha transformado con el ojo en acción, luego ha seleccionado y comprendido el simbolismo musical y se ha adaptado completamente a él, y aun se ha prendado de las tres cosas, ése tiene entonces un placer extraordinario. Pero ¡qué *pretensión*! Pero si es imposible, salvo por breves instantes, por demasiado agotadora, esta decuplicada atención global del ojo, el oído, el entendimiento, el sentimiento, la suprema actividad de recepción, ¡sin *ninguna* reacción productiva! Los menos hacen esto: ¿de dónde, pues, la influencia sobre *tantos*? Puesto que la atención es *intermitente*, se pierde interés por pasajes enteros, pues *únicamente* se atiende tan pronto a la música como al drama, al escenario; es decir, se *fragmenta* la obra. Con lo cual se está condenando el *género*: el resultado no es el drama, sino un momento, o una elección *arbitraria*. ¡El creador de un *género nuevo* deberá tener esto en cuenta!

[74] Cf. 30 [44] y *El caso Wagner*, 3 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. IV, págs. 18 ss.).

[75] *Tristán e Isolda*, Acto II, escena 3.

[76] Tercera y última jornada de la tetralogía de Wagner *El anillo del nibelungo*.

Nada de las *artes siempre en paralelo*, sino la *moderación* de los antiguos, que es conforme a la naturaleza humana.

30 [112]

Varios caminos le quedan aún abiertos a la música (o le *quedaban* aún abiertos, sin el influjo de Wagner). Composición orgánica como sinfonía con un equivalente como drama (¿o mimo sin palabras?) y luego *música absoluta*, que recupere las leyes de la composición orgánica y no utilice a Wagner más que como preparación. O bien *sobrepasar* a Wagner: *música coral drámatica.* Ditirambo. Efecto del unísono.

Música desde los espacios cerrados a las montañas y los bosques.

30 [113]

Abandono progresivo del
vínculo de la nación,
vínculo del *partido,*
vínculo de *la amistad,*
de la *consistencia de los actos.*

30 [114][77]

Comprensión de la *injusticia del idealismo* con que me vengué de mis frustradas esperanzas puestas en Wagner.

30 [115]

Wagner, quien en su escritos en prosa quiere ser admirado más que comprendido.

30 [116]

En primavera camino cubierto de hierba en el bosque –maleza y matorral, luego árboles más altos–: sensación de deliciosa libertad.

30 [117][78]

La naturaleza de Wagner hace *poeta*, se inventa una naturaleza aún más alta. Uno de sus más magníficos efectos, que acaba por volverse *contra él.* Así debe todo hombre elevarse por encima de sí, la inteligencia elevarse *por encima de* su talento: el hombre se convierte en un escalonamiento de valles alpinos, cada vez más altos.

[77] Cf. 30 [1].
[78] Cf. 29 [48], 29 [19], *OSV* 407.

30 [118]

Se le escapan breves pasajes de *buena* música: casi siempre en contradicción con el drama.

30 [119]

Príncipes y nobles cuya posición exterior en relación con la idea del festival [de Bayreuth] caracteriza muy bonitamente una pequeña fábula. El invitado colocado en el lugar más elevado, etc.

30 [120]

Estupefacción o *efecto embriagador* de exactamente todo el arte wagneriano. Quiero por el contrario citar los pasajes en que Wagner *es más alto*, allí donde de él emana pura dicha.

30 [121]

Quisiera no volver a oír nunca más ciertas notas de un inverosímil naturalismo; y aun poderlas olvidar. Materna[79].

30 [122][80]

La música de Wagner *siempre* interesa por cualquier cosa: y así, tan pronto el sentimiento como el entendimiento pueden reposar. Es por esta distensión y excitación globales de nuestro ser por lo que tan agradecidos le estamos. Uno acaba por inclinarse a contarle como elogio sus faltas y defectos, pues nos hacen productivos a nosotros mismos.

30 [123]

Wagner, cuya ambición es aún mayor que sus dotes, se ha atrevido en innumerables casos a lo que va más allá de sus fuerzas; pero produce casi escalofrío ver a alguien lanzarse con tal asiduidad contra lo inexpugnable –el *fatum* en él mismo–.

30 [124][81]

Un arte que niega la armonía de la existencia y la traslada *detrás del mundo*. Todos estos trasmundanos y metafísicos.

[79] Amelie Materna: célebre cantante wagneriana primera Brünhilde *(El anillo del nibelungo)* en Bayreuth.

[80] Cf. 30 [111].

[81] Cf. *OSV* 17.

30 [125]

La *crítica de la moralidad* es un alto *grado* de la moralidad; pero, como con toda crítica, con ella se confunden la vanidad, la ambición, el placer de vencer.

30 [126]

Nuestro pensamiento debe oler penetrantemente como un campo de trigo en tardes de verano.

30 [127]

Soplar el polvo de oro.

30 [128]

Sobre Wagner como sobre Schopenhauer puede hablarse despreocupadamente aun antes de su muerte: su grandeza, lo cual se está también obligado a poner en el otro plato de la balanza, siempre triunfará. Tanto más hay que poner en guardia contra el *peligro* de su influencia.

30 [129]

Lo ondulante, burbujeante, flotante en el *conjunto* de la música wagneriana.

30 [130]

Aconsejo a todo el mundo no temer senderos idénticos (Wagner y Schopenhauer). El sentimiento más propiamente *antifilosófico*, el arrepentimiento, se me ha hecho enteramente extraño.

30 [131]

Tengo la sensación de estar convaleciendo de una enfermedad; pienso con inefable dulzura en el *Requiem* de Mozart. He recuperado el gusto por las comidas sencillas.

30 [132]

Dionisio, *primer* dios de los tracios, su Zeus, como Wotan.

30 [133]

Mendelssohn, en quien echan de menos la fuerza de la emoción element<al> (dicho sea de paso: el talento del judío del Antiguo Testamento), sin encontrar una compensación en lo que tiene, libertad bajo la ley y nobles afectos dentro de los límites de la belleza.

30 [134]

Sin embargo, en el fondo Schopenhauer magnifica la voluntad (lo todopoderoso a que todo sirve). Wagner *transfigura* la pasión como madre de todo lo grande e incluso sabio.

Efecto sobre la *juventud.*

30 [135][82]

Todo esto Wagner mismo lo ha confesado bastante a menudo en conversación privada; quisiera que lo hiciese también en público. Pues ¿en qué consiste la grandeza de un carácter sino en que, en favor de la verdad, es capaz de tomar partido incluso *contra sí?*

30 [136][83]

Meditación profunda aplicada a una frase vaga pero rimbombante de Wagner («Aquí el tiempo se convierte en espacio»).

«El ojo de Wotan», conmovedor, los labios del filólogo se contraen; pero indignación con cerebros más refinados que sólo dejan hablar a su espíritu partisano y que sin duda se dan cuenta de la negligencia.

30 [137]

Propiamente hablando, las *leyes naturales de la evolución artística* son las consecuencias de cosas psicológicas, la vanidad, la ambición, etc.

30 [138]

Estilo barroco –debe decirse–.

Encontrar el camino de la evolución interior de Wagner, muy difícil; de sus propias descripciones de vivencias internas no se puede hacer mucho caso. Escribe panfletos para adeptos.

30 [139]

Estamos viviendo la decadencia del **último** *arte*: Bayreuth me convenció de ello.

30 [140]

El *afeamiento* del alma humana se sigue tan necesariamente como el estilo barroco al clásico, durante épocas enteras.

[82] Cf. 27 [5].

[83] Cf. 30 [101].

30 [141]

Los dioses wagnerianos, ninguno de los cuales «vale nada».

30 [142][84]

Sólo haciendo algo bueno y nuevo se experimenta en los amigos de uno lo que significa hacer mala cara al buen tiempo.

30 [143][85]

El lema de Schiller «contra lo excelente no hay más salvación que el amor»[86], muy wagneriano. Profundos celos de todo lo grande de lo que puede extraer *una sola* faceta. Odio hacia aquello a lo que no se puede aproximar (el Renacimiento, el arte francés y griego del estilo).

30 [144]

El *error* ha hecho poetas a los poetas. El *error* ha elevado a tal punto la estima de los poetas. El *error* permitió luego a los filósofos elevarse a su vez más alto.

30 [145]

En *Wagner, condena ciega* de lo bueno (como *Brahms*); en el partido (la señ<ora> W<agner>), condena *lúcida* (Lipiner, Rée).

30 [146][87]

¿Qué es un *partido*? ¿qué la frivolidad? Esta me impidió entender a Wagner.

30 [147][88]

Accesos de *belleza*: escena de las hijas del Rin, luces refractadas, profusión de colores como en el sol de otoño, abigarramiento de la naturaleza: rojo ardiente, púrpura, amarillo y verde melancólicos fluyendo entremezclados.

30 [148][89]

Impulsos *a huir de la razón y del mundo.*

[84] Cf. 30 [108].

[85] Cf. *OSV* 351.

[86] La frase pertenece a Schiller, pero es Goethe quien la recoge en (*Maximen und Reflexionen*, 45, *Werke*, op. cit., III, 203 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 852: «Contra los grandes méritos del prójimo no tenemos más salvación que el amor»; véase nota 1).

[87] Cf. 27 [13].

[88] Cf. 27 [69].

[89] Cf. 29 [51].

30 [149][90]

¿Quién querría seguir a Wagner a la cima de su vanidad, que él *siempre* alcanza *allí* donde habla de la «escena alemana»; la cima por lo demás de su imprudencia?: pues si la justicia de Federico el Grande, el aristocratismo y la ausencia de envidia en Goethe, la noble resignación de Beethoven, la vida interior a duras penas transfigurada, si crear sin atender al brillo y el éxito, sin envidia, son las cualidades propiamente *alemanas*, ¿no estaría Wagner queriendo demostrar que él no es alemán?

30 [150][91]

«C'est la rage de vouloir penser et sentir au delá de sa force»[92]. Doudan[93].
Los wagnerianos.

30 [151][94]

Los artistas griegos aplicaban su fuerza al refrenamiento, ahora al desaherrojamiento: ¡fortísimo contraste!
Refrenadores de la voluntad, desaherrojadores de la voluntad.

30 [152]

Milton: «Es casi lo mismo matar a un hombre que matar un buen libro»[95]. Contra el *partido*.

30 [153][96]

Terrible salvajismo, lo contrito, anulado, el grito de alegría, la brusquedad, en una palabra, las cualidades inherentes a los semitas: yo creo que las razas semíticas acogen con mayor comprensión el arte wagneriano que la aria.

30 [154]

Para el prólogo. Quisiera darles este consejo a mis lectores: la señal de que han penetrado en el sentimiento del autor...; pero aquí nada se obtiene por la fuerza. Un *viaje* ayuda.

[90] Cf. *OSV* 298; 30 [167].
[91] Cf. 30 [19], *OSV* 141.
[92] «Es la rabia de querer pensar y sentir más allá de la fuerza de uno».
[93] Cf. *Mélanges et lettres*, París, 1878, I, pág. 408, *BN*: «La rabia de estos tiempos y de los últimos cincuenta años es querer pensar y sentir más allá de la fuerza de uno».
[94] Cf. *OSV* 172.
[95] Cf. H. Taine, op. cit., I, pág. 662.
[96] Cf. 27 [78].

30 [155]

La *vida de las criaturas*, que goza salvajemente, tira de sí, se hastía de su desmesura y aspira a una *metamorfosis*: **igual** que en Schopenhauer y Wagner.

De acuerdo con la **época** ambos: no más mentira ni convención, no más costumbre ni eticidad; monstruosa confesión de que se trata del más salvaje *egoísmo*. Sinceridad, *ebriedad*, no *atenuación*.

30 [156]

Un signo de la salud de los antiguos el hecho de que su filosofía moral permanezca *más acá* de los límites de la felicidad. Nuestra búsqueda de la verdad es un exceso: esto debe *comprenderse*.

30 [157]

Ni padecer con la vida tan violentamente, ni tan lánguidamente y con tal falta de emoción, que el arte de Wagner nos sea *necesario* como medicina. Esta es la razón principal de la **oposición**, no motivos espúreos: no se puede estimar tan alto algo a lo que no nos impulsa ninguna necesidad, que no *precisamos*.

30 [158][97]

El *tiempo*, una sensibilidad elemental –*no* transfigurada por la belleza (como la del Renacimiento y los griegos)–, la *disolución* y la *frialdad mental*, son los presupuestos contra los que luchan Wagner y Schopenhauer, *sobre* los que trabajan, el *suelo de su arte*. *Ardor* del deseo, *frialdad* del corazón: Wagner quiere ardor del corazón *junto al* ardor del deseo, Schopenhauer quiere frialdad del deseo *junto a* la frialdad del corazón (el Schopenhauer de la vida, no el de la filosofía).

30 [159]

Goethe: «La osadía, el arrojo y la grandiosidad de Byron, ¿no es todo ello educativo? Librémonos de querer buscar constantemente en lo netamente puro y ético. Todo lo *grande* educa, con sólo que lo percibamos»[98].

Aplíquese esto al arte de Wagner.

30 [160]

Voltaire, según Goethe, «la fuente universal de luz»[99].

[97] Cf. *OSV* 182.

[98] Cf. Goethe, *Conversaciones con Eckermann*, II, 35, 16 de diciembre de 1828 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 1182).

[99] Cf. ibid., II, 34, (ed. cast. cit., ibid.: «verdadero manantial de luz»).

30 [161]

Mencionar a *Keller, Burckhardt*: hoy en día mucho de lo alemán se conserva mejor en **Suiza**; aquí se lo encuentra más *claramente* conservado.

30 [162] [100]

Superstición de la *posesión*: no hace más libre, sino *más esclavo*, precisa de mucho tiempo, de reflexión, preocupa, une a otros con los que no gusta estar en pie de igualdad, pues se los utiliza; ata más firmemente al lugar, al Estado. Por supuesto, el mendigo es más dependiente, pero [tiene] pocas necesidades, un negocio que alcanza para éstas y mucho tiempo libre. Para los que no saben hacer ciertamente uso del tiempo libre, el afán de posesión, como el de honores, condecoraciones, etc., es un *entrenamiento*. La riqueza es con frecuencia el resultado de una inferioridad espiritual; pero provoca la envidia, pues permite que la inferioridad <se> enmascare con cultura. La impotencia intelectual de los hombres es por tanto la fuente indirecta de la concupiscencia inmoral de los otros. Esto, una *consideración* **tras la guerra**. La *cultura* como *máscara*, la *riqueza* como consecuencia de las *reales incultura y grosería interiores*.

30 [163]

Nada es más perjudicial para una buena comprensión de la cultura que hacer caso exclusivamente del genio. Esta es una mentalidad *subversiva*, para la que todo trabajo por la cultura debe cesar.

30 [164]

Tras la guerra me molestó el *lujo*, el desprecio hacia los *franceses*, el nacionalismo; así Wagner respecto a los franceses, Goethe respecto a los franceses y griegos. Qué enorme retroceso respecto a Goethe; sensualidad repugnante.

30 [165]

Entre los griegos la poesía es más antigua que las *demás* artes: *ella* ha tenido, pues, que acostumbrar al pueblo al *sentido* de la *medida*; a ellos tuvieron que seguir luego los demás artistas. Pero ¿**qué** moderó a los poetas?

30 [166] [101]

Plan.

Comprensión del peligro de la *cultura*.

Guerra. Profundísimo dolor, *incendio del Louvre*.

Debilitamiento del *concepto de cultura* (el nacionalismo), filisteos culturales [102].

[100] Cf. *OSV* 310, 317.

[101] Cf. 28 [1], 40 [8], 40 [24].

[102] Cf. *David Strauss, el confesante y el escritor (Consideraciones intempestivas, I)*.

Enfermedad histórica [103].

¿Qué apoyo puede encontrar el individuo contra la epidemia?

1) La metafísica de Schopenhauer, por encima de la historia; pensador heroico. Posición casi religiosa [104].

2) La defensa de su arte por parte de Wagner, contra los gustos de la época [105].

De ahí *nuevos peligros*: lo metafísico incita al menosprecio de lo *efectivamente real*: en tal sentido, finalmente *hostil a la cultura* y casi más peligroso.

La cultura de la música rechaza la ciencia, la crítica; a ello se agrega mucho de limitado del carácter de Wagner. Grosería junto a sensibilidad sobreexcitada.

Entre los wagnerianos predominan la ergotización y la simbolización.

Me alejé del arte, de la poesía (aprendí a entender mal la antigüedad) y de la naturaleza, llegué casi a perder mi buen temperamento. Además, la mala conciencia del metafísico.

Significado de Bayreuth para mí.

Huida.

Baño de agua fría.

El arte, la naturaleza, la dulzura regresan.

Fin de la comunicación,
amigos.

30 [167] [106]

Lo *antialemán* en Wagner:

le faltan el encanto y la gracia de un Beethoven, de un Mozart, de un Weber [107], el desenfadado humor sin caricatura.

Falta de modestia, la campana de alarma [108]. Apego al lujo.

Ningún funcionario tan bueno como Bach. Sin la calma goethiana frente a los rivales.

30 [168]

Junto a una moral de la gracia, hay un *arte de la gracia* (inspiración). **¡Descripción!**

30 [169] [109]

Entonces creí ver el cristianismo en trance de desaparición; Wagner también hablaba pestes de él; estúpida superstición [110]; ahora; más allá de las montañas.

[103] Cf. *De la utilidad y la desventaja del historicismo para la vida (Consideración intempestiva, II).*

[104] Cf. *Schopenhauer como educador (Consideración intempestiva, III).*

[105] Cf. *Wagner en Bayreuth (Consideración intempestiva, IV).*

[106] Cf. 27 [45], 30 [149].

[107] Carl Maria von Weber (1787-1826): compositor alemán.

[108] Cf. 27 [86].

[109] Cf. 30 [99].

[110] superstición] Palabra de lectura incierta.

30 [170]

La gran ópera tiene orígenes franceses e italianos. Spontini [111], al componer *La Vestale*, no había sin duda oído aún ni una nota de música prop<iamente> hablando alemana. *Tannhäuser* y *Lohengrin*, para ellas no ha habido un Beethoven, sí un Weber. Bellini [112], Spontini, Auber [113] aportaron el *efecto* dramático; de Berlioz [114] aprendió el lenguaje orquestral; de Weber, el colorido romántico.

30 [171]

Todo lo que quisiera *darse* como fuerza, inspiración, sobreabundancia de sentimiento: procedimientos de la *debilidad* (de los artistas sobreexcitados) para *engañar*.

30 [172]

El *lujo* de los medios, de los colores, de las pretensiones, del simbolismo. Lo *sublime* como lo inconcebible, lo inagotable en relación con la grandeza. Llamada a todo lo *demás* grande.

30 [173]

No dudo de que las mismas cosas, envueltas en una pasta espesa y dulce, se tragan de mejor grado.

30 [174]

Estas bestias salvajes con accesos de sentido delicado y profundo no tienen nada que ver con nosotros. Al contrario, p. ej., Filoctetes [115].

30 [175]

Wotan: aniquilar el mundo porque se siente fastidio.
Brünhilde: hacer aniquilar el mundo porque se ama.

30 [176]

Wotan, monstruo furioso: que se hunda el mundo.
Brünhilde ama: el mundo puede hundirse.

[111] Gaspare Spontini (1774-1851): compositor italiano. *La Vestale* fue estrenada en 1807.
[112] Vincenzo Bellini (1801-1835): compositor italiano.
[113] Daniel François Esprit Auber (1782-1871): compositor francés.
[114] Cf. 27 [57].
[115] Filoctetes: héroe griego de la guerra de Troya en la *Ilíada* de Homero y protagonista de la tragedia homónima de Sófocles.

Sigfrido ama: ¿qué le importa a él el medio del engaño? Igualmente Wotan. ¡Como me repugna todo esto!

30 [177]

Lo mismo que el maestro *Erwin* von Steinbach [116] depende de sus modelos y maestros franceses, libremente y superándolos, así Wagner de los franceses e italianos.

30 [178] [117]

La construcción abovedada, probablemente pasada de los diadocos a los romanos; probablemente.

30 [179] [118]

Poder y pompa, voluntad de los romanos.

30 [180]

Oposición: Horacio entre cosas solidificadas, nada más que eternas; nosotros entre nada más que enteramente efímeras. Cada generación tiene su propio campo que cultivar.

30 [181] [119]

Los romanos, **creadores** de todas las formas redondas, no sólo continuadores geniales.

30 [182]

En Goethe la mayor parte del arte ha pasado a su ser. Otra cosa son nuestros artistas teatrales, que en la vida — — — inartísticamente y sólo — — — compasión teatral — — — Teatro del Tasso [120].

30 [183] [121]

Los efectos de la retórica wagneriana son tan brutales, que posteriormente nuestro entendimiento ejerce la *venganza*: sucede como con el prestidigitador.

[116] Erwin von Steinbach (?-1318), arquitecto alemán responsable de buena parte al menos de la catedral de Estrasburgo.

[117] Cf. 27 [15].

[118] Cf. 27 [15].

[119] Cf. 27 [15].

[120] Texto de lectura extremadamente dudosa.

[121] Cf. *OSV* 250.

Se critica **más severamente** los *medios* con que Wagner obtiene el efecto. En el fondo se trata de fastidio porque Wagner no haya encontrado *necesarios* medios *más refinados* para **atraparnos**.

30 [184]

Como la música al aire libre con tiempo ventoso y frío.

30 [185]

El placer producido por las *Observaciones psicológicas* de Rée, uno de los más grandes. ¿Cómo?, me decía yo, los motivos de los hombres no valen mucho. Lo que Sócrates de los hombres sabios, eso yo de los morales. Entonces hacía *excepciones*: justamente para poner a éstos en alto colocaba yo a aquéllos tan bajo (y con ello sin duda comprendía mal al autor).

30 [186]

El siglo pasado tuvo menos historia, pero sabía mejor *arreglárselas* con ella.

30 [187][122]

¡Cómo se puede hallar semejante goce en la *trivialidad* de que el *amor propio* procura los *motivos de todas* nuestras acciones! 1) Porque durante mucho tiempo yo no he sabido nada de él (período metafísico); 2) porque la tesis puede ser puesta a prueba muy a menudo y estimula nuestra sagacidad y así nos produce placer; 3) porque uno se siente en comunión con todos los expertos y sabios de todas las épocas: es un lenguaje de los honestos, incluso entre los malvados; 4) porque es el lenguaje de los *hombres* y no de jóvenes exaltados (Schopenhauer encontraba su filosofía de juventud, especialmente el 4º libro, totalmente extraña); 5) porque nos impulsa a competir con la vida *a nuestra manera* y rechaza falsos criterios; *alienta*.

30 [188][123]

Regreso al siglo pasado en ética: Helvetius. De ahí, descendiendo, Rousseau, Kant, Schopenhauer, Hegel.

30 [189]

La vehemencia del sentimiento excitado y la extensión de su duración están en contradicción. Este es un punto sobre el que el autor mismo carece de opinión definitiva: se ha acostumbrado y ha tardado mucho en crearla, no *puede* en

[122] Cf. 30 [185], 27 [43], 30 [9].
[123] Cf. *CS* 216; 27 [43], 30 [9].

absoluto adoptar ingenuamente el punto de vista del espectador. Schiller cometió el mismo error. También en la antigüedad se hacían muchas composturas.

30 [190]

De esto me fui dando cuenta afligido y no pocas veces incluso con súbito espanto. Pero finalmente sentí que, tomando partido contra mí y mi preferencia, oía el aliento y el consuelo de la verdad, con lo cual me sobrevino una dicha mucho mayor que aquella a la que entonces volvía voluntariamente la espalda.

30 [191]

El *Anillo del nibelungo* de Wagner se compone de adustísimos *dramas para la lectura* que cuentan con la fantasía interior. Eminente género artístico, también entre los griegos.

30 [192][124]

Contradicción en el supuesto oyente. ¡Eminentísimamente *artístico* como receptor y completamente *improductivo*! La música tiraniza al sentimiento mediante un desarrollo pedante de lo simbólico, la escena tiraniza al ojo. Algo de sumisión esclavista y, sin embargo, enteramente fuego y llama al mismo tiempo en este arte; necesidad *por tanto* de una disciplina de partido sin igual. El judaísmo, etc., por tanto, como aguijón.

[124] Cf. 30 [68].

[31 = N I 5. Verano de 1878]

31 [1][1]

Teopompo[2], nada más que celos de Platón en cuanto máximo *literato*.

31 [2]

¿Razones por las que la literatura griega no nos parece extraña?
1) mala costumbre en el Gymn<asium>
2) utensilio de la filología
3) tenemos demasiada imitación

31 [3]

Capítulo: influencia ética de los poetas, oradores, escritores.
Capítulo: Prosa y poesía.

31 [4]

Tucídides, emanación perfecta de la cultura *sofística*[3].

31 [5]

Introducción.

No hay que leer nada *sobre* las literaturas, ni tampoco por tanto que *escribir* nada sobre ellas. Así, yo diré *cómo* debe leerse. Tarea de la filología. Avisar contra la lectura hab<itual>.

31 [6]

Con quien menos de acuerdo estoy es con a quien en Bayreuth no satisficieron la decorac<ión>, el escenario, la maquinaria. Con mucho, demasiados celo e invención aplicados a encadenar la fantasía, en temas que no niegan su origen *épico*. ¡Pero el *naturalismo* de los *gestos*, del *canto*, en comparación con la orquesta! ¡Qué sonidos amanerados, afectados, enrarecidos, qué falsa naturaleza se oyó allá!

31 [7][4]

El arte del político moderno, despertar la buena conciencia de los pueblos cuando estalla una guerra: la fe en la victoria de la buena causa.

[1] Este fragmento y los siguientes (hasta 31 [5] guardan relación con el seminario sobre Tucídides impartido por Nietzsche durante el semestre de invierno 1878-1879.

[2] Teopompo (s. IV a. C.): orador e historiador griego.

[3] Cf. *Aurora*, 168 (ed. cast.: *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 798).

[4] Cf. *OSV* 320; 18 [60].

31 [8][5]

Renunciar al gusto por lo romántico, además de por lo elemental.

31 [9]

Amigos, uno al otro nos gustamos como las plantas frescas de la naturaleza, y nos respetamos: así, crecemos como los árboles uno junto al otro, y precisamente por eso tiesos y hacia arriba, pues tiramos uno del otro[6].

[5] Cf. 27 [20].

[6] Cf. carta de Nieztsche a Marie Baumgartner del 10 de septiembre de 1878.

[32 = N III 2. Otoño de 1878]

32 [1]

Os parecéis al tono fundamental — — —

32 [2][1]

Constituye también una diferencia entre los grandes hombres si al elevarse hacia una alta meta someten sus fuerzas a exigencias cada vez más altas o cada vez más bajas. Pero es difícil discernir para quien está lejos, pues en cualquier caso le es inaccesible lo alcanzado por aquéllos; no obstante, uno muy eminente siempre puede renegar de su ideal.

32 [3][2]

A los *estilos* en las artes corresponden *almas*: delinear el alma barroca. El alma eminente, el alma refinada, el alma aristocrática.

32 [4][3]

Los oscurantistas refinados. Lipiner.

32 [5][4]

Si un artista quiere estremecer, elevar, transformar a los hombres, bien puede para ello servirse, en cuanto artista, de medios deshonestos: en este caso su fin santo no santifica en absoluto. Pues sobre su fin decide el tribunal moral, sobre sus medios el estético.

32 [6]

En torno a nosotros, una especie de formación de mitos. Causa: no somos del todo honestos, nos dejamos llevar por las bellas palabras.

32 [7]

Un hombre al que describe un entusiasta y que le dice a éste: «¡Qué bien me conoce usted!», suscita mi más profunda antipatía.

32 [8]

La mayor parte de nuestro ser nos es desconocida. Sin embargo, nos amamos, hablamos como de algo enteramente conocido, sobre la base de un poco de

[1] Cf. *OSV* 350.
[2] Cf. *OSV* 144.
[3] Cf. *OSV* 27.
[4] Cf. *OSV* 136.

memoria. Tenemos en la cabeza un *fantasma del «yo»* que nos determina de muchas maneras. Debe adquirir la consecuencia de la evolución. Esto es el acto de *cultura privada: queremos engendrar unidad* (¡pero pensamos que sólo hay que *descubrirla*!).

32 [9][5]

Una novela.
Un volumen de poemas.
Una historia.
Una filología.

32 [10]

Los hombres no pueden oír juntos el sonido de la promesa y el sonido del cumplimiento; pues en la promesa han *oído* algo que no estaba en ella. Así yo: prometí intransigencia de la verdad, por supuesto con no pocas *expresiones* fantásticas; y ahora resulta que les he volcado el bote de leche a estos niños inocentes[6].

32 [11]

Le he tomado aversión a lo solemne: ¡cómo somos!

32 [12]

Los amigos como ropas raídas.

32 [13]

Emerson, pág. 201: la *«superalma»*[7] es el resultado propiamente hablando supremo de la cultura, un fantasma en el que han trabajado todos los buenos y grandes.

32 [14]

«¿No ha de estarse deshumanizado?» ¿Quién ha entendido la ironía?[8]

32 [15]

Emerson opina que «el valor de la vida reside en sus *insondables* aptitudes; de hecho, cuando me dirijo a un nuevo individuo, nunca sé qué puede ocurrirme».

[5] Fragmento por encima del cual se redactó la primera versión de *OSV* 142.

[6] Cf. carta de Nietzsche a Paul Rèe de finales de julio de 1878.

[7] Nietzsche traduce por *Überseele* la *over-soul* de Emerson; en este fragmento se refiere a la pág. 101 de los *Versuche (Essays, Ensayos)*.

[8] Nietzsche se cita a sí mismo: *HDH* 1 in fine.

Esta es la disposición del viajero. *Importante* en Emerson, pág. 311, el *miedo a la llamada ciencia:* el creador entra por una puerta en cada individuo[9].

32 [16]

¿Has tenido una gran alegría por algo? Entonces despídete: nunca habrá una segunda vez.

32 [17]

Sentimiento de bienestar una vez acabada la tarea diaria: eso les *falta* al pesimista y al entusiasta del arte.

32 [18]

«En la naturaleza todo es útil, todo bello». Pero en definitiva, visto desde arriba, en el hombre *también.* La belleza está ahí, sólo falta el ojo para verla. Al menos esa belleza de la naturaleza que es al mismo tiempo utilidad.

32 [19][10]

Los pinos que *escuchan* y profundizan aún la impresión de silencio meridional y de *calma* al mediodía.

32 [20][11]

Rechazar un *libro* dice a menudo que aquí no podemos vivenciar nada, pues nos faltan la preparación y los sentidos. También con los hombres. Todo *negar* muestra nuestra falta de fecundidad y de órganos en *este* terreno: si fuésemos como la tierra, *nada* dejaríamos *perecer.*

En nosotros tenemos antenas para muchas personas; pero no para todas.

32 [21]

La historia quiere *superar* lo *extraño,* el hombre se resiste al pasado, todo debe ser «yo», «biografía» y «ha mucho conocido».

32 [22]

«A ennoblecer el lujo, no a suprimirlo» aspiran los artistas, se lamentan los idealistas. Pero, sin embargo, lo que se llama supresión (esto es, volatilización,

[9] Cf. Emerson, op. cit., pág. 310 (pasaje acotado por Nietzsche con puntos de interrogación y de admiración).

[10] Cf. *CS* 176.

[11] Cf. *OSV* 332.

sublimación) se produce de ese modo. Lo superfluo es el presupuesto de todo lo bello.

32 [23]

«Hay que llevar a pie al mercado lo que se ha obtenido con penoso trabajo». E<merson> [12].

32 [24]

La *meta* de la cultura (en cuanto base del entendimiento, de la ayuda y el sostén colectivos) es el desarrollo más o menos *uniforme* de la *razón* y del *sentimiento.* Ahí reside el significado de potencias mundiales organizativas como el Imperio Romano, el cristianismo, ante todo la ciencia. En general y al detalle, predomina el *malentendido: de ahí,* no de la maldad, el egoísmo excéntrico. Una gran pérdida está ligada a esta *cultura niveladora.* La «historia» es el relato de los medios, de las canalizaciones <y> vías de comunicación hacia la uniformización.

32 [25]

Poetas y sabios fantasiosos *sueñan* que la naturaleza (animales y plantas) se *comprende* sin ciencia ni método, simplemente con amor e intuición. Esa es aún exactamente la actitud de los metafísicos hacia el *hombre.*

32 [26]

¿Qué *queremos* con el bienestar, la salud? *Placer* y contento. Ahora bien, sus fuentes están en el espíritu y el ánimo. <Con> bienestar y salud tratamos de eliminar una especie de lodo que se opone a la dimanación. *Lucha* entre los medios para el placer cuando arte y sentido de la verdad entran en conflicto. Pero esta lucha puede incluso convertirse en una fuente de placer. El placer de los placeres acaba por ser la *evolución* del hombre.

[12] Cf. Emerson, op. cit., pág. 173.

[33 = N III 4. Otoño de 1878]

33 [1][1]

«*Felicidad de escalera*»; niños sobre el hielo, una tempestad en noche de luna junto al arroyo.

33 [2]

Ahora puede objetársele a Sócrates que con la virtud humana no pasa nada, pero mucho con la sabiduría humana.

33 [3]

Los artistas creen que los momentos agradables, un desbordamiento del corazón, son la meta del mundo: se consideran como oradores solemnes de los momentos dichosos.

33 [4]

Antaño los artistas traicionaban en el arte mismo la ausencia de sentido de la propiedad intelectual entre ellos; ahora sobre todo cuando se presentan como pensadores y escritores.

33 [5]

¿Por qué todos los músicos son malos escritores, sin oído para el ritmo, sin rigor en el encadenamiento de las ideas? La música relaja el pensamiento y afina demasiado el oído. El simbolismo vago: contentarse con ello.

33 [6]

La juventud pone sus esperanzas en lo que siempre se expresa demasiado fuertemente, el adulto en aquel cuyas palabras van siempre a la zaga de sus actos.

33 [7]

Política. Partido. Honest<idad>.

33 [8][2]

En conclusión: «¿Hay dicha mayor que examinar el alma...? Una vida sin examen: οὐ βιωτὸς»[3].

[1] Cf. *OSV* 352, 28 [6].

[2] Cf. 28 [11].

[3] Cf. Platón, *Apología*, 38 A (ed. cast., *Obras completas*, cit., pág. 215). Nietzsche ha subrayado el pasaje en su ejemplar y ha comentado: «felicidad de Sócrates». Cf. 28 [11].

33 [9]

¿Qué es, pues, Europa? La cultura griega crecida a partir de elementos tracios y fenicios, el helenismo, el filohelenismo de los romanos, su Imperio Mundial, cristiano, el cristianismo, portador de elementos antiguos, de estos elementos acaban por surgir los gérmenes científicos, del filohelenismo deviene un *cuerpo filosófico*: hasta donde se cree en la ciencia llega ahora Europa. La romanidad fue eliminada, el cristianismo desinflado. No hemos ido más allá de Epicuro; pero su autoridad está infinitamente más extendida –helenización cuatro veces más grosera y superficial–.

33 [10]

Así, puesto que la ley ética y el derecho han sido hechos por hombres, creéis poder pasar por encima: sólo por hombres, decís; ¿no sabéis que al despreciar de ese modo la obra humana os estáis caracterizando como despreciables a vosotros mismos y las obras humanas que habéis proyectado? Debéis ser más prudentes y venerarla más que si fuese «una obra de Dios», pues ¿qué os importa un Dios? Pero la obra de vuestros padres y antepasados — — —

33 [11]

N. B. La verdadera *Maya*. Valores vanos e inconsistentes.

33 [12]

Obreros [4] chinos para europeizar Asia.

[4] Obreros] Lectura incierta.

[34 = N III 1. Otoño de 1878]

34 [1]

Hay ciertamente cerebros más refinados, corazones más fuertes y nobles que los míos; pero sólo me sirven en cuanto que me igualo a ellos y podemos ayudarnos. Para mí, desde mi punto de vista, de lo demás podría prescindirse: el mundo seguiría siendo siempre mi mundo por entero.

34 [2]

También el entus<iasmo>, cuestión difícil.

34 [3]

No se observa enfermedad de la constitución intelectual; pero tanto más la — — —

34 [4]

Poetas tartamudos, oradores a los que falta el aliento y se les rompe la voz, músicos sin alma rítmica, los sabios con un gusto amargo de demencia; estas imperfecciones de la naturaleza, por así decir torturadores que obtienen de los hombres más endurecidos la respuesta: sí, hemos menester el arte.

34 [5]

Hacemos lo que podemos.

34 [6][1]

Por ignorancia se plantea el principiante, como el arte en sus inicios, las metas más elevadas... descaminadamente.

34 [7][2]

La simplicidad es un breve llano en las alturas del arte: ni al comienzo ni al final.

34 [8]

Ahora mismo puede tenerse poco, pero se puede tener todo con sólo disponer de tiempo. El tiempo es el capital que lleva como intereses todas las virtudes y todos los talentos del mundo.

[1] Cf. 30 [74].
[2] Cf. *OSV* 222, 117.

34 [9]

Hay una obscenidad latente, apenas confesable, que agota muy radicalmente, p. ej., en el arte, al meditar, al preguntar.

34 [10][3]

Homero, no un héroe de la batalla; Sófocles, no un solitario paciente y perseguido; los cantores de la fidelidad y de la abnegación son egoístas despiadados, los moralistas fríos como Helvetius son amigos cordiales de los hombres y carecen de malicia: el talento quiere suplir al carácter; es un ojo de vidrio para quien lo lleva, pero no para quienes lo ven.

34 [11]

Dominio incipiente de los escritores.

34 [12][4]

Libro anónimo, periódico firmado.

34 [13][5]

Los poetas, en cuanto apologetas, entusiastas o encubridores sin carácter, hacen deshonestos a los amigos. Concluir la obra con el modo de pensar, inadmisible.

34 [14]

Una vez ha atravesado uno todos los pasos de lobos, zorros y leones de la teoría del conocimiento, el primer iniciado que se dé la vuelta en estos pasos es impertinente si hacemos que el sol se ponga e inmovilizamos la tierra.

34 [15]

En la manera como un genio admira se reconoce fácilmente si está injertado en un árbol silvestre de indómito egoísmo: en ese caso admira, con mucha pompa y aisladamente, las propias facetas brillantes en los grandes de épocas pretéritas, sólo saca a la luz esas facetas, proyecta una sombra sobre las demás; o bien, si creció de un árbol ennoblecido como de igual alcurnia, entonces lo que es más y distinto que en él: como Goethe.

[3] Cf. *OSV* 151.
[4] Cf. *OSV* 156.
[5] Cf. 39 [1].

34 [16][6]

Cuán efímeras son las filosof<ías> se reconoce en su poder efemerizante. Schiller, fresco y lleno de vida en su tiempo, da ya la sensación de histórico: el barniz del idealismo alemán. Así toda poesía con los toques del pesimismo alemán que huye del entendimiento y del mundo, hoy en día.

34 [17]

Quien en ciencia y arte defiende hoy en día una metafísica absoluta o aun escéptica, atraviesa la montaña y se pone a favor de Roma.

34 [18]

Aquella separación en que uno finalmente se aparta porque el sentimiento <y> el juicio no quieren ya ir juntos, nos acerca al máximo a una persona y nos lanzamos violentamente contra el muro que la naturaleza ha levantado entre ella y nosotros.

34 [19][7]

<El> artista se imagina que se ha comprado el alma con sus grandes dones; pero sólo la ha hecho más vasta para adquirir por otros lados dones aún mayores y estimar como con mucho demasiado pequeño el precio de compra ofrecido.

34 [20][8]

Nunca frecuentar a alguien que no sepa escuchar, sino que se pone a sí y sus ocurrencias por delante, creyendo con ello llevar la conversación. Es el signo distintivo de un gran egoísta, por más dotado que esté.

Igualmente egoísta es también, sólo que más cortés, quien se obliga a la atención.

34 [21]

El poeta hace pasar su espíritu por su corazón, el pensador lleva inadvertidamente su corazón en su espíritu; el primero como comediante.

34 [22][9]

Atmósfera estival del alma; espantosa dicha; febrero.

[6] Cf. *CS* 125.
[7] *FpOSV* 123.
[8] Cf. *OSV* 247.
[9] Cf. *OSV* 400.

[35 = N III 5. Otoño de 1878]

35 [1]

Neglig<encia> de los obreros — — —

35 [2]

París, la única ciudad — — —

35 [3]

Demasiado *«barroco»* — — —

35 [4]

No pocas cosas debe el hombre no reprimir debido a los hombres; pero se acuerda con dolor de los jóvenes a los que su franqueza podría confundir, apartar del buen camino: cuanto más hayan estado hasta ahora habituados a oír las palabras de su maestro y guía. Entonces, para no perturbar su educación, no le queda a éste más que alejarse radicalmente y con dureza de ellos, y pasarles a ellos mismos las riendas de su influencia sobre ellos. ¡Qué ellos mismos se sean fieles *contra él*! Así le permanecen fieles sin saberlo.

35 [5] [1]

Para no pocas naturalezas puede ser bueno darles de vez en cuando una fiesta a sus pasiones.

35 [6]

— — — encantadora grandeza de este primer jardinero de almas de todos los tiempos, redescubierta — — — [2].

35 [7]

— — — supuesto que él sepa charlar con jovial modestia de este sentimiento de un libertinaje saturnal. Los oyentes — — —

[1] Cf. *OSV* 220. Cf. la tercera parte del seminario de Nieztsche sobre la historia de la filosofía griega (invierno de 1875-76).

[2] Probable alusión a Epicuro.

[36 = Mp XIV 2 a. Otoño de 1878]

36 [1]

El darwinista. San Agustín dijo: *ego sum veritas et vita, dixit Dominus;* non dixit: *ego sum consuetudo*![1] Mala suerte: así, no es la verdad e ignora lo que es la vida.

36 [2]

Un búho más para Atenea. Es sabido que ciencia y sentimiento nacional son términos contradictorios, por más que ocasionalmente falsificadores de moneda políticos nieguen este saber: y, ¡finalmente!, día llegará en que se comprenda que *toda* gran cultura no puede hoy en día rodearse de barreras nacionales más que en su perjuicio. No siempre fue así, pero la rueda ha girado y sigue girando.

36 [3]

Sello y testimonio.

«... la pulcritud del espíritu tiene también como consecuencia la pulcritud de la pasión; por eso un espíritu grande y pulcro ama con ardor y, sin embargo, ve claramente *lo que* ama. Hay dos clases de espíritu, el geométrico y el que se podría llamar *el espíritu fino.* Aquél tiene opiniones lentas, duras, inflexibles; éste tiene una velocidad de pensamiento que al mismo tiempo se ajusta a las amabilidades del objeto amado. De los ojos va al corazón y por el movimiento externo conoce lo que sucede en el interior...»

Según Pascal[2]

36 [4]

Wieland: «no recuerdo haber oído nunca mencionar la palabra "alemán" honorablemente». *Obras*, edición de 1840, XXXI, 247[3].

36 [5]

El pensamiento no es sólo el nacimiento de la voluntad humana, sino que también el hombre lo trata como persona dotada de voluntad humana. Ante un mundo humano el cerebro tarda — — —

[1] «Yo soy la verdad y la vida, dijo el Señor; no dijo: ¡Yo soy la costumbre!» Cf. *Juan*, 14:6: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

[2] Blaise Pascal, *Pensamientos* (trad. al. de C. F. Schwarz, *Gedanken, Fragmente und Briefe*, Leipzig 1865, vol. I, pág. 113).

[3] Cf. Wieland: *Über Deutschen Patriotismus* (1795).

[37 = N III 3. Noviembre de 1878]

37 [1]

¿Qué se saca de hacer algo para contentar a todo el mundo y no conseguirlo?

37 [2]

Pertinacia en el germen del pensamiento, o bien amor.

37 [3]

Alegría del ayuno, alegría «debida»: falta.

[38 = D 12. Noviembre-diciembre de 1878]

38 [1] [1]

Enseñanza inesperada. Sólo una vida llena de dolores y renuncias nos enseña cómo la existencia está enteramente impregnada de miel virgen: por eso no pocas veces el ascetismo puede elegirse por epicureísmo ladino. Los «pesimistas» son personas astutas con el estómago descompuesto: se vengan con la cabeza de su mala digestión.

38 [2]

Los desdichados demasiado refinados, como Leopardi, que toman orgullosamente venganza por su dolor sobre toda la existencia, no se dan cuenta de cómo se ríe de ellos el medianero divino de la existencia: al momento vuelven ellos a beber de su crátera; pues su venganza, su orgullo, su inclinación a *pensar* lo que sufren, su arte para decirlo, ¿no es todo ello miel virgen? [2].

[1] Cf. *OSV* 388; 38 [2].

[2] Todo este fragmento parece una reflexión sobre la última escena del *Tasso*, de Goethe, V, 5 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. III, págs. 1891 s.)

[39 = N I 3 c.]

39 [1][1]

Literat<ura>.
Carácter falsamente deducido de las obras. Pero éstas según lo de más efecto artístico.
También el artista se equivoca fácilmente sobre sí.
Pero paulatinamente su ser va cambiando *según sus* figuras preferidas.

39 [2]

El *Winckelmann* de Goethe está absorbido por la cultura: por eso a nosotros se nos aparace vacío.

39 [3][2]

Placer en la *coerción*, autosujeción siempre renovada entre los griegos.
Homero bajo la *coerción* de la técnica antigua.

39 [4]

Coerción métrica.
Defecto natural del epos, de los diversos géneros.

39 [5]

Los tracios son los primeros en hacer la transición a la ciencia: Demócrito, Protágoras[3], Tucídides.

39 [6]

Esbozos de nuevos géneros, en extinción.
Temas descartados, elección.

39 [7][4]

Grosera simplificación del arte en el drama.

[1] Cf. 31 [1].
[2] Cf. *CS* 140.
[3] Protágoras (485-411 a. C.): sofista griego.
[4] Cf. *CS* 117.

39 [8]

Libros que leer:
Taine: Francia ant<es de> la Revolución [5].
Lenormant: Fenicia, etc [6].
Gutschmid: Nuevas contribuciones a la asiriología [7].
Duncker: Historia, primer volumen [8].
Doehler: Adriano, etc. (Halle) [9].
Reumont: Cosimo [10].
Reumont: Historia de Toscana [11].
Stern: Milton y <su> época [12].
Villari: Maquiavelo, trad. Mangold [13].
Petrarca: Geiger [14].
Baudissin: Estudios [15].
Schack: Teatro español [16].
— ¿sobre el Islam?
E. Schérer: Estudios literarios [17].
Ambros: III volumen (del Renacimiento a Palestrina) [18].
Peschel: Etnología [19].
Renan [20], etc.

39 [9] [21]

Ver con dos ojos: δίς τὸ καλόν.

[5] H. Taine: *Das vorrevolutionäre Frankreich*, Leipzig 1877, trad. al. L. Katscher, *BN*.

[6] Lenormant: *Les premiéres civilisations. Etudes d'histoire et d'archéologie*, vol. II «Chaldèe et Assyrie. Phènicie», París 1874 (trad. al., Jena 1875). Francois Lenormant (1837-1883): asiriólogo y numismático francés.

[7] Alfred von Gutschmid (1831-1887): *Neue Beiträge zur Geschichte des alten Orients. die Assyriologie in Deutschland*, Leipzig 1876.

[8] Maximilian Duncker (1811-1886): *Geschichte des Alterthums*, 7 vols., Leipzig [5] 1878-1883.

[9] Champagny: *Die Antonine... deutsch bearbeitet v. Eduard Doehler*, 2 vols., Halle 1876-77, *BN*.

[10] Probablemente, Alfred von Reumont (1808-1887): *Lorenzo de Medici il Magnifico*, Leipzig 1874.

[11] A. von Reumont: *Geschichte Toscanas*, Gotha 1875 s.

[12] Stern: *Milton und seine Zeit*, 2 vols., Leipzig 1877. Alfred Stern (1846-1936): profesor de historia en Berna desde 1873.

[13] Villari: *N. Machiavelli*, Rudolstadt 1877-1882. Pasquale Villari (1827-1927): Historiador florentino, amigo de Malwida von Meysenburg y Karl Hillebrand.

[14] Ludwig Geiger (1848-1919): *Petrarca*, Leipzig 1874.

[15] Wolf Wilhelm Friedrich Baudissin (1847-1926): *Studien zur semittischen Religionsgeschichte*, Leipzig 1876-1878.

[16] Adolf Friedrich Schack (1815-1894): *Spanisches Theater*, 2 vols., 1845.

[17] Schérer: *Etudes sur la littérature contemporaine*, 10 vols., París 1866-1895, en *BN* el vol. VIII (1885). Edmond Schérer (1815-1889): periodista y crítico literario francés.

[18] Ambros: *Geschichte der Musik*, 1862-1878. August Wilhelm Ambros (1816-1876): Musicólogo checoslovaco.

[19] Oskar Peschel (1826-1875): *Völkerkunde*, Leipzig 1874.

[20] Ernest Renan (1823-1892): escritor francés.

[21] Cf. *CS* 248.

39 [10][22]

Una palabra escogida quiere una corte de palabras en torno a sí y su aroma (perfume).

39 [11]

Era del *conocimiento* para dar paz y alegría al alma.

[22] Cf. *GS* 111, 119.

[40 = N IV 2. Junio-julio de 1879]

40 [1][1]

Hombre de octubre. Campesinos en la Selva Negra.

40 [2][2]

Sólo me falta un hombrecillo.

40 [3][3]

Concluyo: *limitación* de las *necesidades* de uno. Pero en éstas debe *cada cual* procurar convertirse en *especialista* (p. ej., en lo que concierne a su alimentación, vestimenta, vivienda, calefacción, clima, etc.). *Asegurarse la vida sobre tantos o tan pocos fundamentos como se puedan juzgar suficientes*: así se favorece la moralidad general, es decir, se obliga a todo artesano a tratarnos *honestamente*, porque somos *expertos*. Debemos *prohibirnos* una necesidad en la que no queramos ser expertos: ésta es la nueva moralidad.

Conocer bien a las personas que necesitamos es el primer *sucedáneo*. Por consiguiente, conocimiento de las personas allí donde termina nuestro conocimiento de las cosas.

Por consiguiente: adquirir una clase completamente distinta de *saber*, en base a nuestras *necesidades*.

40 [4][4]

La máquina controla espantosamente que todo suceda a su hora y como es debido. El obrero obedece al ciego déspota, es más que su esclavo. La máquina *no educa* a la voluntad en el autodominio. Despierta apetitos de reacción contra el despotismo: el libertinaje, la extravagancia, la embriaguez. La máquina provoca saturnales.

40 [5]

La *falta de libertad* de la actitud y de la persona viene *demostrada* por la propensión revolucionaria.

La *libertad*, por la satisfacción, la autoadaptación[5] y el *mejor* hacer personal.

40 [6]

Contra la perniciosidad de la máquina, *remedios*:

1) Cambio frecuente de funciones en la misma máquina y en diferentes máquinas.

[1] Cf. 40 [24].
[2] Cf. 22 [135].
[3] Cf. *CS* 318.
[4] Cf. *CS* 220.
[5] *Sich*-ein*passen*.

2) Comprensión de la construcción global y de *sus* defectos y posibilidades de mejora
(el Estado democrático que cambia con frecuencia a sus funcionarios).

40 [7][6]

Con un carácter de la vida social *menos violento*, las decisiones últimas (sobre las llamadas cuestiones eternas) pierden su importancia. Piénsese qué rara vez tiene ya hoy en día algo que ver con ellas un hombre.

40 [8][7]

Mi mayor dolor.

40 [9]

Me causa espanto la consideración de la inseguridad del horizonte cultural moderno. Algo avergonzado, elogié las culturas a bombo y platillo. Finalmente hice de tripas corazón y me lancé a la mar libre del mundo.

40 [10][8]

Las disposiciones *sentimentales* (sobre la caducidad de toda alegría o el suspiro melodioso por la liberación de la prisión), siempre como expresión de una actividad nerviosa *deprimida*. La mayor parte del placer musical es de esta clase. Hay culturas de la actividad nerviosa ascendente y de la descendente; igualmente filosofías, poesías.

Solamente la fatiga (del pensamiento), especialmente en un momento de pobre esperanza, las conduce a la brumosa zona wagneriana.

40 [11]

El *Himno a la alegría* (22 de mayo de 1872), una de mis más altas emociones. Ahora me siento por vez primera en *este* camino. «Gozosos como sus soles vuelan, recorred, hermanos, vuestro camino». Qué penosa y falsa «fiesta» fue la de 1876. Y ahora desde las *Bayreuther Blätter* todo humea contra el *Himno a la alegría*.

40 [12]

Así como en nuestros teatros los héroes luchan con dragones y nosotros debemos creer en su heroísmo *pese a* ver –por tanto, *ver y*, **sin embargo**, *creer*–, así también en todo B<ayreuth>.

[6] Cf. 41 [50].
[7] Cf. 28 [1], 30 [166], 40 [24].
[8] Cf. 41 [63].

40 [13][9]

Sentiment<alismo> musical.
Para describir.
Despierto por la noche, ansioso por dormir: claro, rojizo, pardo.

40 [14]

Cuanto más perfecta la máquina, tanta más moralidad hace ella necesaria. (Hacha, fusil, etc.)

40 [15]

Cuanto más refinado el espíritu, tanto *más sufre* el hombre por la desmesura de los apetitos. En este sentido, el refinamiento intelectual produce también lo mismo que la moralidad de los espíritus gregarios.

40 [16][10]

La doctrina de las *cosas más próximas.*
División del día, objetivo del día (períodos).
Alimentación.
Trato.
Naturaleza.
Soledad.
Sueño.
Ganarse el pan.
Educación (propia y de los demás).
Uso del humor y del tiempo.
Salud.
Retraimiento de la política.

Desplazamiento antinatural:
la enfermedad (como saludable)
la muerte (como bendición)
la desdicha (como favor).
Lucha contra el *dolor.* Los medios de combate se convierten a su vez en dolores (la lucha comporta la exageración, los extremos). La naturaleza como dolor, la religión como dolor, la sociedad como dolor, la cultura como dolor, el saber como dolor. Por consiguiente: *¡lucha contra la lucha!*

Curación del alma.
Cuita.
Tedio.

[9] Cf. *CS* 154, 168.
[10] Cf. 40 [23]; *CS* 5, 332.

Deseo.
Debilidad.
Salvajismo, venganza.
Frustración.
Pérdida.
Enfermedad.

Alegría. Trinidad de la alegría
1) como elevación
2) como clarificación } 4) tres en uno
3) como calma

40 [17][11]

Estimamos las cosas según el esfuerzo que nos ha costado producirlas o conseguirlas. De ahí el «valor». Esto es transferido a la verdad y arroja resultados ridículos.

40 [18][12]

Contra los *medianeros* filosóf<ico>-relig<iosos>.

40 [19][13]

Mediante la extensión de la autoeducación, ha de elevarse al *profesor* al más alto grado de cualificación, anularlo en sus formas mediocres.
Sustituir la *escuela* por asociaciones de amigos deseosos de aprender.

40 [20][14]

La inestable *vida viajera* de los cultos es una prueba de que deben buscarse y de los pocos cultos que viven en un solo lugar. Diez representantes del espíritu maduros y diversos se retienen por el encanto compartido de su vida en común. La *búsqueda de la naturaleza* es un sucedáneo ante la falta de buena compañía. Mejor solo que mal acompañado. Uno huye no tanto de sí mismo como de su entorno cuando todos los veranos abandona regularmente su residencia.
Pero el enraizamiento es necesario para la subsistencia de todas las instituciones. Uno emprende viaje, se hace *«viajero»*, cuando en ningún sitio está *en casa*. Es decir: el convento moderno.

[11] Cf. *CS* 4.
[12] Cf. *CS* 282.
[13] Cf. *CS* 180.
[14] Cf. *CS* 219; 16 [45], 17 [50].

40 [21][15]

La metafísica y la filosofía son intentos de apoderarse *por la fuerza* de los terrenos más fértiles: siempre fracasan de antemano, pues desarraigar bosques supera las fuerzas del individuo.

40 [22][16]

Contra el desprecio afectado de las *cosas más próximas* y la negligencia real hacia ellas (concepción grosera).

40 [23][17]

Las cosas más próximas y las más remotas.

40 [24]

Cuándo he *llorado*:
1) la Comuna[18]
2) poema de Rosenlaui[19]
3) campesinos, Selva Negra[20]
4) sueño[21]
5) mensaje de Viena[22] por mi cumpleaños.

40 [25]

El hilo por el que corren los pensamientos de no pocos pensadores es tan fino que no lo vemos y creemos que vuelan, flotan o practican el arte de los poetas alados. Pero, así como la *araña* a menudo desciende por un finísimo hilillo...

40 [26][23]

Ahora tenemos que justificar nuestro *retraimiento*: universal...

40 [27]

¿Cómo se procrea hombres de buen temperamento?

[15] Cf. *CS* 195.
[16] Cf. *CS* 5, 6.
[17] Cf. 40 [16]; *CS* 5, 6.
[18] Cf. 28 [1], 30 [166], 40 [8].
[19] Cf. 22 [93], 22 [94].
[20] Cf. 40 [1].
[21] Cf. 21 [21], 28 [42], 23 [197].
[22] El 15 de octubre de 1877, un grupo de jóvenes admiradores vieneses (S. Lipiner, Víctor y Sigmund Adler, Heinrich Braun y otros) envió a Nietzsche un mensaje de felicitación.
[23] Cf. *CS* 229.

[41 = N IV 1. Julio de 1879]

41 [1]

Un filósofo al que un día se elogiaba largamente de la manera dicha [1], escribió mientras tanto con su bastón en la arena: «*Eheu, Triviam deam fortassis amplexus sim?*[2]».

41 [2][3]

El libro más atractivo de la literatura griega: *Memorabilia Socratis*.

41 [3]

Se aspira a la independencia (la libertad) por el poder, no al revés.

41 [4][4]

La mirada más que despierta, demasiado brillante, y la mano temblorosa: Tristán.

41 [5]

Los fines hacen enteramente absurda y *falsa* la vida. ¿Trabaja uno *para* alimentarse? ¿Se alimenta uno *para* vivir? Se vive *para* dejar hijos (u obras). Estos, a su vez, etc., y finalmente *salto mortale*. Más bien, *al* trabajar, comer, etc., el *final* está siempre también ahí: con el fin anudamos 2 finales. Como para comer y para vivir, es decir, para volver a comer.

El acto quiere ser *repetido*, pues es agradable. El final es todo lo agradable. ¿Existen las plantas *para* ser devoradas por los animales? No hay *ningún fin*. Nos *engañamos*. Yo mojo la pluma *para* — — —

41 [6]

Los climas han sido bien estudiados, pero día y noche en general, etc. [5]

41 [7][6]

Aun para el más piadoso es más importante su almuerzo diario que la Santa Cena.

[1] Falta el contexto.

[2] «¡Por Hércules! ¿Acaso he abrazado a la diosa Trivia?» Trivia: sobrenombre de Diana, diosa de las encrucijadas.

[3] Cf. 18 [47], 28 [11], 42 [48]; *CS* 86.

[4] Cf. *CS* 222.

[5] Fragmento aislado de todo contexto.

[6] Cf. *CS* 5.

41 [8]

En los oficios imitamos a la naturaleza y a su vez nos halaga que parezca que la naturaleza nos ha imitado, como en el pequeño peciolo del rododendro, que parece tejido con seda amarilla y roja.

41 [9][7]

Los socialistas ayudaron al triunfo de la *democracia.*

41 [10][8]

Νεμεσσᾶυ [9] inconveniente *equiparación.*

41 [11]

Cuando el igual presta ayuda al igual, no es compasión, sino deber: la equiparación restablecida. Cuando el fuerte ayuda al débil *sin* provecho, ¿se apiada él?

41 [12]

Grados: aumentar la reputación
1) con utilidad inmediata a la vista
2) sin esto, pero como capital
3) contra la utilidad inmediata en vistas de la venidera
4) *contra* y *sin* «vanidad».

41 [13]

Todas las cosas pequeñas han sido alguna vez grandes.

41 [14]

«La extraña, en lugar de venir, siguió viaje».

41 [15]

El cerebro en proceso de crecimiento. Sólo las partes más recientes tienen una consciencia acompañante. Las más antiguas operan sin este *fanal* de *control.*

La meta: el hombre una gran actividad finalista inconsciente, como la naturaleza de la planta.

41 [16]

Muchachas que ríen como tórtolas.

[7] Cf. *CS* 275, 292.
[8] Cf. *CS* 30; 17 [58].
[9] «Indignarse».

41 [17]

En la época de los tibios vientos de febrero, cuando las pequeñas corrientes cubiertas de hielo crujen bajo los pies de los niños.

41 [18]

Un riel lleno de agua.

41 [19]

Un ángelus a mediodía desde el campanario de una aldea, que despierta al mismo tiempo la piedad y el apetito.

41 [20]

Como el sol en un bosque de abetos, fragancias cálidas y frescor puro que sopla el viento.

41 [21]

Mosquitos, cielo nublado y aire húmedo: mis enemigos.
Rocas, viento, coníferas y mucho aire: mis amigos.

41 [22][10]

«Sphynx, Themistocles[11], Mythe, Paradoxe, Sophismus, Styl, Literatur, etc.»[12]

41 [23]

Carey, 512[13]. La competencia: su utilidad, aunque fundamental, perversa. Va *contra* el equilibrio; pero el otro grupo tiene la ventaja de la lucha. El tercero, que conduzca al asno. Pero son ingleses, así que el tercero mismo es el asno que es conducido.

41 [24]

Somnoliento y contento como el sol en las callejas de una pequeña ciudad un día de fiesta.

[10] Cf. 42 [69].

[11] Temístocles (525-460 a.C.): político ateniense.

[12] Cf. Carta de Nietzsche a Hillebrand de mediados de abril de 1878.

[13] Carey: *Lehrbuch der Volkswirtschaft und Sozialwissenschaft*, trad. al. K. Adler, Viena 1870, *BN*. Henri Charles Carey (1793-1835): economista norteamericano.

41 [25][14]

Terceras — octavas: melodía
Infancia —aprender— primera magia
donde melancolía, se siente una pérdida, pero una sensación de otro tiempo a medias reencontrada.
«Fulgor alpino de la sensación» cuando se pone el sol
Explicar asimismo domingo-tarde-sol<edad>.
El niño tiene la ventaja de los grandes arrobos causados por las cosas simples.

41 [26]

El sentimental muy piadoso: un tunante.

41 [27]

Soldado, bala, crepúsculo.

41 [28]

Un ciert<o> desatino en las figuras de acompañamiento de las cadencias rítmicas no elimina este efecto[15], incluso parece reforz<arlo> a veces.

41 [29]

En la proximidad de la tormenta, cuando la montaña gris mira terrible y pérfidamente.

41 [30][16]

Jean Paul ha arruinado a Carlyle[17] y lo ha convertido en el peor escritor de Inglaterra; y a su vez Emerson, el americano *más rico*, se ha dejado llevar por Carlyle a esa insípida disipación que arroja por la ventana ideas e imágenes a manos llenas.

41 [31][18]

Conclusión: Seamos *lo que aún no somos*: **buenos vecinos de las cosas más próximas**.

[14] Cf. *CS* 168.
[15] Quizá se refiera a 41 [25].
[16] En *Fp*, este fragmento era la conclusión de *CS* 99.
[17] Thomas Carlyle (1795-1881): historiador, crítico y filósofo escocés.
[18] Cf. *CS*, Epílogo, *CS* 16.

41 [32]

Los consuelos del cristianismo serán pronto una antigualla; un aceite que se ha oreado. Entonces reaparecerán, con un nuevo esplendor, los consuelos de la filosofía antigua, y se añadirá *nuestro nuevo* género de consuelo, el histórico.

41 [33]

La mayoría de las personas se rebelan durante un cierto tiempo contra el consolador y exageran, con palabras y lamentos, la profundidad y la indomabilidad de su dolor. Encuentran intolerable que el consolador parezca admitir que él acabará más fácilmente con estas desgracias, pérdidas, etc.: le sugieren que la única razón es que él no siente *lo bastante profundamente* y que es inferior a ellos en la *capacidad* para sentir profundamente. La verdad es que no sienten ni un pelo más profundamente de lo que sentiría él, a menudo menos. Por tanto, a su pretendida superioridad para vencer el dolor ellos oponen otra.

41 [34]

El gusto clásico: no favorecer nada que no sea capaz de llevar a expresión pura y ejemplar la fuerza de la época, un sentimiento por tanto de la fuerza y misión peculiares de la época.

41 [35]

En opiniones sobre *arte al menos* nos prohibiremos el apasionamiento y la grosería; también el ciego espíritu de partido.

41 [36][19]

El feo y de mal aspecto detesta la moda porque ésta no piensa en él. Debe disfrazarse.

41 [37]

Lo meritorio no es organizar una fiesta, sino encontrar quienes se *diviertan* en ella. La mayor parte de las veces una fiesta es un espectáculo sin espectadores, una mesa llena de comida sin comensales. Los que toman parte en el juego, príncipes y soldados, participan como deber y con fatigas, y la única *aportación* viva es la curiosidad del rapaz.

41 [38]

Pastelería, azúcar, una comida; una escalera.

[19] Cf. *CS* 215.

41 [39]

Contra la cocina del *prix fait*[20] –del hotel–.

41 [40]

La radiante pradera amarilla, y sobre ella oscuras bandas boscosas pardo-verdosas, pero sobre éstas, en violenta ascensión de las mismas líneas montañosas, las altas cimas, destellantes de gris azulado y blanco de nieve.

41 [41]

Lo grande de los *antiguos* es su tendencia universal, su vista y sus estimaciones para todo, su poco acento nacional (griegos y romanos).

41 [42][21]

La comunidad surge *para acabar con la lucha por la existencia.* El *equilibrio,* su punto de vista .

41 [43]

La *comunión* sólo surge en comunidad. Tucídides: φθονερόν[22] de lo brillante, para ennegrecerlo; por tanto, entre *iguales.*

41 [44]

Unicamente yo necesito tener naturaleza para aproximármela. En el trato me hace impaciente; y se me hace cada vez más extraña. Las personas me embriagan: para la naturaleza debo haber encontrado por entero mi equilibrio.

41 [45][23]

Las personas se frecuentan demasiado y con ello se echan a perder. A quien tiene poco la sociedad le qu<ita> incluso lo p<oco> q<ue> t<iene>.

41 [46][24]

Quien no aprende a su tiempo a ser capaz de estar sólo 2 horas al día, sin ocupación ni deber ni (las asquerosas semiocupaciones de echar vaho y beber a sorbitos), ése — — —.

[20] «Precio convenido».
[21] Cf. *CS* 22.
[22] «Envidioso».
[23] Cf. 41 [62].
[24] Cf. *CS* 324.

41 [47]

Quizá los dioses son aún *niños* y tratan a la humanidad como un juguete, y son crueles sin saber y destruyen inocentemente. Cuando crezcan...

Quizá los dioses no se ocupan de nosotros, lo mismo que nosotros no lo hacemos del hormiguero, aunque...

41 [48]

Razones en lugar de hábitos, *intenciones* en lugar de impulsos, conocimientos en lugar de fe, alegría de espíritu y alma en lugar de frecuentes goces individuales, equilibrio de todos los movimientos y el placer de esta armonía en lugar de excitaciones y ebriedades; ¡y *más tarde* todo *volviendo a ser inconsciente*!

41 [49]

Este diálogo no es mío. Me lo enviaron un día, con la observación de que debía leerlo y transmitirlo. Hice lo primero, hago lo segundo.

41 [50]

— — — no se hablaría de la salud del alma, el Estado no tendría que remediar tanta miseria ni daría tantos quebraderos de cabeza.

41 [51]

Contra Wagner se tiene razón demasiado fácilmente [25].

41 [52] [26]

Una vez fijada (*aunque* erróneamente) la estimación, p. ej., del desinterés, ésta aumenta.

41 [53]

Las diferentes clases de *fantasía* tienen un poder diferente de *magnificación*. La fantasía que hace muy *grande* el *miedo*: el que quiere ser poderoso especula sobre ella primero que nada.

41 [54]

Algo que *sabemos* nos parece haber aumentado mucho de valor por ello. Un cierto tiempo...

[25] Cf. carta de Nietzsche a Gast del 20 de agosto de 1880: «...¿de qué me sirve tener razón en muchos puntos contra él?» (ed. cast., *Correspondencia*, cit., pág. 265).

[26] Cf. *CS* 190.

41 [55]

Un paseo por el puerto de Nápoles hace el espíritu libre y lo aproxima a los antiguos. Fecundidad, jovialidad y la peste o las guerras...

41 [56][27]

La moral del mediador.

Transferencia de la m<oral> del m<ediador>, e igualmente de la moral del equilibrio, al alma.

41 [57]

La gracia, en origen un signo de *desprecio.*

41 [58][28]

La reputación del desinterés la debe al mediador cuando brama el odio entre dos. En verdad, el m<ediador> *no* es desinteresado.

41 [59]

Una cosa a la que un *concepto* correspondiese exactamente *carecería* de origen. Error de Platón sobre las *ideas eternas.*

41 [60]

Es menester mucho carácter para sostener la causa del buen gusto y de la razón cuando todos los grandes talentos toman el partido contrario.

41 [61]

El máximo designio del arte no debería ser representado por los débiles.

41 [62][29]

— — — según la moral bíblica, según la cual a quien tiene poco aún se le quita también lo poco que tiene[30].

41 [63][31]

Nuestro pesimismo, nuestro sentimentalismo en la tragedia y la lírica son fatiga mental, en los pueblos y en los individuos. Debilidad nerviosa.

[27] Cf. *GS* 22, 190.
[28] Cf. *GS* 190.
[29] Quizá en relación con 41 [45].
[30] Cf. *Mateo,* 25:29.
[31] Cf. 40 [10].

41 [64]

Un gusto *duradero* en la boca.

41 [65]

Nuestra tarea: *inventariar* y *revisar* todo lo heredado, tradicional, devenido inconsciente, examinar el origen y la conformidad a fin, rechazar mucho, dejar vivir mucho.

41 [66][32]

El gusano de seda, al que no se le debe prohibir hilar.

41 [67]

Lo *ideal* en Schiller, Humboldt: una falsa antigüedad como la de Canova [33], algo demasiado barnizada, muelle, sin atreverse de ningún modo a mirar a la cara a la verdad dura y fea, orgullosa de su virtud, de *tono* distinguido, el gesto afectuoso, pero sin *vida*, sin auténtica sangre.

41 [68]

No puedo evitar llorar cuando leo las palabras de Goethe sobre Schiller: «y tras él, en inerte apariencia, etc.» [34] ¿Por qué?

41 [69]

<*Caminante*>: Esto me es demasiado superficial. *Sombra*: ¿Debe, pues, ser incluso una sombra siempre profunda? Piensa en lo delgada que es. *Caminante*: No sabía que los gordos tuvieran sobre los delgados el privilegio de la profundidad.

41 [70]

Anécdota del cardenal y el sillico.

41 [71]

<Tú no sabes leer> *de corrido* en el corazón, pero te encanta deletrear, y a veces das con la palabra justa.

[32] Cf. *CS* 9, y Goethe: *Tasso*, V, 2, v. 3083 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. III, pág. 1887).

[33] Antonio Canova (1757-1822): escultor italiano.

[34] Cf. Goethe, *Epílogo a* La campana *de Schiller*, op. cit., VI, 424 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. I, pág. 1324).

41 [72]

El caminante y su sombra.
Una charla de camino.

41 [73]

Rivarol[35]. Fontenelle.
Cartas de *Beyle*[36].
Todo Merimée[37].

41 [74][38]

Si 1 vez casi = 0 veces, 10 veces = 100 veces.

41 [75]

Cada día una hora: teoría de la salud.

[35] Antoine Rivarol (1753-1801): escritor francés.

[36] De Stendhal, en *BN: Correspondance inédite précédée d'une introduction par Prosper Merimée*, París 1855.

[37] De Merimée, en *BN: Lettres à une inconnue; Dernières nouvelles*, París 1874; *Lettres à une autre inconnue*, París 1875.

[38] Cf. *CS* 281.

[42 = N IV 3. Julio-agosto de 1879]

42 [1]

Curiosidades de nuestros escritores modernos que a un conocedor de las lenguas antiguas se le antojan manchas.

Kringel	(Ge-ringel).	
Kraut	(Ge-reutetes)?	*la parad<oja>.*
Kleben	(Ge-leben)?	

para las curiosidades fonéticas y de género [1].

42 [2] [2]

Un terrón de azúcar disuelto en el té y uno igual mantenido en la boca mientras se toma el té producen una diferente sensación de dulzor.

42 [3] [3]

El *libre albedrío*, una maravillosa ilusión, gracias a la cual el hombre ha hecho de sí un ser más eminente, la nobleza suprema, perceptible en el bien como en el mal. Sin embargo, ya *animal.* Quien se eleva por encima, se eleva por encima del animal y se convierte en una *planta consciente.*

El acto de libre albedrío sería el *milagro*, la ruptura de la cadena de la naturaleza. Los hombres serían los taumaturgos.

La *consciencia de un motivo* comporta la ilusión; el intelecto, el primitivo y único *mentiroso.*

42 [4]

Platón y Rousseau opuestos en *una cosa* sobre cultura: Platón cree que, entre los hombres en estado natural (salvajes), aún abrazaríamos al *criminal* ateniense (por civilizado). Tiene razón frente a Rousseau [4].

42 [5]

La grandeza o pequeñez de la *fuerza* humana, decisiva en la constitución de su sensibilidad. No se convierte en malo y salvaje más que cuando se enfrenta con poderes que son análogos o *inferiores a él.* Al mal tiempo no pone mala cara.

[1] Juegos de palabras con el prefijo *-ge-*, que entre otras cosas sirve para formar el participio de pasado de los verbos regulares. Los significados de los siguientes términos y expresiones pueden ayudar al lector español a comprender el sentido de estas imaginativas asociaciones por parte de Nietzsche. *Kringel*: rosca; *Ringel*: espiral, aro de humo; *Kraut*: hortaliza; *ins Kraut schieben/wachsen*: crecer rápidamente; *sich etwas gereuen lassen*: arrepentirse de algo; *sich reuen*: arrepentirse. *Kleben*: adherir, pegar; *leben*: vivir; *das Leben*: la vida.

[2] Cf. *CS* 6.

[3] Cf. *CS* 12.

[4] Cf. Platón, *Protágoras*, 327 c-d (ed. cast., *Obras completas.* cit., pág. 172).

La injusticia de los príncipes se soporta más fácilmente. Lo peor es con el vecino. Cuando el hombre *no* se *somete*, se convierte él mismo en un tirano.

42 [6][5]

El fatalismo turco es aquel que iguala la falta de libertad individual del hombre de acción a la del intelectual y *rebaja* la última a la individual. (Pues, ciegos cuyos instintos *obedecen* la orden de no *querer* ver más que un solo motivo...).

42 [7][6]

1) Venganza del poderoso contra el poderoso donde es posible el aniquilamiento. Miramiento para no ensañarse.
2) Represalia *igual* (para atenuar las consecuencias de la venganza).
3) El poderoso frente a los súbditos. El *jefe supremo* decretando penas (punto de vista análogo al de la comunidad, a menudo el deseo personal de venganza victorioso *sobre* lo conveniente para el jefe). A mayor peligro, *más indulgente* es él, *más severamente*, de modo draconiano, castiga y, en todo caso, caprichosamente.
4) Intimidación y al mismo tiempo *miramiento* con el individuo (desde el punto de vista de la comunidad, *que* no quiere perderlo).
 El grado de dolor como equivalente de la infracción. Cuanto más utilizable es uno, *más clemente* es el castigo.
 Si se cree en una vida *eterna* y se estima en poco la vida terrenal, el miramiento no es tan necesario; por tanto, mayor la crueldad.
 Hacer inofensivo, pero *mantener* sin embargo lo más útil posible (por tanto, miramiento también con el cuerpo); si la aniquilación se hace *necesaria*, entonces más bien demasiado cruel, pues con ello se obtiene la máxima intimidación, es decir, la máxima utilidad.
5) Los castigos divinos, como equivalentes de la justicia secular (es decir, golpe del destino). Por eso, gran *atenuación*. Los sacerdotes anuncian estos castigos, el vindicativo **espera**... ¡gran ganancia!
6) Los *remordimientos de conciencia* como equivalente. Peligro de condenación eterna. Punto de vista cristiano.

42 [8][7]

La venganza del inferior sobre el superior tiende siempre a lo extremo, a la aniquilación; pues únicamente así puede evitar la represalia.

[5] Cf. *CS* 61.
[6] Cf. *CS* 33.
[7] Cf. *CS* 33.

42 [9][8]

Multas, resarcir del daño: algo *distinto.* Prestar el mayor número posible de *servicios* tras haber causado un daño. No se piensa en el dolor de pagar. *Interés de la comunidad,* embargo, confiscación de bienes, etc.

De ahí una evaluación de los *delitos* según el *dinero.* (*Reparación* del daño, punto de partida).

42 [10][9]

La envidia santa y la cólera santa.

42 [11]

(Quien siempre tiene que dar, tiene algo de impúdico)

42 [12][10]

Melodías que no corren gozosas hacia el final, sino que de repente se detienen como perro hidrófobo con el rabo entre las piernas.

42 [13]

Cuadros en los que el colorista quiere decir lo que el dibujante no sabe decir.

42 [14]

La tentativa de alcanzar al hombre, muy a menudo hecha en vano, dada la escasa fecundidad. ¡*Una sola vez* un encuentro enteramente satisfactorio!

42 [15]

Necesitamos alimento; pero las *necesidades* de nuestro gusto son distintas, primero coerción, luego habituación, luego placer, el cual quiere repetirse (necesidad). Enteramente lo mismo que con el sentido moral, que tan distinto es también del *gustus,* pero el fin al que sirve es casi el mismo (conservación del hombre *por* y contra los hombres).

El sentido moral es un *gusto,* con determinadas necesidades y aversiones: las *razones* del nacimiento de cada una de las necesidades se han olvidado, funcionan como gusto, *no* como razón.

El gusto es un *hambre adaptada* y *selectiva.* Lo mismo la moral. (Un hambre que quiere ser satisfecha de determinada manera, no químicamente.) Así, gracias

[8] Cf. *CS* 33.
[9] Cf. *CS* 30.
[10] Cf. *CS* 204.

al sentido moral, tampoco queremos conservarnos de *cualquier manera* por y contra los hombres.

42 [16]

Cuando se está absolutamente entregado a un trabajo físico o intelectual, el instinto sexual se reduce. Una laboriosidad moderada es provechosa en un solo respecto [11].

42 [17] [12]

Via Appia. Por fin todo reposa. Algún día, la tierra un túmulo flotante.

42 [18] [13]

No se pasea uno impunemente entre imágenes sin cesar [14].

42 [19] [15]

Socialismo. Mandamiento supremo: no poseerás.

42 [20] [16]

Mientras la *legítima defensa* y la *intimidación* (el hombre como medio) *en el s<eno>* de la sociedad, no cesarán las guerras. Se olvida la influencia *endurecedora* de toda justicia penal: el desprecio, el odio por los criminales. Los ejércitos permanentes son un medio de intimidación...

42 [21] [17]

Venganza:

1) impedimento de la continuación (¿protección...?),
2) debe hacerse inofensivo al hombre que nos es pernicioso (¿reconciliación?),
3) envidia por la victoria o la preponderancia del adversario,
4) jamás *exagerar* en el pesimismo, ni en el miedo a lo que aún puede llegar, medimos demasiado alto.
5) restauración de nuestro prestigio.

[11] Cf. Carey, op. cit., págs. 536 ss., donde Nietzsche ha acotado diversos pasajes sobre las relaciones entre el instinto sexual y las ocupaciones de los hombres.

[12] Cf. 42 [67]; *CS* 14.

[13] Cf. *CS* 214.

[14] Según la frase de Goethe: «Nadie se pasea impunemente entre las palmeras», *Afinidades electivas*, II, 7 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II, pág. 862).

[15] Cf. *CS* 285.

[16] Cf. *CS* 186.

[17] Cf. *CS* 33.

42 [22]

La enseñanza moral que más fácilmente se ha olvidado debería ser *la más severamente castigada*, como advertencia.

42 [23]

Una música con «*temple*» [18] es miserablemente escasa. Un instrumento debe tener temple, pero luego dejar que suene algo bello: lo mismo un hombre y un escrito.

42 [24]

Cambio y *ciclo*, por eso se distinguen los hombres (leche a diario, luego *sabe* distinta: se saborea por contraste).

42 [25] [19]

El fuerte de *voluntad*: 1) Ve claramente la meta. 2) Se cree en posesión de la fuerza, de los medios al menos. 3) Se escucha más a sí que a los demás. 4) No se fatiga fácilmente, y en la fatiga sus metas *no* se *desdibujan*. Es un escalador experto. 5) No se asusta mucho ni a menudo. Es decir: esta clase de libertad de la voluntad que en él se celebra es *determinación* y *fuerza* de voluntad, junto con agilidad y debilidad de la fantasía, tanto como dominio o afán de dominio y autoestima. Se habla de *libertad* porque *habitualmente* ésta está ligada a la fuerza y el dominio.

42 [26] [20]

La *venganza*, ¡muy complicada!

42 [27] [21]

Equilibrio. El sentimiento del *libre* albedrío surge de la oscilación y la detención de la balanza, dado el equilibrio de los motivos.

42 [28]

Grados de libertad. Cuando prefiere nuevos motivos a los antiguos (hábit<os> o motivos heredados), motivos conscientes a los — — — como instint<ivos> — — —

[18] *Stimmung*. Vid notas 20 y 21 a *HDH* 14, 59 y 60 a 23 [80], y 25 a 27 [29].
[19] Cf. *CS* 9, 47 [1].
[20] Cf. *CS* 33.
[21] Cf. *CS* 9.

42 [29]

Han extendido tanto el dominio de los *pudenda*, que una conversación sobre la digestión, aun sobre los cepillos de dientes, pasa ya por indelicada; y consecuentemente los más finos tampoco *meditan* sobre tales cosas.

42 [30]

Cuestión capital que cada persona ha de responder *individualmente*: ¿son más valiosos tus sentimientos o tus motivos (razón)? Esto depende de la *herencia* y de la *práctica*. (¡Padres buenos pero estúpidos!)

42 [31]

Queremos divertirnos de modo que *nuestra diversión sea útil a los demás*.

42 [32]

Tener el máximo *placer* posible en sí. ¿Pero eso no significa *animar* a los que se complacen en sí mismos? ¿Son tan perniciosos? ¡¡Y el peligro de la desilusión!! ¿Significa animar a los que sólo tienen una salud *imaginaria*?

42 [33]

Autodescubrimiento.
Autoevaluación.
Autotransformación.

42 [34]

Dignidad del criminal. Si el rey tiene el derecho a ejercer la gracia, el criminal tiene el derecho a rehusarla.

42 [35]

Contra que se hable en la mesa.

42 [36]

Nunca tomes parte en las llamadas grandes comidas a que aún se convidan las personas también en esta época.

42 [37] [22]

Disminuciones de las fuerzas armadas: ¡un absurdo! ¡Pero *romper la espada*! ¡Tanto la espada de la justicia como la de la guerra! ¡El arma *más preciosa, más invencible*!.

[22] Cf. *CS* 284.

42 [38] [23]

¿Ejércitos de *legítima defensa*? Pero legítima defensa en nombre de la autoconservación. ¡Cuántas *guerras* de agresión se entablan en nombre de la autoconservación! (Para prevenir una agresión, para distraer al pueblo, etc.) El conquistador acaba por no buscar tampoco sino su *auto*conservación *como el ser* que es; debe conquistar: «Vuestra legítima defensa justifica toda guerra. Romped la espada y decid: preferimos sufrirlo todo, aun perecer, que perpetuar la *hostilidad* en la sociedad».

Lo mismo sucede con la justicia *punitiva*.

Ningún Estado admite hoy en día mantener el ejército con intenciones de conquista. Esto, así, significa acusar al vecino de afanes de conquista y de hipocresía. Esta es una actitud *hostil*.

42 [39]

Ambición mal dirigida, p. ej., beber entre los jóvenes, mientras que el refinamiento intelectual — — —

42 [40]

Viaje de un panadero para controlar la panadería municipal.

42 [41]

Las naturalezas delicadas, que incluso los más amargos tragos de la vida se los toman involuntariamente empapados en leche, serían demasiado dichosas si comprendieran lo bueno que hay en ellos; y así, las atormenta una envidia secreta hacia los más violentos, más fuertes, e incluso gustan demasiado de afectar las virtudes de éstos, es decir, su atrasada humanidad; lo cual al observador imparcial le hace el efecto del cordero que, disfrazado de lobo, quiere sembrar el terror entre los corderos.

Ahora bien, esta es por supuesto una imitación ridícula, pues sus modelos, a los que envidian, saben sembrar el terror entre los mismos lobos; y, por supuesto, para ello son menester, no sólo una piel de lobo, sino fauces de lobo y alma de lobo... y más aún.

42 [42]

¡Que el hoy no le robe su deber al mañana! [24]

42 [43]

En las horas del día en que el espíritu tiene su marea alta, ¿quién irá entonces a coger un libro? Entonces queremos ser nuestros propios contramaestres y pilotos.

[23] *FpCS* 284, cf. 42 [56].

[24] Cf. *Mateo*, 6:34: «así que no os inquietéis por el día de mañana, que el mañana traerá su afán. A cada día le basta su afán».

42 [44]

Emoción incluso en las palabras «cerezas y grosellas». **Melodía**.

42 [45][25]

Eckermann, la mejor obra en prosa de nuestra literatura; alcanzado el punto supremo de la humanidad alemana.

42 [46]

El círculo terráqueo, el anillo terráqueo: ἀπειρεσίη[26].

42 [47]

La lengua se trabucó, el corazón no supo nada de ello.

42 [48][27]

Soc<ratis> Mem<orabilia>, no una curiosidad placentera, sino simple vecindad.

42 [49]

El lago y la alta montaña. Un viejo que sostiene un espejo en la mano (por la tarde, a la puesta del sol, para brillar en el lago, la alta montaña se refleja en él; es como si un viejo — — —).

42 [50][28]

Día vendrá en que el pueblo de ejércitos más victoriosos decida la *supresión* del ejército.

42 [51]

Se mantiene al criminal en prisión hasta que «cumpla su castigo». ¡Absurdo! ¡Hasta que deje de inspirarle sentimientos hostiles a la sociedad! ¡Hasta que él deje ya de tener sentimientos de venganza incluso de su castigo! Entonces mantenerlo *por más tiempo* sería 1) crueldad; 2) despilfarro de fuerza que podría emplearse al servicio de la sociedad; 3) peligro de hacerle vengativo, pues sentiría una dureza *superflua*, una degradación moral por tanto.

[25] Cf. *CS* 109.
[26] Cf. Homero, *Ilíada*, 20, 58 (ed. cast. cit., pág. 405).
[27] Cf. *CS* 86; 41 [2], 18 [47], 28 [11].
[28] Cf. *CS* 284.

42 [52]

En el mundo de las *obras de arte* no hay *ningún progreso* durante milenios. Pero sí en la moral, porque en el conocimiento y la ciencia.

42 [53]

Al atrapar al criminal, tratarlo delicadamente, como a un enfermo. ¡La *policía*, personas completamente distintas!

42 [54][29]

Ser *responsable*, es decir, conocer y poder indicar los *motivos* por los que se obra. Pero ¿sabemos *todos* los motivos de cualquier acción? ¿Su fuerza e índole proporcionales?

42 [55]

La *bella* seriedad: seda negra uniformemente briscada con hilos rojos, un brillo apagado.

42 [56][30]

Contra la justicia punitiva.
Un intento de dulcificación de las costumbres.

42 [57][31]

San Pablo, que es una de esas grandes inmoralidades en que la Biblia es más rica de lo que se piensa.

42 [58][32]

Supuesto: que *no* se castiguen los actos llevados a cabo bajo coacción. Sólo las acciones *intencionadas*, ¡pero no **todas** las acciones intencionadas! Cuando alguien obra intencionadamente –*porque* o *para que*–, existe la coacción de la motivación. No deben castigarse los motivos. «Pero no existe coacción; hay otros motivos: ¿por qué no sigue éstos?» Precisamente, *¿por qué no?* «¡Para él no pesan lo mismo que ésos!» ¿Por qué no? ¿Error de juicio? ¿Fallo de carácter? En todos los casos habría *coacción*. Por tanto, para él pesan lo mismo que ésos, la balanza está en equilibrio. «Ahora surge la libre voluntad». Pero si es lo mismo obrar así o

[29] Cf. *CS* 23.
[30] Cf. 42 [38], 42 [61].
[31] Cf. *Aurora* 68 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. II; págs. 718 ss.).
[32] Cf. *CS* 23, 28.

de otra manera, ahí (en esta *culminación* del juicio) hay también una *coacción.* ¡Impunible! Por tanto: os pongáis como os pongáis, castigáis *contra* vuestros supuestos. Castigáis al *coaccionado.*

42 [59][33]

«¡Pero entonces la sociedad se va a pique!» Confesad, pues, que el *castigo* es *legítima defensa.* Pero no abuséis de las palabras de la moral, no habléis de justicia. Ahí precisamente, en la legítima defensa, son *absurdas* las **mezquinas** gradaciones de los castigos. ¡La medición *individual, necesaria*! ¡¡Pero eso da *arbitrio*!!

42 [60][34]

«¡El tiene la elección entre el bien y el mal...!»

42 [61][35]

Maestros en lugar de jueces. Contra la justicia punitiva. En su lugar sólo puede ponerse la instructiva (que mejora la razón y, precisamente por eso, los hábitos: ¡creadora de motivos!). «¡Un bofetón al niño! no volverá a hacerlo». Aquí por tanto el bofetón es un *recordatorio* de la lección: *el dolor como estímulo* poderosísimo de la memoria. De donde *resultaría la máxima dulcificación de todos los castigos; ¡y la mayor igualación posible de los mismos!* ¡Sólo como medios mnemotécnicos! ¡Entonces *un poco basta*!

(¡El *elogio, suprimido*!)

42 [62][36]

Si el castigo se mide por *ne iterum peccet*[37], el *criterio* es *diferente* según los individuos. El propósito es imprimir, grabar el motivo lo bastante fuertemente; y entonces lo que importa es el material sobre el que se graba. Pero, ahora bien, *no* tenemos criterio individual de castigo. El propósito no es por consiguiente la mejora individual. Sino que se trata del castigo *merecido,* según la teoría de la libre voluntad, es decir, en relación con la *libre* voluntad *todos* son considerados **iguales**, pues es un acto milagroso, sin precedentes, en absoluto individual. Debido a esta *igualdad,* el castigo puede ser también igual para *todos* los hombres. ¿La diferencia con respecto a otros castigos se refiere al contenido de la culpa, no al culpable? Pero entonces también el castigo debería ser *uno* para todos los crímenes.

[33] Cf. *CS* 23, 28.
[34] Cf. *CS* 23, 28.
[35] Cf. 42 [38], 42 [56].
[36] Cf. *CS* 28.
[37] «Que no vuelva a pecar».

42 [63][38]

La equiparación de los castigos supone la equiparación de los crímenes. Pero no hay ninguna igualdad respecto a los *motivos*; y si uno se remonta a la libertad de la voluntad, entonces no se ve por qué debería haber *diferentes* castigos: sólo debería haber uno. Pero castigar los *motivos* sería inmoral, pues no se quiere castigar al que no es libre. Parece por tanto hacerse una diferencia respecto a esa libertad: una libertad de la voluntad mayor o menor según sea mayor o menor el crimen. ¡Algo enteramente absurdo, ilógico! Pues entonces la libertad no sería ni mucho menos absoluta, es decir, habría *pesos* que harían inclinarse la balanza de uno u otro lado. La gradación de las libertades sería tanto como admitir la ausencia de libertad.

42 [64]

δὶς ἠβήσας[39]: Hesíodo recibió la ἥβη[40] como héroe y luego *no* vivió en el Hades, sino con los otros héroes. Había una supervivencia doble: 1) en el Hades δὶς παῖδες[41], propiamente hablando una vejez potenciada; 2) en el Elíseo ἠβήσας[42].

42 [65][43]

Solamente lo hacemos *responsable* cuando alg<uien> pudo emplear su razón, es decir, cuando tuvo y puede indicar razones. Si lo castigamos, castigamos que prefiriera las malas a las buenas razones; es decir, la *negación intencionada de su razón*. Si no hubiese visto (por imbecilidad) las razones mejores, no debería ca*stigarse*. Habría entonces seguido una *coacción*, no habría tenido elección. Igualmente, si se admite que ciertamente ve lo mejor, pero *obra* otra cosa debido a una *coacción* interior, no hay que castigarle: no es libre (como la madre que asfixia a su hijo). «El sigue la mala inclinación»; pero, si debe ser *libre*, entonces en virtud de un *arbitrio* absoluto. ¿Cómo puede ser uno más irracional de lo que no puede evitar ser? A esto se llama «libre voluntad»; es decir, al *gusto* por las malas razones como motivos, a la pura inclinación inmotivada de la balanza, como por milagro. (O bien se trata del «mal radical», etc.) En verdad, elige lo peor porque 1) ha heredado un sentido del interés común demasiado débil; 2) porque su fantasía es demasiado débil para imaginarse la ventaja futura y el encomio venidero de modo que rebase el encanto de lo presente. En ambos casos **no puede hacer otra cosa**.

Así, pues: en ambos casos el *milagro* no es ni castigado ni elogiado. El *hecho aislado*.

[38] Cf. *CS* 23, 28.
[39] «Dos juventudes»
[40] «Juventud».
[41] «Dos infancias».
[42] Cf. *Aristóteles*, Fragmenta, 565.
[43] Cf. *CS* 11, 23; 44 [3].

42 [66][44]

Propiamente hablando, se *castiga* la libertad de la voluntad... ¿por qué se *exige* la *sujeción* a la ley y la moral?. Pero entonces no habría nada que elogiar, nada moral: también este mundo debe ser completamente arbitrario, carente de fundamento.

42 [67][45]

Via Appia.
Pensamientos sobre la muerte.

42 [68][46]

Por ateo, nunca he bendecido la mesa en P<forta> ni los profesores me hicieron nunca inspector de semana. ¡Tacto!

42 [69]

«Das Libell der Mythus der Sophismus»: empleo u ortografía defectuosos de palabras extranjeras[47].

42 [70]

Historia de los castigos criminales.

[44] Cf. *CS* 23.
[45] Cf. 42 [17].
[46] Cf. las cartas de Nietzsche a su madre y a su hermana de 13 de marzo y el 26 de mayo de 1864.
[47] Cf. 41 [22].

[43 = M I 2. Julio-agosto de 1879]

Pensamientos en St. Moritz, 1879

43 [1][1]

Leer las cartas de Beyle («Stendhal»): él ha tenido la máxima influencia sobre Merimée.

43 [2][2]

A quien escandaliza la expresión «lago de verde lechoso» lee con el paladar, no con los ojos.

43 [3][3]

Anteayer por la tarde estaba yo enteramente sumergido en transportes claudelorrainianos, y acabé por estallar en vehemente y prolongado llanto. ¡Aún tenía que pasarme esto! Yo no sabía que la tierra muestra esto y pensaba que los buenos pintores lo habían inventado. Lo idílico-heroico es ahora el descubrimiento de mi alma; y de un solo golpe se me desvela y revela ahora todo el bucolismo de los antiguos, del que hasta ahora nada había yo comprendido.

43 [4][4]

El *jus talionis* es, en cuanto derecho penal privado, una fase superior de la moral: *sólo* atiende a la recompensa. El derecho penal comunitario contiene un excedente: individuo y comunidad se *enfrentan, falta* la situación de igualdad.

43 [5][5]

Indigeribilidad del crimen.

[1] Cf. 41 [73].
[2] Cf. *CS* 295.
[3] En principio, comienzo de *CS* 295.
[4] Cf. *CS* 22.
[5] Cf. *CS* 23, 28.

[44 = N IV 4. Agosto de 1879]

44 [1]

¿Sabes que, de las cualidades de los hombres y de las cosas a que ahora prestas tus más bellas palabras, todos admiten sin más que son tus cualidades?

44 [2][1]

Schubert guarda con Beethoven la misma relación que la poesía ingenua con la sentimental. La música *a la manera de* Schubert es el *objeto* de la sensibilidad musical de Beethoven.

44 [3][2]

La apariencia de mal radical que tiene la perversión moral radica en el hecho de que el hombre es *hoy* más intelectual que *mañana*, pero también viceversa. Es algo variable; pero se supone que el intelecto es *fijo*.

44 [4]

Supongamos que alguien se encuentra apesadumbrando debido a una maliciosa carta anónima: el tratamiento habitual consiste en aliviar su sentimiento apesadumbrando a otro. Debemos deshacernos de esta necia especie de homeopatía arcaica: es claro que si al punto escribe también una carta anónima con la que hace bien y demuestra deferencia a alguien, también obtiene su curación.

44 [5]

A un desdichado que quiere consuelo debe mostrársele que todos los hombres son desdichados –esta es una reparación de su honor en la medida en que entonces su desdicha no le rebaja de nivel como él cree–, o bien que su desdicha le distingue entre los hombres.

44 [6]

No debe hablarse de ley allí donde se *tiene* que hacer algo, sino allí donde *debe* hacerse algo. Contra las llamadas leyes naturales y sobre todo económicas, etc.

44 [7][3]

«*Vanidad*», un manantial del que brotan los más poderosos ríos de la moralidad.

[1] Cf. *CS* 155.
[2] Cf. *CS* [65].
[3] Cf. *CS* 60.

44 [8]

En cuanto nos sentimos destemplados o de mal humor, fuera en seguida la bolsa del dinero o la pluma de escribir cartas, o bien regalarle algo al primer pobre o niño, a ser posible con el rostro más benevolente; pero si esto no funciona, entonces lo mismo con los dientes apretados.

44 [9]

Poesías que se evaporan cuando se las quiere traducir en prosa.

44 [10]

Con piel tan delicada y púdica que la sangre se atreve a traslucir de muy lejos.

44 [11]

Opiniones de Platón: él conocía las entradas prohibidas de todos los santuarios.

44 [12][4]

Walter Scott, 2 novelas cortas = lo mejor.
Los 3 narradores perfectos.

44 [13]

En sus relaciones con los escrit<ores> al<emanes>, p. ej., S<chiller>, Jean Paul era más que un p<equeño> G<oethe>.

44 [14][5]

Su rigurosidad en el Laocoonte tuvo un solo adversario de peso: los buenos poetas. Tampoco debe olvidársele que él — — — la inmortal ridiculez — — —.

44 [15]

Ningún hombre de partido entiende la fidelidad a sí mismo.

44 [16]

Señalar el gran valor de las instituciones modernas: murallas y baluartes contra el bandidismo y la explotación del espíritu y del dinero.

[4] Cf. *CS* 109.

[5] Anotación inacabada que quizá se refiera a *CS* 103 ó 125.

[45 = M I 3. Agosto de 1879]

45 [1]

«esos soleados días de octubre, longánimos, en los que nuestro templado clima llega a su felicidad y plenitud».

45 [2]

«en la calma de la tarde estival, cuando el péndulo habla más perceptiblemente y las campanas lejanas tienen una sonoridad más profunda».

45 [3]

«esa tez pálida de la altiplanicie, justo cuando comienza a sanar del invierno y la nieve se derrite».

45 [4]

«todo está ahora tan claro, tan tranquilo: ¿es ésta la calma del cansado de vivir, la claridad del sabio? No se sabe. El viento corre entre tanto por la ladera de la montaña y toca su melodía de final de verano; pronto vuelve a callar por completo: ¿le asusta el rostro de la naturaleza, lívido, inmóvil? No se sabe; todo es incierto, como los primeros sueños de un viajero que lleva todo el día andando».

45 [5]

«debe atravesarse una aldea un sábado por la tarde si se quiere ver el verdadero reposo de un día de fiesta en los rostros de los campesinos: entonces todavía tienen por delante toda la jornada de descanso ininterrumpida y se aplican a ordenar y limpiar en su honor, con una especie de goce anticipado que el goce no iguala. Sin embargo, el domingo mismo es ya el antelunes» [1].

45 [6]

El solitario dice: ahora mi reloj vive al día. Antes era moral y un indicador de deberes.

[1] Cf. Giacomo Leopardi, «Der Sonnabend auf dem Dorfe», en *Giacomo Leopardi*, Berlín 1878, I, 165 s., *BN*.

[46 = D 13. Septiembre-octubre de 1879]

46 [1]

Gaudii maxima pars est oblivio. Dolor de se ipso meditatur [1].

46 [2]

Aegrotantium est sanitatem, medicorum aegritudinem cogitare. Qui vero mederi vult et ipse aegrotat, utramque cogitat [2].

46 [3] [3]

Breve verano. A no pocas naturalezas sólo se les concede un momento de verano: tuvieron una primavera tardía y tendrán un largo otoño. Son las criaturas de más elevado espíritu.

[1] «La mayor parte del goce es olvido. El dolor medita sobre sí mismo». Cf. la carta de Nietzsche a Schmeitzner del 27 de octubre de 1879.

[2] «Es propio de los enfermos pensar en la salud, de los médicos en la enfermedad. Quien verdaderamente quiere curar y está al mismo tiempo enfermo, piensa en ambas». Cf. ídem.

[3] Sustituido por *CS* 308 en *Md.*

[47 = N IV 5. Septiembre-noviembre de 1879]

47 [1][1]

«El tiene una *voluntad fuerte*»: su inteligencia, su juicio y fantasía son muy iguales en dif<erentes> momentos, dice las mismas cosas o tan ajustadas y atractivas...

Nada tiene que ver con la libre voluntad: es *independiente* de los demás, por tanto *libre* (en cuanto dependiente de sí). El no libre, débil, no es lo bastante dependiente de sí, muy dependiente por tanto de los demás.

47 [2]

¡Qué locos somos! Pensar en tales cosas cuando Europa se divide en dos grupos militares cada vez más acorazados de hierro (aquí y allá), aparentemente para así prevenir las guerras europeas generales, pero con el resultado probable de que...

47 [3]

¡Para el *pueblo* un cristianismo bozal! Así se dicen entre sí muchas personas cultas que no se cuentan entre el pueblo: pues no se atreven a decirlo en voz alta; su bozal es el miedo al pueblo.

47 [4]

Cuando un a<rtista> griego se imaginaba a sus oyentes o espectadores, no pensaba en las mujeres (ni en las adolescentes, como los novelistas alemanes, ni en las jóvenes, como todos los novelistas franceses, ni en las mayores, como los novelistas ingleses), tampoco pensaba en el «pueblo», en la gran masa que, trabajando y sudando, llenaba las calles y los talleres de su ciudad natal: quiero decir, los esclavos; se olvidaba de los campesinos de los alrededores, así como de los extranjeros y de los residentes temporales en su patria; sino que únicamente tenía presentes a esos cientos o miles de hombres provistos de poder, la ciudadanía propiamente dicha de su lugar, una muy pequeña minoría de la población por tanto, distinguida por una educación igual y análogas pretensiones en todas las cosas. La vista de una tan firme y uniforme grandeza daba a todos sus escritos una «*perspectiva cultural*» segura: algo de lo que hoy en día carecen, p. ej., todos los que trabajan en los periódicos.

47 [5]

El gran, capital error de Schopenhauer consiste en no haber visto que el apetito (la «voluntad») no es más que una *clase de conocimiento* y nada más en absoluto.

[1] Cf. *CS* 9, 10; 42 [25].

47 [6]

El goce de la vanidad es el goce de un medio para un fin que uno mismo ha olvidado.

47 [7][2]

¡Ah, esta seriedad sublime y medio imbécil! ¿No tienes, pues, ni una sola pata de gallo? ¿No sabes coger un pensamiento con la punta de los dedos y hacerle dar vueltas? ¿No tiene tu boca más que esta sola expresión de contrariedad mal disimulada? ¿No hay ninguna ocasión de levantar los hombros? Quisiera que de una vez silbases y te comportases como en mala compañía, en vez de sentarte tan respetable y tan insoportablemente decente con tu autor.

Un autor tiene siempre que comunicar movimiento a sus palabras.

Aquí hay un lector; no se da cuenta de que lo observo. Lo conozco de hace tiempo; una cabeza sentada: no perjudica ser leído por él. Pero está completamente cambiado: ¿soy yo quien lo ha transformado?

Comas, signos de interrogación y de admiración, y el lector debería entregarse a ello en cuerpo y alma y mostrar que lo conmovedor también conmueve.

Ahí esta. Está completamente cambiado.

Moraleja: debe aprenderse a leer bien; debe enseñarse a leer bien.

La moraleja es que uno no debe escribir para sus lectores. Ellos opinan que *no* se debe escribir. Quizá para sí — — —

Observad qué rápido lee, cómo vuelve las páginas: una y otra vez exactamente al cabo del mismo número de segundos. Tomad el reloj en la mano.
No son más que pensamientos aislados, sobre los que es muy posible meditar, unos más difíciles, otros más fáciles, ¡todos le producen el mismo placer! El infeliz los lee *de cabo a rabo*, ¡como si fuese alguna vez posible leer de cabo a rabo colecciones de pensamientos!

47 [8]

Que el personaje de un drama cante (incluso si el tema es contemporáneo) está permitido: a nuestra manera, es un *coturno del sentimiento.*

47 [9][3]

¿Hasta qué punto puede agradar el sentimiento de superioridad o incluso de dominio? No en sí y originariamente, sino sólo como la fuente de muchos bienes

[2] Borrador de un diálogo abandonado «sobre la lectura». Cf. *OSV* 167.
[3] Cf. 41 [3].

y el obstáculo a muchos males; por tanto, como *medio* que propiamente hablando sólo podría agradar en el goce anticipado de la meta misma. Pero tanto más a menudo se ha ido el poder convirtiendo poco a poco de medio en fin y se lo desea *por sí mismo*; como algo deseado, agrada en cuanto es alcanzado, sobre todo considerando a los que no han logrado la m<isma> meta.

47 [10][4]

Se tiene una disposición más paciente y clemente contra todo lo fastidioso y aburrido que el régimen democrático comporta (y comportará...) cuando se lo considera como una «cuarentena» muy necesaria durante unos siglos que la sociedad, en el interior de su propio dominio — — — para impedir el nuevo «contagio», la nueva propagación del despotismo, de la brutalidad, de la autocracia.

47 [11]

Cultura elegida — — —

47 [12][5]

Culebras ciegas. Pero quizá beneficia a vuestros ojos habitar vuestras oscuras cámaras; ¿quién tendría derecho a reprenderos por ello?

47 [13]

Richard Wagner busca la música para los sentimientos que en él produce la visión (interior) de las escenas dramáticas. Según se deduce de esta música, él es el espectador ideal del drama.

47 [14]

«Pienso dormir un buen rato»[6].

47 [15]

Preñez[7]
La Rochef<oucauld> y Rée
Establecimientos culturales contra el nomadismo
—Wundt: «Superstición en la ciencia»[8]
—bárbaros semiasiáticos
—pantano cubierto de niebla
—Retorta.

[4] Cf. *CS* 289.

[5] Probablemente en relación con *CS* 37.

[6] Cf. Schiller, *La muerte de Wallenstein*, V, 5 (ed. cast., *Teatro completo*, trad. Rafael Cansinos Asséns, Aguilar, Madrid 1973, pág. 749).

[7] Quizá en relación con *CS* 17.

[8] Wilhelm Wundt (1832-1920): psicólogo y filósofo alemán.